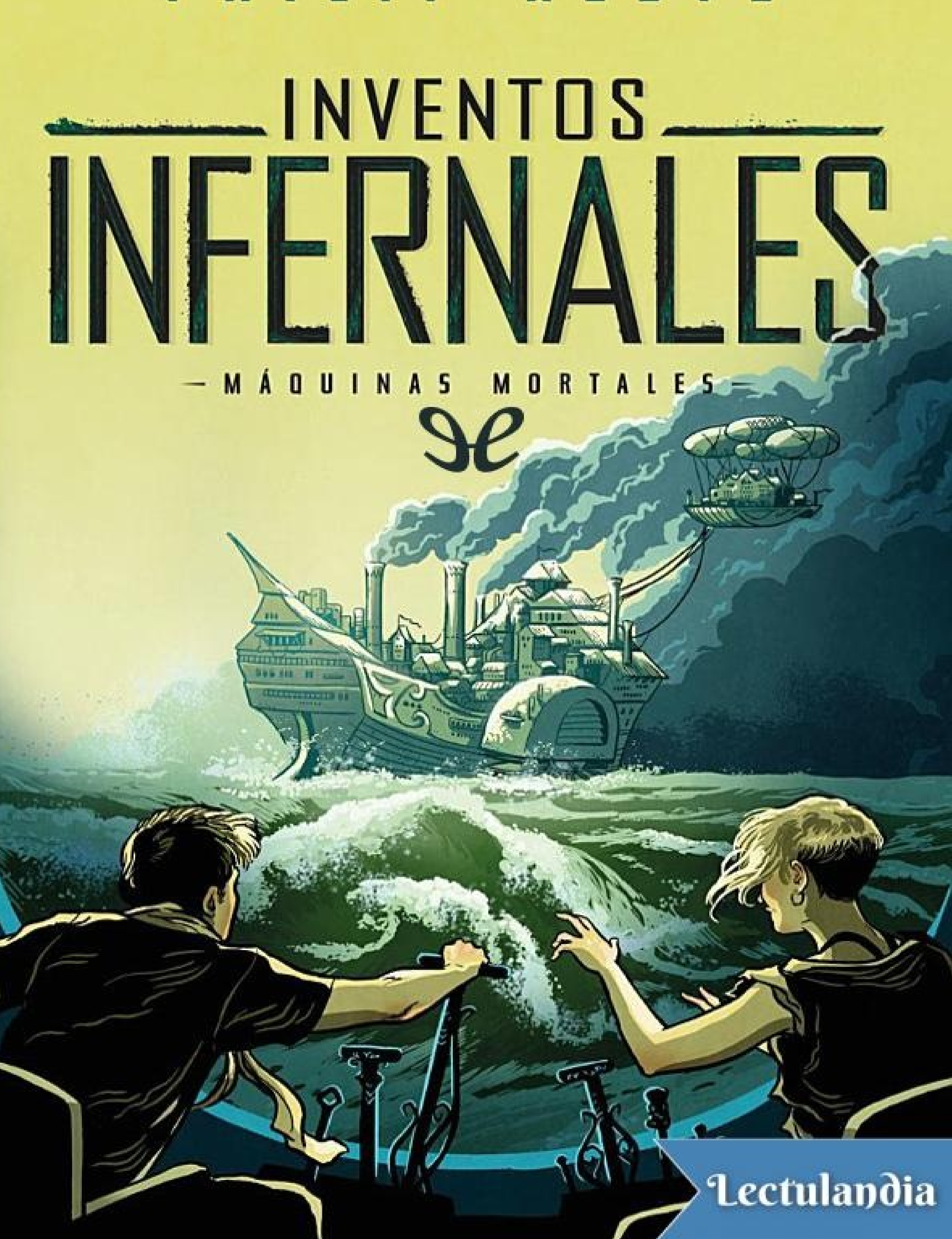
PHILIP REEVE

# INVENTOS INFERNALES

MÁQUINAS MORTALES



La hija de Tom y Hester, Wren, anhela huir de la monotonía de Anchorage. Está sedienta de aventura. Cuando un pirata submarino peligrosamente encantador le ofrece una oportunidad para escapar, Wren no lo duda ni un instante. Pero el pirata quiere algo a cambio: Wren debe robar el misterioso Libro de Hojalata, y hacerlo acarreará consecuencias que podrían destruir la paz…

Inventos infernales es la tercera parte de una saga de cuatro novelas fantásticas escritas por Philip Reeve y que forma parte de la tetralogía de «Máquinas mortales». La historia se sitúa en un mundo postapocalíptico donde las ciudades de la Tierra deambulan por el mundo sobre ruedas gigantescas, arrasándose entre sí, y en el que los recursos cada vez son más escasos. El protagonista de la novela es Tom Natsworthy, un huérfano londinense de 15 años del Gremio de Historiadores, que tratará de revelar un misterio que podría cambiar el orden del mundo.

Lectulandia

Philip Reeve

# Inventos infernales

## Máquinas mortales - 3

**ePub r1.0**

**NoTanMalo** 27.02.18

Título original: *Infernal Devices*
Philip Reeve, 2005
Traducción: Sara Cano Fernández
Ilustración de cubierta: David Buisan

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para Sarah, como siempre.
Para mis editores, Kirsten Stansfield y Holly Skeet, con gratitud.
Y para Sam Reeve, Tom Skeet y Edward Stansfield, algún día.

# Primera parte

# 1

# El durmiente despierta

Al principio no había nada. Entonces llegó una chispa, un sonido chisporroteante que sacudió las desgastadas telarañas del sueño y la memoria. Y luego, con un restallido, con un rugido, una descarga eléctrica de un color blanco azulado lo inundó por completo, irrumpiendo en los secos pasadizos de su cerebro como una ola que regresa a una gruta marina. Su cuerpo se tensó tanto que durante un instante se mantuvo en equilibrio únicamente sobre los talones y la parte trasera de su cráneo acorazado. Gritó y se despertó en medio de un aguanieve de electricidad estática con una sensación de caída.

Recordó morir. Recordó el rostro deformado de una chica que lo miraba desde lo alto mientras él yacía sobre la hierba húmeda. Era alguien importante, alguien por quien se preocupaba mucho más de lo que un stalker debería preocuparse por nadie, y existía algo que había querido decirle, pero no pudo. Ahora solo conservaba, impresa en su retina, la imagen de su rostro destrozado.

¿Cómo se llamaba? Su boca lo recordaba.

—H…

—¡Está vivo! —dijo una voz.

—HES…

—Otra vez, por favor. Más rápido.

—Cargando…

—HESTER…

—¡Aléjate!

En ese momento, otra sacudida eléctrica arrastró consigo incluso aquellos últimos flecos de memoria y solo supo que era el stalker Shrike. Uno de sus ojos comenzó a funcionar de nuevo. Vio vagas siluetas que se movían a través de la tormenta de nieve provocada por las interferencias. Las observó mientras, poco a poco, iban adoptando la forma de figuras humanas iluminadas por antorchas, recortadas sobre un cielo cuajado de nubes huidizas teñidas por la luz de la luna. La lluvia no cesaba. Nacidos-una-vez ataviados con gafas de aviador y uniformes y capas de plástico se congregaban en torno a su tumba abierta. Algunos portaban linternas halógenas, otros manejaban máquinas con hileras de válvulas resplandecientes y diales brillantes. Se percató de que la cubierta metálica del cráneo estaba abierta, dejando a la vista el cerebro de stalker alojado en su interior.

—¿Señor Shrike? ¿Puede oírme?

Una mujer muy joven le estaba mirando. Tenía un recuerdo vago y atormentado

en el que aparecía una muchacha, y se preguntó si ella sería la muchacha. Pero no: el rostro que había en sus sueños tenía algo quebrado y, en cambio, el que tenía delante era perfecto, una faz oriental de pómulos altos y piel clara, con los ojos negros enmarcados por unos gruesos anteojos también negros. Tenía el corto cabello teñido de verde. Bajo la capa transparente vestía un uniforme negro, con calaveras aladas y bordadas con hilo plateado sobre la alta gorguera negra.

La muchacha apoyó una mano en el metal oxidado de su pecho y dijo:

—No tenga miedo, señor Shrike. Sé que esto debe de estar resultándole confuso. Lleva muerto más de dieciocho años.

—MUERTO —dijo él.

La joven sonrió. Tenía los dientes blancos y torcidos, ligeramente grandes para aquella boca tan pequeña.

—Tal vez *durmiente* sea un término más adecuado. Los viejos stalkers en realidad nunca mueren, señor Shrike.

Escuchó un estruendo demasiado acompasado para ser un trueno. Una percusión de luces anaranjadas titiló entre las nubes y silueteó los riscos que se erigían sobre el lugar de reposo de Shrike. Algunos de los soldados alzaron la vista, nerviosos. Uno dijo:

—Cañones. Han atravesado los fuertes ciénaga. Los suburbios anfibios llegarán en menos de una hora.

—Gracias, capitán —dijo la mujer, mirando por encima del hombro y concentrándose de nuevo en Shrike mientras sus manos operaban apresuradamente dentro de su cráneo—. Lo dejaron gravemente averiado y se apagó, pero vamos a repararlo. Soy la doctora Enone Zero, del Cuerpo de Resurrección.

—NO RECUERDO NADA —le dijo Shrike.

—Su memoria resultó dañada —contestó ella—. No puedo restablecerla. Lo siento.

La furia y algo parecido al pánico empezaron a crecer en su interior. Notó que aquella mujer le había robado algo, aunque ya no sabía qué era ese algo. Trató de sacar sus garras, pero no podía moverse. Bien podría haber sido un mero ojo que yaciera en la tierra húmeda.

—No se preocupe —dijo la doctora Zero—. Su pasado no es relevante. Ahora trabajará para la Tormenta Verde. Pronto tendrá nuevos recuerdos.

En el cielo que había detrás de su rostro sonriente algo comenzó a explotar en forma de silenciosas manchas de luz rojiza y amarillenta. Uno de los soldados exclamó:

—¡Ya vienen! La división del general Naga está contraatacando con Acróbatas, pero eso no los retendrá durante mucho más tiempo…

La doctora Zero asintió y salió a gatas de la tumba sacudiéndose el barro de las manos.

—Tenemos que sacar de aquí al señor Shrike inmediatamente. —Miró a Shrike de

nuevo y sonrió—. No se preocupe, señor Shrike. Una aeronave nos espera. Vamos a llevarle al centro de Manufactura de Stalkers de Batmunkh Tsaka. Muy pronto le tendremos de nuevo en plena forma…

La mujer se hizo a un lado y dio paso a dos musculosas siluetas.

Eran stalkers: en su armadura resplandecía un símbolo con un rayo verde que Shrike no reconoció. Sus rostros de acero eran tan inexpresivos como dos palas de excavar y no tenían más rasgo distintivo que unas estrechas aberturas a la altura de los ojos que brillaban con luz verde mientras sacaban a Shrike de la tierra y lo tendían sobre una camilla. Los hombres que acarreaban máquinas se apresuraron a seguirles el paso mientras los silenciosos stalkers lo transportaban por una pista hacia un aerocaravasar fortificado desde el cual iba despegando una nave tras otra en dirección al cielo húmedo. La doctora corría a la cabeza, gritando:

—¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Tened cuidado! ¡Es una antigüedad!

El sendero era cada vez más empinado y Shrike comprendió el motivo de la urgencia que transmitía la mujer y el nerviosismo de sus hombres. A través del espacio entre los riscos avistó una enorme masa de agua que resplandecía bajo los uniformes destellos del fuego cruzado. Por encima del agua, a lo lejos, sobre la llana y oscura tierra firme, avanzaban unas gigantescas siluetas. A la luz de las centelleantes aeronaves que salpicaban el cielo y del tenue y lento resplandor descendente de las bengalas en paracaídas, alcanzó a ver sus cadenas tractoras blindadas, sus enormes mandíbulas y el apilamiento de niveles de fortalezas acorazadas y puestos de armas.

Ciudades-tracción. Un ejército entero de ellas que avanzaba destrozando las ciénagas a su paso. Su visión agitó vagos recuerdos en el interior de Shrike. Recordaba ciudades como aquellas. Al menos, recordaba una idea de lo que habían sido. Que hubiese estado alguna vez a bordo de una de ellas o lo que allí hubiera hecho, eso no lo recordaba.

Mientras sus rescatadores lo llevaban a toda velocidad hasta la aeronave que los aguardaba, vio durante un instante el rostro destrozado de una chica que lo miraba con confianza, esperando algo que él le había prometido.

Pero quién era y qué hacía su rostro en su mente, eso ya no lo sabía.

# 2

## Anchorage-in-Vineland

Varios meses después y a medio mundo de distancia, Wren Natsworthy estaba tumbada en la cama y observaba cómo la plateada luz de la luna avanzaba lentamente por el techo de su habitación. Era más de medianoche y no escuchaba más que los sonidos procedentes de su propio cuerpo y los suaves y esporádicos crujidos que hacía la vieja casa mientras se asentaba. Dudaba que hubiera en el mundo un lugar más silencioso que donde ella vivía: Anchorage-in-Vineland, una ciudad de hielo, en ruinas, enclavada en la rocosa orilla austral de una isla desconocida situada en un lago perdido en un reducto olvidado del Continente Muerto.

Sin embargo, por silencioso que fuera aquello, Wren no conseguía conciliar el sueño. Se colocó de lado e intentó ponerse cómoda envolviendo su cuerpo con las cálidas sábanas. Había tenido otra discusión con su madre durante la cena. Era una de esas peleas que empezaban con una diminuta semilla de desavenencia (Wren quería salir con Tildy Smew y los hermanos Sastrugi en lugar de limpiar) y que no tardaban en crecer hasta convertirse en una terrible bronca, con lágrimas, acusaciones y antiguos trapos sucios que se desenterraban y se arrojaban por la casa como granadas de mano, mientras su pobre padre se quedaba al margen y decía, impotente: «Wren, cálmate», y: «Hester, ¡haz el favor!».

Al final había perdido Wren, por supuesto. Limpió lo que le tocaba limpiar y se fue a la cama dando pisotones lo más escandalosamente que pudo. Desde entonces, su cerebro no había dejado de maquinar e idear comentarios hirientes que ojalá se le hubieran ocurrido antes. Su madre no tenía ni idea de lo que era tener quince años. Su madre era tan fea que probablemente nunca tuvo amigos de joven, y mucho menos amigos como Nate Sastrugi, por el que estaban coladas todas las chicas de Anchorage y que le había dicho a Tildy que Wren le gustaba mucho. Lo más probable es que su madre nunca le hubiera gustado a ningún chico, salvo, por supuesto, a su padre. Y lo que fuera que su padre vio en ella era uno de los grandes misterios por resolver de Vineland, tal y como lo veía Wren.

Se dio la vuelta otra vez e intentó dejar de pensar, pero al final se dio por vencida y se revolvió para salir de la cama. Tal vez un paseo le aclararía las ideas. ¿Y si sus padres se despertaban, descubrían que no estaba y empezaban a preocuparse de que se hubiera ahogado o se hubiera escapado de casa? Bueno, así su madre aprendería a dejar de tratarla como si fuera una niña, ¿no? Se puso la ropa, los calcetines y las botas y bajó las escaleras a hurtadillas para atravesar el silencio que respiraba la casa.

Su madre y su padre habían elegido vivir allí hacía dieciséis años, cuando

Anchorage apenas había tocado tierra y Wren no era más que una diminuta voluta de carne que flotaba en el vientre de su madre. Aquello formaba parte de la historia familiar de Wren, uno de los cuentos que le contaban de pequeña antes de irse a dormir. Freya Rasmussen les dijo a sus padres que podían elegir una de las casas vacías que había en la parte superior de la ciudad. Y habían elegido aquella, una villa de comerciantes en una calle llamada Dog Star Court que daba al aeródromo. Una buena casa, acogedora y robusta, con suelos adoquinados, gruesas cañerías de cerámica por las que circulaba la calefacción y paredes forradas de madera y bronce. A lo largo de los años, su madre y su padre la habían llenado de los muebles que encontraron en las demás casas vacías que la rodeaban y la habían decorado con cuadros y tapices, con maderos a la deriva que la marea traía a la orilla y con algunas de las antigüedades que su padre desenterraba durante sus expediciones a las Colinas Muertas.

Wren atravesó sigilosamente el vestíbulo para descolgar su abrigo del perchero que había junto a la puerta y no dedicó ni una sola mirada, ni un mísero pensamiento, a las impresiones colgadas de las paredes o a las valiosas muestras de procesadores de comida y de teléfonos que había en la vitrina de cristal. Había crecido con todas aquellas cosas y la aburrían. Durante el último año, la casa entera había empezado a parecerle demasiado opresiva, como si de repente se le hubiera quedado pequeña. El habitual olor a polvo, a abrillantador de muebles y a los libros de su padre eran reconfortantes y, al mismo tiempo, sofocantes. Tenía quince años y la vida le apretaba como un zapato que se le hubiera quedado pequeño.

Cerró la puerta tras de sí lo más silenciosamente que pudo y corrió por Dog Star Court. La niebla flotaba sobre las Colinas Muertas como si fuera humo y el propio aliento de Wren emergía convertido en niebla. Apenas estaban a comienzos de septiembre, pero ya podía oler el invierno en la brisa nocturna.

La luna no brillaba demasiado, pero las estrellas lucían con fuerza y la aurora resplandecía allá en lo alto. En el centro de la ciudad, los oxidados chapiteles del Palacio de Invierno se erigían, negros, contra el cielo brillante, cubiertos de hiedra. El Palacio de Invierno había sido la morada de los gobernantes de Anchorage en el pasado, pero ahora la única persona que lo habitaba era la señorita Freya, que había sido la última margravina de la ciudad y que ahora era la maestra de la escuela. Desde su quinto cumpleaños, Wren había acudido todos los días lectivos del invierno al aula de la planta baja del Palacio para escuchar las explicaciones de la señorita Freya sobre geografía, logaritmos, darwinismo municipal y un montón de cosas más que probablemente nunca le servirían de nada. En aquella época, todo eso le aburría, pero ahora que tenía quince años y era demasiado mayor como para ir a la escuela lo extrañaba muchísimo. Ya nunca volvería a sentarse en su antigua y querida aula, a menos que hiciera lo que la señorita Freya le había pedido: que regresara a la escuela para ser la maestra de los niños más pequeños.

La señorita Freya se lo había ofrecido hacía semanas y necesitaba que le

respondiera rápido porque los niños de Anchorage regresarían a sus clases en cuanto se terminaran de recolectar las cosechas. Sin embargo, Wren no sabía si quería o no ser la ayudante de la señorita Freya. Ni siquiera quería pensar en ello. No aquella noche.

Al final del Dog Star Court había una escalera que descendía por las plataformas y conducía hacia el distrito de los motores. Mientras Wren bajaba traqueteando los escalones, percibió un aroma veraniego y escuchó cómo las virutas de óxido que sus botas le arrancaban al metal caían sobre el heno amontonado a sus pies. Antiguamente, cuando los motores de Anchorage hacían que la ciudad se deslizara por el hielo que cubría la faz de la tierra en busca de comercio, aquella parte de la ciudad había sido un hervidero de vida y bullicio. Sin embargo, los viajes de la ciudad habían cesado antes de que Wren naciera y los distritos de los motores se habían convertido en almacenes de heno y tubérculos y en establos en los que el ganado pasaba el invierno. Los tenues rayos de luz de luna que se colaban por las claraboyas y los agujeros de las plataformas superiores revelaban las siluetas de las balas de paja que quedaban apiladas entre los tanques de combustible vacíos.

Cuando Wren era más pequeña, aquellos niveles abandonados habían constituido su zona de juegos, y aún le gustaba caminar por ellos cuando se sentía triste o aburrida, imaginando lo divertido que habría sido vivir a bordo de una ciudad que se movía. Los adultos siempre hablaban de lo terribles que habían sido los viejos tiempos, de lo espeluznante que era vivir bajo la constante amenaza de ser engullidos por una ciudad más grande o más rápida, pero a Wren le habría encantado ver las gigantescas ciudades-tracción o intentar volar de una a otra a bordo de una aeronave, como su madre y su padre habían hecho antes de que ella naciera. Su padre tenía sobre su escritorio una fotografía en la que se los veía a los dos en un muelle de despegue de una ciudad llamada San Juan de los Motores, frente a su bonita nave roja, la Jenny Haniver, pero nunca hablaban de las aventuras que debieron vivir a bordo de ella. Lo único que sabía era que habían terminado aterrizando en Anchorage y que allí el malvado profesor Pennyroyal les había robado la nave. Después de eso, se asentaron y se conformaron con representar su nuevo papel dentro de la confortable e insulsa vida de Vineland.

«Menuda suerte he tenido», pensó Wren mientras respiraba el cálido y floral aroma del heno apilado. Le habría gustado ser la hija de un mercader del aire. Aquella parecía una vida glamurosa y mucho más interesante que la que ella tenía, atrapada en aquella isla solitaria y rodeada de gente cuyo concepto de la emoción se colmaba viendo una carrera de remos o una buena cosecha de manzanas.

Una puerta se cerró en algún punto de la oscuridad que tenía delante y ella se sobresaltó. Se había criado tan acostumbrada a la quietud y a su propia compañía que la idea de que alguien más estuviera deambulando por allí abajo casi le daba miedo. Entonces recordó dónde se encontraba. Sumida en sus propios pensamientos, caminó hasta el centro del distrito, hacia la antigua cabaña embutida entre dos niveles donde

vivía Caul, el ingeniero de Anchorage. Caul era el único habitante que había en los niveles inferiores, ya que ninguna otra persona habría elegido vivir allí abajo, entre el óxido y las sombras, cuando en la superficie aún quedaban vacías preciosas mansiones bañadas por la luz del sol. Sin embargo, Caul era muy excéntrico. No le gustaba la luz del sol porque se había criado en la madriguera de ladrones submarina de Grimsby, y tampoco le gustaba la compañía. Se llevaba bien con el anciano señor Scabious, el antiguo ingeniero de la ciudad, pero desde que había muerto, Caul había decidido recluirse allí abajo, en las profundidades.

Pero ¿por qué estaría merodeando por el distrito de los motores a aquellas horas? Intrigada, Wren subió por una escalerilla de mano a una de las pasarelas que había sobre su cabeza, desde donde tendría una buena vista de la casucha de Caul a través de los antiguos pozos de motores. El ingeniero estaba de pie frente a la puerta. Llevaba en la mano una linterna eléctrica que sostenía en alto para poder examinar un trozo de papel que sujetaba en la otra mano. A continuación se metió el papel en el bolsillo y se encaminó hacia el confín de la ciudad.

Wren descendió con cierta dificultad por la escalerilla y empezó a seguir la luz. Estaba bastante emocionada. Cuando era más pequeña y se dedicaba a devorar sin pausa el reducido montón de libros infantiles que había en la biblioteca de la margravina, sus historias favoritas eran las de las valientes detectives infantiles que siempre acababan frustrando los planes de los contrabandistas y desenmascarando a los círculos de espías antitraccionistas. Siempre le había dado mucha pena que en Vineland no hubiera criminales a los que desenmascarar. Pero ¿acaso Caul no había sido ladrón durante su juventud? ¡Tal vez hubiera vuelto a las andadas ahora que era mayor!

Solo que, claro está, no tenía sentido robar nada en Anchorage, donde todo el mundo podía coger lo que quisiera de los cientos de casas y tiendas que estaban abandonadas. Mientras se abría camino entre los montones de maquinaria a medio desmontar que había tras la cabaña de Caul, intentó pensar en una explicación más plausible que justificara aquella incursión nocturna. Quizá a Caul le costara dormir, como a ella. Quizá le preocupara algo. Su amiga Tildy le había contado que muchos muchos años atrás, en la época en la que Anchorage llegó a Vineland, Caul había estado enamorado de la señorita Freya, y que la señorita Freya también había estado enamorada de Caul. Sin embargo, aquello no había prosperado porque, ya incluso en aquella época, Caul era un tipo muy extraño. ¿Tal vez se dedicara a recorrer las calles del distrito de los motores todas las noches, penando por su amor perdido? ¿O tal vez estuviera enamorado de otra persona y se dirigiera a una romántica cita a la luz de la luna en el confín de la ciudad?

Encantada con la idea de tener algo realmente jugoso que contarle a Tildy por la mañana, Wren apuró el paso.

Sin embargo, al llegar al confín de la ciudad, Caul no se detuvo. Descendió apresuradamente por una escalerilla que daba a la tierra desnuda y empezó a ascender

por la colina, haciendo oscilar el haz de luz de la linterna frente a él. Wren aguardó un momento y después lo siguió, dando un salto para aterrizar sobre el mullido brezo y arrastrándose sigilosamente tras él por el sendero que llevaba al ronroneante almacén construido con muros de piedra seca donde se alojaban las turbinas de la antigua planta hidroeléctrica del señor Scabious. Caul tampoco se detuvo allí, sino que continuó ascendiendo por los campos de manzanos y atravesó los altos pastizales para internarse en el bosque.

En lo alto de la isla, donde los pinos impregnaban el aire con el olor de la resina y los riscos asomaban por el fino pasto como púas en la espalda de un dragón, Caul se detuvo, apagó la linterna y miró a su alrededor. A unos quince metros detrás de él, Wren estaba escondida, acuclillada entre las sombras zigzagueantes. Un ligero viento le revolvía el cabello y, en las alturas, los árboles movían sus manitas contra el viento.

Caul contempló la ciudad dormida que había enclavada en la curva de la orilla más austral de la isla. Luego le dio la espalda, levantó su linterna y encendió y apagó la luz tres veces. «Se ha vuelto loco», pensó Wren. Y luego: «No, le está haciendo señales a alguien, como el malvado director de *Milly Crisp y el misterio del duodécimo nivel*».

Y, efectivamente, abajo, entre las desiertas y rocosas calas de la orilla septentrional, otra luz se iluminó en respuesta.

Caul avanzó y Wren comenzó a seguirle de nuevo, descendiendo por la empinada ladera norte de la isla, lejos de la vista de la ciudad. ¿Acaso la señorita Freya y él habían vuelto, pero estaban tan asustados de los chismorreos que no querían que nadie se enterara? A pesar de todo, aquella era una idea bastante romántica, así que Wren sonrió para sus adentros mientras seguía a Caul por el último y escarpado tramo de aquel camino de cabras, a través de un bosquecillo de abedules que daba a una playa situada entre dos cabos.

Quien esperaba a Caul no era la señorita Freya, sino otra persona. De pie, al borde del agua, había un hombre que contemplaba cómo el ingeniero se acercaba haciendo crujir a su paso los guijarros de la playa. Incluso desde la lejanía, a la tenue luz de la aurora, Wren se dio cuenta de que era alguien a quien no había visto nunca.

En un primer momento, no dio crédito. En Vineland no había extranjeros. Los únicos que la habitaban eran los que habían llegado hasta allí a bordo de Anchorage, o quienes habían nacido allí después de que la ciudad atracara en la isla, y Wren los conocía a todos. Sin embargo, el hombre de la playa era un desconocido para ella y la voz que habló era una voz que no había escuchado nunca antes.

—Caul, ¡mi viejo compañero de tripulación! Me alegro de volver a verte.

—Gargle —dijo Caul. Parecía incómodo y no aceptó la mano que el desconocido le tendía para que se la estrechara.

Dijeron algo más, pero Wren estaba demasiado ocupada elucubrando sobre el recién llegado como para escuchar. ¿Quién era? ¿Cómo había llegado hasta allí?

¿Qué quería?

Cuando cayó en cuál era la respuesta, esta no le gustó. *Los muchachos perdidos*. Así era como se hacía llamar la banda a la que había pertenecido Caul, los que habían saqueado Anchorage en la época en la que aún era una ciudad de hielo llena de extrañas máquinas arácnidas. Caul los había abandonado para reunirse con la señorita Freya y el señor Scabious. ¿O tal vez no fuera así? ¿Acaso había mantenido un furtivo contacto con los muchachos perdidos durante todos aquellos años, aguardando a que la ciudad se asentara y volviera a ser próspera para después llamarlos y volver a saquearla?

Sin embargo, el desconocido de la playa no era ningún muchacho. Era un hombre adulto con el cabello largo y oscuro. Calzaba botas altas, como los piratas de los cuentos, y vestía un abrigo que le llegaba hasta las rodillas. Se retiró los faldones del abrigo y metió los pulgares en su cinturón, y Wren vio que en un costado llevaba una cartuchera con una pistola.

Se dio cuenta de que no estaba preparada para enfrentarse a aquello. Quiso volver corriendo a casa y advertir a su madre y a su padre del peligro, pero los dos hombres se habían acercado a ella, así que la verían si trataba de escapar. Se retorció para adentrarse en los matojos bajos de malas hierbas que había tras la playa y trató de acompasar cada movimiento para hacerlo coincidir con el sonido de las pequeñas olas al romper contra los guijarros.

El hombre llamado Gargle estaba hablando y su voz sonaba como si estuviera haciendo una especie de chiste, pero Caul lo hizo callar de repente.

—¿A qué has venido aquí, Gargle? Pensaba que me había despedido para siempre de los muchachos perdidos. Me sorprendió un poco encontrar tu mensaje bajo mi puerta. ¿Cuánto tiempo llevas merodeando por Anchorage?

—Desde ayer —dijo Gargle—. Solo nos hemos parado a saludar y a ver cómo te iba, en son de paz.

—Entonces, ¿por qué no os mostráis? ¿Por qué no venís a hablar conmigo a la luz del día? ¿Por qué me dejáis mensajes y me hacéis venir hasta aquí en mitad de la noche?

—La verdad, Caul, eso es lo que quería hacer: mi plan era atracar mi lapa en el embarcadero abiertamente y sin tapujos. Pero, por supuesto, antes mandé unas cuantas cámaras cangrejo, solo para asegurarme. Y menos mal que lo hice, ¿no? ¿Qué ha pasado, Caul? ¡Pensaba que en este lugar ibas a convertirte en un hombre importante! Y mírate: un peto grasiento, el pelo hecho un desastre y una barba de una semana. ¿Qué pasa, que esta temporada están de moda las pintas de vagabundo loco en Anchorage? Pensaba que ibas a casarte con su margravina, esa Freya *Comosellame*.

—Rasmussen —dijo Caul desolado. Se apartó del otro hombre—. Yo también lo pensaba. No funcionó, Gargle. Es complicado. Las cosas no son como piensas que van a ser cuando te limitas a observarlas a través de una cámara cangrejo. La realidad

es que nunca he encajado aquí.

—Pensaba que los secos te habrían acogido con los brazos abiertos —dijo Gargle, que parecía sorprendido—. Después de que les trajeras aquel mapa y todo eso.

Caul se encogió de hombros.

—Fueron bastante amables. Simplemente, no encajo aquí. No sé cómo hablar con ellos y, para los secos, hablar es importante. Cuando el señor Scabious vivía, las cosas no iban mal. Trabajábamos juntos, y no necesitábamos hablar: sustituíamos las palabras por trabajo. Pero ahora que no está… Bueno, ¿y tú qué tal? ¿Y qué tal el Tío? ¿Cómo está el Tío?

—¡Como si te importara!

—Me importa. Pienso en él a menudo. ¿Está…?

—El viejo sigue vivo, Caul —dijo Gargle.

—La última vez que hablé contigo, tu plan consistía en deshacerte de él y tomar el control…

—Y lo he hecho —dijo Gargle con una sonrisa que Wren percibió como un borrón blanco en la oscuridad—. El Tío ya no es tan avispado como antes. Nunca logró superar del todo aquel asunto de la Percha de los Bribones. Perdió a la mayoría de sus mejores muchachos, y todo fue culpa suya. Aquello casi acaba con él. Ahora se apoya en mí para casi todo. Los muchachos me toman a mí como ejemplo.

—Apuesto a que así es —replicó Caul. Sus palabras parecían implicar algo que Wren no alcanzó a entender, como si ambos acabaran de retomar una conversación comenzada hace mucho tiempo, antes incluso de que ella naciera—. Decías que necesitabas mi ayuda —dijo Caul.

—Se me ha ocurrido pedírtela —dijo Gargle—. Por los viejos tiempos.

—¿Cuál es el plan?

—En realidad, no hay ningún plan. —Gargle parecía herido—. Caul, no he venido aquí en misión de saqueo. No quiero robar a tus amables amigos secos. Solo estoy buscando una cosa, una cosa chiquitita, una cosita que nadie echará en falta. He inspeccionado con las cámaras cangrejo, he mandado a mi mejor ladrón, pero no conseguimos encontrarla. Así que he pensado: «Lo que necesitamos es un infiltrado». Y aquí estás tú. Le he dicho a mi tripulación que podemos contar con Caul.

—Bueno, pues te has equivocado —respondió Caul. Le temblaba la voz—. Puede que no encaje aquí, pero tampoco soy un muchacho perdido. Ya no. No voy a ayudarte a robar a Freya. Quiero que te marches. No le contaré a nadie que has estado aquí, pero mantendré los ojos y los oídos bien abiertos. Si encuentro alguna cámara cangrejo fisgoneando o echo algo de menos, les hablaré a los secos de vosotros. Me aseguraré de que estén esperándoos la próxima vez que os coléis en Anchorage.

Se dio media vuelta y empezó a recorrer la playa a grandes zancadas, apisonando las malas hierbas a apenas veinte centímetros del escondite de Wren. Le escuchó caerse y maldecir mientras empezaba a subir la colina, y luego escuchó cómo los sonidos de su marcha empezaban a desvanecerse a medida que ascendía.

—¡Caul! —gritó Gargle, aunque no demasiado alto, con una suerte de grito susurrado, dolido y decepcionado—. ¡Caul! —Entonces se dio por vencido y se quedó quieto y pensativo, pasándose una mano por el pelo.

Wren comenzó a moverse, con cuidado y en silencio, preparada para escabullirse entre los árboles en el momento en el que el hombre le diera la espalda. Sin embargo, Gargle no se dio media vuelta. En lugar de ello, levantó la cabeza, miró directamente hacia su escondite y dijo:

—Mis ojos y mis oídos son más agudos que los del viejo Caul, amiguita. Ya puedes salir.

# 3

## La lapa Autólico

Wren se levantó, dio media vuelta y echó a correr con un movimiento brusco de pánico. Antes de que hubiera podido avanzar tres pasos, un segundo desconocido surgió de la oscuridad, a su izquierda, y la agarró, desequilibrándola y tirándola al suelo.

—¡Caul! —empezó a gritar, pero una gélida mano le cubrió la boca.

Su captor la miró (otro rostro pálido, medio oculto por mechones de pelo negro) y el hombre de la playa llegó corriendo. Una linterna se encendió y un delgado haz de luz azulada hizo parpadear a Wren.

—Con cuidado —dijo el hombre llamado Gargle—. Tened cuidado. Es una mujer. Una jovencita. Eso me había parecido. —Apartó la linterna para que Wren pudiera verle. Había esperado que tuviera la edad de Caul, pero Gargle era más joven. Sonreía—. ¿Cómo te llamas, jovencita?

—Wr-Wren —consiguió tartamudear—. Wr-Wren N-N-N-Natsworthy.

Cuando Gargle hubo conseguido rellenar los huecos que había entre todas aquellas enes de más, su sonrisa se volvió más ancha y amigable.

—¿Natsworthy? ¿No serás la hija de Tom Natsworthy?

—¿Conoces a mi padre? —quiso saber Wren.

En medio de la confusión, se preguntó si su padre también habría estado reuniéndose a escondidas con los muchachos perdidos en las calas de la orilla septentrional, pero, por supuesto, Gargle se refería a los viejos tiempos, a mucho antes de que ella naciera.

—Le recuerdo bien —dijo Gargle—. Durante un tiempo fue nuestro huésped a bordo de la Gusano de Hélice. Es un buen hombre. Tu madre debe de ser su chica, la de las cicatrices en la cara. ¿Cómo se llamaba…? Sí, Hester Shaw. Siempre pensé que eso hablaba muy bien de Tom Natsworthy, capaz de amar a alguien como ella. A él no le importan las apariencias, siempre mira más allá. Eso no es muy común entre los secos.

—¿Qué vas a hacer con ella, Gar? —preguntó con un tono de voz extrañamente suave el desconocido que había apresado a Wren—. ¿Comida para los peces?

—Llevémosla a bordo —dijo Gargle—. Me gustaría conocer un poco mejor a la hija de Tom Natsworthy.

Wren, que ya había conseguido calmarse, volvió a ser presa del pánico.

—¡Tengo que volver a casa! —chilló, intentando zafarse, pero Gargle enlazó su brazo con el de ella.

—Sube a bordo, solo un momentito —dijo, sonriendo afablemente—. Me gustaría hablar contigo y explicarte por qué ando merodeando como un ladrón por tu lago. Bueno, es que soy un ladrón, claro que sí, pero creo que deberías escuchar mi versión de la historia antes de tomar una decisión.

—¿Qué decisión? —preguntó Wren.

—La decisión de si deberías o no contarles a tus padres y amigos lo que has visto aquí esta noche.

Wren pensó que quizá podía confiar en él, pero no estaba segura. Nunca antes había tenido que pararse a pensar sobre si podía confiar en alguien. Confundida por la sonrisa de Gargle, miró detrás de él, hacia la playa. El agua que separaba las calas resplandecía de azul. En un primer momento pensó que la luz de la linterna en los ojos la había deslumbrado, pero entonces el azul empezó a aclararse cada vez más y vio que el resplandor procedía de debajo del agua. Algo gigantesco emergió a la superficie a unos diez metros de la orilla.

Tras la cabaña de Caul, en el distrito de los motores, se encontraba la lapa que lo había traído a Anchorage, cubierta de herrumbre. Se llamaba la Gusano de Hélice y, cuando eran niños, Wren y sus amigos solían jugar al escondite entre sus articuladas y combadas patas. Siempre le había parecido un artefacto bastante cómico, con aquellos grandes pies planos y aquellas ventanas en la parte delantera que parecían ojos saltones. Nunca había imaginado la suavidad con que podía moverse una lapa, lo estilizado que podía llegar a resultar su casco mientras la luz de la luna y el agua se deslizaban sobre su superficie a medida que se acercaba a la playa.

Aquella lapa era más pequeña que la Gusano de Hélice. Su cuerpo era más plano, más parecido al de una garrapata que al de una araña. A Wren le pareció que estaba pintada con manchas irregulares de camuflaje, pero a la luz de la luna era difícil distinguirlo. A través de las protuberantes ventanas vio que un niño pequeño controlaba los mandos, aunque veía su rostro distorsionado a causa del agua que se escurría por el cristal. La máquina se detuvo al borde del agua y, con un siseo hidráulico, de su vientre surgió una rampa que chirrió al chocar contra los guijarros del suelo.

—La lapa Autólico —dijo Gargle, haciéndole un gesto a Wren para que subiera a bordo—. El orgullo de la flota de los muchachos perdidos. Sube a bordo, por favor. Por favor. Te prometo que no volveremos a sumergirnos hasta que te hayamos dejado en tierra firme.

—¿Y si aparecen más secos? —preguntó el otro muchacho perdido. Entonces, Wren se dio cuenta de que en realidad no era un muchacho, sino una chica bonita y de aspecto huraño—. ¿Y si Caul da la voz de alarma?

—Caul nos ha dado su palabra —dijo Gargle—. A mí con eso me vale.

La joven miró hoscamente a Wren, en absoluto convencida. El jubón corto que vestía se abrió ligeramente, dejando a la vista la pistola encajada en su cinturón. «No tengo opción», pensó Wren. «Tendré que fiarme de Gargle». Y, cuando hubo tomado

aquella decisión, le resultó bastante fácil caminar por la rampa hacia el helado y azul vientre de la lapa. Al fin y al cabo, si Gargle hubiera querido asesinarla, bien podría haberlo hecho ahí, en la playa.

La guiaron a lo que supuso que debía de ser el camarote privado de Gargle, cuyas paredes de acero quedaban ocultas por tapices y en el que había libros y trinquetes desperdigados por todas partes. Una barrita de incienso ardía, camuflando el aroma mohoso y metálico de la lapa con otro que a Wren le sugería gente sofisticada y tierras lejanas. Se sentó en una silla mientras Gargle se acomodaba en su camastro. La otra chica se quedó esperando, aún con mirada ceñuda, junto a la puerta del mamparo. El muchachito que Wren había visto por la ventana se puso tras ella, observándola con ojos enormes y asombrados, hasta que Gargle le dijo:

—Vuelve a tu puesto, Fishcake.

—Pero…

—¡Ahora!

El muchachito se alejó trotando. Gargle sonrió a Wren con timidez.

—Discúlpanos por eso. Fishcake es un novato, diez añitos, recién salido del Ladronarium. Nunca antes había visto en persona a un seco, solo a través de las cámaras cangrejo. Y tú eres un ejemplar muy bonito, además.

Wren se sonrojó y miró al suelo, a las valiosas alfombras de Estambul sobre las que sus botas chorreaban agua embarrada. El Ladronarium era donde se entrenaba a los muchachos perdidos, eso lo recordaba. Los secuestraban de las cubiertas de las ciudades-balsa cuando aún eran demasiado pequeños como para darse cuenta y los llevaban a la ciudad sumergida de Grimsby para entrenarlos en las artes del pillaje. Y las cámaras cangrejo eran los robots con cámaras incorporadas que usaban para espiar a sus víctimas. La señorita Freya había pedido a sus alumnos que hicieran un trabajo completo sobre los muchachos perdidos. En aquel momento, a Wren le había parecido un tema de estudio bastante inútil.

Gargle se giró hacia la chica de la puerta.

—Remora, parece que nuestra invitada tiene frío. Tráele un poco de chocolate caliente, ¿te importa?

—No sabía que también hubiera muchachas perdidas —dijo Wren cuando la chica se hubo marchado.

—En Grimsby han cambiado muchas cosas desde la última vez que estuvo Caul —respondió Gargle—. Esto tiene que quedar entre nosotros, Wren, pero ahora, básicamente, soy yo quien dirige el antiguo lugar. He conseguido deshacerme de los matones más duros de los que se rodeaba el Tío y medio convencerle de que empezara a traer chicas y chicos. No nos hacía ningún bien vivir sin chicas. Son una influencia muy civilizadora.

Wren miró a través de la puerta. Podía ver cómo la chica llamada Remora hacía tintinear las sartenes en el interior de una especie de cocina. A Wren no le pareció una influencia demasiado civilizadora.

—Entonces, ¿es tu esposa? —le preguntó. Y luego, para no parecer mojigata, añadió—: ¿O tu novia, o algo así?

En la cocina, Remora alzó bruscamente la vista.

—¿Mora? ¡No! —dijo Gargle—. Lo cierto es que algunas de las chicas han resultado ser mejores ladronas que los muchachos. Remora es una de las mejores ladronas que tenemos. Así como el joven Fishcake es nuestro mejor mecánico, a pesar de su tierna edad. Como ves, Wren, para esta misión he querido traer conmigo solo a los mejores. En Anchorage hay algo que necesito desesperadamente. Lo vi hace muchos años, cuando estuve aquí, a bordo de la Gusano de Hélice, con Caul, pero no lo robé entonces porque no creí que fuera de ninguna utilidad.

—¿Qué es? —preguntó Wren.

Gargle no contestó inmediatamente. Esperó y examinó su rostro, como para estar completamente seguro de que era una persona de confianza antes de compartir su secreto. A Wren le gustó ese gesto. No la trataba como a una niña, como hacía la mayoría de la gente. La había llamado «jovencita», y así era como se dirigía a ella.

—Detesto hacer esto —dijo, por fin, inclinándose hacia ella y mirándole fijamente a los ojos—. Tienes que creerme. Detesto venir así, clandestinamente. Preferiría haberlo hecho abiertamente, atracar la Autólico en vuestro puerto y decir: «Aquí estamos, somos vuestros amigos de Grimsby que han venido a pediros ayuda». Si Caul hubiera prosperado aquí como esperaba, tal vez hubiera sido posible hacerlo así. Pero, tal y como son las cosas, ¿quién confiaría en nosotros? Somos los muchachos perdidos. Ladrones. Nunca creerían que lo único que queremos es un libro, solo un libro, de la biblioteca de la margravina.

Remora regresó al camarote y le tendió a Wren una taza metálica llena de un chocolate caliente y delicioso.

—Gracias —respondió Wren, alegrándose de la distracción. No quería que Gargle se diera cuenta de lo mucho que le había sorprendido lo que acababa de decir.

La biblioteca de la señorita Freya era uno de los lugares predilectos de Wren, una cueva del tesoro rebosante de miles y miles de maravillosos libros antiguos. Antaño, la biblioteca había ocupado uno de los pisos superiores del Palacio de Invierno, pero ahora ya nadie vivía en aquellos niveles y la señorita Freya había determinado que era un desperdicio mantener la calefacción encendida solo por los libros, así que la habían trasladado al piso inferior…

—¡Por eso no encuentras lo que estás buscando! —dijo, de repente—. ¡Han trasladado todos los libros desde la última vez que tú estuviste aquí!

Gargle asintió y le sonrió con admiración.

—Exacto —respondió él—. Nuestras cámaras cangrejo tardarían semanas en encontrar el libro correcto, pero no tenemos semanas que perder. Así que me preguntaba, señorita Natsworthy, si tú estarías dispuesta a ayudarnos.

Wren acababa de darle un sorbo al chocolate. Hacía años que las reservas de chocolate de Anchorage se habían agotado y había olvidado lo bien que sabía. Sin

embargo, cuando Gargle le pidió ayuda, estuvo a punto de atragantarse con él.

—¿Yo? —escupió—. Yo no soy una ladrona…

—Y no te pediría que lo fueras —replicó Gargle—, pero tu padre es un hombre inteligente. Se llevaba bien con la margravina, por lo que recuerdo. Estoy seguro de que a través de él tú podrías averiguar dónde está el libro que queremos. Solo tienes que localizarlo, decirme dónde está, y Remora se encargará del resto. Se llama el Libro de Hojalata.

Wren estaba a punto de negarse a participar en aquello, pero el hecho de no haber oído nunca hablar del libro que Gargle acababa de nombrar hizo que dudara. Se había esperado que le pidiera uno de los tesoros de Anchorage: los grandiosos tomos iluminados de los *Actos de los Dioses del Hielo*, o la *Historia anchoragia* de Wormwold.

—¿Quién diantres querría un tratado entero sobre hojalata?

Gargle rio como si Wren acabara de contar un chiste especialmente gracioso.

—No trata sobre la hojalata —aclaró—. Es el material del que está hecho: sus hojas son de metal.

Wren sacudió la cabeza. Nunca había visto nada parecido.

—¿Por qué lo quieres? —le preguntó.

—Porque somos ladrones, y yo he descubierto que es valioso —respondió Gargle.

—¡Debe de serlo! Para haber venido hasta aquí…

—Hay gente que colecciona objetos de este tipo: libros antiguos y cosas así. Podemos intercambiarlo por cosas que necesitamos. —Gargle dudó, mirándola todavía, y luego dijo con seriedad—: Por favor, Wren, tú solo pregúntale a tu padre. Cuando le conocí, siempre andaba fisgoneando en museos y bibliotecas. Puede que él sepa dónde está el Libro de Hojalata.

Wren se lo pensó mientras se terminaba el resto del chocolate. Si le hubieran pedido los *Actos ilustrados* o algún otro clásico valioso, se habría negado de primeras. Pero un libro hecho de metal, un libro del que nunca había oído hablar… No podía ser demasiado importante, ¿verdad? Seguramente, ni lo echarían de menos. Y Gargle parecía desearlo desesperadamente.

—Le preguntaré —respondió, titubeante.

—¡Gracias! —Gargle tomó las manos de Wren entre las suyas. Las tenía cálidas, y sus ojos eran bastante bonitos. Wren pensó en lo agradable que sería contarle a Tildy que había pasado las últimas horas de la noche bebiendo chocolate caliente en el camarote de un galante pirata submarino, y entonces recordó que nunca podría hablar con Tildy, ni con nadie, sobre Gargle y la Autólico. Y, de alguna manera, eso hacía que todo fuera mejor, incluso. Nunca antes había tenido un secreto de verdad.

—Me reuniré contigo mañana en los árboles de la cima de la colina, sobre las seis —dijo Gargle—. ¿Te parece bien? ¿Podrás escaparte?

—Es la hora de la cena. Me echarán de menos. Mi madre…

—A mediodía, entonces. A mediodía, o justo después.

—De acuerdo…

—Y, ahora, ¿te gustaría que Remora te acompañara a casa?

—Puedo volver sola —respondió Wren—. Salgo a menudo a caminar a oscuras.

—Entonces podremos convertirte en una muchacha perdida —dijo Gargle, y rio para demostrarle que tan solo bromeaba.

Se levantó, Wren lo imitó y los dos atravesaron juntos los pasadizos de la lapa en dirección a la rampa de salida mientras el novatillo Fishcake los espiaba desde la cabina de mandos. Afuera, la noche era fría, la luna brillaba y el agua salpicaba la playa como si no hubiera pasado nada. Wren se despidió agitando la mano, dijo adiós y agitó la mano de nuevo, y luego ascendió a buen paso por la playa y entre los árboles.

Gargle la observó hasta que la hubo perdido de vista. La chica que respondía al nombre de Remora fue a colocarse a su lado y deslizó su mano en la de él.

—¿Confías en ella?

—No lo sé. Tal vez. Vale la pena intentarlo. No tenemos tiempo para quedarnos aquí y buscarlo nosotros mismos, y no hay mucho que podamos hacer en este vertedero con las cámaras cangrejo. Estos secos se acuerdan de nosotros. No tardarán en atar cabos si empiezan a escuchar un repiqueteo de patitas metálicas en sus conductos de ventilación. Pero no te preocupes, le pediré a Fishcake que coloque un par de cámaras de vigilancia en los alrededores de la casa de Wren para saber si nos delata a su gente.

—¿Y si lo hace?

—Entonces los mataremos a todos —dijo Gargle—. Dejaré que te ocupes de Wren tú misma, con tu precioso cuchillito.

Entonces la besó y ambos dieron media vuelta y volvieron a bordo.

Por su parte, Wren, inconsciente de todo aquello, regresó a casa con un alegre batiburrillo de pensamientos en la cabeza, una mezcla de culpabilidad y deleite, y sintiendo que había crecido más durante las últimas horas que en los quince años completos que las habían precedido.

# 4

# La leyenda del Libro de Hojalata

Al día siguiente amaneció despejado: el cielo sobre el lago del color azul de las campanillas, el agua transparente como el cristal y cada una de las islas de Vineland erigiéndose pulcras y silenciosas sobre su propio reflejo. Agotada por sus aventuras nocturnas, Wren durmió hasta tarde, pero al otro lado de su ventana Anchorage se despertaba. De las chimeneas de las treinta casas habitadas de la ciudad surgía humo y los pescadores se daban los buenos días los unos a los otros mientras descendían por las escaleras hasta el embarcadero.

En la parte norte del lago se alzaba una montaña moteada mucho más alta que las Colinas Muertas del sur. En sus bajas laderas había pastos verdes, bosquecillos de pinos y empinadas praderas en las que crecían flores silvestres, y en una de ellas pastaba un grupo de ciervos. Había muchos ciervos en los bosques de la orilla verde del lago, y unos cuantos habían llegado a cruzarlo a nado para instalarse en las islas más silvestres. Los lugareños habían dedicado mucho tiempo a debatir sobre cómo habían llegado hasta allí, si habrían sobrevivido desde la caída del antiguo Imperio americano, si procederían del país helado del norte, o si tal vez habrían llegado desde algún resquicio de vegetación situado mucho más al este. No obstante, lo único que le importaba a Hester Natsworthy, mientras tensaba su arco en el refugio a favor del viento que le ofrecían los árboles, era la cantidad de carne que contenían.

El arco produjo un sonido rápido y amortiguado. Los ciervos saltaron por los aires y descendieron a la carrera o subieron por la colina al refugio de los matojos. Todos menos la hembra más grande, que cayó muerta con la flecha de Hester clavada en el corazón pateando una y otra vez con sus delgadas patas. Hester ascendió por la ladera, extrajo la flecha y la limpió con un puñado de hierba seca antes de volver a introducirla en el carcaj que llevaba a la espalda. Bajo la luz del sol, la sangre resplandecía ostensiblemente. Mojó el dedo en la herida y se untó un poco en la frente, murmurando una oración a la diosa de la caza para que el espíritu de la cierva no se le apareciera. A continuación, se echó el cadáver al hombro y comenzó a descender la colina en dirección a su bote.

Sus vecinos vinelanderitas raramente cazaban ciervos. Se excusaban diciendo que los peces y las aves del lago ya les proporcionaban suficiente carne, pero Hester sospechaba que, en realidad, se debía a que los hermosos pelajes y los grandes y oscuros ojos de los ciervos tocaban sus corazones y desviaban su puntería. Hester no tenía el corazón blando y cazar era lo que mejor se le daba. Le gustaban la quietud y la soledad matutinas que encontraba en los bosques y a veces disfrutaba de estar

alejada de Wren.

Hester recordaba con melancolía a la risueña niñita que Wren había sido una vez, la que jugaba a chapotear en la orilla del lago o se acurrucaba en su regazo mientras ella le cantaba. Cuando Wren la miraba con amor y recorría con sus dedos regordetes la antigua cicatriz que partía por la mitad su rostro, pensaba que al menos había alguien en el mundo que la amaba por lo que era y no se fijaba en su aspecto. Porque, aunque Tom siempre dijera que él no le daba importancia, Hester nunca podría librarse del vago temor de que, en el fondo, deseara a alguien más guapa que ella.

Sin embargo, Wren creció, y entonces llegó un día, cuando tenía ocho o nueve años, en el que empezó a verla como lo hacían todos los demás. No hizo falta que dijera nada: Hester conocía de sobra aquella mirada lastimera, avergonzada, y se percató de la incomodidad que sentía Wren cuando ambas salían juntas y se encontraban con sus amigos.

Su hija se avergonzaba de ella.

—Solo es una fase —le dijo Tom cuando Hester se quejó. Tom adoraba a Wren, y ella tenía la impresión de que siempre se ponía de su lado—. Se le pasará pronto. Ya sabes cómo son los niños.

No, Hester no sabía cómo eran los niños. Su propia infancia se había truncado siendo ella muy joven, cuando su madre y el hombre que hasta entonces creía que era su padre habían sido asesinados por su verdadero padre, Thaddeus Valentine. No tenía la más remota idea de lo que era ser una chica normal. A medida que Wren crecía, se volvía más y más testaruda y la curvada nariz de su abuelo comenzaba a destacar en su rostro como un cuchillo clavado en un retrato y a Hester le resultaba más difícil ser paciente con ella. Una, tal vez dos veces, se descubrió deseando, llena de culpa, que Wren no hubiera nacido nunca y que Tom y ella estuvieran solos, como en los viejos tiempos, surcando los Caminos de las Aves.

* * *

Cuando Wren, por fin, se despertó, el sol estaba alto. A través de la ventana le llegaban los gritos de los pescadores en el embarcadero, la risa de los niños y el constante golpeteo del hacha mientras su padre cortaba leña en el jardín. Aún conservaba un leve sabor a chocolate en la boca. Se quedó tumbada durante un momento, disfrutando de la idea de que nadie a quien pudiera oír, ninguna otra persona en todo Vineland sabía lo que ella sabía. Entonces salió de la cama y corrió al baño a lavarse. Su reflejo la miró desde el espejo manchado que había encima del lavabo: una cara alargada, estrecha, astuta. Odiaba su nariz ganchuda y los granitos dispersos que le rodeaban la boca, demasiado pequeña, pero sus ojos le gustaban: eran grandes y anchos y tenía las pupilas de un gris profundo. «Ojos de marinera», los había llamado su padre una vez y, aunque Wren no estaba del todo segura de qué

significaba aquello, le gustaba cómo sonaba. Se recogió el cabello cobrizo y recordó que Gargle le había dicho que era guapa. Nunca antes se había considerado guapa, pero ahora se daba cuenta de que el ladrón estaba en lo cierto.

Bajó corriendo al piso inferior y encontró la cocina vacía. Las camisas de su madre colgaban, blancas, de la cuerda que había al otro lado de la ventana. Su madre era extrañamente presumida en lo relativo a su ropa. Vestía como un hombre, con prendas que había tomado de las tiendas abandonadas de la Boreal Arcade, y estaba obsesionada con mantenerlas siempre limpias, planchadas y a salvo de las polillas, como si llevar ropa buena pudiera hacer que la gente se olvidara del horroroso amasijo de cicatrices que tenía a modo de rostro. Mientras se servía un vaso de leche de la despensa y untaba miel en una de las tortitas de avena del día anterior, Wren pensó que aquel no era más que otro ejemplo de lo triste que era. Todo lo demás iba bien, pero a ella le resultaba muy difícil asumir que su madre tuviera un aspecto tan raro. El padre de Tildy, el viejo señor Smew, apenas medía un metro, pero él era un hombre de Anchorage de pura cepa, así que, en realidad, ya nadie reparaba en su estatura. Sin embargo, el caso de su madre era distinto. Ella era antipática, así que nadie se olvidaba nunca de lo espantosa que era, y también era forastera. Y a veces eso hacía que también Wren se sintiera una forastera.

Tal vez fuera ese el motivo que le hacía sentirse tan atraída por los muchachos perdidos. Tal vez Gargle hubiera detectado esa peculiaridad y fuera eso lo que le había llevado a confiar en ella.

Salió al jardín, todavía comiéndose su tortita de avena y teniendo cuidado de no manchar de miel las camisas de su madre. Su padre estaba colocando un madero tras otro sobre el tocón para cortarlos por la mitad con el hacha. Iba tocado con su viejo sombrero de paja, porque el cabello castaño ya no le cubría toda la coronilla y a veces se le quemaba la calva. Dejó de trabajar en cuanto vio a Wren y se sentó, llevándose una mano al pecho. A Wren le pareció que se alegraba de tener una excusa para tomarse un descanso y se preguntó si la vieja herida habría vuelto a dolerle, pero lo único que dijo fue:

—Bueno, ¿ya te has despertado?

—No, estoy sonámbula —respondió ella, dándole una patada a unos cuantos trozos de madera para apartarlos del sitio y sentarse a su lado. Le besó la mejilla y apoyó la cabeza en su hombro.

Las abejas zumbaban alrededor de las colmenas que había al fondo del patio y Wren se quedó ahí sentada, escuchándolas y preguntándose cómo sacar el tema del Libro de Hojalata de Anchorage. Entonces, decidió preguntarle otra cosa.

—Papá —le dijo—, ¿te acuerdas de los muchachos perdidos?

Su padre se mostró incómodo, como siempre que le preguntaba por los viejos tiempos. Jugueteó con la pulsera que llevaba en la muñeca, el ancho brazalete nupcial de oro rojo en el que sus iniciales se entrelazaban con las de su madre.

—Los muchachos perdidos… —dijo—. Sí, no creo que pueda olvidarlos.

—Estaba pensando en ellos —replicó Wren—. ¿Eran muy malos?

—Bueno, ya conoces a Caul —dijo su padre—. Él no es malo, ¿verdad?

—Es un poco raro.

—Bueno, puede, pero es un buen hombre. Si estuvieras en apuros, sabes que podrías contar con Caul. Que encontráramos este lugar fue gracias a él. Si no hubiera escapado de Grimsby y no nos hubiera traído el mapa de Snøri Ulvaeusson…

—Ah, esa historia me la sé —respondió Wren—. De todas maneras, no me refería a él. Estaba pensando en los otros, en los que conociste en Grimsby. Esos sí que eran bastante malos, ¿verdad?

Tom sacudió la cabeza.

—Su líder, el Tío, era una buena pieza. Les obligaba a hacer cosas malas, pero creo que los muchachos perdidos, en sí, eran una mezcla de buenos y malos, la misma que encontrarías en cualquier sitio. Había un chavalín que se llamaba Gargle, me acuerdo de él. Fue el que salvó a Caul cuando el Tío intentó matarle, y quien le dio el mapa para que nos lo trajera.

—¿Así que era tan valiente como Caul?

—En cierto modo, sí lo era.

—¿Y lo conociste? ¿Cuántos años tenía?

—Ah, no era más que un chiquillo, como te he dicho —dijo su padre, pensando en su breve y aterradora estancia con los muchachos perdidos—. Nueve o diez. Puede que menos.

Wren se sintió satisfecha. Si Caul tenía nueve años cuando su padre le conoció, ahora no podía tener más de veinticinco, así que no era mucho mayor que ella. Y era una buena persona que había ayudado a salvar Anchorage.

—¿Y a qué se debe este repentino interés? —le preguntó su padre.

—Ah, a nada —respondió Wren con naturalidad.

Le resultaba raro mentirle a su padre. Era la persona que más quería en el mundo entero. Siempre había tratado a Wren como a una amiga, no como a una niña, y hasta aquel momento, ella siempre se lo había contado todo. De repente, sintió una fuerte necesidad de contarle también lo que había pasado en la orilla septentrional y preguntarle cómo debía actuar. Pero no podía hacer eso, ¿verdad? No sería justo para Gargle.

Su padre seguía mirándola con expresión confusa, así que dijo:

—Es solo que estaba pensando en ellos, nada más.

—¿Porque están perdidos? —le preguntó su padre—. ¿O porque son muchachos?

—Adivina —dijo Wren. Se terminó la tortita de avena y le plantó un pegajoso beso en la mejilla—. Voy a ver a Tildy. ¡Hasta luego!

Salió por la puertecilla que había en un lateral del jardín y bajó por Dog Star Court mientras la luz del sol le brillaba en el cabello, y Tom la contempló de pie hasta que ella dobló la esquina. Se sentía orgulloso de su alta y hermosa hija, y después de tantos años, aún seguía asombrado de que Hester y él hubieran creado a aquella

nueva persona.

Entre las sombras, bajo el montón de madera cortada, una cámara cangrejo inalámbrica ponía el objetivo en él. Mientras tanto, en una de las grutas submarinas que había en uno de los islotes más pequeños, su imagen parpadeaba en una pantalla redonda y azul.

—¡Casi nos descubre! —dijo el muchacho llamado Fishcake—. ¡Va a darse cuenta!

Gargle le dio una palmadita en el hombro.

—No te preocupes. Natsworthy es tan imbécil como todos los demás. No sospecha nada.

* * *

Wren se dirigió a buen paso a la casa de los Smew, pero no giró al llegar a la puerta. Sabía perfectamente que aquella mañana Tildy y su familia estarían en el huerto cogiendo manzanas. Incluso había prometido ir a ayudar. ¿Cómo podría imaginarse que encontraría algo mucho más importante que hacer?

Atajó por la Boreal Arcade, contemplando su reflejo en los polvorientos escaparates de las antiguas tiendas; recorrió Rasmussen Prospekt a la carrera y luego subió por la rampa que llevaba al Palacio de Invierno. Las enormes puertas siempre estaban abiertas en verano. Wren entró corriendo y gritó: «¿Señorita Freya?». Sin embargo, la única respuesta que recibió fue el eco de su propia voz, que le llegó rebotando desde los altos techos. Salió fuera de nuevo, siguió el sendero de grava que recorría el perímetro del palacio y encontró a la señorita Freya en su jardín, recogiendo alubias y depositándolas en una cesta.

—¡Wren! —la saludó alegremente.

—Hola, señorita Freya.

—Oh, llámame solo Freya, por favor —respondió la señorita Freya, dejando su cesta en el suelo.

Parecía que el único empeño vital de la señorita Freya era convencer a todo el mundo de que la llamaran Freya, a secas, pero no parecía haber tenido demasiado éxito. Los más viejos del lugar todavía la recordaban como la última heredera de la Casa de Rasmussen y aún gustaban de llamarla margravina, o Su Fulgor, o Luz de los Campos de Hielo. Para los más jóvenes, era su maestra, así que siempre la llamaban «señorita Freya».

—Al fin y al cabo —siguió sonriendo a Wren mientras se limpiaba con un pañuelo el sudor de su regordete rostro—, ya no eres mi alumna. Tal vez, pronto seamos compañeras. ¿Has vuelto a pensar sobre lo de venir a ayudarme con los más pequeños cuando la cosecha de manzanas haya terminado?

Wren intentó comportarse como si la idea le entusiasmara, pero no se

comprometió a hacerlo. Temía que, si aceptaba ayudarle a dirigir la escuela, terminaría como la señorita Freya, convertida en una señora gorda, amable y soltera. Para cambiar de tema lo más rápidamente posible, le preguntó:

—¿Puedo echar un vistazo en la biblioteca?

—¡Por supuesto! —respondió la señorita Freya, tal y como Wren sabía que haría —. No es necesario que me pidas permiso. ¿Hay algún libro en concreto que…?

—Uno que mi padre mencionó una vez. El Libro de Hojalata.

Wren se sonrojó al mencionarlo, porque no estaba acostumbrada a decir mentiras, pero la señorita Freya no se dio cuenta:

—¿Esa antigualla? —respondió—. Oh, casi ni puede considerarse un libro, Wren. Se trata más bien de una curiosidad. Otra de las muchas cosas que la Casa de Rasmussen me dejó en herencia.

Fueron juntas a la biblioteca. Wren pensó que no era demasiado sorprendente que los muchachos perdidos necesitaran su ayuda. Aquella gigantesca estancia estaba llena de libros desde el suelo hasta el techo, todos ordenados según un sistema que solo la señorita Freya conocía. Había viejos ejemplares en rústica de Chung-Mai Spofforth y Rifka Boogie junto a los cofres de madera donde se guardaban valiosos pergaminos antiguos y grimorios. Los cofres estaban marcados en la parte trasera con pequeñas letras doradas donde estaban escritos los nombres de los libros que contenían, pero muchos estaban demasiado desgastados y desvaídos como para resultar legibles. Además, seguramente, los muchachos perdidos no eran demasiado buenos lectores. ¿Cómo iba a saber un pobre ladrón por dónde empezar?

La señorita Freya utilizó una escalerilla portátil para llegar a una de las estanterías superiores. Estaba demasiado rolliza como para trepar a una de las enclenques escaleras de mano y Wren se sintió culpable y temió que pudiera caerse, pero la señorita Freya sabía exactamente lo que estaba buscando y no tardó mucho en estar de nuevo en el suelo, sonrojada a causa del esfuerzo y sosteniendo en sus manos un cofre con el escudo de la Casa de Rasmussen incrustado en hueso de narval.

—Echa un vistazo —le dijo mientras lo abría con una llave que había descolgado de un gancho de la pared de al lado.

En el interior, sobre un revestimiento de seda de silicona, descansaba el objeto que Gargle había descrito. Era un libro de unos quince centímetros de alto por unos veinte de ancho, compuesto por veinte láminas de hojalata unidas por un tosco canutillo de alambre. Las páginas eran gruesas y mates y estaban salpicadas de manchas de óxido. Los bordes estaban doblados para evitar que los lectores se cortaran los dedos con el metal serrado. En la cubierta, alguien había arañado un círculo en cuyo interior había un águila toscamente dibujada: alrededor de la circunferencia había letras, y también debajo, pero todas estaban demasiado desvaídas como para que Wren pudiera distinguir las palabras que estaban escritas. El resto de las páginas habían envejecido mejor y las largas hileras de letras, números y símbolos que habían sido laboriosamente tallados en su superficie aún eran levemente

legibles. En cuanto a lo que pudieran significar, de eso Wren no tenía la más remota idea. El desvaído sello de papel de la contracubierta, estampado con el escudo de armas de Anchorage y las palabras *Ex libris Rasmussen*, era lo único que tenía para ella algún sentido.

—No es muy impresionante, ¿verdad? —le preguntó la señorita Freya—. Aunque se supone que es muy antiguo. Hay una leyenda sobre él que el historiador Wormwold cita en su *Historia anchoragia*. Hace mucho tiempo, durante el terrible periodo posterior a la Guerra de los Sesenta Minutos, los habitantes de Anchorage no eran más que refugiados al mando de una pequeña flota de barcos que recorrían los mares del norte haciendo aguas, siempre en busca de una isla en la que poder reconstruir su ciudad. Por el camino encontraron un submarino que había naufragado. Las plagas y las tormentas de radiación habían acabado con toda la tripulación, excepto con un hombre, que se moría. Aquel hombre le dio un documento a mi antepasada, Dolly Rasmussen, y le pidió que lo preservara a toda costa. Así que ella lo conservó y fue pasando de las madres a las hijas de la Casa de Rasmussen durante generaciones hasta que el papel empezó a desintegrarse. Entonces mandaron hacer una copia, pero como en aquella época el papel era un bien escaso, lo escribieron sobre latas de comida aplanadas a golpe de martillo. Por supuesto, la gente que lo reprodujo no debía de tener mucha más idea de lo que significaba que tú o que yo. El simple hecho de que procediera del mundo perdido antes de la guerra era suficiente para convertirlo en sagrado.

Wren pasó las páginas de metal y el cable que las mantenía unidas rechinó y chirrió. Intentó imaginar cómo había trabajado aquel escriba del pasado que con tanto esfuerzo había grabado aquellos símbolos: a la luz de una lámpara de sebo de foca en la oscuridad de aquel invierno que había durado varios siglos, copiando cada ondulante columna en un intento desesperado por salvar algo de un mundo que la guerra había destruido.

—¿Para qué servía? —se preguntó—. ¿Por qué consideraba el hombre del submarino que esto era tan importante?

—Nadie lo sabe, Wren. Tal vez muriera antes de poder decirlo, o tal vez, simplemente, haya acabado por olvidarse. El Libro de Hojalata no es más que uno de los muchos misterios que los Antiguos nos legaron. Lo único que sabemos es que el nombre de un antiguo dios aparece varias veces entre todos estos números: Odín. Así que puede que se trate de un texto religioso. Ah, y el dibujo de la cubierta es el sello presidencial del Imperio americano.

Wren observó el águila con ojo crítico.

—A mí me parece más bien una especie de pájaro.

La señorita Freya rio. Estaba hermosa, allí, de pie, bajo el sol del mediodía que se colaba por las ventanas de la biblioteca, tan enorme y dorada como la mismísima diosa Tierra. Wren se dio cuenta de cuánto la quería, y le avergonzó estar planeando robarle. Le hizo un par de preguntas más sobre el Libro de Hojalata, pero en realidad

no le interesaban las respuestas. Devolvió aquel objeto lo antes que pudo y dejó a la señorita Freya con sus labores de jardinería y la promesa de que regresaría pronto para hablar sobre la posibilidad de convertirse en maestra.

* * *

El día transcurría deprisa. La sombra del Palacio de Invierno barría las plataformas oxidadas de la ciudad a medida que el sol iba ascendiendo en el cielo. Pronto sería hora de que Wren acudiera a su cita con Gargle. Estaba empezando a sentirse cada vez más nerviosa al respecto. Por galante, valiente y atractivo que fuera, y por mucho que le gustara la idea de ayudar a los muchachos perdidos, no podía robarles a las personas que había conocido durante toda su vida. Tarde o temprano, alguien echaría en falta el Libro de Hojalata y, cuando eso sucediera, la señorita Freya recordaría el interés que Wren había demostrado en el libro y sabría quién había sido el responsable.

Y, de todos modos, ¿qué era el Libro de Hojalata? ¿Por qué Gargle lo deseaba tanto? Wren no era ninguna estúpida. Sabía que los documentos de la Era Antigua a veces contenían la clave de cosas realmente peligrosas: su padre le había contado que Londres, la ciudad en la que se había criado, había volado entera en pedazos por culpa de una máquina llamada MEDUSA. ¿Y si el Libro de Hojalata contenía las instrucciones para construir algo similar y Gargle había encontrado una manera de descifrarlo?

Se paseó por la zona sur de Anchorage y bajó los desgastados escalones que los pescadores usaban para llegar al muelle. Se sentó a la sombra de una antigua y herrumbrosa unidad de tracción mientras intentaba decidir qué hacer. Su gran secreto, el mismo que tan emocionante le había parecido, estaba empezando a convertirse en una carga. Deseó tener a alguien con quien poder compartirlo. Pero ¿quién? Desde luego, no con su madre, ni con su padre, ni con la señorita Freya. Ellos se horrorizarían ante la sola idea de que los muchachos perdidos estuvieran en Vineland. Probablemente, Tildy también se dejaría llevar por el pánico. Se imaginó contándoselo a Nate Sastrugi y pidiéndole que la ayudara, pero por algún motivo, ahora que conocía a Gargle, Nate Sastrugi ya no le parecía tan atractivo: no era más que un crío, bastante soso y lento de entendederas, que no sabía prácticamente de nada que no fuera pescar.

No se fijó en el bote de remos que se dirigía hacia la playa hasta que su madre salió de él y le gritó:

—¿Wren? ¿Qué estás haciendo? Ven y ayúdame con esto.

«Esto» era una pobrecita cierva, más muerta que una piedra y con un agujero en el pecho. Su madre estaba arrastrándola fuera del bote y preparándose para subirla a Dog Star Court, despiezarla y salar su carne para el invierno. Wren se levantó y fue

hacia ella, pero entonces se dio cuenta de lo alto que estaba el sol.

—¡No puedo! —le dijo.

—¿Qué?

—He quedado con alguien.

Hester soltó la cierva y se quedó mirándola.

—¿Con quién? Espero que no sea el muchacho de los Sastrugi.

Wren estaba tratando de evitar comenzar otra discusión, pero el tono de voz de su madre bastó para que su genio se encendiera.

—Bueno, ¿y por qué no? —le preguntó—. ¿Por qué no debería? Yo no tengo por qué sentirme todo el tiempo tan miserable como tú. Ya no soy una niña. Solo porque tú no le gustaras a ningún chico cuando tenías mi edad…

—Cuando yo tenía tu edad —le dijo su madre en un tono grave y amenazador— vi cosas a las que tú no darías crédito. Sé de lo que es capaz la gente. Por eso tu padre y yo siempre hemos intentado protegerte y mantenerte a salvo y cerca de nosotros.

—¡Ay! Estoy perfectamente a salvo —respondió Wren, con amargura—. ¿Qué te piensas que me va a pasar en Vineland? Aquí nunca le pasa nada a nadie. Siempre estás dando a entender lo mal que lo pasaste y diciéndome la suerte que tengo en comparación contigo, pero me apuesto lo que quieras a que tu antigua vida era mucho más emocionante que esto. ¡Apuesto a que papá también lo cree! He visto cómo mira la foto de vuestra vieja nave. Le gustaba estar en el mundo, volando por ahí, y apuesto que aún lo estaría haciendo si no se hubiera quedado aquí atrapado contigo.

Su madre la golpeó. Fue una bofetada fuerte, repentina, con el dorso de la mano abierta. Cuando la cabeza de Wren cayó hacia atrás, el brazalete nupcial de su madre le rozó la mejilla. Wren no había recibido una bofetada desde que era pequeña. Notó que la piel le escocía, y cuando se tocó el lugar donde el brazalete la había rozado, unas gotitas de sangre brillante le impregnaron los dedos. Intentó hablar, pero lo único que pudo hacer fue aspirar aire.

—Espera —dijo bruscamente su madre.

Parecía casi tan sorprendida como Wren. Extendió la mano para tocarle la cara, ahora con suavidad, pero Wren se zafó de ella y corrió por la playa hasta las frescas sombras bajo Anchorage, volando por la ciudad antigua hasta los pastos que había detrás mientras la voz de su madre le gritaba con furia desde algún lugar: «¡Wren! ¡Vuelve! ¡Ven aquí ahora mismo!». Se mantuvo en el límite del bosque para que los recolectores de los huertos no la vieran y corrió y corrió, casi sin pensar hacia dónde se dirigía, hasta llegar, llorosa y sin aliento, a los riscos que había en la cima de la isla. Allí es donde Gargle la estaba esperando.

# 5

# Noticias del mar

Fue todo bondad y preocupación mientras la acomodaba sobre una roca cubierta de musgo, se quitaba el pañuelo que llevaba al cuello para secarle la cara y le sostenía la mano hasta que se calmó lo suficiente como para hablar.

—¿Qué pasa, Wren? ¿Qué va mal?

—Nada. Nada, en realidad. Mi madre, eso es todo. La odio.

—Bueno, estoy seguro de que eso no es verdad. —Gargle se arrodilló junto a ella. Wren no creía que Gargle hubiera mirado otra cosa que no fuera su rostro desde que se lo había encontrado, y sus ojos, tras los cristales azules ahumados que llevaba puestos, eran los de un amigo, amables y preocupados—. Tienes suerte de tener una madre —le dijo—. Nosotros, los muchachos perdidos, fuimos raptados de pequeños. Ninguno de nosotros sabe quiénes son nuestras madres o nuestros padres, aunque a veces soñamos con ellos y pensamos en lo bonito que sería poder conocerlos. Si tu madre es dura contigo, creo que eso demuestra que se preocupa por ti.

—Tú no la conoces —dijo Wren, que tuvo que contener el aliento para dejar de hipar. Cuando por fin lo consiguió, añadió—: He visto el libro.

—¿El Libro de Hojalata? —Gargle parecía sorprendido, casi como si hubiera estado tan preocupado por Wren que hubiera olvidado lo que le había llevado a Vineland en realidad—. ¡Gracias! —le dijo—. Has hecho en una mañana lo que a la tripulación de una lapa le hubiera llevado una semana o más. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Wren—. O sea, no sé si debería decírtelo. No, a menos que me cuentes qué es. La señorita Freya me ha explicado toda su historia, pero… ¿Por qué iba a querer tenerlo alguien? ¿Para qué sirve?

Gargle se levantó y se apartó de ella, clavando la mirada en algún lugar más allá de los pinos. Wren pensó que parecía enfadado, y temió haberle ofendido, pero cuando Gargle se volvió de nuevo hacia ella, solamente parecía apenado.

—Tenemos problemas, Wren —le dijo—. ¿Has oído hablar del profesor Pennyroyal?

—Por supuesto —dijo Wren—. Disparó a mi padre. Estuvo a punto de llevar a Anchorage a la ruina. Les robó la nave a mis padres y escapó volando en ella.

—Bueno, pues escribió un libro sobre esto —dijo Gargle—. Se llama *El oro del depredador* y en él habla sobre los que él denomina «piratas parásitos», piratas que emergen de debajo del hielo para saquear ciudades. La mayoría son patrañas, pero se ha vendido como churros en las ciudades de las que solíamos vivir: las ciudades-balsa del Atlántico norte y las corredoras del hielo. Todas empezaron a instalar alarmas

antirrobo de Vieja Tecnología y a revisar los fondos en busca de parásitos una vez al día, lo que complica bastante el que una lapa se enganche a ellas.

Wren pensó en el profesor Pennyroyal. Llevaba toda la vida escuchando historias sobre aquel hombre malvado. Había visto la larga cicatriz con forma de *L* en el pecho de su padre, allí donde la señora Scabious había tenido que abrir para extraerle la bala. ¡Y ahora resultaba que los muchachos perdidos también eran víctimas de Pennyroyal!

—Pero sigo sin entender por qué necesitáis el Libro de Hojalata —dijo Wren.

—Hemos tenido que enviar a nuestras lapas cada vez más al sur —explicó Gargle—. Hasta el mar Medio y el océano Austral, donde las ciudades-balsa no se preocupan tanto por la vigilancia. O, al menos, no lo hacían. El verano pasado empezamos a perder lapas. Tres marcharon al sur y nunca más volvieron. Ni una palabra, ni una señal de alarma, nada. Sospecho que una de esas ciudades se ha hecho con alguna especie de artefacto que le permite vernos llegar y está hundiendo o capturando nuestras lapas. Y si alguno de los nuestros es capturado y torturado y habla…

—¿Podrían ir a buscar Grimsby?

—Exactamente. —Gargle la observó atentamente, como si se alegrara de haber elegido contarle todo aquello a una muchacha inteligente y perspicaz. Volvió a cogerle las manos—. Necesitamos algo que vuelva a darnos ventaja con los secos, Wren. Por eso necesito el Libro de Hojalata.

—Pero no es más que un montón de viejos números —dijo Wren—. Procede de un antiguo submarino americano…

—Precisamente —dijo Gargle—. Los Antiguos tenían submarinos muy superiores a cualquiera de los que podemos tener nosotros. Barcos del tamaño de ciudades que podían dar la vuelta al mundo entero sin tener que salir a tomar aire ni una sola vez. Si poseyéramos ese tipo de tecnología, nunca más tendríamos que temer a los secos. Podríamos poner Grimsby entera en movimiento y nadie nos encontraría nunca.

—Entonces, ¿crees que el Libro de Hojalata es el plano de un submarino?

—Tal vez no sea exactamente eso, pero puede que contenga las claves suficientes como para ayudarnos a comprender cómo funcionaban. Por favor, Wren, dinos dónde está.

Wren sacudió la cabeza.

—La señorita Freya y los demás no son tan temibles como piensas —le prometió—. Baja a la ciudad conmigo. Preséntate. Le he preguntado a mi padre sobre ti. Dice que ayudaste a salvar Vineland. Y Pennyroyal os ha hecho daño, igual que a nosotros. Estoy segura de que la señorita Freya estaría encantada de entregarte el Libro de Hojalata como regalo.

—Me encantaría, Wren —suspiró Gargle—. De verdad que sí. Pero llevaría tiempo. Habría muchas explicaciones que dar, demasiadas desconfianzas que superar.

Y, durante el tiempo que pasáramos aquí, otras lapas desaparecerían y quien sea que se está haciendo con ellas podría tener ya a Grimsby en su punto de mira. Lo siento, Wren. Tenemos que hacerlo a la manera de los muchachos perdidos. Dime dónde está el libro, lo robaremos esta noche y nos marcharemos. Y, tal vez, cuando lo tengamos y Grimsby esté a salvo de nuevo, entonces pueda regresar y presentarme y haya paz y camaradería entre nuestras dos ciudades.

Wren se soltó de él y, escabulléndose entre los árboles, corrió hasta un lugar en lo alto desde donde podía contemplar los tejados de Anchorage. No iba en serio respecto a lo de regresar algún día, de eso estaba segura. Lo había dicho únicamente para hacerla sentirse mejor. Cuando se marchara de aquel lugar, jamás regresaría. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando tenía un mundo entero por el que deambular? Un mundo de ciudades que flotaban, volaban y rodaban bajo cielos cuajados de aeronaves. A eso es a lo que regresaría Gargle, mientras que ella a lo único que podía aspirar era a convertirse en la ayudante de la señorita Freya, a envejecer y aburrirse en Anchorage para, un día —si su madre se lo permitía—, convertirse en la señora de Nate Sastrugi y tener un montón de niños aburridos propios.

—Wren —dijo Gargle a sus espaldas.

—No —respondió ella. Se dio media vuelta para mirarle, intentando que la voz no le temblara demasiado—. No, no te diré dónde encontrar el libro. Lo robaré yo misma y te lo traeré esta noche. Y luego me iré contigo. —Wren rio e hizo un amplio gesto con ambos brazos, tratando de abarcar Anchorage, el lago, las colinas que había tras la ciudad, el Continente Muerto al completo—. Odio este lugar. Es demasiado pequeño para mí. Quiero ir contigo cuando te marches. Quiero conocer Grimsby y el Territorio de Caza y las ciudades-tracción y los Caminos de las Aves. Ese es mi precio. Te traeré el Libro de Hojalata si tú me llevas contigo cuando te vayas de aquí.

# 6

## Estamos creando un nuevo mundo

La doctora Zero se tomaba muy en serio su trabajo. A veces lo alargaba hasta bien entrada la noche, hasta mucho después de que Manufactura de Stalkers estuviera silenciosa y vacía, con sus dedos ocupados en manipular el interior de la cavidad pectoral de Shrike o su cerebro abierto. Y, mientras trabajaba, hablaba con el stalker, poniéndole al día sobre todas las cosas que se había perdido durante los años que había pasado en la tumba. Le contó cómo la facción extremista llamada Tormenta Verde había tomado el poder en las naciones antitraccionistas de la antigua Asia y del norte, y sobre su larga guerra contra las ciudades-tracción. Le habló acerca de su líder inmortal, la stalker Fang.

—¿UNA STALKER? —preguntó él, sorprendido.

Estaba empezando a acostumbrarse a los stalkers de la Tormenta Verde, objetos descerebrados y sin rostro que ni siquiera podían recargarse solos y a los que, por tanto, había que extraer y reemplazar trabajosamente las baterías tras unos pocos días en acción. Eran el tipo de criaturas que tan mala fama otorgaban a los muertos vivientes. Era incapaz de imaginar a ninguno de ellos liderando un ejército.

—Oh, la stalker Fang no se parece en absoluto al resto —le aseguró la doctora Zero—. Es hermosa y brillante. Tiene un cerebro de Vieja Tecnología, como el tuyo, y todo tipo de adaptaciones especiales. Se construyó usando el cuerpo de una famosa agente de la Liga, Anna Fang. A la Tormenta le gusta que la gente piense que Anna Fang ha regresado de entre los muertos para liderar nuestra gloriosa guerra contra los bárbaros.

La idea de la guerra agitó los instintos más enterrados en el cerebro de stalker de Shrike. Flexionó las manos, pero las cuchillas que sabía que albergaba en su interior no aparecieron.

—He extirpado tus gujas dactilares —dijo la doctora Zero.

—¿CÓMO VOY A LUCHAR SI ESTOY DESARMADO? —le preguntó.

—Señor Shrike —respondió la doctora Zero—, si lo que necesitáramos solo fuera otro torpe stalker de combate, podría haber construido uno yo misma. No hay escasez de cadáveres que resucitar, precisamente. Pero usted es una antigüedad, algo mucho más complejo que cualquier cosa que podamos construir nosotros. Usted no es solo un objeto, es una persona. —Tocó sus inofensivas manos—. Ha sido un buen cambio, trabajar en un stalker que no sea otro simple soldado.

* * *

Una aeronave llamada La Tristeza de las Cosas llegó para llevar a Shrike a un lugar denominado Comando Avanzado. Permaneció junto a la doctora Zero en la góndola de observación mientras volaban hacia el oeste, sobre las montañas coronadas de nieve, y luego sobre las llanuras del Territorio de Caza oriental, que ahora pertenecía a la Tormenta Verde y estaba salpicado aquí y allá por las ruinas de una ciudad-tracción destruida que se oxidaba en la hierba.

—Todo este terreno fue capturado durante las primeras semanas de la guerra, hace casi catorce años —dijo la doctora Zero, aún deseosa de ilustrar a su paciente—. En un primer momento, a los bárbaros los pilló completamente desprevenidos que nuestras flotas aéreas descendieran sobre ellos desde las montañas. Nos dirigimos al oeste, pastoreando delante de nosotros a las aterrorizadas ciudades, aplastando a cualquiera que se atreviera a dar media vuelta y combatir. Poco a poco, las ciudades empezaron a agruparse unas con otras y a defenderse. Una fusión de ciudades industriales germanoparlantes que se hacía llamar la Traktionstadtsgesellschaft detuvo nuestro avance hacia el oeste y nos empujó a los pantanos Rustwater, al tiempo que una turba de ciudades-tracción eslavas atacaba nuestros campamentos de Kamchatka y del Altai Shan. Desde entonces, la situación se ha estancado. A veces somos nosotros quienes avanzamos hacia el oeste y destruimos unas cuantas ciudades nuevas, y a veces son ellos quienes avanzan hacia el este y devoran unos cuantos fuertes o granjas.

A sus pies, el paisaje se transformaba, perforado y hendido por los recientes combates. Los gigantescos cráteres que habían dejado los bombardeos resplandecían como espejos cosidos a un manto de fango. Desde aquella altura, las vastas huellas de cadenas tractoras de los suburbios enemigos combatientes y las intrincadas trincheras y fuertes de la Tormenta parecían prácticamente idénticas.

—Dicen que estamos devolviendo el verdor al mundo —suspiró la doctora Zero —, pero lo único que estamos consiguiendo es convertirlo en fango…

* * *

El Comando Avanzado resultó ser una ciudad capturada: una población pequeña de cuatro niveles que se erigía, inmóvil, en la ladera de una colina en el confín norte de los pantanos Rustwater. Sus cadenas tractoras yacían enroscadas en el fango que la rodeaba. Las ruedas y los niveles inferiores estaban chamuscados y desvencijados, pero en los niveles superiores las luces asomaban, tenues, en el crepúsculo cada vez más cerrado. Las naves de guerra llegaban y partían desde los improvisados aeródromos mientras las bandadas de pájaros daban vueltas sobre los tejados

destrozados. A Shrike le sorprendió presenciar las inteligentes maniobras de las aves para evitar las naves, hasta que La Tristeza de las Cosas pasó junto a uno de ellos y reparó en que no eran pájaros vivos, sino aves stalker, cuyos ojos brillaban con la misma siniestra luz verde que los suyos y sus picos y garras habían sido sustituidos por cuchillas. Abajo, discurriendo por carreteras apisonadas en el barro, marchaban más stalkers, algunos con aspecto humanoide y otros colosales, con forma de cangrejo y varias patas.

—LA TORMENTA VERDE TIENE MUCHOS STALKERS —observó.

—La Tormenta Verde los necesita en gran cantidad, con tantas batallas que librar —contestó la doctora Zero.

La Tristeza de las Cosas tomó tierra en una pista de aterrizaje bajo los muros del ayuntamiento de la ciudad. Allí los esperaba un hombre, un anciano calvo vestido con prendas ribeteadas de piel, que se estremecía ante las esporádicas ráfagas de metralla procedentes de los pantanos occidentales. Sonrió complacido cuando vio que Shrike descendía por la rampa de desembarco.

—¡Shrikey! ¡Cómo me alegro de verte de nuevo de una pieza! ¿Te acuerdas de mí? Yo era uno de los antiguos asistentes de Twixie. La ayudaba a examinarte cuando estábamos en el pobre y viejo Londres.

El cerebro de Shrike, que antaño almacenaba imágenes de diez mil nacidos una vez, ahora solo recordaba el rostro de la doctora Zero y el de unos cuantos técnicos de la Manufactura de Stalkers. Contempló los dientes del anciano, que ya empezaban a amarillear, y el tatuaje de una rueda roja hundido en las arrugas que había entre sus pobladas cejas, y luego se volvió hacia la doctora Zero como un niño que acude a su madre en busca de consuelo.

—Este es el doctor Popjoy —apuntó ella en voz baja—. El fundador de los Cuerpos de Resurrección y el cirujano mecánico personal de nuestra líder. —Entonces, dirigiéndose al anciano, le dijo—: Me temo que el señor Shrike conserva pocos recuerdos de su antiguo servicio, doctor Popjoy. Esa sección de su cerebro resultó gravemente dañada; no he sido capaz de desencriptarla.

—Lástima —dijo Popjoy sin prestar atención—. Habría sido agradable tener una pequeña charla sobre los viejos tiempos. Aunque supongo que es lo mejor. —Dio un par de vueltas completas alrededor del stalker y estiró una mano para palmear la nueva y brillante armadura de Shrike y pellizcar los cables que surgían de su cráneo de acero—. ¡Excelente! —rio—. ¡Un trabajo muy fino, tesoro! Ni yo mismo lo habría hecho mejor.

—Solo busco complacer a la stalker Fang —respondió, sumisa, la doctora Zero.

—Como todos, tesoro. Ahora, vamos; será mejor que subamos. Nos está esperando.

* * *

En los largos pasillos del edificio ardían lámparas de queroseno. Nacidos una vez uniformados corrían gritando órdenes, agitando hojas de papel y hablando a voz en grito por sus transmisores de campaña. La mayoría de ellos se había teñido el pelo de verde como símbolo de lealtad a la Tormenta. Intercambiaban entrecortados códigos de combate que Shrike descubrió que podía entender a la perfección; obra de la doctora Zero, sin duda. Mientras los seguía a ella y a Popjoy por las anchas escaleras, se preguntó qué otros ajustes le habría hecho la doctora.

En lo alto de las escaleras había un par de puertas de cobre salpicadas de impactos de bala.

—Cuerpo de Resurrección —dijo Popjoy cuando los centinelas se pusieron en guardia—. Entrega para Su Excelencia.

Las puertas se abrieron de par en par. La estancia que había tras ellas era grande y oscura. Los nuevos ojos de Shrike adoptaron automáticamente el modo de visión nocturna y vio que la pared del fondo había sido reforzada con una plancha de blindaje. El alargado vano de una ventana, semejante al visor de un yelmo, permanecía abierto, sin vidrio que la protegiera, mirando hacia el oeste. La silueta que se recortaba frente a ella no era del todo humana.

—Su Excelencia… —empezó a decir Popjoy.

—Espera. —Una voz procedente de las tinieblas, un imponente susurro.

Popjoy esperó. En medio de aquel silencio, Shrike detectó el leve sonido del castañeteo de los dientes de la doctora Zero y el agitado tamborileo de su corazón.

De repente, un enorme haz de luz se elevó desde los pantanos occidentales inundando la habitación con un resplandor anaranjado que vibró y cortó la oscuridad mientras el primer gran estallido se dividía en los fogonazos de incontables armas y en los puntitos blancos de las bengalas de fósforo que flotaban a la deriva. El Comando Avanzado se ladeó levemente y el metal muerto chirrió bajo los pies de Shrike. Unos segundos después, el sonido le alcanzó: reverberaciones y golpeteos que llegaban desde la lejanía, como si alguien estuviera moviendo muebles en una estancia distante.

Bañada por la luz de su guerra, la stalker Fang se volvió desde la tronera para saludar a sus visitantes. Vestía una larga túnica gris y su rostro era una máscara funeraria femenina forjada en bronce.

—Nuestra artillería acaba de lanzar un bombardeo en las ciudades a la cabeza de la Traktionstadtsgesellschaft. Dentro de poco despegaré para liderar el ataque terrestre.

—Otra gloriosa victoria, estoy seguro, Fang —dijo la voz de Popjoy desde algún lugar cercano a los tobillos de Shrike.

Entonces, el stalker se fijó en que tanto Popjoy como la doctora Zero se habían arrodillado y tenían el rostro pegado contra la suave madera del suelo.

—Pero no es una victoria definitiva. —La voz de la stalker era como una brisa invernal que hiciera crujir los juncos congelados—. Necesitamos armas más potentes,

Popjoy.

—Y las tendrá, Su Excelencia —le prometió Popjoy—. Estoy en constante búsqueda de raras piezas de Vieja Tecnología que puedan sernos de utilidad. Mientras tanto, le he traído un pequeño presente de parte de Manufactura de Stalkers.

Los ojos almendrados de la stalker Fang refulgieron verdes al posarse sobre Shrike.

—Eres el stalker Shrike —dijo, acercándose con un movimiento fluido—. He visto imágenes de ti. Me dijeron que habías dejado de funcionar.

—Está completamente reparado, Excelencia —dijo Popjoy.

La stalker se detuvo a pocos metros de Shrike para inspeccionarlo.

—¿Qué significa esto, Popjoy? —preguntó.

—Un regalo de cumpleaños, Excelencia. —Popjoy se dio impulso para ponerse en pie, gruñendo por el esfuerzo—. Una sorpresita que se le ha ocurrido aquí a la doctora Zero. Estoy seguro de que se acuerda de Enone Zero, la hija del anciano Hiraku Zero, el experto ingeniero aeronáutico. Es un prodigio: ya es la mejor cirujana mecánica de la Unidad (aparte de este, su servidor, por supuesto). Bueno, Enone tuvo la idea de desenterrar al viejo Shrikey y repararlo para conmemorar el aniversario de su gloriosa Resurrección.

La stalker Fang observó a Shrike sin decir nada. La doctora Zero temblaba tanto que Shrike podía percibir las vibraciones a través del suelo.

—¿No me diga que lo había olvidado? —trinó Popjoy—. Hace diecisiete años que la devolví a la vida en las instalaciones de la Percha de los Bribones. Acaba de cumplir diecisiete dulces años, Fang. ¡Muchas felicidades!

La stalker Fang observó a Shrike con sus impasibles ojos verdes.

—¿Y qué se supone que voy a hacer con él?

La doctora alzó la vista por primera vez.

—Creía…, creía…, creía que se lo quedaría, Excelencia —dijo—. Le servirá bien. Mientras usted se afana en purgar al mundo del cáncer de las ciudades móviles, el señor Shrike podrá ve-ve-velar por usted.

—E-e-eso es —dijo Popjoy, imitando su atemorizado tartamudeo—. Él ve-ve-velará por usted. Es un guardaespaldas tan fuerte como usted misma y poseedor de sus mismos aguzados sentidos.

—Dudo que sea tan fuerte como yo —dijo la nueva stalker.

—¡Por supuesto que no! —se apresuró a corregir Popjoy—. ¡Su Excelencia no necesita guardaespaldas, tesoro! ¡Qué cosas murmuras! —Sonrió con afectación a la stalker, que estaba aguardando—. Simplemente pensé que, tal vez, podría servirle de entretenimiento, Fang.

La stalker Fang ladeó la cabeza, estudiando todavía a Shrike.

—Muy bien. La unidad es impresionante. Asignadlo a mi personal.

Al fondo de la galería se abrió una gran puerta. Un sirviente uniformado hizo una profunda reverencia y anunció:

—Excelencia, su nave está lista para despegar rumbo al frente.

Sin dirigir una sola palabra a Popjoy, la stalker se dio media vuelta y se alejó.

—¡Excelente! —dijo Popjoy, cuando se hubo ido. Se levantó, encendió una lámpara de argón y, cuando la doctora Zero se levantó, le dio una palmadita, haciendo que ella se sonrojara—. Buen trabajo, tesoro. La Flor del Fuego está complacida. Hay quien dice que es imposible saber qué está pensando, pero recuerda que fui yo quien la ensambló, así que me hago una idea bastante buena de lo que ocurre detrás de esa máscara. —Se secó el sudor de la calva con un pañuelo y miró a Shrike—. Bueno, ¿y qué piensa Shrikester de nuestra gloriosa líder?

—ES FUERTE —comentó Shrike.

—Sí que lo es —asintió Popjoy—. Mi mejor obra. Los mecanismos que alberga en su interior son asombrosos. Piezas de un cerebro de stalker más antiguo incluso que el tuyo. Vieja Tecnología; tan extraña que ni siquiera yo estoy del todo seguro de cómo funciona. Nunca he conseguido construir otro como ella. Pero quizá con una baste, ¿eh, Shrikey?

Shrike se dio media vuelta, dándole la espalda a la ventana y a la batalla que tenía lugar en la lejanía. Difusos relámpagos de luz salían propulsados hacia el cielo como si brotaran de una profunda fisura en la tierra. La noche estaba cuajada de aeronaves. Pensó que servir a la stalker Fang sería algo positivo, que sería bueno obedecer a alguien tan fuerte como él en lugar de recibir órdenes de nacidos una vez blandos y fácilmente aplastables. Le sería leal y tal vez, con el tiempo, aquella lealtad acabaría por rellenar los huecos en blanco de su mente y él podría librarse de aquella molesta sensación de haber perdido algo valioso.

«Aquel rostro, aquel rostro lleno de cicatrices».

La imagen aleteó en su mente como una polilla y luego desapareció.

# 7

# Wren se marcha de casa

Era de noche y una lúnula se elevaba por encima de la niebla, sobre las Colinas Muertas. Wren estaba completamente vestida, tumbada en la cama de su casa en Dog Star Court mientras escuchaba las amortiguadas voces de sus padres filtrándose a través de la pared de su dormitorio. Las voces no tardaron mucho en perderse en el silencio. Estaban dormidos. Esperó un poco, solo para asegurarse. A veces, la monotonía de sus vidas le daba ganas de gritar. ¡Estaban dormidos, a aquellas horas, con una noche y una luna tan preciosas! Sin embargo, aquello era perfecto para sus planes. Se calzó las botas, salió sigilosamente de su habitación y bajó las escaleras, notando el peso del Libro de Hojalata de Anchorage en la mochila que llevaba al hombro.

Robarlo había sido tan fácil que ni siquiera le había parecido un robo. «No era un robo», se repetía Wren una y otra vez: la señorita Freya no necesitaba el Libro de Hojalata, y a nadie en Anchorage le importaría que hubiera desaparecido. No era un robo, en absoluto.

A pesar de todo, cuando apoyó la nota que se había pasado la tarde entera escribiendo contra la panera y salió a las calles, plateadas a la luz de las estrellas, no pudo evitar sentir tristeza por el hecho de que su vida en Vineland estuviera a punto de terminar de aquella manera.

* * *

Nada más separarse de Gargle, Wren bajó la colina corriendo y regresó directamente al Palacio de Invierno. La señorita Freya seguía en el jardín, parloteando con la señora Scabious sobre la obra de teatro que los alumnos más pequeños iban a representar en el Festival de la Luna. Wren fue a la biblioteca y bajó el viejo cofre de madera que la señorita Freya le había mostrado poco antes. Sacó el Libro de Hojalata y volvió a cerrar el cofre con llave, colocándolo de nuevo con cuidado en el lugar que ocupaba en la estantería. A través de la ventana abierta, escuchó que la señorita Freya decía:

—Por favor, Windolene, llámame Freya a secas; nos conocemos desde hace tiempo suficiente como para…

Wren salió a hurtadillas de la biblioteca y del palacio y corrió a casa con el Libro de Hojalata cuidadosamente guardado dentro de la chaqueta e intentando no parecer

una ladrona.

* * *

La luna era una pluma a merced del viento, atrapada en los chapiteles del Palacio de Invierno. Una lámpara iluminaba la ventana de Freya Rasmussen. Cuando Wren pasó corriendo por debajo de ella, le vino a la mente un «Adiós, señorita Freya» y sintió como si fuera a llorar.

En casa había sido todavía peor. Había pasado toda la tarde al borde de las lágrimas solo de pensar que iba a tener que separarse de su padre, e incluso había empezado a pensar que iba a echar de menos a su madre. Pero solo sería durante un tiempo. Algún día regresaría convertida en la princesa de los muchachos perdidos y todo iría bien. Antes de irse a la cama le había dado a su padre un abrazo especial que le había sorprendido. Seguramente habría pensado que seguía enfadada por la última bronca que había tenido con su madre.

Bajó al distrito de los motores y caminó con paso veloz hacia el confín de la ciudad. Acababa de dejar atrás la sombra del nivel superior y estaba caminando por una ancha calle entre dos almacenes abandonados cuando Caul se interpuso en su camino.

Wren apretó contra sí la mochila e intentó esquivarlo, pero él se movió para volver a bloquearle el paso. Los ojos le brillaban levemente a través de la jaula que le formaba el cabello.

—¿Qué quieres? —le preguntó Wren, intentando parecer enfadada en lugar de simplemente asustada.

—No debes ir —respondió Caul.

—¿Por qué no? Puedo irme, si quiero. Además, no sé de qué estás hablando.

—De Gargle. Anoche lo vi. Me volví a mirar cuando llegué a lo alto de la colina y te vi salir de esa lapa. ¿Te ha pedido que le ayudes? ¿Has accedido?

Wren no contestó.

—Wren, no puedes fiarte de Gargle —le dijo Caul—. No era más que un muchacho cuando yo trabajaba con él, pero ya era taimado por aquel entonces. Sabe cómo utilizar a la gente, cómo ocultar lo que realmente desea. Sea lo que sea lo que te haya pedido que hagas por él, no lo hagas.

—¿Y cómo vas a detenerme? —preguntó Wren.

—Avisaré a Tom y Hester.

—¿Y por qué no se lo dices a la señorita Freya también, ya que estás? —bromeó Wren—. Estoy segura de que le encantaría enterarse. Pero no lo harás, ¿verdad? Si fueras a contárselo a mi madre y a mi padre, lo habrías hecho en cuanto me viste bajar de la Autólico. No traicionarías a tu propia gente…

—No tienes ni idea… —empezó a decir Caul.

Mientras él aún se afanaba en buscar las palabras adecuadas, ella salió disparada y lo dejó atrás. Sus pasos apresurados repicaron mientras descendía los escalones metálicos al final de la calle y luego se acallaron cuando saltó desde el último peldaño a la tierra. La mochila iba golpeándole en el costado y el corazón le latía a toda prisa. Se volvió para ver si Caul la perseguía, pero se había quedado de pie donde ella le había dejado, sin moverse. Se despidió de él agitando la mano, se dio media vuelta y comenzó a ascender la colina a la carrera.

* * *

Hester se había dormido muy deprisa aquella noche, pero, justo cuando estaba cerrando los ojos, algo perturbó a Tom. No se daría cuenta hasta más tarde de que había sido el ruido de la puerta de la calle al cerrarse.

Se quedó tumbado en la oscuridad y escuchó el pálpito de su corazón. A veces tenía la sensación de que se saltaba un latido, y a veces sentía un dolor. Bueno, no era exactamente un dolor, sino, más bien, una sensación en el lugar donde la bala de Pennyroyal había penetrado en su cuerpo años atrás de que algo en su interior no iba bien. El ejercicio físico siempre hacía que empeorara. No debería haberse puesto a cortar troncos por la mañana. Pero era necesario que alguien cortara los troncos. Además, si no lo hubiera hecho, habría tenido que darle explicaciones a Hester sobre el dolor que sentía en el corazón; ella se habría preocupado y le habría obligado a ir a la consulta de Windolene Scabious, que era la médico de Anchorage. Windolene habría querido hacerle un chequeo y Tom tenía miedo de lo que pudiera descubrir. Mejor, agradecer a los dioses todos los buenos años que había pasado junto a Hester y Wren y preocuparse por el futuro cuando llegara.

Sin embargo, el futuro había corrido a su encuentro, bajando por Rasmussen Prospekt, cruzando Boreal Arcade y subiendo por Dog Star Court, y estaba en la entrada de su casa, subiendo los escalones y golpeando con fuerza la puerta.

—¡Santo Quirke! —dijo Tom, sobresaltado, mientras se incorporaba en la cama.

A su lado, Hester gruñó y se dio la vuelta, despertándose lentamente. Tom apartó las mantas de un tirón y bajó las escaleras corriendo, en camisón. A través de los paneles de cristal de la puerta, una figura borrosa se erigía como un fantasma y aporreaba con los puños las tallas de madera. Una voz gritaba el nombre de Tom.

—¿Caul? —preguntó—. Está abierto.

Aquella no era la primera vez que Caul despertaba a Tom con malas noticias. Una vez, mucho antes, cuando Anchorage era una ciudad de hielo y Hester se había marchado sola a bordo de la Jenny, apareció en medio de la noche para advertirle de lo que estaba pasando. Por aquel entonces, Caul no era más que un chiquillo. Ahora, con su largo cabello, su barba y sus enormes ojos salvajes, parecía un profeta loco. Irrumpió en el vestíbulo, se chocó contra el sombrerero y tiró al suelo la colección de

carcasas de teléfonos móviles antiguos de Tom.

—¡Caul, tranquilízate! —dijo Tom—. ¿Qué pasa?

—Wren —dijo el que una vez perteneciera a los muchachos perdidos—. Es Wren.

—Wren está en su habitación —apuntó Tom. Sin embargo, se inquietó inmediatamente en cuanto recordó la extraña manera en que su hija lo había abrazado al darle las buenas noches y el arañazo en la mejilla que, según ella, se había hecho al chocar con un matorral de espino. Había notado que algo no iba bien—. ¿Wren? —gritó hacia el piso de arriba.

—¡Se ha ido! —gritó Caul.

—¿Ido? ¿Ido adónde?

Hester estaba en medio de las escaleras, abotonándose el camisón. Subió corriendo y Tom escuchó que abría la puerta del dormitorio de Wren de una patada.

—¡Dioses y diosas! —gritó, y volvió a aparecer en lo alto de las escaleras—. Tom, tiene razón. Se ha llevado su mochila y el abrigo.

—Espero que esto no sea más que una escapadita de medianoche con Tildy Smew —dijo Tom—. Esto es Vineland. ¿Qué podría pasarle?

—Los muchachos perdidos —dijo Caul. Se movía frenéticamente adelante y atrás, con las manos hundidas en los bolsillos de su mugriento y viejo abrigo. El olor a animal salvaje que desprendía inundaba todo el vestíbulo—. ¿Te acuerdas de Gargle? Me dejó una nota. Quería que lo ayudara. Robando algo. No sé el qué. Wren debió de seguirme y la atraparon. La está usando. Se ha ido con él.

Hester entró en la cocina y regresó con un pedacito de papel.

—Tom, mira…

Era una nota de su hija.

*Queridos papi y mami* (había escrito):

*He decidido marcharme de Vineland. Unos cuantos muchachos perdidos están aquí. No os preocupéis, no quieren hacer ningún daño. Van a llevarme con ellos. Podré ver las ciudades-balsa, el Territorio de Caza y todo el ancho mundo, y podré vivir aventuras como hicisteis vosotros. Siento no haberme despedido, pero lo único que habríais podido hacer es impedir que me fuera. Me cuidaré bien y volveré pronto a casa con un montón de historias que contaros.*

*Os quiero. Besos,*

*Wren*

Hester cayó de rodillas y arañó la alfombra del vestíbulo. Debajo, incrustada en el suelo, estaba la caja fuerte donde el comerciante que antiguamente poseía aquella

casa guardaba sus objetos de valor. Ahora, lo único que contenía era unas cuantas cajas de cartón con munición y una pistola. Hester sacó la pistola y desenvolvió el paño manchado de grasa que la envolvía.

—¿Dónde están, Caul? —preguntó.

—Hest… —dijo Tom.

—Debería haberos avisado antes —murmuró Caul—, pero se trata de Gargle. Gargle. Me salvó la vida una vez…

—¿Dónde?

—En una cala de la orilla septentrional. En el lugar donde los árboles casi se juntan con el agua. Por favor, no quiero que nadie salga herido.

—Eso deberías haberlo pensado antes —dijo Hester mientras comprobaba que la pistola funcionaba. Había arrojado casi todas las armas robadas a los cazadores de Arkangel por la borda de la ciudad cuando esta aún se encontraba en el mar, pero había conservado una por si acaso. No era tan bonita como las demás: no tenía una cabeza de lobo aullando en la culata ni incrustaciones de plata en el cañón. Era una pesada y negra Schadenfreude 38, una herramienta fea y de confianza que servía para matar gente. Deslizó balas en las seis recámaras y la cerró con un golpe. A continuación, la metió en su cinturón y empujó a Tom para pasar por la puerta, arrancando de un tirón su abrigo del perchero.

—Despierta a los demás —le dijo, y salió a la noche.

* * *

Desde el punto más alto de la isla, Wren alcanzó a ver la Autólico, acuclillada como un cangrejo, varada en la cala donde había visto a Gargle por primera vez. La luz azul de la escotilla abierta de la lapa resplandecía sobre el agua. Wren empezó a descender por los caminos de cabras que llevaban hasta allí, resbalándose con la tierra seca, tropezándose con las raíces y notando el aliento helado en el fondo de la garganta mientras corría entre los árboles y los matojos hacia aquella silueta mitad cangrejo mitad araña.

Gargle estaba de pie en el agua, al pie de la rampa que llevaba a la escotilla abierta. Remora estaba con él y, cuando Wren se acercó un poco más, vio que también Fishcake estaba bajando para unirse a ellos.

—¿Listos para marcharnos? —escuchó que le preguntaba Gargle.

—Con solo pulsar un botón —respondió el muchacho.

Los motores de la lapa estaban en reposo y una delgada voluta de humo se elevaba por encima de las escotillas de ventilación herméticas que había en la parte trasera. Una cámara cangrejo emitió un destello al trepar por una de las patas e incorporarse a su lugar sobre la cubierta. El resto de las cámaras reptaba velozmente playa abajo, con movimientos tan arácnidos que Wren sintió el impulso de huir

corriendo. Sin embargo, se convenció de que, si pretendía viajar con los muchachos perdidos, tendría que acostumbrarse a todo aquello, y se obligó a caminar por la grava entre aquellos artefactos.

—Soy yo —dijo suavemente cuando Gargle escuchó el sonido amortiguado de sus pisadas y se dio media vuelta—. Tengo el Libro de Hojalata.

* * *

Anchorage-in-Vineland estaba despertando, indignada y alarmada. Mientras ascendía por el sendero que llevaba a los bosques, Hester escuchó que las puertas de la ciudad que dejaba atrás se cerraban con un portazo y que la gente gritaba mientras se preparaba para ir a darles su merecido a los muchachos perdidos. Algunos de los hombres más jóvenes estuvieron a punto de alcanzarla cuando se estaba acercando a la cima de la isla, pero no tardó en volver a ponerse a la cabeza en el descenso: mientras ellos iban zigzagueando por el sendero, ella bajó la pendiente directamente, aplastando los matojos y deslizándose sobre las rocas sueltas entre el repiqueteo de piedras que rebotaban a su alrededor. Se sentía emocionada y feliz de que Wren, por fin, la necesitara. Su padre no podría salvarla de los muchachos perdidos. Ningún otro habitante de Vineland podría. Solo Hester poseía la fuerza que hacía falta para enfrentarse a ellos. Y cuando los hubiera matado a todos, Wren entraría en razón y se daría cuenta del inmenso peligro en el que se había puesto, y le estaría tan agradecida que las dos podrían reconciliarse por fin.

Hester culebreó hasta un bosquecillo de abedules al pie de la colina y miró atrás. No había rastro de los demás. Sacó la pistola de su cinturón y empezó a correr hacia la cala.

* * *

—Toma —dijo Wren, deslizándose la pesada mochila por el hombro para quitársela y ofrecérsela a Gargle—. Está aquí dentro. Y mis cosas también.

—Será mejor que se lo digas, Gar —dijo Remora—. Es hora de irse.

Gargle había sacado el Libro de Hojalata y lo estaba hojeando, ignorándolas a las dos.

—Voy con vosotros, ¿recuerdas? —dijo Wren, que estaba empezando a inquietarse: aquella no era la bienvenida que esperaba—. Voy con vosotros. Ese era el trato.

Escuchó el tono infantil y lastimero que se había apoderado de su voz y supo que no tenía la apariencia de alguien valiente, adulta y aventurera, que era como quería

que Gargle la viera. De repente se dio cuenta de que ella no significaba nada para él: no era más que un medio para hacerse con el Libro de Hojalata.

—Eso es —dijo Gargle para sí.

Le devolvió a Wren su mochila y luego le tendió el Libro de Hojalata a Fishcake, que lo introdujo en un zurrón de cuero que llevaba colgado a un costado.

—Voy con vosotros —le recordó a Gargle—. Me voy con vosotros, ¿verdad?

Gargle se acercó a ella. Cuando volvió a hablar, su voz surgió con tono burlón:

—La cosa es, Wren, que me lo he estado pensando y la verdad es que, después de todo, no tenemos sitio a bordo para ti.

Wren parpadeó velozmente y trató de evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos. Dejó caer su mochila a la grava y gritó:

—¡Prometiste que me llevarías contigo! —Vio que Remora la estaba mirando y que le susurraba al pequeño Fishcake algo que provocó que él también esbozara una sonrisa burlona. ¡Qué estúpida debía de parecerles!—. ¡Quiero ver cosas! —gritó—. ¡Quiero hacer cosas! ¡No quiero quedarme aquí ni casarme con Nate Sastrugi ni ser maestra de escuela ni hacerme vieja y morirme!

Gargle parecía molesto por el ruido que estaba haciendo.

—Wren —bufó.

Inmediatamente, como un furioso eco, otra voz surgida de la oscuridad gritó:

—¡Wren!

—¡Mamá! —jadeó Wren.

—¡Maldita sea! —murmuró Remora.

Gargle no dijo absolutamente nada: se limitó a extraer la pistola de gas de su cinturón y a disparar hacia la playa. Bajo el resplandor azul del fogonazo, Wren vio a su madre corriendo sobre los guijarros, reculando apenas cuando el disparo restalló a su lado. Ella esgrimía con firmeza su propia arma. *Pam*, hacía. *Pam, pam, pam*. Sonidos sordos y apagados, como cuando se cierran las tapas de un libro. La primera bala rebotó en el casco de la Autólico con un sonido metálico; las dos siguientes se desviaron hacia el lago con un silbido; la cuarta alcanzó a Gargle entre los ojos. Algo denso y húmedo salpicó el rostro y la ropa de Wren.

—¡Gargle! —chilló Fishcake.

Gargle calló de rodillas y luego se desplomó hacia delante, quedando con el trasero en alto y la cara hundida entre las risueñas olas.

Fishcake avanzó hacia él por el agua como pudo y se interpuso en el camino de Remora, que sacó su propia arma.

—¡Fishcake, sube a bordo! —gritó—. ¡Vuelve a Grimsby!

Hester le metió dos balas en el cuerpo y la hizo caer de espaldas al lago.

—¡Gargle! —gimoteaba Fishcake.

Hester ya estaba recargando su pistola y los cartuchos vacíos rebotaban en la grava a sus pies.

—¡Wren, ven aquí! —gritó.

Temblando de miedo, Wren avanzó a tientas hacia su madre, pero el brazo de Fishcake le rodeó la cintura de repente y la arrastró hacia él. El cañón de la pistola de Gargle se clavó en su barbilla.

—¡Suelta el arma! —gritó Fishcake—. O yo la… ¡la mataré, la mataré!

—¡Mamá! —sollozó Wren. No podía respirar bien. De repente, supo que ya había tenido todas las aventuras que siempre había deseado. Ahora solo quería estar a salvo, y en casa—. ¡Mamá! ¡Socorro!

Hester avanzó bordeando la orilla. Tenía la pistola alzada, pero no se atrevería a apretar el gatillo, eso lo sabían todos. El riesgo de alcanzar a Wren era demasiado elevado.

—¡Suéltala! —ordenó.

—¿O qué?, ¿me dispararás? —sollozó Fishcake.

Retorció a Wren para que su cuerpo quedara en todo momento entre Hester y él y empezó a arrastrarla hacia la rampa de abordaje. Wren aún tenía la pistola clavada en su barbilla, oprimiéndole la cabeza. Notó que el niño temblaba y, aunque podría haberle reducido con facilidad, no se atrevió a intentarlo por no dar lugar a que la pistola se disparara accidentalmente. Fishcake la arrastró por la escotilla hasta la lapa y golpeó con el codo el botón que elevaba la rampa. Un restallido reverberó por el lago cuando Hester disparó a los fuelles hidráulicos y falló.

—¡Mamá! —gritó Wren de nuevo, y vio fugazmente que su madre le gritaba algo en respuesta justo antes de que la escotilla se cerrara.

Fishcake la empujó por una puerta hacia el intrincado batiburrillo eléctrico de la cabina de control. Sintió que la lapa se estremecía mientras él empezaba a accionar los mandos con una mano sin dejar de apuntarla a la cabeza con la otra.

—Por favor —imploró. La cabina se sacudió. Wren vio luces en la ladera de la colina, tras la playa—. ¡Socorro! —gritó.

Las olas golpeaban las ventanas de la cabina y Wren atisbó la luna durante un segundo, temblorosa e irreal a través del agua que se elevaba. Entonces, la luna desapareció, el ruido de los motores cambió y ella pensó: «Nos hemos sumergido, ¡ya nunca volveré a casa!». El estómago le dio un vuelco y se desmayó.

* * *

Hester corrió por la playa, disparando su arma contra la lapa hasta que su cubierta negra se perdió en medio de un hervidero de agua blanca. Ya no había nada que pudiera hacer, aparte de gritar el nombre de Wren una y otra vez, ronca e inútilmente. Su solitaria voz fue el único sonido que quedó en la playa cuando la lapa y el oleaje que levantó la Autólico se desvanecieron hasta desaparecer.

No, el silencio no era absoluto. Poco a poco, Hester se percató de otros sonidos: ladridos de perros, gritos. Linternas y faroles oscilaban en la colina. El señor Smew

apareció corriendo por entre los matojos, agitando un antiguo rifle para cazar lobos del doble de su tamaño y gritando:

—¿Dónde están esos demonios subacuáticos? ¡Dejádmelos!

Más personas le seguían. Hester fue a su encuentro, esquivando las manos que le tendían, las preguntas.

—¿Está bien, señora Natsworthy?

—¡Hemos escuchado un tiroteo!

—¿Han sido los muchachos perdidos?

Los cadáveres que había en el agua se mecían levemente cuando las olas rompían a su alrededor, arrastrando largas volutas rojas hacia el lago. Caul se arrodilló junto a uno de ellos y dijo en voz baja y temblorosa:

—Gargle.

El aire apestaba al humo de las pistolas y a los conductos de ventilación de la nave.

Tom llegó corriendo, buscando estúpidamente a su alrededor y encontrando únicamente la mochila con la que su hija pretendía fugarse abandonada sobre los guijarros de la playa.

—¿Dónde está Wren? —preguntó—. Hester, ¿qué ha pasado?

Hester se dio media vuelta y no contestó. Fue Freya Rasmussen, al final, quien se acercó a él, tomó sus manos entre las suyas y dijo:

—Ay, Tom, se han ido. Y creo que Wren está con ellos. Creo que se han llevado a Wren.

# 8

## Secuestrada

*—Papi, la cara de mamá es muy rara.*

*—Lo sé.*

*—Pero ¿por qué es tan rara?*

*—Porque un hombre muy malo se la cortó cuando era pequeña.*

*—¿Le dolió?*

*—Creo que sí. Creo que le dolió mucho y durante mucho tiempo. Pero ahora ya está bien.*

*—¿Volverá el hombre malo?*

*—No, Wren, está muerto. Lleva muerto mucho tiempo. En Anchorage-in-Vineland no hay hombres malos. Por eso vivimos aquí. Aquí estamos a salvo. Nadie sabe dónde estamos, nadie intentará hacernos daño y ninguna ciudad hambrienta vendrá a engullirnos. Estamos nosotros solos, bien a salvo: mami, papi y Wren.*

Las voces de su infancia le susurraban en la memoria a medida que, poco a poco, iba recuperando el sentido. Wren estaba tendida en el suelo de un pequeño camarote en el que había un lavabo y un inodoro metálicos. El inodoro olía a sustancias químicas. Una bombilla azul lucía tenuemente en el interior de una jaula que había en el techo. Las paredes vibraban ligeramente. Alcanzaba a escuchar el sonido gastado y revolucionado de los motores de la Autólico, y un sonido distinto, chirriante y apagado, que supuso que debía de proceder del agua que hacía presión contra el casco.

«Bueno —pensó—, ahora los hombres malos han llegado a Anchorage-in-Vineland y se han escapado con lo que querían, y yo les he ayudado a hacerlo. La única pregunta que queda es: ¿qué van a hacer conmigo?».

Los muchachos perdidos habían secuestrado a su padre una vez, aunque él sobrevivió y regresó a Anchorage para casarse con su madre. Eso debía significar que aún había esperanzas para Wren, ¿verdad? Sin embargo, acordarse de su padre la llevó a pensar también en su madre y eso, a su vez, hizo que recordara lo que su madre había hecho. Ese recuerdo la llenó de un espanto enfermizo. En el interior de su mente, como un eco que no se disipaba, escuchaba una y otra vez el crujido y la salpicadura de la bala que había alcanzado a Gargle.

No sabía con certeza cuánto tiempo llevaba allí tendida, tiritando, sollozando, demasiado afectada y triste como para moverse. Al final, el duro suelo acabó por resultarle tan incómodo que se obligó a levantarse. «Tranquilízate, Wren», se dijo enojada.

La sustancia que manchaba sus ropas se había secado en una costra reseca y marrón, como una salpicadura de *goulash*. Abrió el grifo para acumular un poco de agua en el lavabo metálico e intentó frotársela; luego se lavó la cara y el pelo lo mejor que pudo.

Un largo rato después, una llave se introdujo en la cerradura y la puerta se abrió. Fishcake entró y se quedó mirándola. Aún tenía la pistola en la mano. Tenía el rostro rígido y pálido bajo la luz azul, como si estuviera tallado en marfil.

—Lo siento —dijo ella.

—Cállate —respondió Fishcake. Su voz también sonaba dura—. Debería matarte.

—¿A mí? —Wren reculó, intentando refugiarse en la cubierta—. ¡Pero si yo no he hecho nada! Os traje el Libro de Hojalata, como Gargle me pidió…

—¡Y la bruja de tu madre lo mató! —gritó Fishcake.

La pistola que sostenía tembló cuando unos poderosos sollozos le sacudieron el cuerpo entero. Wren pensó que iba a dispararla, pero no lo hizo. Se sentía temerosa, furiosa y, de algún modo, responsable del muchacho, todo al mismo tiempo.

—Lo siento mucho —dijo—. También por Remora.

Fishcake se sorbió sonoramente la nariz.

—Mora era la chica de Gargle —dijo—. Todo el mundo dice que estaba enamorado de ella. Nunca fue su intención llevarte con él. Escuché cómo Mor y él hablaban sobre ti, comentando lo idiota que eras… —Se echó a llorar de nuevo—. ¿Qué van a hacer los muchachos perdidos sin Gargle? —preguntó—. Él va estar bien: Remora y él estarán juntos en la Región de las Sombras, pero ¿qué pasa con los demás? ¿Qué pasa conmigo? —Volvió a mirar a Wren. Bajo aquella luz del inframundo, sus ojos parecían negros: dos agujeros que se abrían a un espacio vacío —. Debería matarte para que tu madre sepa lo que se siente cuando te arrebatan a un ser querido. Pero eso me convertiría en alguien tan malvado como ella, ¿no es así?

Retrocedió, la puerta se cerró de un portazo y la llave volvió a girar en la cerradura.

* * *

—Voy a ir a buscarla —dijo Tom.

Todo el mundo lo ignoró muy educadamente. Pensaban que ir tras Wren era imposible, pero todos eran demasiado amables como para mencionarlo. Pensaron que la impresión de lo que acababa de pasar le estaba haciendo decir cosas sin sentido. Y, efectivamente, estaba muy impresionado: cuando le dijeron que su hija ya no estaba, se quedó como entumecido. Empezó a correr de arriba abajo por la playa y a gritarle su nombre a las olas, como si los muchachos perdidos que se la habían llevado pudieran oírle y ablandarse, hasta que el corazón se retorció y empezó a golpearle tan dolorosamente en el pecho que pensó que se iba a morir allí mismo, sobre los

guijarros de la playa, sin volver a ver jamás a Wren.

Pero no se murió. Unas amables manos le guiaron hasta un bote y le llevaron remando de regreso a Anchorage, donde estaba ahora sentado con Hester, Freya y una docena de vinelanderitas en una de las salas más pequeñas del Palacio de Invierno.

—Es culpa mía, ¿sabéis? —explicó—. Esta misma mañana me ha estado preguntando por los muchachos perdidos. Debería haberme imaginado que estaba pasando algo.

—Tú no tienes ninguna culpa, Tom —dijo Smew, fulminando con la mirada a Hester, sentada junto a su marido ceñuda y en silencio—. Si cierta persona no se hubiera adelantado al resto y hubiera empezado a disparar…

Otros vinelanderitas murmuraron algo para darle la razón. Hester siempre les había inspirado respeto desde que los había salvado de los Cazadores de Arkangel, pero nunca les había gustado. Todos se acordaban de cómo había matado a Piotr Masgard, de cómo le había matado cuando ya no había necesidad de matar y de cómo había macheteado su cuerpo, una y otra vez, durante largo rato después incluso de muerto. No era de extrañar que los dioses hubieran hecho caer la mala suerte sobre una mujer capaz de tales cosas. Era una pena que hubieran tardado dieciséis años en enviarle su castigo y que ese castigo hubiera caído también sobre su agradable marido y su adorable hija.

Hester sabía perfectamente lo que estaban pensando.

—Solo me estaba defendiendo —dijo—. Estaba defendiéndonos a todos nosotros. Una vez le prometí a Freya que cuidaría de este vertedero y lo protegería de todo peligro. Y eso es precisamente lo que estaba haciendo. Si queréis culpar a alguien, culpadle a él.

Señaló a Caul, que estaba sentado en un rincón y parecía incómodo. Sin embargo, nadie parecía tener demasiada mala opinión de lo que Caul había hecho. Sus antiguos amigos habían venido a pedirle ayuda y él se había negado a dársela. No podía esperarse de él que los traicionara. Eran su gente.

—¿Y qué estaban haciendo los muchachos perdidos aquí, de todas maneras? —preguntó el señor Aakiuq.

—También había muchachas perdidas —comentó Smew, aún mirando a Hester con furia—. Uno de esos chiquillos a los que disparó era una muchacha.

—Pero ¿qué los habrá traído de regreso a Anchorage después de todos estos años?

Todos se volvieron para mirar a Caul. Él se encogió de hombros.

—No lo sé. No les pregunté. Pensé que cuanto menos supiera, mejor.

—¡Oh, dioses y diosas! —dijo de repente Freya, que salió corriendo de la sala. Cuando volvió, traía en las manos el cofre vacío que antes contenía el Libro de Hojalata de Anchorage—. Wren vino esta mañana preguntando por él —dijo—. Esto es lo que han venido a buscar los muchachos perdidos.

—¿Por qué? —preguntó Tom—. No tiene ningún valor, ¿verdad?

Freya se encogió de hombros.

—Creía que no. Pero aquí lo tenéis: ha desaparecido. Deben de haberle pedido a Wren que se lo consiguiera y…

—Esa estúpida peque… —empezó a decir Hester.

—Het, cállate —espetó Tom. Estaba pensando en cuando Wren era niña y le aterraba un trueno, o una pesadilla, y él la abrazaba hasta que volvía a tranquilizarse. No soportaba pensar que estaba atrapada a bordo de esa lapa, asustada y sola, sin nadie que pudiera mejorar su situación—. Voy a ir a buscarla.

—Entonces, yo también iré —accedió Hester cogiéndole la mano. Ya se habían separado una vez, cuando Hester estuvo prisionera en la Percha de los Bribones, y habían hecho un juramento de no volver a hacerlo nunca más, así que dijo—: Iremos juntos.

—Pero ¿cómo? —preguntó Freya.

—Yo os ayudaré. —Caul se había levantado. Rodeó la habitación dándole la espalda a la pared, con la luz de las lámparas refulgiendo en sus ojos—. Es culpa mía —dijo—. Pensaba que nos dejarían en paz si yo no les ayudaba. Nunca pensé que acudirían a Wren. Se me había olvidado lo astuto que puede…, que podía llegar a ser Gargle. —Se llevó la mano a la garganta, a las intensas cicatrices rojas que las cuerdas le habían dejado cuando el Tío había intentado colgarlo, y dijo—: Recuerdo cuando nació Wren. Jugaba con ella cuando era pequeña. Ayudaré. La Gusano de Hélice os llevará hasta Grimsby si es necesario.

—¿Esa antigualla de lapa tuya? —Hester parecía enfadada, como si pensara que Caul estaba burlándose de ellos.

—Pensaba que la Gusano de Hélice llevaba años averiada —dijo Tom—. Aquel verano que el señor Scabious y tú drenasteis la entrada del puerto…

—La he reparado —dijo Caul—. ¿En qué os pensáis que ocupo mi tiempo ahí abajo, en el distrito de los motores? ¿En sacarme pelusilla del ombligo? He estado reparando la Gusano. De acuerdo, reparando la Gusano y sacándome pelusilla del ombligo. Admito que no está en perfectas condiciones, pero puede navegar. Aunque le falta combustible, por supuesto…

—Creo que debe de quedar un poco en los antiguos tanques del aeródromo —dijo el señor Aakiuq—. Y podemos recargar los acumuladores en la planta hidráulica.

—Entonces podría estar lista en unos cuantos días —dijo Caul—. Tal vez una semana.

—¡Pero para entonces Wren estará a kilómetros de distancia! —dijo Hester.

—No importa —declaró Tom con firmeza.

Por lo general, la intransigente era Hester, y Tom hacía lo que ella le decía, pero de aquello no podía estar más seguro. Tenía que recuperar a Wren. Si la perdía, ¿qué sentido tenía seguir viviendo? Cogió la mano de Hester, convencido de que ella sentía lo mismo.

—La encontraremos —le prometió—. En nuestra época nos enfrentamos a cosas mucho peores que los muchachos perdidos. Aunque tengamos que ir hasta la mismísima Grimsby, la encontraremos.

# 9

## El mensaje

La Autólico navegó hacia el sur y hacia el este por los sinuosos sistemas fluviales del Continente Muerto. Fishcake sabía regresar al mar porque había ayudado a Gargle a cartografiar los canales en el trayecto desde Grimsby. Era bastante sencillo recorrer de vuelta la ruta que había llevado a la Autólico a través de las Colinas Muertas hasta Vineland, solo que Fishcake se pasó todo el viaje pensando: «La última vez que pasamos por este lago, Gargle estaba aquí», o: «La última vez que cruzamos este banco de arena, Mor contó aquel chiste…».

Tenía que hacer algo, pero ¿qué? Había querido mucho a Gar, y seguía haciéndolo, pero Gar había muerto y llorar no iba a resucitarlo. ¿Qué podía hacer? Tenía que hacer algo…

Hasta aquel momento, siempre había habido alguien que le decía lo que tenía que hacer. Nunca había actuado por su cuenta ni elaborado sus propios planes. Nunca, salvo en aquel momento en Vineland en que, movido por el pánico, había cogido la pistola y apuntado a Wren para evitar que su madre le disparara. Y ni siquiera eso había salido como él esperaba porque había terminado tomando a Wren como rehén y ahora tampoco sabía qué hacer con ella.

La tercera noche tras la escaramuza en Vineland apagó los motores de la lapa y salió al techo. Las Colinas Muertas de América se recortaban, crueles, contra el brillante cielo. Una tal Dama Muerte y todos los dioses de la guerra y la venganza protegían aquella tierra. Fishcake alzó la voz para que pudieran oírlo:

—¡Te vengaré, Gargle! ¡Te vengaré, Mora! Algún día encontraré a Hester Natsworthy y, cuando lo haga, os prometo que la mataré.

* * *

Al día siguiente, la lapa llegó a la costa, atravesó con cautela una franja de lúgubres salares y se deslizó con elegancia hacia el mar gris. A salvo en las profundidades, Fishcake puso rumbo a casa y luego se dirigió a la popa para comprobar cómo estaba su prisionera. Wren estaba hecha un ovillo en el suelo del baño. Cuando observó su frágil rostro durmiente, Fishcake deseó no haberla capturado, porque era una muchacha hermosa y nada de lo que había pasado era culpa suya. Sin embargo, ya era demasiado tarde para liberarla.

Le dio un empujoncito con el pie.

—Ya estamos en el mar —le dijo cuando estuvo despierta—. Ya no hace falta que te quedes aquí. Tenemos sobre nosotros unas cincuenta brazas de agua helada, así que ni siquiera pienses en escapar.

—¿En el mar? —Wren sabía que el mar abierto quedaba a mucha distancia de Anchorage-in-Vineland. Se mordió el labio para evitar echarse a llorar.

—Voy a llevarte a Grimsby —dijo Fishcake—. El Tío o alguno de los chicos mayores sabrán qué hacer contigo. Puedes asearte si quieres. Puedes coger alguna de las prendas de la taquilla de Remora.

—Gracias —susurró Wren.

—No lo hago por ti —dijo Fishcake en tono cortante. Quería demostrarle que no era ningún blando—. Es por el olor, ¿sabes? No puedo seguir soportando esa peste hasta que lleguemos a Grimsby.

Wren salió a la proa. Durante cuatro días, lo único que había visto era el interior del cubículo del baño y, tras el encierro, hasta los estrechos pasillos de la Autólico le parecían espaciosos. La taquilla de Remora estaba decorada con fotos de prendas y peinados arrancadas de revistas robadas. Había fotografías de Remora y Gargle riendo, rodeándose mutuamente con los brazos. Había un neceser con maquillaje y un osito de peluche, y un libro sobre cómo interpretar los propios sueños. Wren cogió algo de ropa y se cambió. Luego fue a mirar su reflejo en el espejo que había sobre el lavabo, que en realidad no era un espejo, sino más bien una lámina de metal pulido que habían clavado a la pared. Parecía mayor y más delgada enterrada bajo las prendas oscuras e informes de Remora. Wren, la muchacha perdida. Cuando metió su propia ropa sucia en una de las bolsas que la tripulación de la lapa utilizaba para el saqueo y la cerró con un nudo, no llevaba puesto nada que procediera de Vineland salvo las botas.

Se sentó en la bodega y escuchó cómo Fishcake traqueteaba de aquí para allá sobre el puente. Le gruñían las tripas, pero el muchacho perdido no le había ofrecido nada de comer y a ella le daba miedo pedírselo. Era un poco humillante ser la prisionera de alguien mucho más joven que ella, pero los sentimientos de Fishcake estaban en el filo de la navaja y Wren aún temía que pudiera matarla si lo importunaba. Mejor quedarse calladita. Bebió directamente del grifo del lavabo un agua de sabor repugnante y pensó en escapar. Su mente articulaba osados planes que, pocos segundos después, estallaban como burbujas. Aunque pudiera reducir a su pequeño captor de alguna manera, nunca podría dirigir la lapa de regreso a Vineland. Estaba atrapada allí, y todo era culpa suya. Había sido increíble y temerariamente estúpida, ahora se daba cuenta, y eso la avergonzaba porque siempre se había considerado una chica lista. ¿No decía la señorita Freya que Wren tenía más cerebro que cualquiera de los demás jóvenes de Vineland?

—Bueno, Wren —se dijo, abrazada a sí misma para intentar consolarse—, si pretendes mantenerte con vida y encontrar la manera de volver con mamá y papá, más te vale empezar a usarlo.

* * *

La Autólico estaba a unas cien millas de la orilla cuando recibió la señal. En un primer momento, Fishcake pensó que debía de tratarse de un mensaje de otra lapa, aunque no sabía que hubiera ninguna otra operando en aquella parte del océano. Entonces se percató de algo extraño: la señal se estaba transmitiendo en la frecuencia que las lapas solían usar para comunicarse entre sí y, simultáneamente, también en la que utilizaban para recibir imágenes captadas por las cámaras cangrejo inalámbricas.

Pulsó unos cuantos interruptores y el panel de cámaras circular que rodeaba el puesto de mando fue lentamente llenándose de luz.

Agazapada en el suelo de la bodega, Wren escuchó voces. Se acercó con cuidado a la puerta de la cabina de control y se asomó a su interior. Fishcake estaba observando las pantallas. Las seis mostraban la misma imagen: una ciudad vista desde lo alto navegando sobre un mar en calma. Era difícil deducir qué tamaño tenía partiendo de aquella imagen granulada y espectral, pero parecía agradable, con muchas cúpulas blancas, domos decorados y esbeltos estandartes ondeando al viento.

—¿Qué es eso? —preguntó Wren.

Fishcake se volvió para mirarla, pero si le sorprendió verla allí, no lo demostró. Volvió el rostro de nuevo hacia las pantallas.

—No lo sé —dijo—. Nunca he visto nada como esto. No deja de repetirse. Mira.

La imagen cambió. Un hombre y una mujer de aspecto bonachón estaban sentados uno junto al otro en un sofá. Parecían mirar directamente a Wren y a Fishcake y, aunque eran extraños e iban vestidos con las ropas y los turbantes de los urbanitas ricos, había algo en sus tristes y amables sonrisas que a Wren le hizo pensar en sus propios padres y en lo mucho que debían de estar extrañándola.

—¡Saludos, niños de las profundidades! —dijo el hombre—. Nos dirigimos a vosotros de parte de la OMPHACIBA, la Organización Mundial para Padres de Hijos Abducidos de las Ciudades-Balsa. Durante medio siglo, muchos chicos (y, más recientemente, también chicas) han desaparecido sistemáticamente de las ciudades que cruzan el Atlántico y los Desiertos de Hielo. Sin embargo, hasta hace unos pocos años, y gracias al explorador Nimrod Pennyroyal, no hemos sabido de la existencia de los piratas parásitos que saquean furtivamente e infestan dichas ciudades, secuestrando a los niños para formarlos como ladrones y delincuentes como ellos.

—¡Otra vez Pennyroyal! —dijo Wren, furiosa.

—¡Chitón! —la calló Fishcake—. ¡Escucha!

La que hablaba ahora era la mujer, que seguía sonriendo, pero también lloraba. Se acercó a los espectadores.

—Ahora, las buenas gentes del complejo vacacional flotante de Brighton nos han traído al norte, a vuestras aguas natales. Si sintonizáis vuestro equipo de radio a 680 kilociclos, recibiréis la señal de la radiobaliza de Brighton. Somos conscientes de que

seguramente no tengáis recuerdos de las mamás y los papás de los que os apartaron cuando erais muy pequeñitos, los cuales os han echado mucho de menos. No obstante, si venís a nuestro encuentro, si venís en vuestros submarinos para reuniros con nosotros en Brighton, estamos seguros de que muchos de vosotros reconoceréis a vuestras familias y que ellas os reconocerán a vosotros. No queremos haceros ningún daño, ni tampoco separaros de vuestros amigos ni de vuestra emocionante nueva vida bajo las olas. Solo queremos tener una oportunidad de ver de nuevo a nuestros queridos muchachos perdidos…

En este punto, la mujer, cuya voz se había tornado aguda y temblorosa, escondió el rostro tras el pañuelo mientras su marido le palmeaba cariñosamente el brazo y proseguía.

—OMPHACIBA cuenta con muchos miembros —explicó, y la imagen cambió de nuevo para mostrar a una multitud reunida en una de las plataformas de observación de la ciudad—. Cada uno de nosotros ha perdido un hijo y desea con todas sus fuerzas volver a verlo y saber qué ha sido de él. O de ella. Oh, niños de las profundidades, si escucháis este mensaje, ¡os suplicamos que acudáis a nosotros!

La imagen se congeló durante un segundo mientras una melodía triste aumentaba de volumen y los miembros de OMPHACIBA sonreían y saludaban a la cámara, sus abrigos, túnicas y sombreros ondeando al compás de la brisa marina. A continuación, la imagen fue sustituida por un letrero que decía «OMPHACIBA – Expedición Estival (en colaboración con el alcalde y el Ayuntamiento de Brighton)». La música fue bajando lentamente de volumen y la retransmisión comenzó de nuevo:

—Saludos, niños de las profundidades…

—¿Ves? —preguntó Fishcake volviéndose hacia Wren.

Estaba tan ansioso por compartir aquel asombroso mensaje con alguien que había olvidado que ella era su rehén. Sus ojos brillaban y tenía el rostro entero iluminado, y Wren reparó por primera vez en lo joven que era realmente: apenas un niño pequeño, lejos de casa, que solo quería amor y consuelo.

—¿Qué crees que debería hacer? —preguntó—. He rastreado la radiobaliza de Brighton. Están cerca. A unas cincuenta y cinco, sesenta millas al suroeste de donde estamos nosotros. Nunca había escuchado que una ciudad se hubiera acercado tanto al Continente Muerto…

Wren detectó la creciente sensación de anhelo que empezaba a acumularse en esa atestada cabina a medida que Fishcake imaginaba aquella ciudad llena de madres y padres que flotaba a unas cincuenta millas de distancia. ¿Y si conseguía convencerlo de que acordara una cita con Brighton? Estaba segura de que allí estaría mucho mejor que en Grimsby. Y probablemente Fishcake también, así que eso no tenía por qué hacerla sentirse culpable.

Wren entró en la cabina y se sentó en la silla giratoria que había junto a la que él ocupaba.

—Tal vez hayan venido hasta aquí porque están buscando a los muchachos

perdidos —le dijo—. Tal vez lleven semanas zigzagueando en dirección norte, retransmitiendo el mismo mensaje una y otra vez. Gargle me dijo que algunas lapas habían desaparecido. Él creía que les había pasado algo malo, pero ¿y si lo que pasó en realidad fue que recibieron el mensaje y regresaron con sus familias?

—¿Y entonces por qué no han contactado con Grimsby? —preguntó Fishcake.

—Igual es porque se lo están pasando muy bien —sugirió Wren—. O igual tienen miedo de que Gargle los castigue por haber ido a Brighton sin que él se lo ordenara.

Fishcake miró las pantallas.

—Esa gente parece muy rica. Los muchachos perdidos solo secuestran a niños que nadie va a echar de menos: huérfanos y niños pobres de los niveles inferiores a los que nadie quiere…

—Eso es lo que Gargle y el Tío os han contado a vosotros —dijo Wren—. Pero ¿y si no fuera cierto? ¿Y si a veces también hubieran raptado niños procedentes de familias ricas? Además, puede que alguien también haya echado de menos a un huérfano. Seguramente, la mamá y el papá de un niño pobre también querrían encontrarlo, si se lo hubieran robado…

Dos gruesos lagrimones se deslizaron por el rostro de Fishcake, resplandecientes a la luz de las pantallas.

—Enviaré un mensaje a Grimsby y le preguntaré al Tío qué hacer —decidió.

—Pero, Fishcake —le dijo Wren—, ¡puede que te diga que no vayas!

—El Tío lo sabe todo —contestó Fishcake, aunque no parecía muy convencido.

—De todas maneras, para cuando te conteste, puede que Brighton se haya alejado. Se acerca el otoño y con él, las tormentas y las mareas altas. La señorita Freya siempre nos decía que las ciudades-balsa se dirigían a aguas más seguras en otoño. Así que puede que esta sea tu única oportunidad.

—Pero es una de las reglas. Es lo que nos enseñan en el Ladronarium. Nunca te muestres. Nunca le des a los secos una oportunidad de encontrar a los muchachos perdidos. Eso es lo que dice Gargle…

—Estos secos ya parecen saberlo todo de vosotros.

Fishcake sacudió la cabeza y se restregó las lágrimas con la base de la mano. La formación que había recibido en el Ladronarium había entrado en conflicto con la creciente esperanza de que su madre y su padre pudieran estar entre aquella multitud de caras sonrientes que había visto en las pantallas. No se acordaba de ellos, pero tenía la certeza de que, si veía a sus padres en persona, los reconocería inmediatamente.

—De acuerdo —dijo—. Nos acercaremos. Le echaremos un buen vistazo a ese tal Brighton, mandaremos cámaras cangrejo a bordo, si podemos. Veremos quién es esa gente de OMPHACIBA en realidad… —Miró a Wren y sintió lástima por ella: no tenía ninguna esperanza de encontrar a sus padres a bordo de aquella ciudad que los esperaba—. Debes de estar muerta de hambre —dijo.

—Bastante hambrienta —admitió Wren.

Fishcake le sonrió tímidamente.
—Yo también. Remora solía encargarse de cocinar. ¿Tú sabes cocinar?

# 10

## La trampa de los padres

Lo normal sería que en aquella época del año el complejo vacacional flotante de Brighton estuviera surcando el mar Medio, echando el ancla de vez en cuando para que los visitantes de las ciudades y pueblos móviles que rondaban sus orillas pudieran acceder a ella en globo o en lancha motora y explorar sus entretenidas salas de juegos recreativos, su acuario, sus playas y *boutiques*. Sin embargo, el negocio andaba de capa caída desde hacía algunas temporadas, así que el Ayuntamiento había accedido a aventurarse por el Atlántico norte en busca de piratas parásitos.

Ahora estaban empezando a arrepentirse. Se habían emocionado mucho cuando las tres primeras lapas habían hecho contacto al este de las Azores. Multitud de visitantes habían llegado en aeronaves procedentes de las ciudades del Territorio de Caza para ver a los extraños recién llegados, pero eso había sido hacía semanas. Desde entonces, no habían vuelto a recibir noticias de los muchachos perdidos y los largos carteles promocionales extendidos entre los arcos de la ciudad, en los que podía leerse «Expedición Estival de la OMPHACIBA» y «Brighton da la bienvenida a los piratas parásitos», estaban empezando a adquirir un aspecto andrajoso y ligeramente triste.

* * *

Fishcake llevó la Autólico a profundidad de periscopio cuando se encontraban aproximadamente a una milla de Brighton. Había pasado una noche desde que captara por primera vez la transmisión de la OMPHACIBA. El cielo matutino era del mismo color que el interior de una concha de cauri y las enormes olas grises ascendían y descendían. Cuando Wren giró el periscopio, fue incapaz de ver Brighton. Tan solo distinguía las olas, que de vez en cuando le permitían vislumbrar el atisbo de una enorme y lejana isla a barlovento, rodeada por un anillo de acantilados de un blanco sucio y a cuya cima se abrazaban las nubes.

Y entonces se dio cuenta de que aquello no era, ni mucho menos, una isla. Lo que había confundido con acantilados eran en realidad hileras de edificios blancos y aquellas nubes eran el vapor y el humo de las fábricas que se elevaban al cielo desde un denso bosque de chimeneas. Era una ciudad, una ciudad-balsa de tres niveles con dos distritos que actuaban como batangas e iban conectados al casco central mediante un delicado sistema de grúas de pórtico. Mientras, en la popa, una hilera de ruedas

con palas arrancaban espumarajos al mar a medida que avanzaba.

—¡Oh! —gritó Wren, asombrada.

Había visto imágenes de ciudades en los libros, pero nunca se había hecho una idea de lo grandes que podían llegar a ser en realidad. Mucho más grandes que Anchorage-in-Vineland. Las aeronaves sobrevolaban aquí y allá aquel abrupto perfil de chapiteles, cúpulas y azoteas mientras una plataforma circular suspendida de inmensos depósitos de gas se elevaba varios cientos de metros sobre el nivel superior, al que quedaba anclado mediante gruesos cabos de amarre. Wren vio los verdes árboles que bordeaban la plataforma y un edificio con extravagantes cúpulas en forma de cebolla.

—¿Qué es eso? —resolló Wren.

—A eso lo llaman Nube 9 —dijo Fishcake, que había conseguido sacar una imagen de la ciudad con una cámara cangrejo encaramada a lo alto del periscopio, en la superficie. Había sacado el viejo y desgastado ejemplar del *Almanaque de ciudades-tracción de Cade (edición marítima)*, y estaba comparando la imagen de la pantalla con el diagrama de Brighton que había hecho la señora Cade.

—Es una especie de parque aéreo. El edificio grande del centro es donde vive el alcalde de Brighton.

—Ostras —jadeó Wren—. O sea…, ¡ostras!

—No tiene mandíbulas —comentó Fishcake, comprobando las pantallas para asegurarse de que Brighton no había hecho ningún desagradable añadido a su geografía desde la última edición del almanaque. Habían montado unos cuantos cañones de defensa aérea sobre plataformas giratorias en los paseos, pero no había ninguna otra arma más allá de la que cualquier ciudad usaría para protegerse durante aquellos tiempos convulsos—. Solo es un complejo recreativo.

Hizo descender el periscopio. Cuando desactivó la señal de la cámara cangrejo, las pantallas volvieron a llenarse con la transmisión de Brighton, más clara y potente ahora que la lapa estaba tan cerca: «Solo queremos tener una oportunidad de ver de nuevo a nuestros queridos muchachos perdidos», estaba diciendo la mujer de la OMPHACIBA.

Fishcake notó que una esperanza feliz y bobalicona iba creciendo en su interior. ¿Y si aquella mujer era su mami? «Las madres y los padres son una cadena represora, un dolor, una presión que impide a los muchachos ser muchachos». Eso era lo que le habían enseñado a recitar en el Ladronarium. Sin embargo, ahora que ante él se abría la perspectiva de conocer a su padre y a su madre verdaderos, se dio cuenta de que en realidad nunca se había creído nada de aquello. Llevaba toda su vida echando de menos a sus padres y ni siquiera había reparado en ello hasta que no había escuchado el mensaje de la OMPHACIBA.

Sumergió la Autólico un poco más y la acercó hasta la sombra que se proyectaba bajo el casco de Brighton. Los cables de arrastre y un enorme y complicado mecanismo de dirección destacaban en la penumbra mientras los verdes bosques de

algas se arremolinaban alrededor del cónico haz de luz que arrojaba el morro de la lapa. Cerca de la proa de la ciudad había una esfera metálica que pendía de varios cables: Fishcake supuso que era el artilugio que OMPHACIBA utilizaba para retransmitir el mensaje por el mar.

Un tañido metálico reverberó por toda la cabina. Wren pensó que se había caído algo en la bodega, pero el sonido volvió a repetirse, una y otra vez, estableciendo una cierta cadencia, como si alguien estuviera golpeando meticulosamente la superficie del casco con un martillo.

—¡Ay, dioses! —dijo de repente Fishcake.

—¿Qué pasa? —preguntó Wren—. ¿Qué es ese ruido?

Fishcake operaba enloquecido los controles de la máquina, dirigiéndose a las aguas más claras que quedaban fuera del confín de la ciudad.

—Gargle nos contó una vez que se había topado con algo parecido bajo una balsa depredadora. Es una especie de aparato de escucha de Vieja Tecnología. ¡Las mamás y los papás ya saben que estamos aquí! —No sabía si se sentía contento o asustado.

La lapa se ladeó torpemente con un chirrido, haciendo caer a Wren. En un primer momento pensó que había sido Fishcake quien la había hecho girar.

—Podías haberme avisado —se quejó, frotándose el codo que acababa de golpearse contra la mampara. Entonces vio que el chiquillo parecía tan sorprendido como ella—. ¿Qué está pasando? —susurró.

—¡No lo sé, no lo sé!

La siguiente sensación que experimentaron no les dejó duda alguna sobre lo que ocurría. La Autólico había empezado a elevarse rápidamente. El agua espumeó, blanca, cuando la nave emergió a la superficie y la luz de la luna inundó la cabina, cegadoramente brillante después de tantos días en la oscuridad. Cuando Wren recobró la vista, vio que la lapa se encontraba suspendida a gran altura sobre las olas mientras algo la balanceaba de lado sobre una ancha plataforma de metal que sobresalía de la proa de Brighton. La gente acudía corriendo a la plataforma, y no eran los sonrientes y bien vestidos madres y padres que había visto en las pantallas, sino unos hombres de aspecto hosco y rudo vestidos con monos de trabajo de un material plástico. Wren sintió miedo al verlos. Luego, al mirar más allá, se relajó al descubrir que había un agradable paseo sobre la plataforma y que la gente que se alineaba frente a las barandas se parecía mucho más a los padres de hijos abducidos de las ciudades-balsa: sonrientes, felices y señalando emocionados a la lapa mientras la depositaban en la plataforma.

Fishcake ya había subido la mitad de la escalerilla que llevaba a la trampilla del techo. Cuando la abrió, el sonido de los gritos de júbilo llenó la lapa y una fuerte voz amplificada empezó a gritar algo, palabras confusas y reverberantes.

Wren siguió a Fishcake por la escalerilla. El muchacho estaba agachado sobre el casco, apoyado en el soporte del periscopio, mirando nervioso a su alrededor y confundido por la luz y los atronadores vítores. El gancho magnético que había

sacado la lapa del mar ya se había soltado y se balanceaba sobre sus cabezas, salpicando agua, unido al foque de una grúa. La gente del paseo gritaba, animaba y saludaba agitando los brazos en el aire. Wren le tocó el hombro a Fishcake para darle confianza. Los hombres vestidos con trajes de goma se habían dispuesto en una especie de círculo alrededor de la lapa y se acercaban con cautela. Wren supuso que debían de ser estibadores o pescadores contratados para subir las lapas a bordo. Les sonrió, pero ellos no le devolvieron la sonrisa. Aguzó el oído y comenzó a distinguir lo que decía aquella retumbante voz:

—… Y para aquellos que acaban de unirse a nosotros —clamaba, entre ráfagas de sonido acoplado—, Brighton acaba de capturar un cuarto submarino pirata. Ahí tienen a la tripulación, emergiendo al casco: una parejita de desalmados tan desesperados como uno podría imaginar. Pero no se preocupen, damas y caballeros, ¡el mundo no tardará en librarse de estos parásitos para siempre!

—¡Es una trampa! —dijo Wren.

Fishcake, que no había entendido lo que decían por megafonía, se volvió hacia ella con el rostro pálido.

—¡No puede ser! —insistió ella, incorporándose y gritando—. ¡Fishcake! ¡Es una…!

Dos hombres aparecieron por el costado de la lapa y desplegaron sobre ellos algo que resultó ser una red. Se la tiraron a Fishcake, que empezó a dar patadas y a revolverse e intentó darle la mano a Wren.

—¿Eso quiere decir que no son nuestras mamás ni nuestros papás? —le preguntó con voz chillona y al borde del llanto—. ¡Me mentiste! ¡Me has mentido!

Entonces, unas fuertes manos lo agarraron por la espalda y lo separaron de Wren de un tirón, y otras manos se aferraron a ella, manos hostiles enguantadas en goma y apestando a pescado y a aceite. Una red cayó sobre ella y, aunque se revolvió y lanzó puñetazos y patadas, no pudo evitar que su captor se la echara al hombro para bajarla del casco de la lapa y dejarla caer pesadamente sobre la cubierta. Escuchó que los sollozos de Fishcake se tornaban de repente en un agudo chillido y, un momento después, comprendió por qué. Un hombre le agarró el brazo y le quemó el dorso de la mano con un sello de hierro calentado al rojo vivo, marcándola con una especie de logotipo:

*Shkin*

—¡Mami! ¡Mami! —aullaba Fishcake mientras se lo llevaban a rastras, negándose todavía a creer que la OMPHACIBA y los padres sonrientes no eran más que un cebo.

—¡Dejadlo en paz! —chilló Wren, llorando al notar el dolor en su propia mano abrasada—. ¡Solo tiene diez años! ¡Cómo podéis ser tan bestias! ¡Pensaba que erais sus padres!

—Esa es la idea, muchacho. —Un hombre alto, fornido y vestido con una capa impermeable se cernió sobre ella, eructando una cálida y viciada bocanada de olor a *whisky* mientras observaba de cerca su rostro—. Espera —le escuchó decir Wren—. Mire, señorita Weems. Es una chica.

Una frágil y hermosa dama vestida de negro lo apartó a un lado. Tenía en la mano un sello igual que el de Wren, solo que el suyo era antiguo y se había difuminado en una protuberante cicatriz no mucho más oscura que la piel que la rodeaba.

—Interesante —comentó mirando a Wren—. Hemos oído rumores de hembras parásitas, pero esta es la primera que vemos.

—¡Yo no soy una muchacha perdida! —gritó Wren a través de la densa maraña húmeda de la red—. Era una prisionera a bordo de la Autólico. Fishcake me secuestró de mi hogar…

—No me importa quién seas, muchacha —respondió la mujer con desdén—. Somos tratantes de esclavos y, por lo que a nosotros respecta, tú no eres más que mercancía.

—Pero yo… ¡No podéis hacerme vuestra esclava!

—*Au contraire*, niña. Nuestro contrato con el alcalde Pennyroyal es absolutamente claro al respecto: cualquiera que salga de una de estas máquinas parásitas se convierte inmediatamente en propiedad de la Sociedad Shkin.

—¿El alcalde Pennyroyal? —gritó Wren—. ¿No se referirá a… Nimrod Pennyroyal?

La mujer pareció sorprenderse de que una muchacha perdida reconociera aquel nombre.

—Sí. Nimrod Pennyroyal ha sido alcalde de Brighton durante los últimos doce años, puede que más.

—¡Pero eso no es posible! ¿Quién querría elegir de alcalde a Pennyroyal? ¡Es un farsante! ¡Un traidor! ¡Un ladrón de aeronaves!

La señorita Weems tomó unos cuantos apuntes en un portapapeles.

—Llevadla a las jaulas de los esclavos —le dijo a uno de sus hombres—. Informad al señor Shkin de la captura. Creo que es buena señal. Tal vez estemos acercándonos al nido de los piratas.

# 11

## Cuatro contra Grimsby

La mañana de su partida, cuando la Gusano de Hélice por fin estuvo lista y Hester y Tom estaban esperando a que Caul hiciera las últimas comprobaciones en los motores, Freya Rasmussen bajó a la playa del embarcadero y anunció que ella también se uniría a la expedición. Nada de lo que acertaron a decir Tom o Hester pudo hacerle cambiar de idea.

—Será peligroso.

—Bueno, vosotros dos vais.

—Te necesitan aquí.

—Ah, Anchorage-in-Vineland funcionará perfectamente sin que yo esté aquí. De todas maneras, le he dicho a la señora Aakiuq que ella puede ser la margravina en funciones durante mi ausencia. Y no querréis que se disguste, ¿verdad? Se ha hecho un sombrero especial, y todo…

Sonriendo, Freya trepó la escalerilla por la que se abordaba la Gusano de Hélice y dejó caer su voluminosa bolsa de viaje a través de la escotilla.

—¿No lo entiendes, Reina de las Nieves? —dijo Hester—. No vamos a Grimsby a hacer una visita de cortesía. Vamos a rescatar a Wren. Y si tengo que matar a todos los muchachos perdidos que se interpongan en mi camino…

—Lo único que conseguirás es empeorar las cosas —replicó bruscamente Freya —. Ya ha habido demasiadas muertes. Por eso necesitáis que me una a vosotros. Yo puedo hablar con el Tío y hacerle entrar en razón.

Hester soltó un gruñido de exasperación y miró a Caul, convencida de que él tampoco quería a Freya en aquel largo viaje, pero Caul no dijo nada y se limitó a clavar la vista en la lejanía, sobre el agua resplandeciente.

Así se resolvió el asunto, y la travesía comenzó como si fuera una excursión para hacer un pícnic, con Freya y Tom agitando la mano para despedirse desde las trampillas abiertas de la Gusano de Hélice mientras la lapa se adentraba en el lago y toda la población de Anchorage-in-Vineland se alineaba en la playa para desearles buena suerte durante el camino.

En cuanto la ciudad se perdió de vista tras el cabo y la Gusano de Hélice plegó sus patas para sumergirse, Freya bajó a la cabina, donde Caul se encorvaba sobre los herrumbrosos mandos. Tom permaneció sobre el casco hasta el último minuto, observando pasar frente a sus ojos la orilla y las laderas verdes que se reflejaban en las ondas del agua. Los pájaros cantaban en los lechos de juncos y sus trinos recordaban a las alarmas de los coches y las melodías de los teléfonos móviles que

sus antepasados debieron de haber escuchado a diario, sonidos fósiles de un mundo desaparecido. Eso llevó a Tom a pensar en los asentamientos de los Antiguos que había empezado a excavar en las Colinas Muertas y en las reliquias de vidas olvidadas que había empezado a desenterrar allí. ¿Regresaría alguna vez con Wren para terminar su trabajo?

—Volveremos —prometió Tom mientras entraba en la lapa para reunirse con Hester.

Sin embargo, Hester no dijo nada. Ella no creía que fuera a ver Anchorage-in-Vineland nunca más.

* * *

En el interior de la estrecha cabina de mandos de la Gusano de Hélice, Caul no tenía manera de evitar hablar con Freya Rasmussen. Se preguntó si sería ese el verdadero motivo de que hubiera decidido unirse a ellos. Cuando las aguas se cerraron sobre las ventanas del morro de la lapa, Freya se sentó a su lado, desplegó sobre la consola de pilotaje el antiguo mapa de Snøri Ulvaeusson y dijo:

—Entonces, ¿recuerdas el camino de regreso a Grimsby?

Él asintió con la cabeza.

—Sabía que lo harías —dijo—. Me sorprende que no hayas hecho antes este viaje.

—¿A Grimsby? —Se giró hacia ella, pero el modo amable y cauteloso en que lo miraba le hizo sentirse incómodo, así que volvió la vista a los mandos—. ¿Y por qué iba a querer volver a Grimsby? ¿Se te ha olvidado lo que pasó la última vez que estuve allí? Si Gargle no hubiera cortado mis amarras…

—Pero, a pesar de todo, quieres regresar —dijo Freya amablemente—. ¿Por qué si no ibas a reparar la Gusano?

Caul miró con los ojos entrecerrados hacia la turbia oscuridad que se abría ante la lapa fingiendo inspeccionar las rocas hundidas.

—Alguna vez lo he pensado —reconoció—. Ese es el problema. No podía dejar de pensar en ello. Incluso durante las primeras semanas en Vineland, cuando había tanto que hacer y todo el mundo era tan amable y acogedor, y tú… —La miró de reojo y luego apartó los ojos. Freya seguía con los suyos clavados en él. ¿Por qué siempre era tan amable con él? Dieciséis años atrás le había ofrecido su amor y ella lo había rechazado por motivos que aún no lograba comprender del todo. No la habría culpado si hubiera querido desterrarle al mar de nuevo—. Por eso vivo en los niveles subterráneos —admitió—. Porque es el trocito de Anchorage que más se parece a Grimsby. Y todas las noches, cuando sueño, escucho la voz del Tío. «Regresa a Grimsby, Caul», me dice. —Miró a Freya con nerviosismo. Nunca le había contado aquello a nadie y tenía miedo de que pensara que estaba loco. Él mismo lo pensaba a

veces—. El Tío me lo susurra como solía susurrarlo por los altavoces que había en el techo del Ladronarium cuando era pequeño. Hasta las olas de la playa hablan con su voz. «Grimsby es tu hogar, Caul, mi muchacho. Tú no encajas con los secos. Vuelve a Grimsby, a casa».

Freya se estiró para tocarle, pero luego se lo pensó mejor.

—Sin embargo, cuando Gargle apareció para pedir ayuda, tú te negaste. Podrías haberle dado el Libro de Hojalata y haber regresado con él a bordo de la Autólico.

—Quise hacerlo —respondió Gargle—. No sabes cuánto lo deseaba.

—Pero no lo hiciste. Preferiste Anchorage a Grimsby.

—Solo porque tenía miedo —dijo Caul—. Solo porque tenía miedo de llegar allí y descubrir que encajo tan poco con los muchachos perdidos como con vosotros, los secos. Tal vez ya no sea ni una cosa ni la otra. Tal vez ya no sea nada en absoluto.

Entonces, Freya lo tocó. Le apoyó la mano en el hombro y notó cómo se apartaba de ella con un respingo, rápido y huidizo, como un animal asustado. A veces pensaba que Caul le resultaba mucho más misterioso ahora que años atrás, cuando había venido a ella desde el mar. Habría sido mucho más feliz si le hubiera permitido quererla. Y ella también. No consideraba exactamente que hubiera arruinado su vida, porque le habían pasado muchas otras cosas buenas, pero a veces le entristecía no tener marido ni niños propios. Freya creía que había algunas personas (Caul era una de ellas, y Hester Natsworthy, otra) que no le habían pillado el truco a ser felices.

¿O quizá había algo más? Pensó en las olas de la playa susurrándole a Caul con la voz del Tío y se sintió incómoda y espantada. Si el Tío podía hablarle incluso estando en Vineland, ¿cómo se sentiría cuando llegaran a Grimsby? Y si allí las cosas se ponían mal y tenían que luchar, ¿Caul se pondría de su parte… o de la del Tío?

# 12
## Negocios en alta mar

—Muy bien así, su señoría. ¡Aguántela! ¡Sonría!

La pólvora destellante de la bandeja detonó con un suave estallido y una bola de humo se elevó por el soleado aire de la Nube 9 como un globo de cumpleaños. Nimrod Pennyroyal, explorador, autor y alcalde, se estaba tomando una vez más la fotografía para el *Palimpsesto Vespertino de Brighton*. En esta ocasión posaba con Digby Slingback y Sardona Flysch, el actor y la actriz que representaban a los afectados portavoces de la OMPHACIBA en los mensajes que Brighton emitía a través del Atlántico.

—Entonces, su señoría —preguntó el reportero del *Palimpsesto* mientras el fotógrafo cargaba una nueva bandejita de pólvora en su cámara—, ¿puede recordarles a los lectores qué fue lo que le inspiró la idea de emprender una expedición contra los piratas parásitos?

—Lo considero mi deber —respondió Pennyroyal sonriendo y ajustándose el collar de regidor, que titilaba con hermosura bajo el sol—. Al fin y al cabo, yo fui el primero en alertar al mundo de la existencia de estos bribones marítimos: pueden leer sobre mis experiencias con ellos en mi superventas interpolitano *El oro del depredador* (disponible por solo veinticinco delfines brightonianos en cualquier librería que se precie). Durante los últimos años hemos recibido cada vez más noticias sobre los robos y saqueos perpetrados por ellos y he empezado a deducir cómo opera su organización. Consideré que era mi deber dirigir nuestra ciudad al norte y capturar a todos los que pudiera.

—Como era de esperar, su señoría, algunos de sus críticos han sugerido que se trata de una maniobra publicitaria diseñada para atraer a Brighton a nuevos visitantes y vender más copias de sus libros…

—Mis libros se venden muy bien sin necesidad de maniobras publicitarias —dijo Pennyroyal con un ruidito desdeñoso—. Y si las noticias de nuestra cruzada para purgar los océanos de estos parásitos atraen a nuevos turistas a Brighton, ¿qué hay de malo en eso? Brighton es una ciudad turística y es tarea del alcalde apoyar dicha actividad. Y me siento en la necesidad de recordarle que nuestra pequeña incursión pesquera no les está costando a los contribuyentes de Brighton ni un solo penique. Gracias al acuerdo de colaboración que he cerrado, todo el equipo de detección submarina y las trampas para lapas corren a cuenta de uno de nuestros hombres de negocios más notables, el señor Nabisco Shkin. La idea de crear una organización falsa de familiares de piratas fue enteramente suya. Sé que hay quienes piensan que

es un método bastante cruel, pero deben reconocer que ha sido muy efectivo. Verá, Shkin comprende a la perfección la psicología de estos patanes huérfanos porque él mismo es huérfano; ya sabe, uno de esos niños pobres de los niveles inferiores que ha medrado a base de esfuerzo propio. Por eso sabía exactamente qué hacer para atraerlos hasta aquí.

—¿Y cree su señoría que capturaremos más piratas próximamente?

—¡Espere y verá! —rio Pennyroyal, ofreciendo su mejor perfil a la cámara cuando el fotógrafo se preparó para disparar de nuevo—. Los muchachos que atrapamos en las tres primeras lapas eran duros de pelar y se negaron a dar a conocer la ubicación de su base. Pero en esta última captura hemos dado con un chiquillo más joven y con una chica que serán mucho más fáciles de doblegar. ¡Estoy convencido de que los próximos días traerán consigo grandes resultados!

* * *

En realidad, lo que los próximos días trajeron consigo fue un cambio de tiempo. Una tormenta procedente del Continente Muerto cortó el océano en forma de altas olas blancas y zarandeó Brighton con tal violencia que hasta los residentes se sintieron indispuestos. Muchos de los visitantes, que habían llegado volando desde el Territorio de Caza para ver cómo las gentes de Pennyroyal atrapaban a los piratas, cogieron sus aeronaves y yates aéreos y regresaron a sus hogares a toda prisa. Los brightonianos (al menos, aquellos que no se sentían demasiado mareados como para trabajar) miraban hacia arriba con furia, a través de la violenta lluvia, la base de la Nube 9, suspendida en el cielo húmedo, y se preguntaban por qué habrían accedido a permitir que Pennyroyal los condujera hasta aquel mar salvaje y hostil.

Bajo las plataformas de lanzamiento, en el nivel más bajo de Brighton, Wren estaba tumbada en el suelo de su estrecha jaula en los almacenes de la Sociedad Shkin deseando estar muerta. Sobre su cabeza, una lámpara de argón oscilaba de adelante atrás salpicando de luz las paredes metálicas y las hileras de jaulas que aguardaban a que los muchachos perdidos cayeran en el engaño y fueran atraídos a la ciudad. Fishcake estaba en una de ellas y las otras contenían a las diversas tripulaciones de las lapas que habían capturado antes que la suya. A Wren le dolía horriblemente la quemadura de la mano. Supuso que conservaría aquel protuberante quemadura durante el resto de su vida…, que seguramente ya no sería demasiado larga.

—¿Nos estamos hundiendo? —preguntó cuando el guardia de la Sociedad Shkin apareció y la iluminó con la linterna para comprobar si seguía viva.

El guardia rio.

—Lo parece, ¿verdad? Pero Brighton se ha enfrentado a cosas peores. No te preocupes, pronto habremos atrapado al resto de tus compinches.

—No son mis compinches —replicó Wren con amargura—. Yo no soy un muchacho perdido…

—Cambia de cantinela, cielo —dijo cansinamente el hombre—. He oído que le contaste eso mismo a Monica Weems en la playa de los Pescadores cuando te sacaron del agua. Y la respuesta es la misma. No importa quién seas. Ahora eres mercancía. Nos darán un buen dinero por ti en Nuevo Maya.

A la mente de Wren acudieron sus antiguas clases de Geografía, el gran globo terráqueo de su aula en el Palacio de Invierno y la señorita Freya, diciendo:

—Esto es Nuevo Maya, que solía llamarse Sudamérica antes de que el istmo que lo conectaba con Norteamérica fuera destruido por las bombas lentas en la Guerra de los Sesenta Minutos.

¡Nuevo Maya estaba a miles de kilómetros! Si la llevaban allí, ¿cómo iba a ser capaz de encontrar alguna vez el camino de regreso a casa?

El guardia se apoyó en su jaula y la miró con malicia a través de los barrotes.

—No creerás que el señor Shkin intentaría vender un puñado de rudos piratas como esclavos domésticos o criadas, ¿verdad? Terminaréis como luchadores en alguna de las grandes ciudades zigurat de Nuevo Maya. Formidables espectáculos los de sus estadios. Bandas de piratas combatiendo entre sí o luchando contra máquinas trucadas y presos stalkers de la Tormenta Verde. Sangre y tripas por todas partes. Pero es un honor concedido por sus extraños dioses nuevomayas, así que, en realidad, todo resulta bastante espiritual.

Espiritual o terrenal, Wren no creía que fuera a gustarle aquello. Tenía que encontrar la manera de escapar de aquel horrible malentendido, pero su mente, de la que la señorita Freya solía decir cosas tan halagadoras, estaba demasiado aturdida por el zarandeo de la ciudad como para que pudiera pensar en nada.

—¡Espero que nos hundamos! —gritó débilmente cuando el guardia retomó su camino—. ¡Os lo tendríais bien merecido! ¡Espero que nos hundamos antes de que atrapéis a más pobres muchachos perdidos!

Al día siguiente, sin embargo, la tormenta amainó y las olas se sosegaron, y esa tarde, las respectivas tripulaciones de tres nuevas lapas fueron arrastradas, avergonzadas y sollozantes, a las jaulas de los esclavos. Esa misma noche capturaron cuatro lapas más, y otras tres al día siguiente. Una de ellas intuyó que aquello era una trampa y trató de huir antes de que los ganchos magnéticos pudieran atraparla, pero Brighton le dio caza y lanzó cargas de profundidad hasta que un penacho de agua blanca se elevó desde el fondo del mar, empapando a los espectadores que gritaban en las plataformas de observación a estribor, y los pedazos de la lapa y de los muchachos perdidos llegaron ondeando hasta la superficie.

—La noticia ya debe de haber llegado a Grimsby —dijo Krill, uno de los primeros muchachos a los que habían capturado, mientras observaba con el rostro pálido que el resto de jaulas a su alrededor no dejaba de llenarse de cautivos—. El viejo Tío hará algo. Él nos rescatará.

—La noticia ha llegado a Grimsby —dijo uno de los recién llegados.

—De ahí es de donde venimos…

—Hace un par de días que recibimos el mensaje.

—El Tío nos advirtió de que era una trampa y que no debíamos hacer caso, pero nos escapamos de todas maneras.

—Pensábamos que nuestras madres y nuestros padres estarían aquí…

Krill hundió la cabeza y se echó a llorar. Había liderado partidas de saqueo contra ciudades estáticas en el archipiélago Occidental y masacrado a cualquier seco que osara plantarle cara, pero en el almacén de la Sociedad Shkin no era más que otro adolescente perdido.

Wren estiró el brazo entre los barrotes y tiró de la manga de Fishcake. El benjamín estaba hecho un ovillo en el suelo de la jaula que había junto a la suya. No había vuelto a dirigirle la palabra a Wren desde que los habían llevado allí, y suponía que la culpaba a ella por todo lo que estaba pasando. Tal vez tuviera razón. ¡Si al menos no hubiera insistido tanto para convencerlo de que fueran a Brighton!

—Fishcake —le preguntó amablemente—, ¿cuántos muchachos perdidos hay? En total, me refiero.

Fishcake no la miró, pero, un segundo después, murmuró:

—Unos sesenta, supongo. Eso sin contar al Tío ni a los benjamines, que son demasiado pequeños para capitanear las lapas.

—¡Pero si aquí hay al menos cuarenta de vosotros! —dijo Wren—. Grimsby tiene que estar casi vacío…

La puerta del almacén chirrió al abrirse para franquear la entrada a otro grupo de gente. «Más prisioneros», pensó Wren, y ni siquiera se dignó a mirar. Aquello era demasiado deprimente. El sonido de los pisotones se detuvo junto a su jaula y, cuando alzó la vista, se dio cuenta de que los recién llegados no eran muchachos perdidos, sino dos guardias de la Sociedad Shkin y aquella odiosa señorita Weems.

—Sacadla —ordenó la señorita Weems.

Wren se preocupó. ¿Habría aceptado por fin la señorita Weems que no era una muchacha perdida? Tal vez la Sociedad Shkin se hubiera dado cuenta de que nunca sería una buena luchadora en aquellos estadios nuevomayas y hubieran planeado lanzarla por la borda en lugar de seguir malgastando comida y agua en mantenerla con vida.

—El amo desea verte —dijo la señorita Weems.

Los muchachos perdidos cautivos observaron desde sus jaulas cómo sacaban de allí a Wren.

La puerta que había tras las jaulas de los esclavos daba a una estancia no mucho más grande que un armario. Los guardias empujaron a Wren al interior y luego se colocaron tras ella. La señorita Weems activó una palanca en una pared y Wren sintió que el suelo se sacudía bajo sus pies; entonces reparó en que en realidad se encontraba dentro de un ascensor. Todos los ascensores de Anchorage llevaban años

averiados, pero aquel funcionaba a la perfección y ascendió tan rápido que Wren sintió como si se hubiera dejado el estómago por el camino.

Debido a que la habían trasladado a las jaulas de los esclavos envuelta en una red, Wren no había tenido oportunidad de comprender cuál era la disposición del edificio de la Sociedad Shkin. Se encontraba en una torre, en cuyos almacenes inferiores, situados en las profundidades de Brighton, tenían cautivos a los esclavos. Los pisos intermedios, en el segundo nivel de la ciudad, albergaban unas cuantas celdas especiales destinadas a almacenar bienes de lujo y los despachos de los administradores. Los niveles superiores, que asomaban sobre la zona más alta del complejo, en un ostentoso distrito llamado Queen's Park, lo componían las oficinas del fundador de la sociedad, el señor Nabisco Shkin. La parte más alta era tan blanca y hermosa como cualquier iceberg y, al verla, uno no podía adivinar las peligrosas nueve décimas partes restantes que se encontraban debajo. La gente de la ciudad lo llamaba el Pimentero.

El ascensor se detuvo en el piso más alto y Wren accedió a una gran sala redonda. Estaba decorada con hermosos muebles, cortinajes de terciopelo negro, alfombras negras y cuadros negros con marcos dorados que colgaban de las negras paredes. Pero lo que hizo que Wren se quedara sin aliento fueron las vistas que se atisbaban desde las ventanas. Estaba viendo las azoteas de Brighton: el sol brillaba, las blancas banderas ondeaban, los yates aéreos y los aerociclos se alzaban del aeropuerto mientras incontables gaviotas rodeaban y remontaban las chimeneas y se alejaban hacia el mar chispeante de luz. El agua que salpicaban las ruedas con palas se rociaba sobre la ciudad arrastrada por una suave brisa y la luz del sol resplandecía a través de las gotitas llenando las calles de arcoíris.

Durante un instante, Wren casi se olvidó de sus penas, del hambre y del dolor en la mano marcada. La felicidad bullía en su interior. Estaba en una ciudad-balsa, una de aquellas maravillosas ciudades con las que tanto había soñado, y era más hermosa incluso de lo que hubiera podido imaginar.

—La muchacha, señor Shkin —anunció la señorita Weems con un tono de voz zalamero que Wren no le había escuchado antes.

Uno de los guardias obligó a Wren a darse media vuelta para quedar frente al hombre que, en silencio, la observaba desde una silla giratoria negra.

Nabisco Shkin permaneció sentado, sin mover un músculo, con una pierna cruzada sobre la otra: el parpadeo de luz reflejada en uno de sus zapatos de charol cuando su pie se agitaba ligeramente de arriba abajo era el único movimiento que percibía en él. Un traje gris paloma, guantes grises, cabello gris, ojos grises, rostro gris, voz gris.

—Estoy encantado de conocerte, querida —dijo, aunque no parecía encantado, ni mucho menos. Ni siquiera parecía saber qué significaba *estar encantado*—. Monica me ha dicho que eres de Anchorage.

—¡Así es! —gritó Wren, agradecida de que por fin alguien estuviera dispuesto a

escucharla—. Me llamo Wren Natsworthy y fui secuestrada…

—Ya no hay nadie en Anchorage. —Shkin se levantó y la rodeó. Sus ojos no se apartaron de ella ni un momento—. Anchorage se hundió hace años, al oeste de Groenlandia.

—¡No, no lo hizo! —le espetó Wren—. Fue…

Shkin levantó un dedo y regresó a su escritorio. Se dio media vuelta con algo en las manos. Era el libro que Wren le había robado a la señorita Freya. Había olvidado todo aquello por completo hasta aquel momento.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eso es el Libro de Hojalata —contestó ella—. Solo una antigua curiosidad procedente de los Siglos Negros. Es el motivo por el que la Autólico vino a Anchorage. Creo que está relacionado de alguna manera con los submarinos. Yo ayudé a los muchachos perdidos a robarlo, pero todo salió mal y Fishcake terminó tomándome como rehén. Si pudierais llevarme allí de regreso, señor, estoy seguro de que mi padre y mi madre y la señorita Freya le recompensarían.

—Anchorage de nuevo. —Shkin soltó el libro y la inspeccionó con atención—. ¿Por qué insistes en esa ridícula historia? En Anchorage ya no vive nadie que no sea un pez. Cualquier habitante de Brighton lo sabe. Nuestro amado alcalde Pennyroyal ha ganado mucho dinero con su libro acerca de los últimos días de la ciudad. *El oro del depredador* termina cuando Anchorage se hunde en lo que nuestro ingenioso alcalde describe como su «tumba submarina».

—Bueno, ¡pues Pennyroyal es un mentiroso! —protestó Wren, furiosa, pensando en lo injusto que era que Pennyroyal hubiera sobrevivido. Y qué decir ya sobre lo de hacerse rico vendiendo aquellas patrañas—. Es un cobarde y un mentiroso. Disparó a mi padre y robó la nave de mis padres para poder huir de Anchorage cuando pensaba que Arkangel iba a devorarla. Es imposible que sepa lo que pasó después. Fuera lo que fuera lo que escribió, debe de habérselo inventado.

Nabisco Shkin enarcó una ceja gris un octavo de centímetro, que era su manera de expresar sorpresa. En ese preciso instante, a Wren se le ocurrió una idea. Era la única persona de todo el mundo exterior que conocía la verdad sobre Anchorage. Sin duda, aquello debía de hacer de ella una persona valiosa. ¡Demasiado valiosa como para ponerla en subasta con el resto de muchachos perdidos como esclava gladiadora!

Sintió como si, muy lejos de ella, se hubiera abierto una puerta minúscula en el extremo opuesto de una habitación enorme y oscura. Veía una salida.

—Anchorage encontró la manera de llegar a una zona verde en el Continente Muerto y allí prosperó, yo soy la prueba. ¿No cree que a Pennyroyal le gustaría saberlo?

Nabisco Shkin había estado a punto de mandarla callar de nuevo, pero cuando oyó que Wren decía aquello, dudó y su ceja se elevó un cuarto de centímetro entero. Se acomodó de nuevo en su silla, con los ojos aún clavados en Wren.

—Explícate.

—Bueno, supongo que querrá saber de la existencia de Anchorage, ¿no es así? —tartamudeó Wren—. Quiero decir que, si ha ganado tanto dinero contándole a la gente lo que fue de nosotros, supongo que le interesará saber lo que sucedió en realidad. ¡Podría escribir una secuela! ¡Podría organizar una expedición para llevarme a casa y publicar un libro sobre ello! —Y aunque no fuera así, Wren pensó que vivir como esclava en aquella especie de palacio flotante al menos sería infinitamente mejor que hacerlo en las arenas de Nuevo Maya. Así que siguió entusiasmada—: Seguro que se muere de ganas de hablar conmigo.

Shkin asintió lentamente. Una sonrisa aleteó un instante alrededor de su delgada boca, pero luego se dio por vencida. Le había molestado el comentario que Pennyroyal había hecho sobre los bajos fondos durante su entrevista con el *Palimpsesto*, recordándole a todo el mundo su origen como ladronzuelo en los oscuros callejones de la Hoya de los Topos. Tal vez aquella muchacha fuera un regalo de los dioses; una manera de vengarse del ridículo alcalde de Brighton.

—Si tu historia es cierta —dijo—, puede que efectivamente seas de interés para el alcalde Pennyroyal. Pero ¿cómo podrías demostrarlo?

Wren señaló el Libro de Hojalata que había sobre su escritorio.

—Esa es la prueba. Es un artefacto famoso procedente de la biblioteca de la margravina…

—No recuerdo que Pennyroyal lo mencionara en su tediosa y detallada descripción de los tesoros de Anchorage —dijo Shkin—. ¿Y si no lo reconoce? Entonces, únicamente, sería tu palabra contra la suya, ¿y quién creería en la palabra de una esclava, de una muchacha perdida?

—Puede interrogarme sobre otras cosas —dijo Wren desesperada—. Puede preguntarme cosas sobre mi madre y mi padre, sobre el señor Scabious y la señorita Freya, cosas que no aparezcan en su libro, cosas que solo alguien que hubiera vivido en Anchorage pudiera saber.

—Interesante. —Shkin le dedicó otro de sus pausados asentimientos con la cabeza—. Monica —dijo—, que transfieran a esta muchacha al segundo nivel. Asegúrate de que de ahora en adelante se la trata como a una mercancía de lujo.

—No se olvide de Fishcake —dijo Wren—. Él también ha estado en Anchorage.

—Efectivamente —respondió Shkin, y con una mirada a la señorita Weems—: Haz que lleven al muchacho a la sala de interrogatorios. Es hora de que tenga una charla con él.

# 13

## La doctora Zero

Mientras la aeronave que la transportaba desde Batmunkh Tsaka se bamboleaba sobre Tienjing entre el pelotón de naves, Enone Zero miraba por las ventanas de la góndola deleitándose con la imagen de aquellas casas pintadas de alegres colores, en equilibrio sobre imposibles cornisas, y de los jardines que pendían de ellas como jardineras, con el agua tiñendo de plata los canales elevados y las coloridas ropas de los ciudadanos atestando las marañas de puentes y las empinadas calles llenas de escalones. Aquella ciudad en las montañas centrales de Shan Guo era la cuna del antitraccionismo. Allí era donde el lama Batmunkh había fundado la Liga Antitracción y, también, donde la Liga había tenido su capital durante mil años.

Pero ahora la Liga había desaparecido, el antiguo Alto Consejo había sido derrocado y las cicatrices de la guerra de la Tormenta Verde eran visibles por doquier. Mientras la aeronave descendía hacia las plataformas militares de acoplamiento de la pagoda de Jade, a Enone se le iba haciendo cada vez más difícil ignorar las espantosas bases de lanzamiento de cohetes que desfiguraban los parques de Tienjing y los horribles ejércitos de molinos de viento que giraban y chirriaban en las laderas de las montañas generando energía limpia para la guerra. Durante catorce años, a nadie se le había permitido hacer nada que no estuviera directamente relacionado con la guerra, y los barrios civiles de la ciudad mostraban signos de un largo abandono. Mirara adonde mirara Enone, los edificios habían caído presa de la desesperación y las sombras de las patrullas de acorazados planeaban sobre los tejados en ruinas.

La pagoda de Jade ni estaba hecha de jade ni era una pagoda. El nombre no era más que una reliquia que los fundadores de Tienjing se llevaron consigo cuando huyeron a aquellas montañas por primera vez y que, probablemente, en algún momento había pertenecido a algún agradable palacio de verano de las tierras bajas, devorado mucho tiempo atrás por ciudades hambrientas. No era un nombre adecuado para la lúgubre fortaleza de piedra que se cernía sobre Enone cuando desembarcó en la plataforma despejada de nieve. Ensartadas en picas en lo alto de las verjas exteriores, las cabezas de los opositores antibelicistas y de la gente que no reciclaba sus desechos cotidianos habían empezado a secarse y ajarse como nidos de avispas a merced del viento de la montaña. En las paredes habían pintado mensajes de proporciones gigantescas: «¡UN MUNDO VERDE DE NUEVO!» y «¡UN ÚLTIMO EMPUJÓN APLASTARÁ LA PLATAFORMA DE TRACCIÓN PANGERMÁNICA!».

La entrada interna estaba protegida por soldados de la legión aérea de élite de la stalker Fang, los cuales franquearon la barrera para impedirle el paso en cuanto

Enone se echó la mochila al hombro y empezó a subir los escalones desde la plataforma de acoplamiento.

—Documentación, jovencito —ladró el suboficial al mando.

Era un malentendido al que Enone estaba acostumbrada. En los territorios de la Tormenta, todos los excedentes de comida eran destinados a los combatientes del frente, y las hambrunas anuales de su infancia la habían dejado delgaducha y con el pecho tan plano como el de un muchacho de catorce años. Aguardó pacientemente mientras el suboficial comprobaba su pase y vio cómo su rostro se transformaba a medida que se daba cuenta de quién era.

—¡Permitidle el paso! ¡Permitidle el paso! —gritó, azotando a sus hombres con la hoja de la espada, castigándolos con la esperanza de que la doctora Zero no lo castigara a él—. ¡Permitidle el paso inmediatamente! ¡Esta es la doctora Zero, la nueva cirujana mecánica de la líder!

* * *

Enone tenía cuatro años cuando la Tormenta Verde llegó al poder y no conservaba recuerdos claros de antes de la guerra. Su padre, que había muerto en una reyerta con los piratas en la Percha de los Bribones, no era para ella más que un rostro en una fotografía del santuario familiar.

Enone creció siendo una niña tímida e inteligente en la lejana base aérea de Aleutia, donde su madre trabajaba como mecánica. En la escuela cantaba canciones propagandísticas como *Oriente es verde* y *Agradecemos a la stalker Fang nuestra feliz infancia*. En casa, los cuentos con los que se iba a dormir eran las historias que Eno, su hermano aviador, le contaba sobre victorias en distantes campos de batalla. Sus juguetes eran stalkers averiados traídos de las luchas de Kamchatka y apilados en montones en la parte trasera de la base. Le producían tal lástima que empezó a intentar repararlos, sin entender que ya estaban muertos y que lo mejor hubiera sido dejarlos en paz. Averiguó los secretos que se escondían bajo sus armaduras, la lengua braille que codificaba sus cerebros. Mejoró tanto con ellos que, cuando uno de los stalkers se averiaba, el comandante de la base contaba con la muchachita Zero antes que con sus propios cirujanos mecánicos. Gracias a ello, consiguió raciones de más para su madre y para ella hasta que cumplió los dieciséis años. Ahí fue cuando la Tormenta Verde supo de sus talentos y la envió a un centro de formación y luego a la unidad del frente de Resurrección en el Altai Shan.

En aquel mundo subterráneo de trincheras y búnkeres, trabajó hasta la extenuación durante el largo y mortífero invierno del 22. Los equipos de salvamento sacaban a rastras del barro congelado a los soldados muertos y los depositaban en las mesas de Resurrección, donde Enone y sus camaradas los convertían en stalkers y los mandaban de vuelta con paso marcial a la primera línea de combate.

Le asombró lo rápido que dejó de experimentar el horror, la lástima. Aprendió a no mirar los rostros de la gente en la que trabajaba. De aquella manera, dejaban de ser personas y se convertían en meros objetos rotos que necesitaban ser desmontados y reparados a la mayor velocidad posible. En el quirófano de Resurrección reinaba una suerte de camaradería que a Enone le gustaba. El resto de cirujanos mecánicos hacían chistes y bromeaban entre sí mientras trabajaban, pero como Enone era tan joven, la llamaban *hermanita* y cuidaban de ella. Les impresionaba lo rápida y cuidadosamente que trabajaba, y la facilidad que tenía para resolver problemas que a ellos les superaban. A veces oyó que se referían a ella usando la palabra *genio*.

Enone se enorgullecía de que estuvieran complacidos con ella, y también de estar jugando un rol tan importante en la lucha por la Buena Tierra. Aquel invierno, las ciudades del enemigo habían intentado, una y otra vez, avanzar por aquella desconchada franja de infierno que separaba su Territorio de Caza de los territorios de la Tormenta Verde. Eran tantas y tan inmensas que a veces Enone tenía la sensación de que nada podía detenerlas, pero las armas y las catapultas lanzaban proyectiles contra sus sistemas de tracción, los cargueros de la Tormenta Verde soltaban Acróbatas sobre sus superestructuras, las naves de guerra programaban sus pantallas de combate, las valientes unidades de la unidad pirotécnica se colaban entre sus inmensas ruedas y abrían agujeros en los niveles inferiores por los que los batallones de stalkers de la Tormenta Verde irrumpían en masa. Y al final, cuando habían muerto los ciudadanos suficientes, las ciudades siempre se rendían y se escabullían. A veces, cuando una estaba gravemente dañada, las demás se volvían contra ella y la despedazaban.

Al principio, a Enone le aterrorizaban el rugido y el estallido de las balas de las pistolas cañones que los disparaban, el silbido de los proyectiles de los francotiradores cortando el aire helado sobre las trincheras de comunicación. Pero, según pasaban las semanas y los meses, poco a poco, fue acostumbrándose al horror. Era como trabajar con los cadáveres en el quirófano de Resurrección: uno aprendía a dejar de sentir cosas. Ni siquiera sintió nada cuando desde Aleutia le llegó la noticia de que la base aérea de su madre había sido devorada por los suburbios anfibios.

Y entonces, durante la ofensiva de la primavera del 23, reconoció uno de los cuerpos que los equipos de salvamento habían dejado sin ningún cuidado frente a ella. Los lunares dibujaban en su pecho un patrón que conocía tan bien como las constelaciones que él mismo le había enseñado a reconocer cuando ella era pequeña. Antes incluso de apartar el trapo ensangrentado con el que alguien le había envuelto el rostro, supo que aquel cuerpo era el de su hermano Eno. Como las cartas que se intercambiaban habían sido censuradas, ni siquiera había sabido que estaba luchando en su sector.

Había observado a su hermano mientras se ponía sus guanteletes de goma con gesto mecánico. No quería resucitarlo, pero sabía lo que pasaría si se negaba. A veces, los soldados del frente intentaban impedir que las unidades de Resurrección se

llevaran los cadáveres de sus camaradas, y entonces la Tormenta Verde los denunciaba por criptotraccionistas, los fusilaba y los resucitaba junto con sus amigos. Enone no quería que la fusilaran. Ante la visión de Eno, recuperó todos sus recuerdos, y su miedo a la muerte regresó con tal brusquedad y potencia que apenas si podía respirar. No quería terminar como Eno: fría e indefensa sobre una camilla.

—¿Cirujana mecánica? —le preguntó uno de sus ayudantes—. ¿Se encuentra usted mal?

Enone quería estar enferma. Hizo un gesto con la mano para restarle importancia y trató de controlarse. Pensar siquiera en no resucitar a Eno era un error. Se dijo que debía alegrarse por su hermano, porque gracias a ella su cuerpo podría continuar luchando contra los bárbaros incluso después de muerto. Pero no se alegraba.

Sus ayudantes seguían mirándola, así que dijo:

—Escalpelo. Sierra para cortar huesos. Separador intercostal.

Y se puso manos a la obra. Abrió el cuerpo de Eno y extrajo sus órganos internos para sustituirlos por motores, compartimentos de baterías y bombas de preservación. Le seccionó las manos y las reemplazó con las manos de acero de un stalker. Le cortó sus partes pudendas. Le sacó los ojos. Le desprendió la piel e instaló una misteriosa red de electrodos en las fibras de sus músculos. Le abrió el cráneo e introdujo una máquina del tamaño de un hueso de melocotón en su cerebro. Observó cómo se retorcía y estremecía mientras ella liberaba cilios finos como cables por su médula espinal, conectando su sistema nervioso al resto de máquinas que había instalado.

—En realidad, esto no eres tú —le dijo, susurrándole constantemente mientras trabajaba en su cuerpo—. Tú estás en la Región de las Sombras y esto solo es lo que has dejado en la Tierra, algo que podemos usar, igual que se recicla una botella o una caja de cartón. ¿Acaso la Tormenta Verde no nos insta a reciclarlo todo por el bien de la Buena Tierra?

Cuando hubo terminado, se lo pasó a un cirujano mecánico de rango inferior para que él le acoplara el exoesqueleto y las gujas digitales. Entonces salió afuera, se fumó un cigarrillo y observó las aeronaves que se incendiaban sobre aquella tierra de nadie.

Fue después de aquello cuando los muertos empezaron a hablarle. Le resultaba extraño que fueran tan parlanchines, cuando su propio hermano no le había dicho ni una sola palabra, pero cuando los miraba a la cara, algo que siempre hacía después de haber resucitado a Eno, podía escucharlos susurrándole en la mente.

Y todos le preguntaban lo mismo. «¿Quién terminará esto? ¿Quién pondrá fin a esta guerra infinita?».

—Yo lo haré —prometió Enone Zero, y su vocecilla se ahogó entre el tronar de los cañones—. Al menos, lo intentaré.

* * *

—¡Tesoro! —gritó alegremente Popjoy cuando por fin llegó a su despacho, en lo alto de la pagoda.

Estaba empacando. En el enorme baúl abierto frente a su escritorio, Enone vio libros, archivos, documentos, un retrato enmarcado de la stalker Fang y una taza esmaltada con el logotipo de los Cuerpos de Resurrección y el eslogan «No tienes que ser un científico loco para trabajar aquí…, ¡pero ayuda!». Popjoy estaba de pie en una silla, desprendiendo de la pared una foto de la base aérea de la Percha de los Bribones, que desempolvó con el puño de la camisa antes de meterla en el baúl. Entonces, le lanzó un beso a la doctora Zero.

—¡Enhorabuena! Acabo de venir de ver a Fang, y ya es oficial. Ha quedado tan impresionada con lo que has hecho con el viejo Shrikey que ha decidido permitir que me jubile, ¡por fin! Voy a ir a mi casa de fin de semana de Batmunkh Gompa para un merecido descanso. Pescaré, me entretendré jugando con un par de proyectos personales, tal vez incluso escriba mis memorias. Y tú, tesoro, tú serás mi sustituta.

«Qué extraño», pensó Enone. Aquello era para lo que tanto se había estado esforzando desde que había tenido aquella revelación en las trincheras: convertirse en la cirujana mecánica personal de la stalker Fang. Para eso era para lo que había superado su timidez natural y había peleado su traslado a la central de Manufactura de Stalkers. Para eso había tenido que soportar el desagradable sentido del humor del doctor Popjoy y aquellas manos tan sueltas. Para eso se había pasado años rastreando la tumba del célebre stalker Shrike, reparándolo durante meses, para demostrarle a todo el mundo que era, como poco, tan buena como Popjoy. Ahora que el momento había llegado, ni siquiera pudo esbozar una sonrisa. Notaba las rodillas flojas. Se agarró al marco de la puerta para evitar caerse.

—¡Anímate, tesoro! —dijo Popjoy con lascivia—. ¡Son buenas noticias! ¡Poder! ¡Dinero! Y lo único que tienes que hacer a cambio es comprobar los niveles de aceite de Su Excelencia de vez en cuando, abrillantarle la armadura, estar atenta a que no se oxide. Básicamente, es indestructible, así que no deberías tener demasiados problemas. Si algo te preocupa, mándame un mensaje. Si no…

«Si no, estoy sola», pensó Enone Zero mientras subía las escaleras al piso más alto de la pagoda rumbo a las dependencias personales de la stalker Fang. Por supuesto, todo aquello estaba mal: si hubiera justicia en el mundo, un hombre como Popjoy, que tanta maldad y sufrimiento había causado, debería sufrir también. Pero, en cambio, iba a terminar sus días rodeado de lujos, pescando, entretenido con un par de proyectos personales. Al menos, al jubilarse, le ofrecía a Enone Zero una oportunidad de cumplir su promesa a los muertos.

Los centinelas se pusieron en guardia a su paso. Los lacayos le hicieron una profunda reverencia cuando abrió las puertas que llevaban a la sala de conferencias de la stalker Fang. Los mayordomos y los oficiales de personal alzaron la vista del gran mapa de Rustwater que contemplaban y no se molestaron en devolver la profunda reverencia que Enone les dedicó. Fang también la miró, y sus ojos verdes

refulgieron. Había regresado del frente hacía apenas unas horas y tenía la armadura cubierta por una costra de barro seco y sangre de soldados urbanitas.

—Mi nueva cirujana mecánica —susurró.

—A su servicio, Excelencia —murmuró Enone Zero, y se arrodilló frente a la stalker.

Cuando reunió el valor suficiente para levantar la cabeza de nuevo, todo el mundo estaba ya concentrado en los mapas de guerra, y los únicos ojos que seguían posados en ella eran los del señor Shrike.

Así que todo estaba en orden. Estaba dentro: ahora era un miembro del personal central. Pronto pondría en marcha el plan que había ideado en su camastro infectado de piojos del frente de Altai.

Asesinaría a la stalker Fang.

# 14

## ¡Vendida!

A veces, tiempo después, Wren le diría a la gente que sabía lo que se sentía al ser un esclavo, pero en realidad no era así. El antiguo comercio era muy próspero durante aquellos años. Los prisioneros de la larga guerra atrapados en ambos bandos eran vendidos al por mayor a hombres como Shkin, que los empaquetaba en aviones de carga llenos de fugas y sin calefacción y los enviaba por los Caminos de las Aves para trabajar en las gigantescas plataformas industriales o en las interminables trincheras y cepos anticiudades de la Tormenta. Para ellos, la esclavitud implicaba un trabajo extenuante, familias rotas, crueldad injustificada y una muerte prematura. Lo peor que Wren tuvo que soportar fue la forma de escribir de Nimrod Pennyroyal.

Después de aquella primera entrevista con Shkin, Wren fue trasladada a una cómoda celda en los niveles intermedios del Pimentero. Allí tenía una cama blanda, un lavabo en el que asearse, tres comidas al día y un vestido de lino nuevo de su talla. También disponía de una copia de *El oro del depredador*, entregada personalmente por la señorita Weems «de parte del señor Shkin».

Durante unas cuantas horas al día, el reflector que había al otro lado de los barrotes de la ventana atrapaba un rayo de la luz que caía del cielo sobre las plataformas superiores y llenaba la celda de Wren con una luz cálida. Cuando se hizo un ovillo en el camastro y abrió las llamativas cubiertas del libro de Pennyroyal, casi tuvo la sensación de estar en su propio dormitorio, en Dog Star Court, donde solía sentarse junto a la ventana para leer. Qué extraño era encontrar tan transformados y tergiversados aquellos lugares, gentes e historias que ella había conocido durante toda su vida.

Había temido que leer sobre su madre y su padre empeorara su nostalgia, pero la verdad era que no tenía de qué preocuparse. Su padre ni siquiera aparecía en el libro de Pennyroyal. Y en cuanto a Hester Shaw («una amazona del aire de cabello rojizo cuyo divino rostro quedaba mancillado por una única cicatriz cárdena donde algún forajido había perforado con su estilete la carne damascena de su mejilla»), apenas podía reconocerla como su madre.

Una noche, cuando Wren estaba tendida en el catre, insomne, meditando con indignación sobre todo lo que había leído, se dio cuenta de que había cometido otro terrible error. Se había creído muy lista al convencer a Shkin de que la llevara ante el alcalde, porque había asumido que casi todo lo que se contaba en *El oro del depredador* sería cierto. Nunca habría podido imaginar lo mucho que había mentido Pennyroyal sobre la temporada que había pasado en Anchorage. Si Wren contaba su

verdadera historia, podía destruir su reputación y su carrera. Era posible que Pennyroyal quisiera efectivamente comprarla, pero no para escribir libros sobre ella. Más bien querría silenciarla, rápida y definitivamente.

Sola, en su celda, Wren escondió el rostro en la almohada y sollozó con temor. ¿Qué había hecho? ¿Y cómo podía deshacerlo? Salió de un salto del camastro y se encaminó hacia la puerta con intención de llamar a gritos a un guardia. Le diría a Shkin que había mentido sobre Anchorage, que al fin y al cabo no era más que una muchacha perdida y que carecía de interés para el profesor Pennyroyal. Pero entonces volvería a estar en el punto de partida o, peor aún, Shkin le diría que le había hecho perder el tiempo. Algo le decía que un hombre como Shkin debía de tener modos muy desagradables de saldar cuentas con la gente que le hacía perder el tiempo.

—Piensa, Wren, ¡piensa! —susurró.

Y mientras tanto, bajo sus pies, los potentes motores Mitchell & Nixon de Brighton explotaban y golpeteaban, impulsando la ciudad hacia el norte a un ritmo constante.

* * *

Tras su entrevista con Wren, Shkin interrogó a Fishcake. El novato demostró un alto grado de cooperación. Estaba agotado y aterrorizado, deseoso de tener un nuevo amo que se ocupara de él y le indicara qué hacer. Después de que Nabisco Shkin le hubiera dedicado unas cuantas palabras amables, confirmó la historia de Wren sobre Anchorage. Algunas palabras después, le reveló al tratante de esclavos dónde se encontraba Grimsby.

La gente de Shkin pasó la información al alcalde y al Ayuntamiento. Brighton reajustó su curso y, muy pronto, los instrumentos de Vieja Tecnología del puente detectaron los chapiteles de una ciudad sumergida en las profundidades. Brighton estuvo un tiempo rodeándola, emitiendo su traicionero mensaje, y consiguió atraer a las últimas pocas lapas que quedaban. Cuando ya no aparecieron más, Pennyroyal decidió dar por terminada la expedición.

El plan original había sido enviar hombres a bordo de las lapas capturadas para explorar la guarida pirata, pero el viaje al norte les había llevado más tiempo del que esperaban: la estación de lluvias estaba ya bien entrada, se esperaban nuevas tormentas y los habitantes de Brighton, que tenían la capacidad de atención de un mosquito, estaban empezando a aburrirse. Lanzaron cargas de profundidad y hubo unas cuantas explosiones submarinas espectaculares y muchos desechos flotantes que fueron capturados con redes por los tenderos y puestos a la venta como recuerdos de Grimsby. Pennyroyal hizo un discurso declarando que el Atlántico norte era ahora un lugar seguro para la navegación de las ciudades-balsa decentes y Brighton viró al sur, poniendo rumbo de nuevo a las aguas más cálidas del mar Medio, a un encuentro con

una agrupación de ciudades-tracción para celebrar el Festival de la Luna.

* * *

A la tarde siguiente, la cerradura de la puerta de Wren se abrió y un montón de guardias vestidos de negro llegaron en tropel a su celda, seguidos por el mismísimo Nabisco Shkin.

—Bueno, querida —dijo, mirando la copia de *El oro del depredador* que había sobre su camastro—. ¿Te han cautivado las aventuras de nuestro alcalde? ¿Has detectado algún error en su relato?

Wren ni siquiera sabía por dónde empezar.

—¡Es una absoluta basura! —protestó, indignada—. Los habitantes de Anchorage no obligaron a Pennyroyal a guiarlos por el Alto Hielo: fue nombrado navegante en jefe, lo cual era un gran honor, y él desperdició la oportunidad. Y no fue él quien combatió contra los Cazadores, sino mi madre, a la que Masgard no mató, como dice el libro: mi madre sigue viva. Y ella nunca habría vendido el rumbo de Anchorage a Arkangel. Y cuando se está muriendo y le dice a Pennyroyal: «Toma mi nave, sálvate tú», eso es una mentira como una casa. Pennyroyal robó la nave y disparó a mi padre para poder huir en ella. Y, por supuesto, no menciona a mi padre. Y eso que la señorita Freya hace en la página 81…

Al recordar su dilema inicial, Wren calló de repente. Shkin seguía observándola, más cauteloso y calculador que nunca. Tal vez, el hecho de darle el libro no hubiera sido más que un modo de ponerla a prueba y ver si sería capaz de mantener su versión de la historia de Anchorage frente a todas las patrañas de Pennyroyal.

—Interesante —dijo Shkin, y chasqueó los dedos para llamar la atención de uno de los guardias, que dio un paso al frente con actitud formal y cerró un par de hermosos grilletes de plata alrededor de las muñecas de Wren—. Siempre sospeché que el relato de las aventuras del señor alcalde era, de alguna manera…, exagerado. Creo que ha llegado el momento de que te lleve a conocerlo.

* * *

Descendieron las escaleras del Pimentero hasta un garaje donde los esperaba un elegante escarabajo negro.

—¿Y qué hay de Fishcake? —preguntó Wren cuando los hombres de Shkin la empujaron a su interior—. ¿Qué le habéis hecho al pobrecito Fishcake?

—Él se quedará en el Pimentero. —Shkin se acomodó a su lado en el asiento trasero del escarabajo y comprobó su reloj de bolsillo—. A la Nube 9 —le dijo al

conductor.

El escarabajo arrancó y salió a las lóbregas calles de los Laines, un barrio de tiendas antiguas y hoteles baratos que ocupaba la mayor parte del nivel intermedio de Brighton. En otras circunstancias, Wren se habría sentido fascinada por los escaparates llenos de basura y Vieja Tecnología que veía a su paso, por las extrañas ropas de la gente y por los soportes que sostenían aquel nivel, empapelados de carteles de compañías de teatro experimental desesperadas por actuar. En aquel momento, sin embargo, estaba demasiado ocupada preguntándose cómo iba a conseguir mantenerse con vida. Decidió que todo era cuestión de cálculo. Si era lo suficientemente lista y conseguía mantener los nervios a raya, tal vez podría librarse de las garras de Shkin sin que Pennyroyal llegara nunca a saber quién era en realidad.

El escarabajo ascendió por una larga rampa hasta llegar al nivel superior. Apartando a los turistas con sonoros pitidos de su bocina, aceleró por Ocean Boulevard, el paseo ovalado que rodeaba la parte más alta de Brighton. Dejó atrás hoteles y restaurantes, palmeras y campos de minigolf, ferias de atracciones, relojes florales y salas de bingo. Cruzó un puente que atravesaba la zona menos profunda de la Piscina Marítima, un lago de agua marina filtrada y depurada que estaba rodeado de playas artificiales. Y, finalmente, llegó a Old Steine, la plaza circular de la que partían los gruesos cabos con los que la Nube 9 se aferraba a Brighton.

La plataforma flotante quedaba suspendida a unos sesenta metros sobre la cabeza de Wren. Cuando alzó la vista, pudo ver una sala de mandos acristalada que sobresalía de la parte inferior como una especie de confuso invernadero invertido. En su interior pululaban varios hombres, encargados de accionar los paneles llenos de palancas de latón que ajustaban la compensación y la altitud de la Nube 9. Rodeando todo el borde de la plataforma había acopladas unas pequeñas cápsulas con motores, y Wren supuso que debían de usarse, en caso de mal tiempo, para mantener la Nube 9 en una posición estacionaria sobre la ciudad. En aquella tarde sin viento, solo algunos estaban encendidos, como abanicos que ahuyentaban los humos de escape del palacio del alcalde.

En medio de la Old Steine, donde las sirgas de la Nube 9 se amarraban a unos enormes y herrumbrosos soportes, un teleférico amarillo esperaba para subir a los visitantes al Pabellón. Cuando el escarabajo se detuvo con un frenazo junto a él, unos soldados vestidos con un abrigo rojo llegaron corriendo para inspeccionar los documentos de Shkin y sus hombres y pasar unos detectores de metales de Vieja Tecnología sobre sus ropas.

—Hubo una época en la que prácticamente todo el mundo podía acceder y pasear por los jardines del Pabellón —dijo Shkin—. Todo eso ha cambiado desde el comienzo de la guerra. En nuestra parte del mundo no hay luchas, por supuesto (los antitraccionistas africanos no tienen redaños para unirse a la cruzada de la Tormenta Verde), pero Pennyroyal sigue teniendo miedo de que los saboteadores o los terroristas puedan querer probar suerte con él.

Era la primera vez que Wren escuchaba hablar sobre la guerra entre las ciudades y la Tormenta. Aquello explicaba la presencia de todas aquellas enormes y horrorosas baterías de cañones en las explanadas de la ciudad y por qué la vigilancia era tan estrecha.

—¿El propósito de su visita a la Nube 9, señor Shkin? —preguntó el comandante.

—Tengo una interesante pieza de mercancía que mostrarle al alcalde.

—No creo que su señoría esté interesado en comprar esclavos en este momento, señor.

—Oh, no querrá perder la oportunidad de añadir esta a su personal. Le sugiero que nos permita el ascenso sin mayor dilación, a no ser que quiera pasar el resto de su carrera en el Nivel 3 extrayendo vello púbico de los filtros de la piscina marítima…

No hubo más objeciones. Shkin y su grupo fueron rápidamente conducidos al interior del teleférico. La cabina se sacudió y Wren vio a través de las grandes ventanas cómo Brighton se iba empequeñeciendo bajo ella.

—Oh, mirad —murmuró embelesada, pero Shkin y sus hombres ya habían visto todo aquello antes.

De repente, el aullido de las vainas de unos poderosos motores inundó la cabina del teleférico y unas veloces sombras pasaron por delante de las ventanas con un parpadeo. Más allá del entramado de anclajes de la Nube 9, una bandada de agresivas y puntiagudas siluetas se recortó contra el cielo del mediodía. Wren se estremeció pensando que algo había explotado en lo alto de la Nube 9 y que aquellos eran escombros que caían en forma de lluvia, pero las siluetas viraron en formación y se dispersaron sobre los tejados de Brighton mientras sus sombras se alejaban, veloces, por entre las ajetreadas calles.

—¡Pero no tienen cubierta! ¡Ni depósitos de gas! ¿Cómo se mantienen en el aire? ¡Es imposible que nada que pese más que el aire vuele!

Algunos de los hombres de Shkin rieron. Incluso el propio tratante de esclavos parecía ligeramente complacido, como si aquella inocencia le sumara credibilidad a su historia.

—No es imposible —dijo—. El secreto para hacer que los objetos más pesados que el aire puedan volar fue redescubierto hace algunos años por las ciudades que buscaban defenderse de las flotas aéreas de la Tormenta. No hay nada como catorce años de guerra para propiciar avances tecnológicos… —Alzó la voz cuando las máquinas voladoras regresaron y descendieron en picado, inundando el cielo con el rugido de sus motores y el molesto chillido de sus frenos neumáticos—. Estos, en concreto, se llaman Hurones Voladores: una fuerza aérea mercenaria contratada por nuestro estimado alcalde para proteger su palacio…

Wren se giró de nuevo hacia la ventana mientras las máquinas aceleraban. Eran unos artilugios de aspecto frágil hechos de cuerda, madera de balsa y papel barnizado, y la cabina del piloto se reducía a una butaca y un juego de palancas de control. Algunos tenían dos alas similares a las de los murciélagos; otros tenían tres,

o cuatro, o diez; otras ondeaban junto con cosas negras y chirriantes que parecían paraguas rotos. En las vainas de sus gigantescos motores llevaban pintados halcones, tiburones, damas desnudas y nombres soeces y temerarios: «¡Maldita Seas, Gravedad!» y «¡Que Tengáis un Día de Perros!»; «Contenido a Presión» y «¡Gratificación Aplazada, Ya!». Una aviadora ataviada con unas protuberantes gafas saludó a Wren desde la cabina de algo llamado el Wombat de Combate. Wren le devolvió el saludo, pero el escuadrón ya había empezado a desviarse y a perderse en el horizonte, planeando sobre el mar como un montón de motitas muy lejanas.

Wren estaba temblando cuando la cabina del teleférico atravesó la base de la Nube 9 e hizo su última parada en los jardines del Pabellón. Siempre había creído que su padre y la señorita Freya conocían todo lo que existía en el mundo que quedaba fuera de Anchorage-in-Vineland, pero era evidente que todo había cambiado mucho en los dieciséis años que habían pasado desde que atravesaron el hielo. Ellos no sabían absolutamente nada de aquella terrible guerra que tenía casi su misma edad, y dudaba que pudieran siquiera imaginar aquellas extravagantes máquinas voladoras que acababa de ver. Todo eso le hacía sentir aún más alejada de ellos, si cabe.

La punzada de nostalgia se desvaneció en cuanto sus escoltas la sacaron del teleférico en la parada del final de la línea y la guiaron por unos senderos de grava hacia el núcleo de la Nube 9, donde los minaretes color algodón de azúcar y las cúpulas de merengue del palacio de Pennyroyal se elevaban sobre unos jardines llenos de palmeras y cipreses, caprichos y fuentes. Algunas bandadas de escandalosos periquitos volaban en círculos allá en lo alto y, sobre ellos, los transparentes depósitos de gas de la Nube 9 resplandecían bajo el sol como gigantescas burbujas.

—¿El motivo de su visita? —preguntó un esclavo doméstico que había salido para impedir el paso a Shkin.

—Nabisco Shkin —respondió el tratante de esclavos.

Con eso bastó: el hombre se inclinó, tartamudeó algo e hizo un gesto para indicarles a los visitantes que siguieran una elegante escalinata blanca hasta una amplia terraza. En el centro de la terraza había una piscina. En medio de la piscina, tumbado sobre una colchoneta y ataviado con un bañador de lamé dorado, con un cóctel en una mano y el orondo rostro inclinado hacia el sol, reposaba Nimrod Pennyroyal.

Wren había deducido que Pennyroyal debía de tener al menos sesenta y cinco años, así que esperaba encontrarse con alguien bastante debilitado. Pero Pennyroyal había envejecido bien. Había perdido algo de peso y la mayor parte del pelo, aunque, por lo demás, no parecía muy distinto al de las fotografías que Wren había visto de él, tomadas durante su breve y desdichado periodo como navegante en jefe de Anchorage. Un grupillo de atractivas esclavas flotaba en el agua alrededor de su cama hinchable sosteniendo bebidas frescas, un marcapáginas, bandejas con tartas y dulces y otros artículos que pudiera necesitar un alcalde tan ocupado como él. Un muchacho de la edad de Wren, larguirucho y negro como una sombra nocturna,

estaba de pie, en el borde de la piscina, agitando un abanico de plumas de avestruz.

—Veo que ese prisionero de la Tormenta Verde que te vendí se ha adaptado bien —dijo Shkin.

—¿Eh? ¡Oh! —Pennyroyal abrió los ojos y se incorporó—. ¡Ah! ¡Buenas tardes, Shkin! —Se giró en la colchoneta para mirar al joven—. Sí, la señora Pennyroyal está encantada con él. Es un abanicador de lo más útil. Produce una brisa muy agradable. Y hace juego con el papel pintado del comedor. —Miró de nuevo a Shkin, y Wren tuvo la sensación de que no parecía alegrarse particularmente de ver al tratante de esclavos—. De cualquier modo, Nabisco, viejo amigo, ¿a qué debo el placer de umh…, ah…?

—Sacamos a esta muchacha de una de las lapas que capturamos la semana pasada. —Shkin hizo una leve reverencia—. He pensado que tal vez quisieras comprarla para el Pabellón.

Señaló a Wren con un gesto y sus ayudantes la acercaron al borde de la piscina para que el alcalde pudiera verla mejor.

Pennyroyal le echó un vistazo.

—Una muchacha perdida, ¿verdad? He de admitir que se ha lavado bien. Pero creía que habíamos quedado en que no quiero a ninguno de su calaña merodeando por Brighton. ¿No tenías planeado vendérselos todos a Nuevo Maya?

—Me temo que, quizá, uno de ellos puede conocer algunos hechos un tanto incómodos sobre tu pasado, Pennyroyal —dijo Shkin.

—¿Eh? ¿Qué estas sugiriendo?

—Esta chica —anunció Shkin— acaba de llegar del Continente Muerto, de una ciudad que se considera perdida desde hace largo tiempo, pero que en realidad prospera en esos terrenos arrasados. Una ciudad de la que creo que su señoría conserva agradables recuerdos.

Shkin se llevó la mano a la espalda, recibió algo de uno de sus lacayos y lo arrojó a la piscina para que aterrizara en la colchoneta de Pennyroyal. El Libro de Hojalata. Pennyroyal lo cogió e inspeccionó la cubierta con expresión ceñuda y confusa, y luego lo giró y miró la etiqueta de papel que había en la parte trasera.

—¡Santos dioses! —resolló, derramando su cóctel en la piscina—. ¡Anchorage!

—Esta muchacha —dijo Shkin— no es otra que la hija de tu antigua compañera de viaje, Hester Shaw.

—¡Caramba! —gritó Pennyroyal, y con un repentino y espasmódico tambaleo volcó su colchoneta.

—Me preocupó descubrir que hay ciertas discrepancias entre la historia que ella cuenta y la versión de los hechos que su señoría ha reflejado en el superventas interpolitano *El oro del depredador* —explicó Nabisco Shkin, que no parecía en absoluto preocupado mientras estaba de pie allí, en el borde de la piscina, apoyado en su bastón de acero negro, y contemplaba cómo Pennyroyal salpicaba y se movía a trompicones por el agua—. Así que he decidido que lo mejor sería dar a su señoría la

oportunidad de comprarla antes de que su versión pueda hacerse de dominio público y… confunda a sus innumerables lectores. Como es natural, su precio es el de las mercancías de primera calidad. Podríamos decir… ¿mil piezas de oro?

—¡Jamás! —escupió Pennyroyal, de pie en la zona menos profunda de la piscina, con toda la dignidad de la que un anciano caballero vestido con un bañador de lamé podía hacer acopio—. ¡No eres más que un criminal, Shkin! Tu pueril intento de intimidarme no, ah, eh… No es cierto, ¿verdad? ¡No puede ser cierto! Hester Shaw no tenía ninguna hija y, de cualquier forma, esto, Anchorage se hundió, ¿no? Se fue a pique con toda su tripulación…

—Pregúntele a ella —dijo alegremente Shkin, señalando a Wren con la punta del bastón—. Pregúntele a la señorita Natsworthy, aquí presente.

Pennyroyal se quedó embobado, mirándola con los ojos tan rebosantes de miedo que, por un instante, Wren casi sintió lástima por él.

—Bueno, muchacha —le preguntó—, ¿qué dices? ¿De verdad afirmas ser de Anchorage?

Wren inspiró hondo y cerró los puños. Ahora que estaba frente a aquel legendario traidor y villano se sentía menos segura que nunca de que su plan pudiera funcionar.

—No —dijo.

Shkin se volvió para mirarla.

—Por supuesto que no es cierto —dijo Wren, consiguiendo forzar una tensa risilla—. Anchorage afondó en las aguas del Ártico hace muchos años. Cualquiera que haya leído su magnífico libro lo sabe, profesor Pennyroyal. Yo solo soy una pobrecita muchacha perdida de Grimsby.

Wren había reordenado la historia en su mente, había cambiado cosas aquí y allá durante el viaje desde el Pimentero y ahora no veía cómo podían contradecirla. Evidentemente, si alguien le preguntaba al resto de muchachos perdidos, todos dirían que Wren no pertenecía a su tribu, y Fishcake sabía quién era ella en realidad, pero ¿por qué iba a dar Pennyroyal más crédito a la palabra de los muchachos que a la suya? Siempre podía alegar que Shkin los había sobornado para que respaldaran su coartada.

—Nunca he estado en Anchorage —respondió con seguridad.

—Muy bien. Entonces, el libro, el Libro de Hojalata estampado con el sello de los gobernantes de Anchorage, ¿cómo puedes explicarlo?

Wren ya había maquinado una explicación para eso.

—Lo traje conmigo desde Grimsby —dijo—. Es un regalo para su señoría. Los muchachos perdidos lo robaron hace muchos años, igual que hemos robado todo tipo de cosas de todo tipo de ciudades. Anchorage es una ciudad naufragada y hundida en el fondo del mar. Allí ya no vive nadie.

—¡Pero me ha contado que es la hija de Hester Shaw! —protestó Shkin—. ¿Por qué iba a mentirme?

—Me he inspirado en sus maravillosos libros, su señoría —explicó Wren, y miró

al edil con la mayor expresión de adoración que pudo—. Los he leído todos. Cada vez que mi lapa se adhería a una nueva ciudad, lo primero que saqueaba eran siempre las librerías, esperando que hubiera alguna nueva novela de Nimrod Pennyroyal. Le he dicho al señor Shkin que procedía de Anchorage únicamente para que me trajera a conocerle.

Pennyroyal parecía esperanzado. Deseaba tanto creerla…

—Pero tu apellido —dijo—. Natsworthy…

—Ah, no es mi verdadero apellido —respondió Wren alegremente—. Busqué a Hester Shaw en los archivos del Tío y allí decía que solía viajar con alguien que se apellidaba así.

—Oh, ¿de verdad? —Intentó disimular su alivio—. Nunca he oído hablar de él.

Wren sonrió, complacida por lo sencillo que le había resultado mentir y lo bien que se le estaba empezando a dar. Su historia no tenía demasiado sentido, pero cuando se le dice a alguien lo que quiere escuchar, tiende a creerlo; eso lo había aprendido de la OMPHACIBA.

—Pretendía mantener la farsa, profesor, con la esperanza de que me llevara a su hogar. Aunque fuera la más insignificante de sus esclavas, al menos así podría estar cerca del autor de *El oro del depredador*… y de todos esos otros libros. —Bajó la vista con falsa vergüenza—. Pero en cuanto le he visto, señor, me he dado cuenta de que nunca creería mis mentiras, así que he decidido contarle la verdad.

—Muy encomiable —dijo Pennyroyal—. Y bastante cierto, además. Te he cazado en cuanto te he visto entrar, ¿sabes? Aunque, extrañamente, sí que guardas un ligero parecido con la pobre Hester. Esa jovencita era una persona muy querida para mí, y el remordimiento más hondo que he tenido en mi vida es el de no haber sido capaz de salvarla.

«¡Oooh, mentira podrida!», pensó Wren.

—Comprendo que ahora tendré que irme. Supongo que el señor Shkin deseará sacar el máximo beneficio posible de mí. Pero lo haré con alegría porque, al menos, habré tenido la oportunidad de hablar con el mejor escritor de nuestra era.

—¡En absoluto! —Pennyroyal se dio impulso para salir de la piscina y se quedó de pie, chorreando y apartando a las muchachas que venían corriendo a rodearlo con toallas, prendas y un cambiador portátil de tela—. No quiero ni oír hablar de eso, Shkin. Esta encantadora e inteligente joven ha demostrado arrojo, iniciativa y un sensato criterio literario. Te prohíbo que la pongas a la venta como una esclava común y corriente.

—Tengo que pensármelo, señor alcalde.

Ahora Shkin estaba furioso, blanco de rabia. Le estaba costando controlarse.

—Entonces, yo mismo la compraré —dijo Pennyroyal. No era un hombre sentimental, pero no le gustaba la idea de que castigaran a aquella sensata muchacha por el amor que profesaba a sus libros. Y además, siempre podía deducirse la compra de esclavos domésticos de los impuestos—. A mi esposa nunca le vienen mal un par

de criadas extra por aquí —explicó—. Sobre todo, ahora, que debe ocuparse de los preparativos del Festival de la Luna. Te diré qué vamos a hacer: te daré veinte delfines por ella. Es más que justo.

—¿Veinte? —bufó Shkin, como si la suma fuera demasiado insignificante como para siquiera considerarla.

—¡Vendida! —respondió velozmente Pennyroyal—. Mi personal se encargará de pagarte. Y la próxima vez, mi querido amigo, intenta no ser tan crédulo. Honestamente, ¿cómo podría nadie haber pensado que esta muchacha viene de América? ¡Es de lo más absurdo!

Shkin se inclinó ligeramente hacia él.

—Como usted diga, su señoría. Absurdo. —Extendió la mano—. El Libro de Hojalata, si es tan amable.

Pennyroyal, que estaba hojeando el volumen, lo cerró con fuerza y lo apretó contra su pecho.

—Me temo que no, Shkin. La muchacha ha dicho que era un regalo para mí.

—¡Es de mi propiedad!

—No, no lo es. Tu contrato con el Ayuntamiento establece que cualquier muchacho perdido que atrapéis es vuestro. Esto no es un muchacho perdido y nunca lo será, por mucha imaginación que se le quiera echar. Es una especie de código de los Antiguos, probablemente de valor. Como alcalde de Brighton, es mi deber conservarlo para…, esto…, estudiarlo en profundidad.

Shkin se quedó mirando al alcalde durante un larguísimo instante y luego miró a Wren. Consiguió fabricar una especie de sonrisa.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos —dijo amablemente.

Se dio media vuelta y chasqueó los dedos para que sus empleados lo siguieran mientras él se alejaba con paso apresurado.

Las esclavas de Pennyroyal se arremolinaron a su alrededor para envolverlo en el cambiador portátil. Wren se quedó a solas durante un breve periodo de tiempo. Sonrió, sonrojada ante su propia astucia. Puede que fuera una esclava, pero era una esclava de lujo ¡en la casa del mismísimo alcalde! Comería buena comida y vestiría ropas de calidad, y probablemente nunca tendría que cargar nada mucho más pesado que una bandeja de tartaletas, muy de vez en cuando. Y conocería a todo tipo de gente interesante. Apuestos aviadores, por ejemplo, a los que tal vez pudiera convencer de llevarla volando a casa, a Vineland.

De lo único de lo que se arrepentía era de no haber podido llevarse a Fishcake allí arriba, con ella. Se sentía responsable del niño y esperaba que el tratante de esclavos no descargara su furia en él. Pero todo saldría bien. De una manera u otra, conseguiría escapar. Y entonces, tal vez encontraría el modo de ayudar también a Fishcake.

* * *

Nabisco Shkin no era un hombre propenso a mostrar sus emociones, y cuando la cabina del teleférico lo hubo depositado de nuevo en las plataformas de Brighton, ya había logrado controlar su temperamento. En el Pimentero saludó a la señorita Weems con la frialdad de la que hacía gala habitualmente, y le dijo:

—Tráeme al muchacho perdido.

Poco después, estaba tranquilamente sentado en su oficina contemplando cómo Fishcake se abalanzaba sobre un segundo cuenco de helado de chocolate y escuchando de nuevo el relato sobre el viaje de la Autólico a Vineland. Aquel muchacho estaba contando la verdad, a Shkin no le cabía duda de ello. Pero utilizarlo para desacreditar al alcalde no tenía sentido: era muy joven y fácilmente influenciable. Si el asunto llegaba a juicio, los abogados de Pennyroyal lo despedazarían vivo. Shkin cerró los ojos con gesto pensativo y se imaginó Vineland.

—¿Estás completamente seguro de que podrías volver a encontrar ese lugar, muchacho?

—Oh, sí, señor Shkin —respondió Fishcake con la boca llena.

Shkin sonrió por encima de las yemas de sus afilados dedos.

—Bien. Muy bien —dijo—. ¿Sabes, muchacho? De vez en cuando adquiero un esclavo que demuestra ser o demasiado útil o demasiado inteligente como para deshacerse de él. La señorita Weems, por ejemplo. Espero que tú seas otro de esos esclavos.

Fishcake le devolvió la sonrisa con nerviosismo.

—¿Quiere decir que no va a venderme a los demonios nuevomayas, señor?

—No, no, no —le aseguró Shkin sacudiendo la cabeza—. Quiero que me sirvas personalmente, Fishcake. Te entrenaremos como mi novato. Y el próximo verano, cuando el tiempo mejore, organizaré una expedición y tú nos guiarás a Anchorage-in-Vineland. Me imagino que nos darán un buen precio en las ferias de esclavos por los vinelanderitas, o anchoragitas, o como demonios se llamen.

Fishcake le escuchó con ojos enormes y luego sonrió.

—¡Sí, señor Shkin! ¡Gracias, señor Shkin!

Shkin se recostó en su silla con el ánimo bastante repuesto. Se vengaría de Pennyroyal demostrándole al mundo entero que Anchorage había sobrevivido. Y en cuanto a esa pequeña víbora traidora de Wren, a ver si seguía siendo tan listilla cuando la Sociedad Shkin hubiera esclavizado a todos sus familiares y amigos.

# 15

## Los niños de las profundidades

La lapa Gusano de Hélice había sido construida mucho antes de que los muchachos perdidos empezaran a usar cámaras cangrejo inalámbricas. Además, su sistema de radio había dejado de funcionar hacía mucho, así que no tenía modo de recibir las retransmisiones que se enviaban desde Brighton. Por eso Hester, Tom y Freya nunca descubrieron si el deseo de Caul de conocer a sus padres habría superado a la lealtad que sentía hacia sus amigos. Haciendo oídos sordos a las invitaciones de la OMPHACIBA, la Gusano de Hélice navegó hacia el norte, en dirección a las profundas y gélidas aguas de la fosa oceánica de Groenlandia. La misma tarde de finales de verano en la que Wren se encontró cara a cara con Pennyroyal, sus pasajeros, por fin, avistaron Grimsby.

Tom había visitado la ciudad submarina una vez, pero Hester y Freya solo la conocían por sus descripciones. Se empujaron la una a la otra para ver mejor mientras Caul maniobraba con la lapa para aproximarse.

Antiguamente, Grimsby había sido una gigantesca balsa industrial. Ahora era una ciudad naufragada y en ruinas que reposaba sobre las laderas de una montaña submarina. Las algas, los percebes y el óxido hacían sus mejores esfuerzos por camuflarla, desdibujando hasta tal punto la silueta de los edificios y las ruedas de hélice que costaba trabajo deducir dónde terminaba Grimsby y dónde comenzaba la montaña.

—¿Dónde están las luces? —preguntó Tom.

El recuerdo más vivo que tenía de la guarida de los muchachos perdidos era el brillo surrealista de la luz de las lámparas que se atisbaba desde las ventanas del Ayuntamiento sumergido de Grimsby. Ahora, la ciudad entera estaba sumida en la oscuridad.

—Algo no va bien —dijo Caul.

Algo chocó contra el casco de la Gusano de Hélice. Fragmentos de madera astillada y plástico desgarrado se arremolinaron frente al haz de luz del foco que había en el morro de la nave. La lapa estaba navegando a través de una zona de desechos a la deriva.

—Este lugar está completamente muerto —dijo Hester. Pero calló bruscamente porque, si eso era cierto, entonces Wren, probablemente, también lo estaría.

—¡Mirad el Ladronarium! —susurró Caul, conmocionado.

Un enorme edificio pasó deslizándose a estribor de la nave, el edificio en el que Caul había pasado la mayor parte de su infancia. Ahora yacía ingrávido y abierto al

mar, con la basura arremolinándose alrededor de los grandes e irregulares boquetes de las paredes. El cadáver de un muchacho giró sobre sí mismo y se agitó lentamente en el agua cuando la estela de la Gusano lo alcanzó. Otros daban vueltas en el inundado túnel, hecho de plastiglás, que antaño conectaba el Ladronarium con el Ayuntamiento.

—La planta eléctrica también ha desaparecido —añadió Caul cuando pasaron sobre la cúpula de un edificio que había sido aplastado como la cáscara de un huevo. Su voz sonaba tensa y afectada—. El Ayuntamiento tiene pinta de estar entero, aunque no parece haber nadie dentro. Veré si puedo entrar.

Hacía dieciséis años que Caul había huido de aquel lugar, pero desde aquel día, en sus sueños, había hecho la maniobra de aproximación al redil de las lapas un millar de veces. Guio la Gusano de Hélice hacia la puerta hidráulica situada en la base del Ayuntamiento. La puerta se abrió. Peces plateados salían y entraban por ella como flechas.

—Sigo sin ver a nadie —dijo—. Esto debería estar cerrado. Debería haber centinelas que controlaran nuestra llegada.

—Tal vez estén intentando contactar con nosotros por radio y no podamos oírlos —sugirió Tom esperanzado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Freya.

—Entramos, por supuesto —dijo Hester.

Comprobó que llevaba la pistola en el cinturón y el cuchillo en la bota. Si ahí fuera quedaba vivo algún muchacho perdido, estaba dispuesta a demostrarle de qué pasta estaba hecha la hija de Valentine.

La Gusano de Hélice siguió deslizándose entre los túneles. Las puertas hidráulicas se abrieron frente a la lapa y se cerraron a su paso.

—Las baterías de emergencia deben de estar funcionando —dijo Caul—. Algo es algo…

—Podría ser una trampa —dijo Hester—. Podrían estar esperándonos.

Pero nadie estaba esperando a la Gusano de Hélice. Emergió de uno de los pozos internos en la base del redil de las lapas y sus pasajeros salieron al aire viciado y gélido. Lo único que rompía la oscuridad era el tenue resplandor rojo de unas cuantas luces de emergencia. Las bombas de aire resollaban como si tuvieran asma. Aquel enorme espacio, que Tom recordaba atestado de lapas y muchachos perdidos, estaba desierto. Las grúas de acoplamiento se cernían, tristes, sobre los pozos vacíos como esqueletos de dinosaurio en un museo abandonado. Un orondo submarino de carga se balanceaba a la deriva, con las trampillas abiertas, junto a un embarcadero en el extremo más alejado del redil. Una lapa medio desarmada yacía en medio del patio de reparaciones, pero tampoco había rastro de los mecánicos que deberían haber estado trabajando en ella.

Tom cogió una linterna eléctrica de la bodega de la Gusano de Hélice y avanzó, intentando no perder la esperanza de encontrar a Wren en alguna parte, viva y a

salvo, corriendo hacia él para abrazarle. Apuntó con la linterna hacia las sombras oscuras que arrojaban las grúas. Un par de veces tuvo la sensación de haber visto una cámara cangrejo escabulléndose de la luz. No detectó ningún otro movimiento.

—¿Dónde están todos? —susurró.

—Bueno, aquí hay uno —dijo Hester.

La enorme puerta que había al fondo de los rediles estaba medio abierta y, tendido en el vano, había un chico de la edad de Wren hecho un ovillo y con los ojos abiertos de par en par. Muerto. Hester apartó a Tom de un empujón y pasó por encima del cuerpo. En el pasillo que había fuera del recinto de los rediles había media docena más, algunos también muertos por puñaladas en la espalda, otros por los afilados ganchos de las pistolas arpón.

—Parece que los muchachos perdidos han estado peleándose entre sí —comentó—. Muy amable por su parte habernos ahorrado el esfuerzo.

Tom pasó con mucho cuidado por encima del cadáver del chiquillo muerto y alzó la vista. Gotas de agua fría tamborilearon sobre su rostro alzado.

—Este sitio tiene más fugas que una lata de hojalata oxidada —murmuró.

—El Tío sabrá cómo repararlo —dijo Caul. Los demás se volvieron para mirarle, sorprendidos por la confianza que denotaba su voz. Incluso a él mismo le asombró—. El Tío construyó Grimsby —les recordó—. Él fue quien aisló las primeras habitaciones para que fueran herméticas y quien fabricó la primera lapa completamente solo, sin que nadie le ayudara.

Movió la cabeza, rozándose el cuello con los dedos. Las antiguas quemaduras de soga seguían allí, duras al contacto con las yemas de sus dedos, recordatorios vivos de lo mucho que había temido y odiado al Tío al final. Sin embargo, antes de eso, lo había querido durante mucho tiempo. Y ahora que estaba allí de nuevo, ahora que el Ladronarium estaba en ruinas y que los muchachos perdidos habían muerto, se dio cuenta de que el miedo y el odio también habían desaparecido y que solo conservaba el amor. Recordó cuán a salvo solía sentirse, hecho un ovillo en su camastro, mientras la voz del Tío susurraba por los altavoces del techo durante los largos periodos nocturnos. En aquella época, su universo era muy sencillo y él era feliz.

—El Tío lo sabe todo —murmuró.

Un repentino movimiento en las sombras que había un poco más adelante hizo que Hester levantara el arma. Freya le agarró el brazo antes de que pudiera disparar y Tom gritó: «¡Het, no!». El eco de sus voces retumbó por las escaleras y los pasadizos laterales, y aquel rostro que la linterna había iluminado durante un instante se desvaneció cuando su dueño retrocedió hacia la oscuridad, veloz como una flecha.

—No pasa nada —dijo Freya, dejando a Hester atrás y extendiendo ambas manos frente al cuerpo—. No te haremos daño.

La oscuridad se llenó de repente de suaves chirridos y pisadas. Unos ojos destellaron bajo la luz de la linterna. Los niños de Grimsby salieron arrastrándose de sus escondrijos, con las mugrientas caritas pálidas como pétalos. Eran novatos,

demasiado jóvenes para tener un puesto asignado en los muchachos perdidos. Algunos tenían apenas nueve o diez años, pero muchos eran aún muy pequeños. Se quedaron mirando a los visitantes con ojos enormes y espantados. Una niña, más osada y mayor que el resto, se acercó a Freya y le preguntó:

—¿Sois nuestros papás y nuestras mamás?

Freya se arrodilló para que su rostro quedara a la altura del de la niña.

—No —respondió—. Lo lamento, pero no.

—Pero nuestros papás y nuestras mamás van a venir, ¿verdad? —susurró otro niño.

—Recibimos un mensaje…

—Decían que estaban cerca —dijo un chiquillo, tirando de la mano de Caul y mirando su cara, esperanzado—. Dijeron que deberíamos ir con ellos, y muchos de los mayores quisieron ir, a pesar de que el Tío les dijo que no lo hicieran…

—Y cuando los otros chicos intentaron detenerlos, lucharon con ellos y los mataron.

—Y se fueron de todas maneras. Se llevaron todas las lapas.

—Queríamos ir con ellos, pero nos dijeron que no había sitio, que nosotros solo éramos novatos…

—¡Y entonces oímos explosiones! —dijo una chica.

—¡No! ¡Eso fue después, boba! —respondió otra—. Eso fueron las cargas de profundidad.

—¡Pum! —gritó el niño más pequeño, agitando los brazos para hacer una demostración—. ¡Pum!

—Y entonces se apagaron todas las luces, y creo que entró algo de agua…

Los niños hablaban a la vez, arremolinándose a la luz de la linterna de Tom. Hester le tendió la mano a uno de ellos para que se la tomara, pero el niño retrocedió y, en su lugar, fue a acurrucarse contra Freya.

—¿Wren está aquí? —preguntó Hester—. Estamos buscando a nuestra hija, Wren.

—Se ha perdido —explicó Tom—. Iba a bordo de la Autólico.

Las caritas se volvieron hacia él, inexpresivas como páginas en blanco. La niña mayor respondió:

—La Autólico no ha regresado. Ninguna de las lapas que han partido en las últimas tres semanas lo ha hecho.

—Entonces, ¿dónde está Wren? —gritó Tom. Le había aterrorizado la idea de encontrarla muerta, pero la perspectiva de no encontrarla siquiera era casi igual de terrorífica. Fue observando aquellas caritas desconcertadas de una en una—. En nombre de Quirke, ¿qué ha estado pasando?

Los críos se apartaron de él, asustados.

—¿Dónde está el Tío? —preguntó Caul.

Freya le sonrió para que los niños pensaran que era un amigo y que debían

responder a su pregunta.

—Tal vez también se haya marchado —dijo Hester.

Caul sacudió la cabeza.

—No seas estúpida. El Tío nunca dejaría Grimsby atrás.

—Creo que está en el piso de arriba —dijo uno de los muchachos.

—Es muy viejo —dijo otro, incierto.

—Ya nunca sale de sus aposentos —confirmó un tercero.

—Bien —asintió Caul—. Hablaremos con él. Él podrá contarnos qué ha pasado y dónde encontrar a Wren. —Notó que los demás lo miraban. Se volvió hacia ellos y les dedicó una sonrisa—. Todo saldrá bien, ya lo veréis. El Tío lo sabe todo.

# 16

## Son perlas lo que eran sus ojos

Formaban una extraña comitiva, ascendiendo por las escaleras llenas de cachivaches de Grimsby, donde el agua salada se filtraba a través de finas grietas en los altos techos y discurría en reguerillos de un escalón a otro. En los rellanos encontraron todavía más cadáveres que, apilados, formaban pequeñas presas en las que se acumulaba el agua sucia. En las alturas, las cámaras cangrejo se asían a las cañerías y las barandillas. De vez en cuando se giraban para seguir a los recién llegados con sus ojos ciclópeos.

Hester iba a la cabeza. Tras ella iban Tom, Caul y Freya, rodeados de niños cuyas manitas se aferraban a las de los adultos y se extendían para tocar su ropa, como si esto les asegurara que aquellos visitantes procedentes del mundo exterior eran reales. Se sentían particularmente atraídos hacia Freya. Con sus vocecillas asombradas y susurrantes, le iban confiando todo tipo de secretos.

—Whitebait se hurga la nariz.

—¡No lo hago!

—Yo me llamo Esbjørn, pero los chicos mayores del Ladronarium dicen que debería llamarme Tuna. A mí me parece que Tuna es un nombre muy tonto, así que ¿puedo cambiármelo ahora que los chicos mayores se han fugado o los han matado?

—Se mete el dedo hasta aquí arriba. Y se come los mocos.

—¡Que no hago eso!

—Niños —preguntó Freya—, ¿quién había dentro cuando volaron el Ladronarium? ¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?

Los niños fueron incapaces de responder a aquello. «Unos días», dijeron algunos; «una semana», afirmaron otros. Su parloteo fue cesando a medida que se aproximaban a los pisos superiores. Miraron hacia una enorme cámara que no estaba allí la última vez que Tom y Caul habían pisado Grimsby y que parecía ser el resultado de haber tirado los tabiques que la dividían en una docena de habitaciones antiguas. Estaba llena de muebles de buena calidad, el botín obtenido después de desplumar algún ayuntamiento y saquear ciudades estáticas. De las paredes colgaban inmensos espejos y unos festones de seda y terciopelo decoraban la colosal cama. Por el suelo había tiradas prendas y almohadones y de las cañerías del techo colgaban móviles fabricados con piedrecitas de playa agujereadas y semillas viejas.

—Estas eran las dependencias de Gargle —explicaron los niños—. Gargle dirigía las cosas desde aquí.

—Los móviles los hizo Remora —dijo una niña pequeña—. Es guapa, y lista, y la

favorita de Gargle.

—Ojalá volviera Gargle —dijo un chico—. Gargle sabría qué hacer.

—Gargle está muerto —dijo Hester.

Tras aquella afirmación, lo único que se escuchó fue el sonido amortiguado de sus pies sobre las alfombras mojadas y, más adelante, una débil voz sibilante y apagada, como filtrada a través de un altavoz, que decía:

—Solo queremos tener una oportunidad de volver a ver a nuestros queridos muchachos perdidos…

Subieron por un último tramo de escalones hasta llegar a la sala llena de pantallas desde donde el fundador de Grimsby solía mantener vigilado su reino submarino. La última vez que Tom había estado allí lo había hecho bajo la custodia de los guardias, pero aquella vez no había guardias por ninguna parte y la puerta ni siquiera estaba cerrada con llave. Hester la abrió de una patada y la cruzó apuntando con su arma.

Los demás se apelotonaron. Era una sala grande, de techos altos, iluminada de azul por el fantasmal resplandor de las pantallas que cubrían las paredes. Las había de todas las formas y tamaños, desde gigantescas pantallas públicas informativas con lupa hasta diminutos dispositivos extraídos de equipos de Vieja Tecnología de hospitales, pero todos estaban conectados entre sí por una maraña de conductos y cables. De lo alto, de la oscura cúpula del techo, pendía un dispositivo de vigilancia portátil: un minúsculo globo de carga del que colgaba una esfera de pantallas y altavoces. Todas las pantallas mostraban la misma imagen: una multitud de gente al aire libre en la plataforma de observación de una ciudad-balsa.

—Oh, niños de las profundidades —imploraba la voz a través de los altavoces—, si escucháis este mensaje, ¡os suplicamos que acudáis a nosotros!

—¿Por qué se lo han creído? ¿Por qué tuvieron que marcharse? ¿Preferían a un montón de viejos secos antes que a mí?

En el centro de la sala, de pie y de espaldas a la puerta, un hombre le gritaba a la grabación de las pantallas. Tenía en la mano un mando a distancia. Lo levantó y apretó un botón que apagó e hizo enmudecer todos los monitores, y luego se volvió para mirar a Hester y los demás.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó, irritado—. ¿Dónde está Gargle?

—Gargle no va a volver —dijo Tom con la mayor delicadeza que pudo.

Tenía un mal recuerdo del Tío, pero eso no le impedía sentir lástima por aquel encorvado anciano que se acercaba hacia él arrastrando los pies enfundados en un par de desgastadas pantuflas con forma de conejo. En su cabeza de tortuga, que asomaba a través de capas y capas de ropas mohosas, sus ojos cortos de vista parpadearon para enfocarle. Los ojos del Tío se habían nublado con la edad, y Tom se fijó en que muchas de las pantallas que lo rodeaban tenían atornilladas grandes lupas para hacer que las imágenes que mostraban resultaran más claras. Suponía que el Tío debía de estar casi ciego. No era de extrañar que hubiera empezado a depender de Gargle.

—Gargle ha fallecido —le informó.

—¿De qué estás hablando…? —El Tío se acercó, mirándole fijamente—. ¿Muerto? ¿Gargle? ¿El pequeño Gargle, que tantos aires se daba? —Su rostro mostró pena, luego alivio y después furia—. ¡Se lo dije! Le advertí que no fuera a buscar ese libro putrefacto. No tenía madera de saqueador, Gargle no. Él era más bien una mente pensante. Tenía coco. Gargle tenía coco.

—Lo sabemos —dijo Hester—. Lo vimos.

El Tío retrocedió, sobresaltado, ante el sonido de su voz.

—¿Una mujer? En Grimsby no se permite la entrada a las mujeres. Siempre he sido muy estricto en eso. Y Gargle siempre me apoyó. No se permiten chicas. Mala suerte, eso es lo único que traen consigo. No se puede confiar en ellas.

—Pero, Tío… —intervino amablemente Freya.

—Puaj, ¡ahí hay otra! ¡Este lugar está infestado de mujeres!

—¿Tío? —preguntó Caul.

El anciano giró sobre sí mismo con un respingo y frunció el ceño, como si el sonido de la voz de Caul acabara de pulsar un interruptor oxidado dentro de su mente.

—¡Caul, mi muchacho! —dijo. Luego, con un gruñido, añadió—: Esto es obra tuya, ¿verdad? ¿Tienes algo que ver con esto? Le has contado a los secos cómo encontrarnos, ¿verdad? ¿Estás solo o vienen más?

Se alejó cojeando y apretó con furia los botones del mando hasta que la maraña de pantallas se llenó con imágenes de Grimsby. Estiró su rostro ajado para acercarlo a los cristales y contemplar los pasillos y las salas vacías, el desolado redil de las lapas, los vestíbulos en ruinas del Ladronarium.

—Solo somos nosotros cuatro, Tío —dijo Caul—. Ni siquiera sabemos qué ha pasado aquí exactamente. Nosotros no hemos tenido nada que ver con esto.

—¿No? —El Tío se lo quedó mirando, y entonces dejó escapar una aguda carcajada—. Dioses, pues menudo momento habéis elegido para hacernos una visita.

—Hemos venido a buscar a la hija de Tom y Hester —le dijo Caul con infinita paciencia—. Se llama Wren. Un novato que iba con Gargle a bordo de la Autólico se la llevó de Vineland con él.

—¿Fishcake? Fishcake, así se llamaba… —El Tío hundió la cabeza. Cuando volvió a hablar, parecía encontrarse al borde de las lágrimas—. La Autólico está desaparecida. Todas han desaparecido, Caul, muchacho. Esos imbéciles recibieron ese mensaje de sus papás y sus mamás y se fueron derechitos a Brighton.

—¿A Brighton?

Tom había oído hablar de Brighton. Una ciudad de vacaciones, un tanto bohemia, pero no era un mal lugar. Si Wren estaba allí, entonces era posible que se encontrara bien.

—¿Y por qué iba a quererlos Brighton? —preguntó Hester, suspicaz.

El Tío se encogió de hombros, extendió las manos e hizo varios gestos espasmódicos para demostrar que no tenía la más mínima idea.

—Les dije a mis muchachos que era una trampa. Se lo dije. Pero no quisieron

hacerme caso. Tal vez, si Gargle hubiera estado aquí… A Gargle sí que le hacen caso. Ya no escuchan al pobre viejo Tío, que lo ha dado todo y se ha preocupado por ellos todos estos años… —Lágrimas de autocompasión se derramaron por su anciano y arrugado rostro y se sonó la nariz con la manga. Su mirada se deslizó, sin fuerzas, sobre Tom y Hester y se centró de nuevo en Freya—. Dioses, Caul, ¿esta enorme ballena gorda es la chica por la que te fugaste a Anchorage? ¡Se ha descuidado completamente! Y, ahora que lo pienso, tú tampoco tienes demasiado buen aspecto. A mí me gusta que mis muchachos sean bien parecidos, y tú… Bueno, tú estás hecho un andrajoso, esa es la verdad. Gargle me dijo que te habías marchado con los secos para convertirte en un hombre de provecho.

Caul volvió a sentirse como si fuera un novato al que estuvieran reprendiendo por haber olvidado alguna herramienta de su equipo de saqueo.

—Lo siento, Tío —dijo.

Freya se colocó a su lado y tomó las manos de Caul entre las suyas.

—Caul se ha convertido en un hombre de provecho —dijo ella—. No podríamos haber construido Anchorage-in-Vineland sin su ayuda. Me gustaría hablarte sobre nuestra ciudad, pero creo que, antes, todos deberíamos marcharnos de este lugar.

—¿Marcharnos? —El Tío se la quedó mirando como si nunca antes hubiera escuchado aquella palabra—. ¡Yo no puedo marcharme! ¿Qué te hace pensar que quiero hacerlo?

—Señor, este lugar está acabado. No puede mantener aquí a los niños…

—Estos muchachitos no van a ir a ninguna parte —declaró el Tío riendo—. Son el futuro de Grimsby.

Los niños se acercaron a Freya. Ella soltó la mano de Caul para acariciarles la cabeza. Todos escuchaban el débil gruñido del metal bajo presión de los niveles inferiores, el chapoteo distante del agua goteando.

—Pero, señor Kael… —dijo Freya.

Acababa de recordar algo que Caul le había contado una vez: antes de que el Tío se convirtiera en el Tío, fue Stilton Kael, un joven rico de Arkangel. Freya albergaba la esperanza de que usar su verdadero nombre podría ayudarla a llegar a él con más facilidad, pero lo único que consiguió fue arrancarle un bufido y una mirada asesina. De todas maneras, insistió:

—Señor Kael, este lugar hace aguas. Está medio inundado y el aire huele a rancio. No sé mucho sobre esta guarida submarina y clandestina suya, pero diría que el futuro de Grimsby va a ser muy corto.

Hester le quitó el seguro a su Schadenfreude y apuntó hacia el Tío.

—Si no quiere venir —le dijo—, no hace falta que lo haga.

El Tío la miró a ella y luego al globo de pantallas flotantes, que le ofrecían una imagen de su rostro mucho más nítida de la que le proporcionaban sus pobres y ancianos ojos.

—No lo entendéis —respondió—. Yo no me voy a marchar, ni vosotros tampoco.

Vamos a reconstruir la ciudad. Vamos a hacer que este lugar vuelva a ser estanco. Más fuerte que nunca. Haremos lapas nuevas, mejores que las anteriores. De aquí no se marcha nadie. Díselo, Caul.

Caul dio un respingo y dudó qué hacer. No quería traicionar a sus amigos, pero tampoco quería decepcionar al Tío. El sonido de la voz del anciano hizo que se estremeciera de amor y lástima por él.

Miró a Freya.

—Lo siento —murmuró.

De pronto, con un rápido y repentino movimiento, le arrancó la pistola de la mano a Hester y le apuntó con ella, y luego a Tom.

—¡Caul! —gritó Tom.

El Tío se carcajeó de nuevo.

—¡Bien hecho, muchacho! ¡Sabía que al final entrarías en razón! Me alegro de no haber terminado de colgarte. Es una pena que esos otros se hayan dado a la fuga antes de poder conocerte, Caul. Les habrías servido de lección. El regreso del hijo pródigo. Después de todos estos años, sigues siendo leal a tu pobre y viejo Tío. —Se sacó una llave de un bolsillo y se la tendió a Caul—. Ahora, deshazte de esta panda. Enciérralos en las dependencias de Gargle mientras tú y yo tenemos una conversación como Dios manda.

Caul siguió apuntando a Tom con la pistola. Era consciente de que Hester era la única con valor suficiente para intentar reducirlo y de que a Hester le preocupaba mucho más la seguridad de Tom que la suya propia. Le sacó el cuchillo de la bota, cogió la llave que el Tío le tendía y empezó a empujar a todo el mundo de regreso hacia la puerta abierta.

—Pero, Caul… —dijo Freya.

—Olvídalo —le advirtió Hester—. Sabía que no debíamos confiar en él. Sospecho que este es el verdadero motivo por el que ha accedido a traernos aquí: para poder volver a ver a su querido Tío.

—No sufriréis ningún daño —prometió Caul—. Resolveremos esto. Saldrá bien. —No sabía qué era lo que iba a hacer, pero sí sabía que se alegraba de volver a ser un muchacho perdido—. El Tío lo sabe todo —dijo. Obligó a los prisioneros a bajar las escaleras hasta las dependencias de Gargle y cerró la puerta tras ellos—. Todo saldrá bien. El Tío siempre lo sabe todo.

# 17

## La capilla

Cayó la noche en Tienjing. Las montañas se erigían inmensas y pálidas sobre la ciudad, donde un banderín de polvo de nieve volaba desde cada una de sus gélidas cimas. Por encima de las montañas, aún más gélidas si cabe, empezaban a asomar las estrellas, y las cosas que no eran estrellas (los satélites muertos y las plataformas orbitales de los Antiguos) bailaban su vetusta y lenta danza en el cielo.

El stalker Shrike patrullaba los silentes pasillos de la pagoda de Jade. Sus ojos con visión nocturna inspeccionaban las sombras y sus oídos detectaban conversaciones en una estancia lejana, una ráfaga de carcajadas procedente de la garita de vigilancia y la intensa actividad de las termitas en el interior de las paredes revestidas con paneles de madera. Deambuló por galerías decoradas con antiguas tallas de monstruos y demonios de la montaña, ninguno tan espeluznante como lo era él mismo. Deleitándose con la elegancia y potencia de su cuerpo mejorado, aguzó sus nuevos sentidos para detectar el leve rastro químico que pudieran dejar los explosivos escondidos o la huella térmica de un asesino al acecho. Deseaba que algún necio nacido una vez intentara atacar pronto a su ama. Estaba ansioso por volver a quitar vidas.

Un aliento helado le rozó. Un levísimo cambio en la presión del aire le indicó que una de las puertas exteriores estaba siendo abierta y después cerrada cuatro pisos más abajo. Se acercó con premura a una ventana y miró hacia abajo. Una informe masa de calor humano se movía culebreando entre las sombras del patio hacia el puesto de control de la entrada. Shrike midió su altura, la comparó con los datos que había recabado durante su etapa como guardaespaldas y reconoció a la doctora Zero.

¿Adónde se dirigía en una noche tan fría, cuando quedaba menos de una hora para el toque de queda? Shrike sopesó los motivos que la nacida una vez podía tener para hacer aquella salida nocturna. Tal vez la doctora Zero tuviera un amante en la ciudad que había bajo el cuartel. Pero la doctora Zero nunca había parecido demasiado interesada en el amor y, de cualquier manera, aquella no era la primera vez que Shrike la sorprendía actuando de manera extraña. Había detectado cómo se le aceleraba el pulso cuando se encontraba cerca de la stalker Fang, y también el intenso olor que desprendía a veces cuando Fang miraba hacia donde estaba ella. Le sorprendía que su ama no se hubiera percatado ella misma, pero también era cierto que Fang no compartía su interés por la nacida una vez y sus hábitos. Tal vez no se hubiera dado cuenta o, directamente, no le importara que su cirujana mecánica le tuviera miedo.

Los ojos de Shrike, haciendo uso de su máxima capacidad de aumento, observaron cómo la doctora Zero mostraba su pase en el punto de control y luego la siguieron hasta perderla de vista entre las barracas y los estandartes de Tienjing. ¿Por qué estaba tan asustada? ¿Qué era lo que tanto miedo le daba? ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué planeaba hacer? Shrike se lo debía todo, pero, aun así, sabía que era su obligación descubrirlo.

* * *

Enone Zero descendía a toda prisa por las empinadas calles escalonadas, vestida con su capa de seda recubierta de silicona, encapuchada y con la cabeza gacha. El cielo sobre la ciudad estaba completamente iluminado con los veloces destellos de los cargueros y los aerodestructores que despegaban del puerto aéreo militar llevando al este a nuevos jóvenes, hombres y mujeres, la muerte aguardándolos en el saliente del Rustwater.

La culpa manaba, incesante, en el interior de Enone, pero ya estaba acostumbrada. Todas las mañanas engrasaba las juntas y la armadura de la stalker Fang. Colocaba los instrumentos contra su pecho de acero y comprobaba el funcionamiento de las extrañas baterías de Vieja Tecnología alojadas en el lugar que antiguamente había ocupado el corazón de Anna Fang. Todas las mañanas se decía: «Debería hacerlo ahora, hoy».

No sería la primera en intentarlo. Todo tipo de fundamentalistas pacifistas y partidarios de la rama más conservadora de la vieja Liga habían intentado destruir a la stalker Fang, pero lo único que habían conseguido era ver cómo los cuchillos rebotaban en su armadura o contemplar cómo salía caminando, ilesa, de entre las ruinas de habitaciones en las que habían detonado una bomba o de los restos de aeronaves estrelladas. Pero Enone Zero era científica, y había usado sus habilidades científicas para idear un arma capaz de destruir incluso a la stalker Fang.

El problema era que no había conseguido reunir el valor necesario para usarla. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si funcionaba? Enone estaba convencida de que, sin la stalker para liderarlo, el régimen de la Tormenta Verde se desmoronaría. Sin embargo, dudaba de que eso ocurriera tan deprisa como para que sus simpatizantes no llegaran a matarla, y ya había oído rumores sobre las cosas que les hacían a los traidores…

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que la estaban siguiendo cuando cruzó el puente del Doble Arcoíris y giró por la calle de las Diez mil Deidades.

A lo largo de los siglos, antitraccionistas de toda Europa y Asia se habían refugiado en aquellas montañas y habían llevado consigo a sus propios dioses. Apiñados unos junto a otros, los templos parecían sostenerse entre sí bajo la luz moribunda. Enone se abrió camino entre dos comitivas de boda, un funeral y varios santuarios adornados con dinero de la suerte y aderezados con estruendosos petardos.

Dejó atrás el templo de los dioses celestes y la pagoda dorada de los dioses de las montañas. Pasó junto al Poskittarium y por la arboleda de la diosa Manzana. Dejó a sus espaldas la silenciosa morada de la Dama Muerte. Al final de la calle, embutida entre los templos de religiones más populares, se erigía una diminuta capilla cristiana.

Comprobó que nadie estuviera vigilando antes de entrar en el templo, pero no se le ocurrió echar un vistazo a los tejados.

Enone había encontrado la capilla por casualidad y no estaba segura de qué era lo que seguía atrayéndola a aquel lugar. No era cristiana. Muy poca gente seguía siéndolo, salvo en África y en algunas de las islas más remotas de occidente. Lo único que sabía de los cristianos es que adoraban a un dios clavado en una cruz. ¿Para qué diantres servía un dios que se dejaba clavar a cosas? No era de extrañar que aquel lugar hubiera caído en desuso, que el tejado hubiera desaparecido y que las malas hierbas prosperaran entre los bancos medio podridos. Sin embargo, en noches como aquella, cuando sentía que tenía que salir de la pagoda de Jade para no volverse loca, allí era donde Enone acudía a tranquilizarse.

Los copos de nieve cayeron sobre ella a través del tamiz formado por las vigas hundidas, posándose en su cabello verde cuando se echó la capucha atrás. Acarició las paredes con la palma de las manos y leyó con las yemas de los dedos los textos tallados en la piedra antigua. La mayoría eran indescifrables, pero había uno al que había empezado a cogerle cariño. Era un fragmento antiguo, anterior a la Guerra de los Sesenta Minutos. Enone no estaba segura de lo que significaba, pero aquellas palabras albergaban algo reconfortante.

*Morimos con los moribundos:*
*mirad cómo se alejan mientras nos vamos con ellos.*
*Nacemos con los muertos:*
*mirad cómo regresan mientras nos traen con ellos.*
*El momento de la rosa y el momento del tejo*
*duran lo mismo.*

Enone se arrodilló frente al desnudo altar de piedra y bajó la cabeza. No creía en aquel antiguo dios, pero necesitaba hablar con alguien.

—Ayúdame —susurró—. Si estás ahí, en algún lugar, dame fuerza. Dame valor. Estoy tan cerca de ella… Podría usar el arma ahora, si tan solo tuviera el valor necesario. Y no sería asesinato, ¿verdad? Matar a alguien que ya está muerto. Solo sería como desactivar una máquina; una máquina peligrosa y destructiva…

Habló en voz muy baja, sin mover apenas los labios. Ningún oído humano podía oírla. Pero su plegaria fue escuchada de todas maneras. Acuclillado como una gárgola en el campanario medio derruido de la capilla, el stalker Shrike escuchó atentamente todas y cada una de sus palabras.

—¿Tengo derecho a hacerlo? Antes todo parecía muy claro, pero ahora que he

visto lo inteligente y fuerte que es…, tal vez sea asesinato. ¿O solo me estoy poniendo excusas a mí misma? ¿Solo estoy buscando una razón para no hacerlo y poder seguir viviendo? Mándame una señal, Dios, si estás ahí arriba, y muéstrame qué debería hacer…

Aguardó, y Shrike aguardó con ella, pero no hubo señal alguna. Los ruidosos y populares dioses de los templos vecinos parecían repartir consuelo y orientación, como si fueran consejeros sentimentales, pero el de aquel lugar era más críptico, o tal vez estuviera dormido, o muerto. O quizá estuviera ocupado resolviendo los problemas de un mundo mejor, en la otra punta del universo. Enone Zero sacudió la cabeza ante su propia estupidez y se incorporó, preparada para marcharse.

Shrike descendió velozmente por la pared de la capilla y esperó en un nicho junto a la entrada, que en el pasado tal vez hubiera albergado una estatua del dios clavado de los cristianos. Sus sospechas eran ciertas. La doctora Zero era una traidora y, aunque le había tomado cariño a la manera stalker, sabía que debía eliminarla antes de que pudiera causarle algún daño a su ama. Los circuitos le zumbaban y hormigueaban ante la perspectiva de matar. Ella le había arrancado las garras, pero seguía siendo fuerte y despiadado. Un golpe de su puño podría terminar fácilmente con ella.

Una pisada en el umbral de la puerta. La joven salió de la capilla y se protegió del viento helado con la capucha. No vio a Shrike. Pasó junto a él y apretó el paso por la calle de las Diez Mil Deidades, regresando a toda prisa a sus dependencias en la pagoda antes de que sonaran las campanas que indicaban el toque de queda.

Shrike bajó el puño, sintiéndose sorprendido y ligeramente estúpido. ¿Qué acababa de pasarle? Era un stalker, una máquina de matar, y aun así no había sido capaz de atacar cuando había tenido a su alcance el frágil cráneo de su presa.

«Debo advertir a la policía secreta de la Tormenta Verde», pensó mientras salía de un salto del nicho y empezaba a seguir a Enone entre la multitud que atestaba la calle. Dejaría que los nacidos una vez se ocuparan de los de su calaña, allí, en las salas de tortura revestidas de adoquines blancos que había bajo la pagoda de Jade. Sin embargo, tras un par de zancadas, frenó en seco. Se sentía sencillamente incapaz de traicionar a Enone Zero.

«Esto me lo ha hecho ella», pensó, recordando todos aquellos solitarios turnos de noche en la Manufactura de Stalkers. De algún modo, aquella joven cirujana mecánica había construido en su mente una muralla que le impedía hacerle daño o contarle a nadie lo que estaba planeando. Shrike había formado parte de sus planes desde el principio. Le había proporcionado a la stalker Fang un protector incapaz de protegerla.

Debería haber odiado a la doctora Zero por utilizarle de aquella manera, pero tampoco le nació aquel sentimiento.

Irrumpió en la procesión de un festival, congregada en el exterior del santuario de Jomo, y ascendió camino a casa entre la oscuridad y la nieve. No era la marioneta de

Enone Zero. No podía hacerle daño, pero tampoco permitiría que ella se lo hiciera a su ama. De alguna manera, averiguaría la naturaleza de su plan y lo detendría.

# 18

## La Naglfar

En cuanto hubo encerrado a sus amigos y a los niños en las dependencias de Gargle, Caul subió corriendo las escaleras para regresar a la sala de vigilancia. Temblaba ligeramente y, en parte, sintió la necesidad de bajar de nuevo y desatrancar las puertas. Se repetía incesantemente que no había elegido al Tío antes que a Freya y los demás, que encontraría una manera de mantenerse leal a ambos.

—Lo primero que tenemos que hacer —dijo el Tío cuando Caul se hubo reunido con él— es deshacernos de las mujeres. Mala suerte nos traerán, ya lo verás. —Las pantallas se habían llenado con las imágenes de los prisioneros de las estancias inferiores, con primeros planos granulados y ampliados de Hester y Freya—. Parecen muy guapas, no lo dudo, y estoy seguro de que piensas que son muy dulces, pero en cuanto te des media vuelta te traicionarán como Anna me traicionó a mí hace años. Por eso siempre me he mantenido fiel a la regla de que nada de chicas en Grimsby.

Caul bajó la pistola de Hester. Se sentía muy idiota allí de pie, sosteniéndola.

—Pero ¿qué me dice de esa muchacha que iba a bordo de la Autólico con Gargle?

—¿El joven Remora? —El Tío cogió la pistola y la guardó entre sus mugrientas ropas—. Ya veo por dónde vas. Un muchachito con unas pintas muy raras. Voz chillona, pelo largo, demasiado maquillaje. Tuve mis dudas cuando me lo presentaron, pero Gargle me aseguró que era un chico. Un buen ladrón. Pobre Remora. Supongo que también estará muerto, ¿verdad?

—Tío, entre esos pobres chiquillos que hemos encontrado en el piso de abajo hay niñas. Muchos son chicas.

—¿Niñas? ¿Estás seguro? —El Tío empezó a manipular el mando, buscando primeros planos de los niños.

A través de las pantallas, Caul observó cómo sus amigos miraban con nerviosismo hacia arriba mientras las cámaras cangrejo se movían como arañas por el techo, sobre sus cabezas, y hacían tintinear los móviles de Remora. Por su parte, lo único que el Tío vio fue un conjunto de siluetas grisáceas con forma de caras borrosas.

—Tal vez los comandos de secuestro de Gargle capturaran por error a unas cuantas niñas —murmuró a regañadientes—. También tendremos que deshacernos de ellas, si queremos hacer borrón y cuenta nueva. Y eso haremos, Caul, muchacho mío. Reconstruiremos Grimsby, más fuerte y mejor de lo que fue antes, y tú serás mi mano derecha. Puedes instalarte en el apartamento de Gargle y ocuparte de las cosas por mí, como solía hacer él.

Una de las hileras de pantallas que tenía detrás se apagó de repente, haciendo que la luz de la habitación fuera aún más tenue que antes. Olía a cables quemados y, cuando Caul fue a investigar, vio que el agua estaba colándose por detrás de la superficie de las pantallas y acumulándose en el suelo, a sus pies. La tocó, se llevó los dedos a los labios y le supo salada. «El Tío lo sabe todo», se dijo. Quiso creerlo, porque habría sido agradable volver a los viejos tiempos, a cuando todo eran certezas. Todo el mundo debía creer en algo mejor y más grande que ellos mismos. Tom y Freya tenían a sus dioses, Hester tenía a Tom y Caul tenía al Tío. No volvería a decepcionar al Tío, aunque fuera anciano, aunque estuviera ciego y confundido, aunque no hubiera nada que pudiera hacer para salvar a Grimsby del mar.

Pero tampoco permitiría que sus amigos se ahogaran con la ciudad.

—Pareces cansado, Tío —le dijo con amabilidad. Y era cierto. ¿Cuánto tiempo llevaría solo el anciano en aquella habitación, contemplando el traicionero mensaje de Brighton a través de las paredes llenas de pantallas? Caul le tocó la mano—. Deberías descansar un poco ahora que yo estoy aquí para vigilar las cosas.

El Tío giró el cuello para mirarle, y sus ojos resplandecieron con un destello de su antigua astucia.

—¿Estás intentando engañarme, Caul? Eso era lo que hacía Gargle. «Échate una siestecita, Tío, querido», me decía. «Túmbate y échate un sueñecito, Tío». Y cuando me despertaba, o bien me habían desaparecido cosas, o bien otro de mis muchachos de confianza aparecía muerto, y entonces Gargle se excusaba diciendo que había sido un accidente…

—¿Y por qué dejaste que se saliera con la suya? —preguntó Caul.

—Porque le tenía miedo. —El anciano se encogió de hombros—. Y porque estaba orgulloso de él. Era un muchachito avispado, ese Gargle, y fui yo quien le hizo así. Supongo que era como un hijo para mí. Me gusta pensar que Anna y yo habríamos tenido hijos si no me hubiera engañado y se hubiera ido en esa nave suya que ella misma fabricó. Me gusta pensar que habrían sido tan avispados como Gargle. Pero me alegro de que ya no esté, Caul, mi muchacho. Me alegro de que ahora seas tú quien está aquí.

Mientras murmuraba en voz baja para sus adentros, el Tío permitió que Caul lo ayudara a bajar por la empinada escalera hasta su dormitorio. Los minúsculos motores del pequeño globo de carga chirriaron y repiquetearon cuando la esfera de pantallas los siguió, suspendida a pocos metros sobre sus cabezas, para que el Tío pudiera seguir observándolas, con sus ojos medio ciegos saltando, agitados, de un monitor a otro. La puerta de su dormitorio había sido ampliada y ensanchada para que el globo cupiera por ella.

—Tengo que seguir vigilándolos, Caul —murmuró—. Nunca sabes lo que traman si dejas de vigilarlos. Hay que vigilar a todo el mundo. En todas partes. Siempre.

Antiguamente, la habitación había estado decorada con muebles de gran valor. Los muchachos perdidos llevaban allí los objetos más finos que encontraban, como

tributo al Tío. Sin embargo, con el transcurso de los años, Gargle debía de haber encontrado excusas para trasladar, mueble a mueble, todos los tesoros al piso de abajo, a sus propias dependencias. Lo único que el Tío conservaba era una cama con una colcha andrajosa, unas cuantas pilas de libros mohosos y una caja dada la vuelta que hacía las veces de mesilla de noche, sobre la cual reposaban una vieja lámpara de argón y una fotografía antigua de una hermosa mujer ataviada con el uniforme de las fuerzas de trabajo esclavas de Arkangel.

—La conservo para recordármelo —dijo el Tío cuando vio que Caul estaba mirando la fotografía. La colocó boca abajo con un gesto rápido—. Mi Anna Fang. Era bonita, ¿verdad? Ahora la han convertido en una stalker y la han puesto a cargo de la Tormenta Verde, y gobierna medio mundo con aeronaves y ejércitos a sus órdenes. He seguido su trayectoria. Tengo un álbum de recortes por algún lado. Gargle creyó que podría llegar a un trato con ella, pero yo sabía que no funcionaría. Sabía que eso solo nos traería problemas…

—¿Qué tipo de trato? —preguntó Caul. Ya había oído al Tío hablar sobre su amor perdido, pero nunca había oído hablar de que los muchachos perdidos hubieran intentado hacer un trato con el mundo exterior—. ¿Por eso vino Gargle a Anchorage? ¿Por eso quería el Libro de Hojalata?

El Tío se sentó en la cama y su satélite de pantallas de vigilancia fue descendiendo hasta quedar suspendido justo sobre su cabeza.

—Gargle decía que se avecinaban problemas. Lo dijo en cuanto desaparecieron las tres primeras lapas: «Se avecinan problemas». Y tenía razón, ¿no? Solo que no sabía lo pronto que llegarían. Él creía que, si conseguía hacerse con ese Libro de Hojalata, podría hacer un trueque con la Tormenta Verde y pedirle a cambio su protección, o sea, que aplastara a cualquier ciudad que viniera a por nosotros.

—Pero ¿por qué iban a querer ellos el Libro de Hojalata? —preguntó Caul.

—¿Quién sabe? —contestó el Tío, encogiéndose de hombros—. Hace un par de veranos enviaron una expedición para intentar encontrar el pecio de Anchorage. Por supuesto, no tuvieron éxito. Sin embargo, Gargle consiguió colar una cámara cangrejo en su nave y descubrió qué era lo que estaban intentando desenterrar.

—¿El Libro de Hojalata?

El Tío asintió.

—Tampoco eran miembros ordinarios de la Tormenta Verde. Eran agentes especiales que le informaban directamente a ella. Así que Gargle pensó que, si estaba dispuesta a enviar naves llenas de maromos para que cruzaran medio mundo en tiempos de guerra y buscaran esa cosa, debía de tener muchas ganas de ponerle las manos encima. Y recordó haber visto algo parecido cuando estuvisteis saqueando Anchorage aquella vez, solo que entonces no creyó que fuera nada. —Sacudió la cabeza—. Le dije que no funcionaría. Le dije que se estuviera quietecito. Pero así era el joven Gargle: en cuanto se le metía una idea en la cabeza, no había nada que le detuviera. Así que allá se fue, y ahora está muerto, y esa ciudad maldita me ha robado

a todos mis muchachos.

—Pero ¿qué era? —preguntó Caul—. El Libro de Hojalata, quiero decir. ¿Qué es lo que lo convierte en algo tan valioso?

El Tío, que llevaba un rato sorbiéndose la nariz con pena, se la sonó con un pañuelo de lunares y miró a Caul.

—No lo sé —le dijo—. Nunca llegamos a descubrirlo. Gargle hizo correr la voz de que eran los planos de un enorme submarino de los Antiguos que nos salvaría a todos, pero creo que eso se lo inventó. ¿Para qué se iba a interesar mi pobre Anna en un submarino? No. Estoy seguro de que es un arma. Algo gordo.

Se guardó el pañuelo y bostezó.

—Bueno, muchacho mío, ya vale de parlotear del pasado. Deberíamos pensar en el futuro. Deberíamos hacer planes. Afortunadamente, has traído contigo la Gusano de Hélice a casa, y eso nos vendrá muy bien, ya verás. Y yo aún tengo la vieja Naglfar. ¿Te acuerdas de la buena y vieja Naglfar?

—La he visto en el redil al llegar —dijo Caul. Se dio cuenta de que el Tío tenía cada vez más sueño. Le ayudó a tumbarse y le echó por encima la colcha hecha jirones, tapándole hasta la barbilla—. Échate un poco —le dijo—. Ahora descansa y, cuando te despiertes, será el momento de empezar.

El Tío le sonrió y cerró los ojos. La esfera de pantallas quedó flotando sobre su almohada y, bajo el resplandor catódico de las imágenes de las cámaras cangrejo, su anciano rostro parecía radiante, una máscara de papel iluminada desde el interior por la titilante luz de sus sueños.

* * *

En la sala inferior, algunos niños también se habían dormido. El resto estaban sentados en silencio, contemplando a Tom con ojos enormes y confiados mientras él les contaba un cuento que solía contarle a Wren cuando era pequeña y se despertaba asustada en mitad de la noche. No parecían tener miedo de los gruñidos y sacudidas de aquella ciudad moribunda, ni tampoco de los reguerillos de agua que bajaban goteando por las paredes. Les había dado miedo estar abandonados a su suerte, pero ahora que aquellos amables adultos habían llegado, de repente sentían que todo iría bien.

Hester inspeccionó todos los rincones de la estancia buscando armas o alguna forma de forzar los robustos candados de las puertas, pero, al no encontrar ni una cosa ni la otra, fue enfadándose cada vez más.

—¿Y qué harás si encuentras una manera de salir de aquí? —le preguntó Freya en voz baja—. Siéntate. Asustarás a los niños.

Hester le puso muy mala cara.

—¿Que qué haré? Bajar al redil de las lapas, por supuesto, y largarme a bordo de

la Gusano de Hélice.

—Pero en la Gusano de Hélice no entramos todos. Aunque consiguiéramos meter a todos los niños en la cabina, no tendríamos ni oxígeno ni combustible suficientes para que todos regresáramos a Anchorage.

—¿Quién ha dicho que fuéramos a llevarnos a los niños? —preguntó Hester—. Yo he venido a rescatar a Wren, no a estos pequeños salvajes. Y Wren no está aquí, así que iremos con la Gusano hasta Brighton e intentaremos buscarla allí.

—Pero los niños… —chilló Freya. Se calló rápidamente, no fuera a ser que alguno de ellos la hubiera oído y adivinado lo que planeaba Hester—. Hester, ¡cómo puedes pensar tal cosa, siquiera! ¡Tú misma tienes una hija!

—Así es —respondió Hester—. Y si tú también tuvieras una, entonces sabrías la cantidad de problemas que dan. Y estos ni siquiera son niños normales. Me parece muy bien que te pongas maternal y protectora con ellos, pero son muchachos perdidos. No puedes llevártelos a Anchorage. ¿Qué ibas a hacer allí con ellos?

—Quererlos, por supuesto —contestó Freya con sencillez.

—Ah, ¿cómo hiciste con Caul? Eso sí que funcionó a las mil maravillas, ¿verdad? Te robarían sin pestañear y luego, probablemente, te asesinarían. Ya no llevas las riendas, Reina de las Nieves. Una vez me pediste que te ayudara a proteger Anchorage. Bueno, pues la protegeré asegurándome de que no llevas a casa contigo a un montón de crías de ladrón como recuerdo de tu estancia en Grimsby.

Freya retrocedió bruscamente un paso, como si estar tan cerca de Hester la desagradara.

—No creo que Anchorage siga necesitando el tipo de protección que tú ofreces —respondió—. Hace tiempo, me alegraba de tenerte con nosotros. Esperaba que todos estos años de paz te hubieran traído paz a ti también. Pero no has cambiado.

Hester estaba a punto de contestar cuando la puerta que quedaba tras ella se abrió y Caul entró por ella. Así que la tomó con él, en vez de con Freya.

—¿Has venido a pavonearte delante de tus rehenes?

Caul no la miró a los ojos.

—No sois rehenes —contestó—. Lo único que quería era que nadie resultara herido. Y tampoco quería que obligarais al Tío a marcharse. Es un hombre anciano. Morirá si abandona Grimsby.

—Morirá si se queda —respondió Hester—. A menos que sea un excelente nadador.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Freya.

—Yo tengo que quedarme. —Caul negó con la cabeza—. Soy lo único que tiene.

—Bueno, pues eres más de lo que se merece —dijo Tom, indignado—. ¿Eres consciente de que nunca podrá reconstruir este lugar, verdad?

—No lo entendéis —dijo Caul—. Verlo así, tan viejo, tan demente y tan triste… Claro que Grimsby está perdida, pero el Tío no se da cuenta. Y yo soy el último de sus muchachos, Tom. Tengo que quedarme con él hasta el final.

Freya estuvo a punto de intentar razonar con él, pero Hester se entrometió.

—Por mí, perfecto. Ahora, ¿cómo sugieres que nos marchemos nosotros?

Caul le sonrió, contento de que por fin alguien le hiciera una pregunta práctica.

—En la Naglfar. Es el submarino de carga que hemos visto en los rediles al llegar. Es una nave muy vieja, pero es segura. Os llevará de vuelta a Anchorage sin problemas.

—Entonces, ¡tú tendrás que venir también! —dijo Freya, aliviada—. Yo no sé dirigir sola un submarino, o pilotarlo, o lo que demonios se suponga que se hace con ellos.

—Tom y Hester te ayudarán.

—Tom y Hester van a coger la Gusano de Hélice y van a perseguir a Brighton —respondió Hester.

—No —le dijo Caul—. Vosotros tenéis que volver con Freya. Yo tengo que quedarme con el Tío. Os ayudaré a cargar combustible y a aprovisionar la Naglfar. Podéis volver con ella a Anchorage y, entonces, cuando Freya y los niños estén a salvo, podréis ir en busca de Brighton y encontrar a Wren.

* * *

Y así fue cómo, por última vez, los rediles de lapas de Grimsby se llenaron con los sonidos de un submarino que se preparaba para regresar al mar. La Naglfar era un viejo, destartalado y herrumbroso cascarón, pero Caul dijo que aún podía navegar y que en su espaciosa bodega había sitio suficiente para todos los niños. Lo que no les contó fue lo que también sabía sobre la embarcación: que era un submarino que el Tío había robado hacía años a los basureros nievómadas y utilizado para comenzar a construir su imperio submarino. Tampoco mencionó de dónde procedía su nombre: en las antiguas leyendas nórdicas, la Naglfar era una nave construida con uñas de difuntos que los dioses oscuros usaban para navegar hacia la batalla en el fin del mundo. No quería provocarles pesadillas a los niños.

Así que Tom y Caul se concentraron en comprobar que los motores del viejo submarino funcionaban mientras Hester recargaba los depósitos de combustible y Freya pedía a los niños mayores que le mostraran las despensas de Grimsby, de las cuales salieron con los brazos llenos de provisiones para mantenerse durante el viaje de regreso a Vineland.

Los preparativos tuvieron que hacerse a toda prisa. Los quejidos y gruñidos metálicos no dejaban de reverberar por los pasadizos del edificio a medida que las planchas del casco, dañadas por las cargas de profundidad de Brighton, iban desplazándose y cediendo bajo la presión del mar y las compuertas se iban cerrando para aislar los sectores de la ciudad que se habían inundado. Nadie había olvidado que el Tío seguía en sus aposentos, durmiendo sueños dementes. Pero el Tío parecía

estar profundamente dormido en aquel momento o, al menos, cuando Tom abrió las escotillas de la Naglfar y alzó la vista hacia el techo oscuro, no vio que ninguna cámara cangrejo se moviera.

Se apoyó contra la cubierta de la escotilla abierta un momento, agradeciendo la sensación de frescor, porque en la sala de motores de la Naglfar estaba empezando a viciarse el aire y a hacer calor. Se había esforzado demasiado ahí abajo, preocupado como estaba por Wren, y la vieja herida había vuelto a molestarle con penetrantes e intensas punzadas de dolor, como si su corazón estuviera lleno de cristales rotos. Volvió a asaltarle la duda de si se estaría muriendo. No creía que le tuviera miedo a la muerte, pero sí que le tenía miedo a morirse sin haber encontrado antes a Wren.

Decidió preocuparse por Caul en lugar de por sí mismo. Trepó por las escaleras para salir del submarino y vio que Hester venía por la plataforma hacia él.

—¿Qué vamos a hacer con Caul? —preguntó Tom en voz baja, llevándosela a un lado—. Sigue empecinado en quedarse aquí. ¿Ha olvidado que el Tío intentó hacer que lo mataran?

—No se le ha olvidado. —Hester negó con una sacudida de cabeza—. No creo que quiera quedarse, en realidad. Lo único que pasa es que sigue queriendo al Tío.

—¡Pero es que el Tío estuvo a punto de matarlo!

—Eso no cambia nada —dijo Hester—. El Tío es lo más parecido a un padre o una madre que Caul ha tenido nunca. Todo el mundo quiere a sus padres. Puede que haya gente que no sea consciente de que lo hace, puede incluso que los odie, pero siempre hay una pizca de amor mezclada con el odio, una pizca que lo complica todo… muchísimo.

Hester calló, incapaz de explicarse, pensando en los complejos sentimientos que ella misma experimentaba por su difunto padre y su hija desaparecida. Deseó que Wren la quisiera a ella tanto como Caul quería al Tío.

—Freya me dijo que Caul sueña todas las noches con este sitio —dijo Tom—. Sueña con que la voz del Tío le susurra como solía hacerlo cuando era niño. ¿Por qué les hablaría constantemente por los altavoces, incluso cuando los niños estaban dormidos?

—Puede que fuera una manera de lavarles el cerebro —dijo Hester.

—Eso mismo pensé yo —coincidió Tom—. Es como si hubiera clavado en sus mentes una especie de anzuelo que siempre los arrastrara hacia Grimsby, sin importar lo lejos que intenten huir o lo mucho que deseen marcharse.

—Reduciremos a Caul —dijo Hester—. Le daremos un golpe en la cabeza y nos lo llevaremos de aquí. Cuando estemos en el mar, recuperará la cordura.

—Tal vez —dijo Tom—. Tal vez, cuando este lugar haya desaparecido y el Tío haya muerto, sea capaz de olvidarlo.

Desde la torre de control del Naglfar les llegó un chillido penetrante, infantil.

—¡Las cámaras! —gritó un niño llamado Eel al que Freya había pedido que vigilara porque era demasiado pequeño para hacer ninguna otra cosa—. ¡Las cámaras

se están moviendo!

Tom y Hester alzaron la vista. Sobre sus cabezas, las cámaras cangrejo se escabullían por entre los oxidados foques de las grúas de atraque, trepando unas sobre otras mientras enfocaban sus lentes sobre el pozo en el que se balanceaba la Naglfar.

—El viejo se ha despertado —dijo Caul, trepando atropelladamente hacia la escotilla del submarino y descendiendo a la plataforma, seguido de cerca por Freya.

—¿Y qué? —preguntó Hester—. Ahora ya no puede impedir que nos larguemos.

—¿Quién ha hablado de largarse? —preguntó la ronca voz del Tío—. De aquí no se larga nadie.

Llegó cojeando entre los pozos internos hasta donde estaban ellos. El arma de Hester parecía enorme en aquella mano arrugada y temblorosa. Sobre su cabeza, el globo flotaba como un enmohecido bocadillo de diálogo mientras la esfera de pantallas que pendía de él titilaba con las imágenes procedentes de las cámaras cangrejo. El Tío levantó la pistola y apretó el gatillo. La bala repiqueteó contra el metal de la torreta de mando de la Naglfar y el eco retumbó entre las sombras de las grúas de acoplamiento. Como para responderle, en alguna parte de los pisos superiores, un mamparo dejó escapar un largo lamento, como si una criatura inmensa estuviera agonizando lenta y dolorosamente a causa de una indigestión.

El Tío ignoró el sonido.

—¡El Tío lo sabe todo! —dijo con un estridente grito—. Quedaos aquí, ayudadme a reconstruir Grimsby y recibiréis una buena recompensa. Si intentáis marcharos, os expulsaré por la puerta hidráulica para que deis de comer a los pececitos.

Los niños se revolvieron, nerviosos. Hester se colocó frente a Tom con gesto protector. Caul corrió hacia el anciano.

—Tío —le dijo—, creo que Grimsby está más dañada de lo que pensábamos.

—¿Y? —preguntó el Tío, observando en una de las pantallas un primer plano de Caul—. ¿Qué más da? Cuando llegué aquí por primera vez estaba mucho peor que ahora.

—Señor Kael —le llamó Freya con delicadeza—. ¿Stilton?

Cruzó la plataforma mientras las cámaras cangrejo que había sobre las grúas enfocaban como locas su cara y sus manos. Caul intentó detenerla, pero ella lo apartó y le tendió la mano al Tío.

—Caul tiene razón —le dijo—. Grimsby está llegando a su fin. Fue una idea muy audaz, y me alegro de haber podido verla con mis propios ojos, pero ha llegado el momento de abandonar la ciudad. Puede venir con nosotros de regreso a Anchorage. ¿No le gustaría respirar aire fresco de nuevo, volver a ver el sol?

—¿El sol? —preguntó el Tío, y de repente sus ojos se llenaron de lágrimas.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se había mostrado amable con él. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien le había llamado Stilton. Freya extendió los brazos y alzó la vista hacia la esfera de pantallas flotantes, hacia la imagen de sus delicadas y blancas manos suspendidas sobre él

como si fueran alas.

—¿Abandonar Grimsby? —prosiguió, pero esta vez lo hizo con voz asombrada, delicada.

Las cámaras cangrejo acercaron la imagen hasta que todas las pantallas mostraron a Freya, o un pedazo de ella: su rostro, sus ojos, su boca, la suave curva de su mejilla, sus manos…, todos y cada uno de ellos mucho más grandes que en la vida real, como piezas de un kit de montaje con el que se pudiera construir una diosa. El Tío quería sostener aquellas manos amables, irse con ella y volver a ver el sol antes de morir. Avanzó medio paso hacia Freya, pero entonces recordó a Anna Fang y cómo lo había traicionado.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No lo haré! ¡Todo esto es un engaño!

Apuntó con la pistola y apretó el gatillo, y un inmenso estruendo restalló en los rediles y provocó que los niños chillaran y se taparan los oídos. La bala atravesó el rostro sonriente de Freya y su semblante se quebró, y tras él solo había negrura y chispas y, cuando una lluvia de cristales cayó sobre él, el Tío fue levemente consciente de que no había disparado a Freya, sino a la imagen que había de ella en la pantalla más grande. Buscó a la verdadera Freya, pero entonces Caul la empujó fuera de su alcance y la protegió con su propio cuerpo, y el Tío no quería disparar a Caul.

Desde algún lugar sobre su cabeza le llegó un largo suspiro que le distrajo. La pesada pistola se le cayó de las manos. Alzó la vista. Todos le imitaron, incluso los atemorizados niños. El suspiro aumentó de volumen y el Tío vio que la bala había abierto un agujero en el globo que mantenía a flote su nube de pantallas. Mientras lo observaba, el globo se fue abriendo rápidamente en una amplia raja que parecía una boca bostezando.

—¡Tío! —gritó Caul.

—¡Caul! —chilló Freya, tirando de él para hacerle retroceder y abrazándole con fuerza.

—Anna… —susurró el Tío.

La esfera de pantallas descendió sobre él como lo haría una bota sobre una araña. Las pantallas reventaron en un enjambre de chispas blancas y azules, y las esquirlas del cristal se dispersaron por la plataforma. El globo estrellado se desplomó sobre los restos como una mortaja y, cuando los humos de las máquinas aplastadas llegaron al techo, un aspersor se activó, derramando sobre los rediles de las lapas una fría y salobre lluvia.

Tom se acercó corriendo con Hester y, agarrando de los hombros a Freya, le preguntaron, temblorosos:

—¿Estás bien?

—Eso creo —asintió ella, empapada hasta los huesos y estornudando a causa del humo—. ¿El Tío está…?

Caul rodeó el montón de pantallas, de las que no dejaban de salir chispas y llamas. De todos aquellos escombros solo asomaban los pies del Tío, enfundados en

sus mugrientas pantuflas de conejitos. Se agitaron un par de veces y luego quedaron inmóviles.

—¿Caul? —preguntó Freya.

—Estoy bien —dijo Caul. Y lo estaba, aunque, por algún motivo, no podía dejar de llorar. Estiró un trozo de la tela del globo para ocultar las pantuflas y se volvió para mirar a los demás—. Vamos —dijo—. Pongamos la Naglfar a navegar antes de que este lugar se venga abajo por completo. La Gusano también. Tom y Hester necesitarán la Gusano si pretenden seguir el rastro de Wren.

* * *

Después de aquello, el ritmo de trabajo se aceleró. Grimsby no dejaba de chirriar y quejarse y, de vez en cuando, un temblor amenazador agitaba el agua de los pozos, como si aquella inverosímil y vieja ciudad, de alguna manera, supiera que su creador había muerto y estuviera agonizando con él.

Cargaron las últimas reservas de combustible, pusieron baterías nuevas e hicieron rodar los barriles de agua para cargarlos a bordo de la Gusano de Hélice y la Naglfar. Hester rebuscó entre los tesoros empapados de Grimsby y reunió varios puñados de monedas de oro, porque sospechaba que el dinero podría resultarles útil a bordo de Brighton. Y, cuando nadie la veía, revolvió entre el montón de pantallas destrozadas hasta que encontró su pistola, aún sujeta por la mano muerta del Tío. Estaba segura de que encontraría algún uso que darle.

Junto al muelle, Tom abrazó a Freya.

—Buena suerte —le deseó.

—Buena suerte para vosotros también —dijo ella, sosteniéndole el rostro y sonriéndole.

Freya dudó, se sonrojó. Le hubiera gustado prevenir a Tom, si hubiera podido, sobre su esposa. Creía que él aún no llegaba a comprender lo despiadada que podía llegar a ser. Sabía que Hester lo quería, pero no creía que hubiera nadie más en el mundo que realmente le importara, y le preocupaba que llegara el día en que su falta de escrúpulos les trajera problemas a ambos.

—Tom —le dijo—, cuida de Hester. ¿Lo harás?

—Cuidaremos el uno del otro, como siempre hacemos —dijo Tom, malinterpretando sus palabras.

Freya se dio por vencida y lo besó.

—Encontraréis a Wren —dijo—. Estoy segura.

—Yo también estoy seguro —asintió Tom—. Y también encontraré el Libro de Hojalata, si me es posible. Si lo que el Tío le contó a Caul es cierto, si la Tormenta Verde le está haciendo la guerra a las ciudades… Yo los vi en acción en la Percha de los Bribones, Freya. Si ese libro es la clave de algo peligroso, no debemos permitir

que se hagan con él…

—No tenemos la certeza de que sea la clave de nada… —le recordó Freya—. Pero lo más conveniente sería recuperarlo, si fuera posible. No obstante, lo único que de verdad importa es Wren. Encuéntrala, Tom. Y volved sanos y salvos a casa, a Vineland.

Tom montó con Hester a bordo de la Gusano de Hélice y Freya los observó y se despidió con un gesto de la mano mientras la Gusano se sumergía, y se quedó junto a Caul al borde del pozo interno hasta que las últimas ondas hubieron desaparecido del agua. Los niños la estaban esperando a bordo de la Naglfar y sus agudas y nerviosas vocecillas se derramaban a través de las escotillas abiertas.

—¿Nos vamos ya?

—¿Anchorage está muy lejos?

—¿De verdad que allí vamos a tener habitaciones para nosotros solos y todo?

—¿El Tío se ha muerto de verdad?

—¡Tengo ganas de vomitar!

Freya cogió la mano de Caul entre las suyas.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Vamos —le dijo—. Volvamos a casa.

Así que se marcharon, y Grimsby, finalmente, quedó abandonada.

Pasados unos cuantos días, hasta la tenue luz que se filtraba a través de sus ventanas se apagó y, una a una, las válvulas de aire fueron muriendo. A través de las crecientes grietas y fisuras que ya nadie podía reparar, el paciente mar fue colándose dentro y los peces hicieron de las estancias de los muchachos perdidos su morada.

* * *

Tom iba a extrañar la compañía de Freya, e incluso la de Caul, pero para Hester fue un alivio volver a estar a solas con él. Nunca se había sentido realmente cómoda con nadie que no fuera Tom, salvo con Wren, cuando Wren era pequeña. Contempló amorosamente cómo Tom manejaba los extraños mandos de la Gusano de Hélice, con el ceño fruncido por la concentración mientras trataba de recordar todo lo que Caul le había enseñado. Aquella noche, cuando la lapa viajaba fluidamente en dirección sur-suroeste hacia la zona de navegación de Brighton y las aguas cantaban al chocar contra el casco del submarino, se metió a hurtadillas en su catre y enroscó sus largas piernas alrededor de él, recordando la forma en que ambos pasaban horas enteras besándose cuando eran jóvenes, en sus comienzos, juntos en la Jenny Haniver. Sin embargo, Tom estaba demasiado preocupado por Wren como para besarla en condiciones, así que ella se quedó tumbada y despierta durante largo rato mientras él dormía, y pensó con amargura: «A ella la quiere mucho más de lo que nunca me ha querido a mí».

# 19

## La guirnalda de boda

Las primeras heladas llegaron a Vineland mucho antes que la Naglfar. Al anciano submarino, con demasiados pasajeros a bordo y los pobres motores protestando durante todo el trayecto, le llevó varias semanas regresar al Continente Muerto e ir ascendiendo por los sinuosos ríos que la Gusano de Hélice había surcado en cuestión de días. Al final, sin embargo, Caul consiguió persuadirla para regresar a Anchorage y emerger a través de una delgada capa de nieve justo enfrente del embarcadero. Freya salió al exterior saludando con la mano y a punto estuvo de conseguir que volvieran a dispararla. Esta vez era el señor Smew, que creía que los muchachos perdidos los estaban invadiendo.

Y, de alguna manera, eso es lo que ocurría. Anchorage nunca volvería a ser la misma ahora que aquellos escandalosos, maleducados y, en ocasiones, perturbados niños habían llegado para vivir allí. Freya dispuso que se abrieran los pisos superiores del Palacio de Invierno, que estaban abandonados, y el antiguo edificio se llenó de vida y bullicio cuando los chiquillos se instalaron en sus nuevos cuartos. Algunos no conseguían hacerse a la idea de que ya no se esperaba de ellos que robaran, y otros tenían pesadillas en las que gritaban el nombre del Tío y de Gargle, pero Freya estaba convencida de que, a base de paciencia y amor, conseguirían ayudarlos a enterrar en el olvido el tiempo que habían pasado en el mar y a convertirse en felices y saludables vinelanderitas.

Después de todo, al final había terminado surtiendo efecto con Caul. Freya jamás revelaría lo que había pasado entre ellos durante el viaje de regreso a casa, pero el antiguo muchacho perdido nunca regresó a su cabaña en el distrito de los motores. A principios de octubre, cuando las cosechas estuvieron recolectadas, los rebaños hubieron bajado de los pastos de las montañas y la ciudad se preparaba para el invierno, la margravina y él se casaron.

* * *

Freya se despertó temprano la mañana del día después de su boda: estaba completamente despejada a las cinco en punto, como solía pasarle cuando era más joven. Salió de la cama con cuidado de no despertar a Caul y se asomó a la ventana de su dormitorio, notando la frialdad del suelo bajo sus pies descalzos y los restos de la guirnalda nupcial colgándole todavía del cabello.

Al descorrer las cortinas, vio que la capa de hielo que cubría el lago era gruesa y que durante el transcurso de la noche había caído un manto de nieve. Se alegró de que la ciudad volviera a estar a merced de los dioses del hielo durante otros seis meses. Los dioses del verano, del lago y de la caza habían sido benevolentes con su gente, y los dioses del mar y del amor también habían sido muy considerados con ella, pero era con los dioses del hielo con los que se había criado, y confiaba más en ellos que en el resto. Echó el aliento en la ventana, dibujó en el vaho su símbolo, el copo de nieve, y susurró:

—Proteged a Tom. Y también a Hester, aunque no se lo merezca. Guiadlos hasta Wren, dondequiera que esté. Y que todos regresen a su hogar con nosotros, a salvo, felices y juntos.

Pero si los dioses del hielo escucharon su plegaria, no le dieron ninguna señal de haberlo hecho. La única respuesta que Freya obtuvo fue el ulular del viento entre los chapiteles del Palacio de Invierno y la voz de su marido, dulce y somnolienta, llamándola para que volviera a la cama.

# Segunda parte

# 20

## Una vida en la cresta de la ola

—¿Pennyroyal, cariño mío?

—¿Mmm?

Era por la mañana en el Pabellón, y el alcalde y la alcaldesa estaban sentados en extremos opuestos de la larga mesa de la sala de desayuno, protegida del cálido sol por unas persianas de muselina. Frente a la silla de la alcaldesa, el esclavo africano hacía ondear un abanico de plumas de avestruz, haciéndole llegar una fresca brisa que hacía crujir las páginas del periódico que su marido estaba intentando leer.

—Pennyroyal, te estoy hablando.

Nimrod Pennyroyal suspiró y soltó el periódico.

—¿Sí, Boo-Boo, mi tesoro?

Es una verdad universalmente conocida que cualquier explorador farsante que posea una fortuna considerable debe buscar una esposa, y Pennyroyal se había agenciado a Boo-Boo Heckmondwyke. Hacía quince años, cuando *El oro del depredador* estaba en los primeros puestos entre los libros más vendidos de todas las ciudades del Territorio de Caza, que Boo-Boo había tenido lo que en aquel momento le pareció una buena idea. Su familia pertenecía a la antigua aristocracia brightoniana, pero era pobre. Pennyroyal era un simple aventurero, pero era rico. El matrimonio había permitido a la familia Heckmondwyke recuperar su fortuna, y a Pennyroyal le había proporcionado las influencias que necesitaba en sociedad para ser elegido alcalde. Boo-Boo era una esposa perfecta para un hombre ambicioso: se le daban bien la conversación ligera y los arreglos florales, organizaba cenas y eventos con precisión militar y era una experta en inaugurar fiestas, galas y hospitales pequeños.

Aun así, Pennyroyal había llegado a arrepentirse de su matrimonio. Boo-Boo era una mujer oronda, enérgica y rubicunda cuya mera presencia en la misma estancia que él tenía la capacidad de agotarle. Era una entusiasta cantante aficionada y una apasionada a las óperas de la cultura del Metal Azul, que podían llegar a durar días enteros, no tenían rastro de melodía y, por lo general, terminaban con todos los personajes muertos y apilados unos encima de otros. Cuando Pennyroyal la incomodaba con preguntas sobre el precio de su último vestido o ella lo sorprendía en alguna cena coqueteando demasiado descaradamente con la mujer de algún concejal, Boo-Boo se ponía a ensayar sus escalas hasta que los cristales empezaban a temblar, o encendía el gramófono y deleitaba a la casa entera con los seiscientos versos del *Aria del arpón* o con *Elena, la princesa de las ballenas*.

—Espero de ti que me escuches cuando te hablo, Pennyroyal —le dijo aquella vez, soltando el cruasán con gesto amenazador.

—Por supuesto, querida. Solo estaba estudiando los últimos informes de guerra que ha publicado el *Palimpsesto*. Desde el frente llegan excelentes noticias. Hacen que uno se sienta orgulloso de ser traccionista, ¿verdad?

—¡Pennyroyal!

—¿Sí, cielo?

—He visto la disposición de los asientos para el baile del Festival de la Luna —dijo Boo-Boo— y no he podido evitar fijarme en que has invitado a los Hurones Voladores.

Pennyroyal hizo un amago de encoger el cuerpo entero.

—No sé si deberíamos dedicarnos a entretener mercenarios, Nimrod.

—Yo me he limitado a invitar a su líder, Orla Twombley —protestó Pennyroyal—. Puede que le dijera que podía traer a algunos de sus amigos, si quería. No quería que se sintiera excluida, ya sabes… Es una famosa aviadora. Su máquina voladora, el Wombat de Combate, derribó tres aeroacorazados en la batalla de la bahía de Bengala.

Mientras hablaba, en la mente de Pennyroyal se dibujó una imagen de la estrella de la aviación, esbelta y despampanante con su traje de aviadora de cuero rosa. Siempre le había enorgullecido lo popular que era entre las damas porque en sus años mozos había disfrutado de apasionados romances con hermosas y exóticas mujeres (le vinieron a la mente Minty Bapsnack, Melocotones Zanzíbar y las jugadoras del equipo femenino de cróquet de Traktiongrado, las Damas Smolensk). Esperaba con bastantes ganas que la elegante Orla Twombley estuviera pronto en aquella lista.

—Es guapa, ¿verdad? —comentó Boo-Boo con frialdad.

Pennyroyal se revolvió incómodo en la silla.

—No sabría decirte; la verdad es que nunca me he fijado… —murmuró.

Detestaba aquel tipo de escenitas. Aquella malvada y suspicaz mirada en los ojos de Boo-Boo era una de esas típicas cosas —pensó— que le quitaban a un hombre las ganas de desayunar. Afortunadamente, uno de sus esclavos domésticos le libró de un interrogatorio más exhaustivo cuando abrió la puerta del salón del desayuno y dijo:

—Ha venido a verle el señor Plovery, su señoría.

—¡Excelente! —gritó Pennyroyal, y se incorporó de un salto, agradecido, para recibir a su visitante—. ¡Plovery! ¡Mi amigo querido! ¡Qué alegría verte!

Walter Plovery, antiguo contrabandista de uno de los callejones más infectos de los Laines, era el consultor del alcalde en materia de Vieja Tecnología y había ayudado a Pennyroyal a hacerse con unos cuantos ahorros vendiendo de contrabando objetos del museo de Brighton. Era un hombre pequeño y nervioso, con una cara que alguien podría haber esculpido en una masa de pan para luego olvidarse de hornearla. Pareció sorprenderse ante el efusivo recibimiento de Pennyroyal: por lo general, la gente no se alegraba tanto de verle, pero también había que tener en cuenta que,

normalmente, la gente no solía estar sometida a un interrogatorio sobre hermosas aviadoras por parte de la señora Pennyroyal cuando le daban la bienvenida.

—He estado investigando un poco sobre ese objeto que su señoría me mostró —dijo, acercándose un poco más a Pennyroyal. Sus ojos se dirigieron, inseguros, hacia Boo-Boo—. ¿Se acuerda, su señoría? ¿Del objeto?

—Ah, no es necesaria tanta discreción, Plovery —le dijo Pennyroyal—. Boo-Boo está completamente al tanto de ello. ¿A que sí, mi tarta tatín? Ese extraño libro de metal que le sisé la semana pasada al viejo Shkin. Le he pedido a Plovery que le echara un vistazo, solo por ver qué pensaba él.

Boo-Boo esbozó una débil sonrisa, alcanzó el periódico y lo abrió por la página de cotilleos.

—Discúlpeme, señor Plovery. La Vieja Tecnología me resulta tan sosa…

Plovery asintió, le hizo una leve reverencia con la cabeza y volvió a dirigirse a Pennyroyal.

—¿Aún conserva el artilugio?

—Está en la caja fuerte de mi despacho —dijo Pennyroyal—. ¿Por qué? ¿Crees que puede tener algún valor?

—Po-po-posiblemente —respondió Plovery con cautela.

—La muchacha perdida que lo trajo parecía creer que tenía algo que ver con submarinos.

El señor Plovery se relajó y dejó escapar una risita.

—Oh, no, su señoría. Evidentemente, no sabe nada sobre los lenguajes mecánicos de los Antiguos.

—Así que lenguajes mecánicos, ¿eh?

—Un código que nuestros ancestros debieron de usar para comunicarse con uno de sus cerebros computerizados. No he podido encontrar ejemplos de este lenguaje en concreto en ninguno de los registros históricos. Sin embargo, se parece a ciertos fragmentos que se han conservado del código militar americano.

—Así que americano, ¿eh? —dijo Pennyroyal, y luego añadió—: Militar, ¿eh? Eso debería valer un par de chelines o tres, por lo menos. Esta guerra ya se ha alargado durante catorce años. La gente está desesperada. Los departamentos de I+D de las ciudades combatientes más grandes pagarían fortunas por poder oler una superarma, aunque fuera de lejos.

El rostro de Plovery adquirió un levísimo tono rosado al imaginar el porcentaje que le correspondería de esa fortuna.

—¿Le gustaría que intentara acordar una venta, su señoría? Tengo algunos contactos en los Estados Móviles Independientes…

Pennyroyal sacudió la cabeza.

—No, Plovery. Yo mismo me ocuparé de esto. No tiene sentido intentar ningún movimiento hasta después del Festival de la Luna. Volveré a guardar el libro en la caja fuerte hasta que hayan terminado las celebraciones y, entonces, nos pondremos

en contacto con algunos de mis conocidos. Hay una arqueóloga con la que he coincidido alguna vez, una encantadora joven llamada Cruwys Morchard: en otoño suele hacer una parada en Brighton, y siempre parece estar buscando piezas inusuales de Vieja Tecnología. Sí, creo que puedo acordar la venta sin necesidad de importunarte, Plovery.

Echó de la sala al disgustado contrabandista de Vieja Tecnología y se sentó a terminar su desayuno, pero en su lugar se encontró con el *Palimpsesto* que su mujer sostenía frente a él. En la primera plana de la sección de cotilleos había una fotografía a toda página en la que aparecía él entrando en un casino de los Laines del brazo de Orla Twombley, que tenía un aspecto aún más divino de lo que Pennyroyal recordaba.

—Bueno —se jactó—, no es exactamente lo que yo definiría como guapa.

* * *

—¡Pobre Boo-Boo! —dijo Wren, de pie, sin que nadie se percatara de su presencia en la galería que quedaba sobre la sala del desayuno, junto a su nueva amiga Cynthia Twite. La conversación de Pennyroyal con Plovery había transcurrido en voz demasiado baja como para que pudiera escuchar nada, pero se había enterado hasta del último detalle de la charla con su mujer sobre Orla Twombley—. No sé cómo lo soporta…

—¿Soportar el qué? —preguntó inocentemente Cynthia.

—¿No lo has escuchado? ¡Boo-Boo cree que está teniendo un *affaire* con Orla Twombley!

—¿Qué es un *affaire*? —preguntó Cynthia frunciendo el ceño—. ¿Una especie de tarta?

Wren suspiró. Cynthia era una niña muy dulce, muy bonita y muy boba. Llevaba varios años siendo esclava doméstica en el Pabellón y, cuando Wren llegó, la señora Pennyroyal le pidió que se hiciera amiga de Wren y le explicara cuáles serían sus tareas en la casa. Wren se alegró de tener compañía, pero sentía como si ya supiera más sobre cómo funcionaba la vida en el Pabellón de lo que nunca había sabido Cynthia.

—Boo-Boo cree que Pennyroyal y la señorita Twombley están teniendo una aventura —le explicó pacientemente.

—¡Ah! —Cynthia parecía escandalizada—. Oh, ¡pobre ama! ¡Imagínatelo, un hombre de su edad, insinuándose a elegantes aviatrices!

—De Pennyroyal yo podría contarte cosas mucho peores que esas —susurró Wren. Entonces se dio cuenta de que no debía contarle nada a Cynthia y se calló.

En la Nube 9 todos creían que Wren no era más que una muchacha perdida que no sabía de Pennyroyal nada más que lo que este había escrito en sus estúpidos libros.

—¿Qué? —preguntó Cynthia, intrigada—. ¿Qué cosas?

—Ya te lo contaré en otro momento —prometió Wren, consciente de que Cynthia se olvidaría de preguntar. Para cambiar de tema, dijo—: ¿Quién es el chico que está detrás de la silla de Boo-Boo? ¿El del abanico? Le vi el otro día en la piscina. Siempre parece muy triste.

—Ah, es uno de los recién llegados, como tú —respondió Cynthia emocionada—. Solo lleva aquí unas semanas. Se llama Theo Ngoni y antes era aviador de la Tormenta Verde. Le capturaron en una gran batalla que hubo en algún lugar y Pennyroyal se lo compró a Boo-Boo como regalo de cumpleaños. Se supone que tener un cautivo *mossie* como esclavo es de lo más elegante, pero a mí me da miedo. O sea, podría asesinarnos a todos mientras dormimos, ¿no? ¡Mírale! ¿No te parece sanguinario?

Wren se quedó mirando al chico. A ella no le parecía sanguinario. No era mucho mayor que ella (desde luego, era demasiado joven como para librar una guerra). Cuán terrible debía de haber sido para él ser derrotado y arrastrado lejos de casa para agitar un abanico y refrescar a los Pennyroyal durante todo el día. Normal que pareciera tan triste. Wren sintió lástima por él, y eso no tardó en hacer que se compadeciera de sí misma y se acordara de que debía buscar una manera de escapar de aquel lugar.

* * *

Durante unos cuantos días, Pennyroyal demostró un interés particular en Wren: se refería a ella como «mi fan venida desde debajo del mar» y le prestó su último libro, un recuento histórico de la guerra con la Tormenta Verde. Sin embargo, no tardó en olvidarla y Wren pasó a ser, simplemente, otra de las muchas esclavas de su esposa.

Su nueva vida era sencilla: se despertaba todos los días a las siete, desayunaba y acudía con el resto de las sirvientas a los aposentos de la señora Pennyroyal; la despertaban, la ayudaban a vestirse y pasaban una hora ocupándose de su peinado, que era complejo, caro y medía casi un metro de alto. Por las mañanas, cuando el alcalde bajaba al ayuntamiento, a su mujer le gustaba darse un largo y relajante chapuzón en la piscina. Por las tardes, a veces, cuando Pennyroyal regresaba a casa un poco achispado de lo que él llamaba «un almuerzo de trabajo», Boo-Boo tomaba el teleférico para bajar a Brighton y se dedicaba a hacer visitas o a inaugurar cosas, pero nunca llevaba consigo a ninguna de sus hermosas y jóvenes sirvientas: solo la acompañaban un par de esclavos domésticos que acarreaban sus compras.

A las ocho de la tarde se servía la cena. Por lo general, solía tratarse de un gran evento con muchos invitados, y Wren y las demás chicas entraban y salían con bandejas de cisne asado, bistecs de tiburón, pastel de mar y enormes y bamboleantes postres. Después, las chicas tenían que ayudar a la señora Pennyroyal a bañarse y vestirse para dormir antes de que se les permitiera ir a sus propias camas, en un dormitorio común del piso inferior.

A veces era un trabajo duro, pero cuando no estaba ocupada atendiendo a la alcaldesa, a Wren se le permitía hacer prácticamente todo lo que le apeteciera. Y lo que le apeteció en aquellas primeras semanas fue pasear por el Pabellón y sus dominios con Cynthia Twite.

El palacio de Pennyroyal era un cofre del tesoro lleno de maravillas y a Wren le encantaban los jardines, con sus senderos a la sombra de los árboles y sus cenadores, los intrincados laberintos de setos, las arboledas de cipreses de color gris verdoso y los santuarios de los antiguos dioses. A veces, mientras Brighton expulsaba vapor de humo y se adentraba en aguas sureñas más cálidas y en el brillo dorado del otoño, permanecía de pie junto a la barandilla que había al final de los jardines y contemplaba la blanca ciudad a sus pies, el resplandeciente mar, las gaviotas que volaban en círculo, las aeronaves y los banderines que ondeaban al viento, y se preguntaba si en realidad no merecía un poco la pena haber sido secuestrada y esclavizada solo por tener la oportunidad de ver tanta belleza.

Sin embargo, a medida que fueron transcurriendo las semanas, cada vez extrañaba más a su padre y a su madre. Sabía que tenía que huir de la Nube 9, pero ¿cómo? Las aeronaves no tenían permiso para aterrizar en la plataforma aérea, así que la única manera de salir era mediante el teleférico, y el teleférico quedaba estrechamente vigilado por las milicias de Brighton y sus abrigos rojos. Y aunque consiguiera bajar a Brighton, ¿qué beneficio podría obtener de ello? Llevaba la marca de la Sociedad Shkin y, si intentaba abordar cualquier nave que saliera de la ciudad, la identificarían como una esclava que intentaba fugarse y se la entregarían directamente a Shkin.

Además, durante todo aquel tiempo, estaba alejándose cada vez más de su hogar. Brighton se dirigía al sur, navegando junto a la larga costa del Territorio de Caza mientras algunas polvorientas ciudades-tracción de dos niveles trataban de seguirles el ritmo en la orilla. Todo el mundo hablaba del Festival de la Luna, Boo-Boo no hacía más que escribir y corregir la lista de invitados al baile consistorial y los chefs de las cocinas del Pabellón hacían horas extras para preparar pasteles con forma de satélite y dulces con la silueta de una medialuna. La salida de la primera luna llena del otoño era un acontecimiento sagrado para la mayoría de las religiones más seguidas. Se celebrarían fiestas y procesiones a bordo de Brighton y en el resto del mundo, las hogueras del Festival de la Luna arderían tanto en las ciudades-tracción como en las estáticas. Incluso en Anchorage-in-Vineland ardería una única y solitaria hoguera, porque el Festival de la Luna era el acontecimiento social más importante del año.

Wren imaginó a sus amigos apilando madera y muebles rotos en la pradera que había detrás de la ciudad, tal vez preguntándose dónde se encontraría ella y si estaría a salvo. ¡Cómo deseaba poder estar con ellos! Era incapaz de concebir cómo podía haber pensado alguna vez que sus vidas eran aburridas o por qué se peleaba tanto con su madre. Todas las noches, tumbada en su camastro en los dormitorios de las esclavas, se abrazaba a sí misma y susurraba las canciones que solía cantar cuando

era pequeña, e imaginaba que los crujidos de los cabos de amarre que aferraban la Nube 9 a sus depósitos de gas eran el murmullo de las olas rompiendo en las orillas de Vineland.

* * *

Wren, prácticamente, se había olvidado de Nabisco Shkin y, para ser justos, Nabisco Shkin, prácticamente, se había olvidado de ella. A veces, entre sus ajetreadas sesiones de reuniones, miraba hacia la Nube 9 y por un momento se permitía sentir el placer de la venganza que se cobraría con aquella niña que lo había engañado, pero sus planes de enviar una expedición y esclavizar a la población de Vineland estaban aún en un estado muy primigenio, y tenía asuntos más apremiantes de los que ocuparse.

Aquel día, por ejemplo, había recibido una nota de lo más interesante de parte de un hombre llamado Plovery.

Descendió al nivel intermedio del Pimentero, salió por una puerta lateral y se adentró a paso veloz por el laberinto de los Laines. Aquellas estrechas callejuelas, iluminadas únicamente por titilantes globos de argón y por los escasos rayos de luz que se colaban entre los respiraderos y las claraboyas de las plataformas superiores, eran un hervidero de mendigos, ladrones y haraganes, pero Shkin las conocía lo suficientemente bien como para caminar por ellas sin necesidad de llevar guardaespaldas. Hasta la escoria más necia de Brighton se hacía una idea bastante buena de lo que podría pasarle a cualquiera que osara ponerle un solo dedo encima a Nabisco Shkin. La gente se quitaba de su camino y se daba media vuelta para mirarlo cuando ya había pasado de largo. Los rebeldes aviadores eran apartados de en medio a empujones por sus propios amigos. Los drogadictos y las prostitutas retrocedían como si su mirada quemara. Solo un triste mendigo con rastas que paseaba un perro atado con un trozo de cuerda se atrevió a gimotear:

—¿Lleva algún delfín suelto, señor? Es solo para comprar algo de comer…

—Cómete al perro —le sugirió Shkin, y anotó mentalmente que debía enviar un escuadrón de limpieza al distrito en cuanto el Festival de la Luna terminara. Le estaría haciendo un favor a la ciudad barriendo aquella basura de las calles y todos sacarían provecho de las capturas en los mercados de otoño.

Entró en un estrecho callejón, detrás de un puestecito de pescado frito, y se llevó un pañuelo a la nariz para intentar disimular la peste a orín y rebozado. En el escaparate de una destartalada tienda, al fondo del callejón, resplandecían montones de chatarra y Vieja Tecnología. «PLOVERY», se leía en el cartel deslustrado que había sobre su cabeza. El tañido de la campana cuando Shkin abrió la puerta atrajo rápidamente al anticuario desde el almacén trasero.

—¿Querías verme?

—Sí, verá, señor, es que… —Plovery hizo una reverencia, sonrió y cerró sus delgados y largos dedos en puños.

Enojado porque Pennyroyal hubiera decidido buscar un comprador para el Libro de Hojalata sin su ayuda, el anticuario había decidido ir con lo que había averiguado sobre él a otro hombre rico. Su nota había caído en el buzón de Shkin hacía apenas una hora y estaba impresionado y un poco sorprendido al verle allí, en persona, tan pronto. Con los nervios de punta, le reveló al tratante de esclavos todo lo que sabía.

—Militar, ¿eh? —dijo Shkin, exactamente igual que había hecho Pennyroyal apenas unas horas antes—. ¿Un arma antigua?

—Solo es un código, señor —le advirtió Plovery—. Pero, seguramente, un hombre sagaz que entienda de estas cosas podría recapitular a partir del código y reconstruir la máquina para la que se escribió. Eso podría ser valioso, señor. Y, como Pennyroyal me dijo que obtuvo el libro de usted («Engañé a ese lameculos de Shkin para que me lo diera gratis» fueron sus palabras exactas, señor, con perdón), bueno, pensé que tal vez usted estaría interesado, señor.

—Ya he tomado medidas para retribuir a su señoría como se merece por ese insignificante episodio —dijo Shkin, molesto por que aquel desgraciado estuviera al corriente de que Pennyroyal había sido más listo que él. Sin embargo, al mismo tiempo se sentía intrigado por la historia de Plovery—. Habrás hecho una copia del libro, por supuesto.

—No, señor. Pennyroyal no aparta la vista de él. Está en su caja fuerte, en el Pabellón. Pero si tuviera un comprador, señor, tal vez pudiera echarle el guante. Visito el Pabellón con asiduidad, señor.

Shkin crispó una ceja. El libro le interesaba, pero no lo suficiente todavía como para aflojar la cantidad de dinero que sabía que Plovery querría pedirle.

—Yo comercio con esclavos, no con Vieja Tecnología.

—Por supuesto, señor. Pero ¿y si resulta ser una especie de arma antigua? Eso podría desequilibrar la balanza, señor. Y hacer que la guerra terminara. Y la guerra está siendo muy beneficiosa para los negocios, señor, ¿no es cierto?

Shkin evaluó sus palabras durante un segundo. Luego asintió.

—Muy bien. De todas maneras, esa cosa es mía desde el principio. «Quien lo encuentra, se lo queda», ya sabes lo que dicen. Me molesta la idea de que Pennyroyal saque beneficio de ello. Asumo que conoces la combinación de la caja fuerte, ¿es así?

—22-09-957. Veintidós de septiembre del novecientos cincuenta y siete, Era de la Tracción. Es el cumpleaños de su señoría.

—Muy bien, Plovery —sonrió Shkin—. Tráeme el Libro de Hojalata.

# 21

## El vuelo de una gaviota

Esa misma tarde, después del almuerzo y antes de que comenzaran los preparativos para la cena, Wren estuvo dando vueltas por los jardines de la cocina y salió a los terrenos situados en la parte trasera del Pabellón para contemplar el despegue de una patrulla de Hurones Voladores. Los Hurones habían montado un aeródromo provisional en una zona poco transitada de los jardines que quedaban detrás del Pabellón. Wren ya se sabía el nombre de la mayor parte de aquellas extrañas máquinas y las iba reconociendo a medida que estacionaban fuera de sus hangares: la Se Te Transparentan las Braguitas y la Paloma Saltimbanqui; la Galletita Austera y la Oreja de Van Gogh. El personal de tierra las acomodaba en catapultas de lona accionadas por resortes y las propulsaban más allá del borde de la plataforma, al tiempo que los aviadores cebaban los motores y esperaban poder encontrar sustento en el aire antes de caer en picado a las inmundas aguas que ondeaban tras la popa de Brighton.

Wren observaba desde la barandilla que limitaba los jardines mientras los Hurones, uno detrás de otro, remontaban la caída y ascendían zumbando sobre los tejados haciendo temerarias piruetas y dejando a su paso estelas de humo verde y púrpura. Era un espectáculo que siempre había disfrutado, pero aquel día lo único que consiguió fue sentirse más nostálgica que nunca. Le hubiera gustado poder describirle a su padre las naves de los Hurones.

Detrás del aeródromo, como la giba de una ballena, se erigía un montículo de cobre que quedaba oculto por unos cuantos cipreses. Wren ya lo había visto alguna vez antes, a lo lejos, pero nunca se había molestado en intentar examinarlo más de cerca. Asumía que se trataba tan solo de otra de las muchas esculturas abstractas que deslucían los jardines de la Nube 9, adquirida por Pennyroyal para contentar a sus simpatizantes del Barrio de los Artistas. Aquel día, sin nada mejor que hacer, fue paseando hasta allí. A medida que se acercaba se dio cuenta de que el montículo era en realidad un edificio con enormes puertas curvas en un lado y un pavimento con forma de abanico en el exterior. Las sinuosas líneas del cobre que recubrían sus paredes y cubierta estaban tachonados con una especie de espinas decorativas que le daban a la estructura el aspecto de un gigantesco pez globo emergiendo entre la hierba. Una larga y delgada escalera de caracol ascendía por un costado. Wren subió por ella y se asomó a la estructura por una ventana elevada.

En su umbrío interior había un yate aéreo, tan pulido y delicado que incluso Wren, que no tenía la más mínima idea de aeronaves, se dio cuenta inmediatamente

de lo carísimo que era.

—Eso es el Avefría —dijo una servicial voz a sus espaldas. Cynthia estaba sentada al pie de las escaleras—. Te he estado buscando por todas partes, Wren. —Luego añadió—: Voy a ir al santuario de la casa, tengo una necesidad imperiosa de hacerle un sacrificio a la diosa de la belleza. Deseo con todas mis fuerzas perder peso antes del Festiluna. Deberías venir conmigo. Podrías pedirle que te ayudara con esos granos.

A Wren le interesaban más los yates que los granos. Se colocó de espaldas a la ventana.

—El Avefría… ¿Es de Pennyroyal?

—Por supuesto. —Cynthia subió hasta la mitad de las escaleras—. Es un Sombra de Luna Serapis Tipo IV, muy sofisticado. Pero el alcalde ya casi nunca lo saca a ningún sitio. Lo mantiene abrillantado y cargado de gas elevador, pero solo se usa cuando Boo-Boo se va de compras a otra ciudad.

—¿El alcalde no lo va a usar para la regata del Festival de la Luna?

—Ah, no. Tiene otra aeronave antigua atracada en Brighton. Volará en ella con esa tal Orla Twombley de copiloto. La aviadora va a dirigir un espectáculo aéreo de naves históricas y un combate aéreo con cohetes de verdad, igual que se narra en los libros del profesor Pennyroyal. A simple vista no lo parece, pero ha vivido asombrosas aventuras en los Caminos de las Aves.

Wren volvió a mirar el yate, pensando en la nave que Pennyroyal les había robado a sus padres hacía tantos años. ¿Podría ella escabullirse en medio de la noche, abrir las puertas del atracadero y huir a bordo del Avefría? Eso sería justicia poética, ¿verdad?

Un levísimo redoble de tambor comenzó a tamborilearle en lo más profundo de su ser. Le alegró sobremanera que Cynthia le tomara la mano y la guiara hasta el santuario de los esclavos y sirvientes que había tras las cocinas del Pabellón. Apenas prestó atención al animado parloteo de su amiga sobre maquillajes y peinados. En su imaginación ya estaba pilotando el Avefría rumbo al oeste: cruzaba las Colinas Muertas, los lagos de Vineland brillaban debajo de ella y sus padres corrían a recibirla cuando aterrizaba en los campos de Anchorage.

El único problema era que Wren no tenía la más mínima idea de cómo pilotar un Sombra de Luna Serapis Tipo IV. Ni ninguna otra nave, en realidad.

Pero conocía a alguien que sí.

* * *

A Boo-Boo Pennyroyal no le gustaba que sus esclavos y esclavas se mezclaran entre ellos. En las óperas que tanto adoraba, jóvenes unidos por trágicas circunstancias se enamoraban perdidamente y luego se arrojaban desde sitios altos

(principalmente desde acantilados, pero también desde almenas, azoteas o el cráter de un volcán). Boo-Boo sentía aprecio por sus esclavos y le dolía la sola idea de que pudieran saltar en pareja desde los bordes de la Nube 9, así que eliminaba de raíz cualquier posibilidad de romance trágico prohibiendo que los chicos y las chicas hablaran entre sí. Por supuesto, siendo como son los jóvenes, las chicas, a veces, se enamoraban de otras chicas y los chicos de otros chicos, pero como eso nunca pasaba en las óperas, Boo-Boo no se daba cuenta. Los demás desobedecían constantemente sus reglas e intentaban colarse en los dormitorios del sexo opuesto, cosa que para Boo-Boo suponía un auténtico incordio. Al menos, Theo Ngoni no le daba ningún quebradero de cabeza. Theo Ngoni nunca hablaba con nadie.

Wren, sin embargo, estaba decidida a hablar con Theo Ngoni, y la oportunidad para hacerlo se le presentó unos cuantos días después del descubrimiento del atracadero. Boo-Boo había bajado a Brighton y Pennyroyal había abordado a Wren y Cynthia para que hicieran las veces de toalleros humanos mientras él se daba un chapuzoncito en la piscina. Por suerte, Theo también estaba de servicio, sosteniendo las gafas de bucear de repuesto del alcalde sobre una bandeja de plata. Mientras Pennyroyal sesteaba en el agua sobre su colchoneta hinchable, Wren se acercó furtivamente a su compañero de esclavitud y susurró:

—¡Hola!

El muchacho la miró por el rabillo del ojo, pero no dijo nada. Wren dudó qué hacer a continuación. Nunca antes había estado tan cerca de Theo. Era muy guapo y, aunque Wren era alta, Theo lo era aún más, cosa que la hizo sentir pequeña y tonta allí de pie, a su lado.

—Soy Wren —le dijo.

Él apartó la vista de nuevo y la clavó en los jardines y el mar azul, en una lejana neblina que a Wren le habían dicho que era África. Tal vez él también echara de menos su hogar.

—¿De allí vienes? —le preguntó.

Theo Ngoni negó con un movimiento de cabeza.

—Mi hogar está en Zagwa, una ciudad estática en las montañas, muy al sur.

—¿Ah, sí? —preguntó Wren, animándole a continuar—. ¿Es bonita?

El chico no añadió nada más.

—No sabía que la Tormenta Verde tuviera bases en África. El libro que el profesor Pennyroyal me prestó decía que las ciudades estáticas de África no eran partidarias de la guerra.

—Y no lo son. —Theo giró la cabeza hacia ella, pero su mirada era helada—. Me escapé de casa para viajar a Shan Guo y unirme a la división juvenil de la Tormenta. Creía que luchar contra las ciudades bárbaras y barrerlas de la faz de la tierra sería espectacular.

—¡Caramba, claro! —coincidió Wren—. Yo también soy antitraccionista, ¿sabes?

Theo se la quedó mirando.

—Creía que eras una muchacha perdida de ese lugar submarino.

—Ah, sí, y lo soy —se apresuró a contestar Wren, reprochándose mentalmente el haber olvidado su coartada—. Pero Grimsby no se movía, no era una ciudad ambulante, así que eso me convierte en una *mossie* de pura cepa. ¿Combatiste en muchas batallas?

—Solo en una —dijo Theo apartando la vista.

—¿Fuiste capturado en tu primera misión? Vaya, ¡qué mala suerte!

Wren intentaba demostrar empatía, pero estaba perdiendo rápidamente la paciencia con aquel muchacho callado y taciturno. Tal vez, todo lo que había oído sobre la Tormenta y sus soldados fuera cierto: que eran fundamentalistas a los que les habían lavado el cerebro. Aun así, estaba convencida de que él deseaba escapar de la Nube 9 tanto como ella y de que era improbable que la delatara a sus odiados traccionistas, así que decidió tentar a la suerte y contarle su plan.

Miró a su alrededor y vio que Pennyroyal estaba dormido. El resto de los esclavos también se habían adormilado o cuchicheaban entre sí en el extremo opuesto de la piscina, mientras que Cynthia, que era la que estaba más cerca de ellos, se miraba las uñas recién pintadas con una mueca de profunda concentración. Wren se acercó aún más a Theo y susurró:

—Conozco una manera de escapar.

Theo no dijo nada, pero se puso levemente tenso, algo que Wren interpretó como una buena señal.

—Sé dónde podemos conseguir una nave —continuó—. Cynthia Twite me ha contado que antes eras piloto.

Theo casi sonrió al escuchar aquello.

—Cynthia Twite es una mema que no entiende nada.

—Cierto. Pero si pudieras pilotar una nave…

—Yo no pilotaba naves. Pilotaba Acróbatas.

—¿Acróbatas? —preguntó Wren—. ¿Qué son? ¿Son como naves? O sea, quiero decir que si sabes lo básico…

Theo había vuelto a cerrarse en banda y tenía otra vez los ojos entrecerrados y clavados en algún lugar detrás de ella, en el horizonte.

—¡Venga, vamos! —susurró Wren con impaciencia—. ¿De verdad te gusta ser esclavo de Pennyroyal? ¿No quieres huir? Creía que te morías de ganas de volver con la Tormenta Verde…

—¡Jamás volveré con la Tormenta! —respondió bruscamente Theo, furioso. A punto estuvo de dejar caer las gafas consistoriales cuando se volvió para mirarla—. ¡Es mentira! Su gran guerra, lo del mundo reverdecido… Mi padre tenía razón: ¡es todo mentira!

—Ah —dijo Wren—. Bueno, y entonces ¿qué me dices de tu hogar? Tendrás ganas de volver a Zagwa…

Theo volvió a mirar hacia el horizonte, pero no era ni el mar ni el cielo ni la

lejana orilla lo que observaba. Incluso allí, a la lujosa luz de la Nube 9, alcanzaba a ver la última batalla a la desesperada que se había librado sobre el Rustwater. Los fogonazos de las armas, los cohetes y las naves en llamas destellaban sobre la superficie de los sinuosos canales que veía bajo sus pies a medida que descendía. Un suburbio atacado estaba enviando desesperadas llamadas de socorro a través de los pantanos y las exultantes voces de sus camaradas, que crepitaban en sus auriculares, gritaban mientras se precipitaban en picado al vacío: «¡El mundo reverdecido!» y «¡Muerte a la plataforma de tracción pangermánica!». Pensaba que aquellos serían los últimos sonidos que escucharía en su vida. Pero allí estaba, meses después y a medio mundo de distancia, aún vivo. Los dioses de la guerra le habían perdonado la vida para que pudiera estar al borde de una piscina hablando con aquella estúpida y flacucha chiquilla blanca que tan lista se creía.

—No puedo volver a casa —le dijo—. ¿No me estás escuchando? Desobedecí a mi padre. Me escapé. Nunca podré volver a casa.

Wren se encogió de hombros.

—De acuerdo, tú mismo —le dijo, y se alejó de él a grandes zancadas antes de que Pennyroyal se despertara y los descubriera hablando.

¡Se iba a enterar ese Theo Ngoni! Robaría el yate del alcalde sin ayuda y lo pilotaría sola de regreso a Vineland. Al fin y al cabo, no era más que una estúpida aeronave. ¿Qué dificultad podría haber?

* * *

El anochecer cayó sobre Brighton. En los paseos marítimos que bordeaban sus tres niveles había encendidas guirnaldas llenas de luces de colores. Las luces parpadeaban y giraban en las ferias y embarcaderos recreativos. Potentes focos brillaban en lo alto de cada una de las cabinas de la noria Pharos, instalada cerca de la popa de la ciudad con la función de ser tanto una atracción para los turistas como un faro para guiar en la noche a las naves que volaban hacia Brighton.

La ciudad estaba virando hacia el oeste. Pronto surcaría la delgada franja de mar que separaba África del Gran Territorio de Caza y navegaría orgullosa por el mar Medio. Los empresarios de Brighton esperaban recibir turistas en abundancia tan pronto echaran el ancla para el Festival de la Luna. Las noticias de la campaña contra los muchachos perdidos ya debían de haberse difundido por los Caminos de las Aves, y las lapas capturadas y expuestas en el acuario de Brighton añadirían una nota educativa a las habituales atracciones del Festiluna. De hecho, ya habían empezado a llegar turistas de algunas de las pequeñas poblaciones cuyas luces eran visibles desde la orilla.

Por encima del ir y venir de los globos, las sombras de la noche se derramaron sobre las arboledas de cipreses de la Nube 9 mientras los focos de colores teñían el

Pabellón de rosa y dorado. Unas cuantas aeronaves que habían salido de Brighton en viaje de recreo vespertino lo rodearon. Las voces amplificadas de los pilotos que indicaban los principales puntos de interés eran apenas audibles en la Nube 9, pero las nuevas medidas de seguridad les prohibían acercarse demasiado. Ningún turista se fijó en la ventanita abierta que había en una de las cúpulas del Pabellón, ni en el ave que salía volando de ella y cruzaba la maraña de cabos de amarre para unirse a la nube de gaviotas fantasmagóricamente suspendidas sobre la estela de la ciudad.

Aunque era blanca y planeaba como una gaviota, aquella ave no era una gaviota. Ya no, al menos. Su pico había sido sustituido por una cuchilla y en los orificios de su cráneo brillaban dos débiles luces verdes. Se elevó sobre las bandadas que volaban en círculos y se alejó hacia el crepúsculo cada vez más profundo.

Aleteó una y otra vez, infatigable, mientras los días y las noches salían por el este a su encuentro. Cruzó la cordillera italiana, destrozada por el paso de las ciudades, y vadeó las columnas de humo de los volcanes activos de Asia menor. Aterrizó en la base aérea que la Tormenta Verde tenía en las montañas Ziganastra para que la comandante de la base pudiera echar un vistazo a aquel pedacito de papel que el ave transportaba en una cavidad dentro de su pecho. Maldijo en voz baja cuando vio a quién iba dirigido el mensaje encriptado y ordenó a un somnoliento cirujano mecánico que recargara la batería de la gaviota.

El pájaro prosiguió su camino, atravesando a vuelo el manto de humo que cubría los pantanos Rustwater, donde los duelos de artillería retumbaban como tormentas otoñales. Un escuadrón de colosales ciudades-tracción se arrastraba hacia oriente, intentando huir de un contrataque de la Tormenta Verde. En los niveles inferiores, edificios enteros habían sido transformados en cañones. Los ferrocarriles sacaban proyectiles enormes y altamente explosivos de las entrañas de la ciudad, y los cañones los propulsaban hacia la pantanosa periferia, que estaba infestada de stalkers y unidades de misiles móviles. Zarandeada por las aeronaves que pasaban junto a ella y por las ráfagas antiaéreas, esponjosas como el vilano de un cardo, la gaviota dejó que la estela de la ciudad que iba a la cabeza la impulsara un poco hacia el este y, después, se alzó sobre la batalla y aleteó, siempre hacia delante, hacia las blancas montañas que se erigían en la orilla del mundo.

La temperatura del cielo descendió y el terreno se elevó. La gaviota sobrevoló zonas de alto y blanco silencio y regiones donde el avance de las tropas de la Tormenta otorgaba a las montañas el aspecto de bulliciosos y ajetreados hormigueros. Finalmente, una noche de nieve cuajada de estrellas, tras una semana desde que saliera de Brighton, aterrizó en el alféizar de una ventana de la pagoda de Jade y llamó con el pico al cristal escarchado.

La ventana se abrió. La stalker Fang tomó delicadamente la gaviota entre sus manos de acero y le abrió el pecho. El mensaje que extrajo lo había escrito alguien que se hacía llamar Agente 28. El resplandor de sus verdes ojos se intensificó levemente. Rompió el mensaje en pedacitos e hizo llamar al general Naga,

comandante de su legión aérea de élite.

—Prepara una unidad de asalto y dispón mi nave para la batalla —le ordenó—. Partimos hacia Brighton al amanecer.

# 22

## Asesinato en la Nube 9

Finales de octubre. Wren pensó que en Vineland, debido a la escarcha, la hierba estaría blanca y tiesa hasta media mañana, que la niebla cubriría el lago y que, tal vez, las primeras nieves ya habrían empezado a caer. Sin embargo, allí, en el mar Medio, la temperatura seguía siendo cálida, como de mediados de verano, y las únicas nubes que surcaban el cielo eran pequeñas, blancas y esponjosas. Parecía que estuvieran puestas allí como decoración.

Brighton había pasado varias semanas navegando a ritmo lento y constante por las costas sureñas del Territorio de Caza. Ahora que se acercaba el Festival de la Luna, había puesto rumbo al sur, al lugar donde tenía programado anclar para celebrar el evento. Boo-Boo se acercó con sus sirvientas a uno de los miradores situados al borde de la Nube 9 en cuanto hubo tierra a la vista.

—¡Mirad, chicas, mirad! —gritó alegremente, señalando la costa con un teatral barrido de la mano—. ¡África!

Wren estaba de pie junto a la alcaldesa y sostenía una enorme sombrilla. Intentó parecer impresionada, pero le costó bastante. Lo único que alcanzaba a ver era una línea de rojizos acantilados que se elevaba sobre un paisaje color galleta, con un par de grandes montañas de crestas serradas perdidas en la neblina que había más allá. Por lo que su padre y la señorita Freya le habían contado, Wren sabía que África había sido tanto la cuna de la humanidad como su refugio durante los siglos de oscuridad que sucedieron a la Guerra de los Sesenta Minutos. Sin embargo, las civilizaciones que antiguamente habían prosperado en sus costas no habían dejado rastro alguno de su presencia y, si lo habían hecho, hacía mucho que habían sido saqueadas por los hambrientos poblados basureros.

Uno de aquellos poblados potencialmente culpables del saqueo se hizo visible poco después. Era una población pequeña, de tres niveles, que rodaba sobre unas anchas ruedas dentadas con forma de barril y levantaba tras ella una nube de polvo rojizo que ondeaba al viento como una capa. Wren le dedicó un vistazo, sin prestarle demasiado interés. Era extraño recordar cómo, dos semanas atrás, había abandonado su puesto en mitad del ritual del peinado de la señora Pennyroyal para ir corriendo a observar con asombro cómo un pueblecito bajaba rodando por la costa. Desde entonces había visto tantos poblados (y ciudades pequeñas, incluso) que le parecían algo bastante normal, y no las cosas fabulosas que había imaginado que eran cuando vivía en Vineland.

Y entonces volvió a mirar y se sintió tan estúpida como lo hizo aquel día, ya

lejano, cuando vio Brighton por primera vez a través del periscopio de la Autólico y la confundió con una isla. Aquellas cosas que había identificado como montañas lejanas no estaban lejos en absoluto, ni tampoco eran montañas. Eran ciudades-tracción tan grandes que, sencillamente, su cerebro no había procesado lo que sus ojos le mostraban la primera vez que las había visto. Las ciudades avanzaban pesadamente hacia el mar a través del polvo y el humo de los tubos de escape. Wren vio que cada una de ellas tenía nueve niveles plagados de chimeneas y pináculos.

—La de la izquierda es Kom Ombo —le dijo la alcaldesa a las muchachas—. La otra es Bengasi. El alcalde Pennyroyal se ha comprometido a encontrarse con ellas aquí para que sus habitantes puedan probar las delicias de Brighton durante este Festival de la Luna. Han estado cazando ciudades de arena en las profundidades del desierto, las pobres, así que os imaginaréis que estarán deseando disfrutar de una buena comida, entretenimiento de calidad y un refrescante chapuzón en la Piscina Marítima.

A primera vista, aquellas ciudades cada vez más próximas le parecieron a Wren idénticas a las imágenes que recordaba del ejemplar de la *Guía de darwinismo municipal para niños* que tenía, con todas las páginas dobladas, en Anchorage. Aquellas ciudades estaban acorazadas, con los edificios que quedaban expuestos en los bordes exteriores de cada nivel protegidos por planchas de acero y un escudo anticohetes. Además, el terreno que rodeaba sus colosales orugas tractoras estaba salpicado de pequeños y escurridizos poblados, suburbios y aldeas-tracción. Las ciudades no parecían tener intención de devorarlos.

—El Festival de la Luna es un periodo sagrado —dijo la alcaldesa cuando Wren se lo mencionó—. Es un momento en el que, respetando la tradición, ninguna ciudad caza ni se come a otra.

—Ah —dijo Wren sintiéndose un poco decepcionada, porque habría sido emocionante ser testigo de una buena persecución urbanística a la vieja usanza.

—Naturalmente, hoy en día —continuó Boo-Boo—, ahora que estamos en guerra y las presas escasean, no todos los alcaldes respetan la tradición, pero si alguna de esas ciudades intenta comerse a otra, la señorita Twombley y sus amigos se ocuparán de ellos. Ya va siendo hora de que esa mujerzuela de las alturas demuestre ser de alguna utilidad.

En ese preciso instante, los Hurones Voladores surcaron el firmamento a toda velocidad en dirección a las ciudades, dando vueltas en círculos y sobre sí mismos y lanzando coloridos cohetes para demostrar que darían buena cuenta de cualquier depredador que amenazara con romper el ayuno del Festival de la Luna. Uno de ellos se separó del grupo y, con una estela de humo lila, dejó escrito en el cielo: «BIENVENIDOS A BRIGHTON». Cuando el tronido de sus motores se fue desvaneciendo por el desierto, Wren escuchó el chirrido de unas pesadas cadenas que descendían desde Brighton. La ciudad estaba echando el ancla.

—¡Tengo el presentimiento de que este Festiluna va a ser espectacular! —dijo

alegremente la señora Pennyroyal mientras, a su alrededor, las muchachitas dejaban escapar *ooohs* y *aaahs* y aplaudían el arrojo de los aviadores—. Ahora, venid: quiero que os saquen una fotografía a todas juntas con vuestros vestidos para el baile consistorial.

Se dio media vuelta hacia el Pabellón y Wren, después de mirar una última vez hacia las imponentes ciudades, se apresuró a seguirla. El resto de las chicas estaban demasiado ocupadas hablando del baile del día siguiente y los atractivos trajes que vestirían los esclavos domésticos. Al escuchar su animada cháchara, Wren se dio cuenta de que casi iba a darle pena perderse toda la diversión. Pero tendría que hacerlo. Aquella noche, mientras la casa y su personal dormían, Wren pretendía entrar a hurtadillas en el atracadero y robar el Avefría. Cuando la luna sagrada se alzara en el cielo, ella estaría muy muy lejos de Brighton.

* * *

El Pabellón repicaba y reverberaba con el sonido de los preparativos del baile del Festiluna. En el salón de baile, bajo la cúpula central, los pintores y los costureros encargados de acomodar las cortinas se afanaban en su trabajo mientras los electricistas recubrían los techos con cientos de lucecitas. Las cajas de vino y las cestas llenas de comida llegaron chirriando en el teleférico desde Brighton, mientras las milicias hacían la instrucción en los jardines del Pabellón.

A Pennyroyal todo aquello le estaba costando una verdadera fortuna, y eso le parecía bastante injusto. Los habitantes de Brighton esperaban, por supuesto, que su alcalde organizara un buen espectáculo para el Festival de la Luna, pero se le antojaba un poco caradura que esperaran que él sufragara todos los gastos de su propio bolsillo. Por eso no sintió ni el más mínimo pinchacito de culpabilidad cuando invitó a Walter Plovery a la cena informal que ofrecía aquella noche. Entre el postre y el café, mientras el resto de invitados comentaban sus planes para el Festiluna y hablaban de los últimos escándalos del Barrio de los Artistas, Pennyroyal se llevó consigo al anticuario para que admirara algunas de las valiosas antigüedades de la colección del Pabellón. Ambos hombres recorrieron juntos sala tras sala admirando cerebros de stalkers y rejillas de coches, fragmentos de placas de circuitos (intrincados como bordados de encaje), latas de refresco aplastadas y armaduras antiguas. Tomaron nota de las piezas por las que Plovery podría conseguir una suculenta suma de algunos coleccionistas que conocía en Bengasi y que —Pennyroyal estaba convencido de ello— nadie echaría en falta.

Durante el café, el señor Plovery calculó mentalmente la comisión que se llevaría por todas aquellas ventas y descubrió que le iría mucho mejor que bien. Saciado con la comida de Pennyroyal y cautivado por el ingenio y la sofisticación de los demás invitados a la cena, el anticuario se arrepintió de haber llegado a aquel trato por el

Libro de Hojalata con Shkin. No obstante, el señor Shkin le había prometido una gran suma de dinero y Plovery, que tenía a su madre internada en una cara residencia de ancianos en Rocanegra, necesitaba todo el dinero del que pudiera disponer. Cuando terminó la velada y el resto de invitados regresó, en medio de un gran barullo, al teleférico, él dio media vuelta y se escondió en una de las galerías del Pabellón.

* * *

La brisa nocturna hizo tiritar a Wren, vestida con su camisón de lamé plateado, en cuanto salió por la puerta de servicio al frío del jardín. Alcanzaba a escuchar el mar, distante a sus pies; el viento, que susurraba entre los aparejos; y a alguien que balbucía una canción empapada de alcohol abajo, en las calles de Brighton. Aferrando con fuerza la bolsa de comida que había robado de las cocinas, corrió por el jardín húmedo hacia el atracadero y las luces del aeródromo de los Hurones Voladores.

Las puertas del atracadero nunca estaban cerradas con llave. A pesar de su enorme tamaño, resultó bastante fácil moverlas, ya que eran corredizas y rodaron sobre unos rieles perfectamente engrasados en cuanto Wren apoyó su peso contra ellas. La pulida cubierta del Avefría resplandeció dentro del hangar cuando Wren se acercó a hurtadillas al yate. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración (lo que, en realidad, era una estupidez porque allí no había nadie). En el aeródromo, un gramófono reproducía una canción muy popular. Wren estiró el brazo para abrir la puerta de la góndola, que tampoco estaba cerrada con llave. Trepó al interior y usó la lamparita eléctrica que le había sisado al conserje del pabellón para inspeccionar los diales en los cromados paneles de instrumentos, tratando de recordar los diagramas de un libro que había consultado en la biblioteca del Pabellón: *Aviación práctica con y sin ánimo de lucro*.

Las células de gas estaban llenas, tal y como Cynthia le había dicho. El indicador de combustible seguía señalando que el depósito estaba vacío, pero a Wren se le había ocurrido una manera de solucionar aquello. Se quitó el camisón y lo escondió tras el panel de instrumentos. Debajo vestía su ropa de diario. Dedicó una fugaz oración a los dioses de Vineland y luego salió de la aeronave, cruzó a buen paso la plataforma que había frente al atracadero y atravesó la arboleda que llevaba hacia la base de los Hurones.

En un viejo cenador incautado por la fuerza aérea mercenaria, Orla Twombley y unos cuantos de sus aviadores jugaban a las cartas. Cuando Wren apareció llamando a su puerta, alzaron la vista de los naipes con suspicacia.

—¿Quién hay ahí?

—Parece una de las chicas de Boo-Boo.

La aviadora se incorporó perezosamente y abrió la puerta.

—¿Y bien?

—Vengo con un mensaje de la señora Pennyroyal —dijo Wren.

Se le quebró levemente la voz al decirlo, pero la aviadora no dio muestras de haberse percatado. Parecía preocupada. Tal vez pensara que Boo-Boo había enviado a Wren a reprenderla por coquetear con el alcalde. Wren empezó a sentirse más segura de sí misma.

—La señora Pennyroyal desea que carguen de combustible el depósito del Avefría inmediatamente —explicó—. Mañana por la mañana tiene la intención de cruzar a Bengasi, muy temprano, para encontrar buenas gangas en el bazar. Quiere saber si vuestro personal de tierra podría hacerle el favor.

Orla Twombley frunció el ceño.

—¿Y por qué nuestro personal? ¿No deberían los empleados del alcalde ocuparse de recargar los depósitos de gas?

—Sí —dijo Wren—. Se supone que su señoría debería de haberlo solicitado esta tarde, pero olvidó hacerlo y ya no están de servicio. Así que, si no le importa pedírselo a su personal, la señora Pennyroyal se lo agradecería infinitamente.

La aviadora lo pensó durante un momento. No quería hacer enfadar a la alcaldesa. Boo-Boo tenía familiares influyentes que podrían obligar a Pennyroyal a prescindir de los Hurones Voladores y contratar a cualquier otra fuerza aérea autónoma para sustituirla. Orla Twombley sabía, sin lugar a dudas, que los Ángeles de la Chatarrería y el Circo Volador de Richard D'Astardley estaban al acecho, intentando hacerse con el contrato de Brighton.

Asintió y se dirigió a sus hombres.

—¿Algy? ¿Ginger? Ya habéis oído lo que ha dicho la jovencita…

A regañadientes, pero diligentemente, los dos aviadores dejaron sus naipes y sus tazas de chocolate en la mesa y se adentraron en la noche con Wren, murmurando algo sobre el desperdicio de buen combustible que suponía todo aquello y preguntándose por qué la gente seguía usando dirigibles cuando las naves que pesaban más que el aire eran el futuro. Wren los siguió a cierta distancia y observó cómo sacaban las mangueras de combustible de los enormes tanques que había tras la pista de aterrizaje y las conectaban a las boquillas de la base del Avefría.

—Tardará unos diez minutos largos —dijo uno de los hombres dirigiéndose a Wren con un guiño amistoso—. No hace falta que estés aquí fuera pasando frío, chiquilla.

Wren le dio las gracias y volvió corriendo al Pabellón. Diez minutos era tiempo suficiente para ir a buscar a Cynthia.

Desde el principio, tenía decidido que no iba a informar a Cynthia de su plan. Cynthia era demasiado risueña y olvidadiza como para guardar un secreto y, probablemente, se lo habría acabado contando todo a la señora Pennyroyal. Sin embargo, Wren no pensaba dejar atrás a su amiga. Mientras recargaban el Avefría de combustible, entraría a hurtadillas en el dormitorio de las chicas, despertaría a

Cynthia lo más sigilosamente que pudiera y la llevaría al atracadero con ella. Cuando llegaran allí, el yate estaría listo para despegar.

* * *

El señor Plovery usó una novedosa ganzúa que los empleados de Shkin les habían requisado a los muchachos perdidos para abrir la puerta del despacho privado del alcalde. El despacho se encontraba en una de las habitaciones de la torre y tenía largas ventanas que llegaban hasta el alto techo en penumbra. Las contraventanas estaban abiertas y la luna brillaba intensamente en el interior, revelando a ojos del anticuario el atestado escritorio de Pennyroyal y el cuadro de Walmart Strange tras el que quedaba oculta su caja fuerte.

Mientras atravesaba la estancia, Plovery detectó un movimiento por encima de su cabeza, en el techo abovedado, y tuvo la extraña sensación de que estaba siendo observado. Se quedó petrificado por el pánico. ¿Y si Pennyroyal se había hecho con una de aquellas cámaras cangrejo y la estaba usando para vigilar su caja fuerte?

Estuvo a punto de desistir y huir, pero el recuerdo de su madre lo detuvo. Con el dinero que Shkin le había prometido por el Libro de Hojalata podría trasladar a su madre a una de las *suites* de lujo del piso más alto de la residencia, con vistas a los parques de la popa de la ciudad. Se obligó a mantener la calma. Pennyroyal no era tan avispado como para instalar un cangrejo de vigilancia. Y si lo fuera, sin duda habría alardeado de ello con los invitados a su cena.

Plovery descolgó el cuadro de la pared y lo apoyó con cuidado contra la silla de Pennyroyal. La puerta circular de la caja fuerte le salió al frente. Extendió la mano para alcanzar la ruedecilla y la giró a la derecha, luego a la izquierda y, después, a la derecha de nuevo. En sus anteriores visitas al Pabellón había visto a menudo cómo Pennyroyal abría la caja fuerte y había deducido la combinación escuchando el número de clics que hacía la ruedecilla. Dos, dos, cero, nueve, nueve, cinco, siete… Siguió la secuencia sosegada y minuciosamente y la pesada puerta se abrió.

En el interior de la caja había un pequeño estuche de cuero. Dentro del estuche estaba el Libro de Hojalata de Anchorage. Plovery lo extrajo y lo sostuvo con respeto, porque los objetos antiguos eran tanto su pasión como su manera de ganarse la vida. Consideraba que había algo hermoso en el modo en que la artesanía humana podía sobrevivir a sus creadores durante tantos tantos años.

Cuando extendió el brazo para cerrar la caja detectó un movimiento a sus espaldas. Se dio media vuelta y…

* * *

Wren ya había recorrido la mitad del trayecto hasta el dormitorio cuando escuchó el espantoso y entrecortado grito. Chilló y se quedó petrificada antes de acertar a esconderse detrás de una estatua que había cerca de allí. El alarido cesó con una especie de ruido gorgoteante. Sus ecos se diluyeron hasta convertirse en silencio y entonces el Pabellón empezó a llenarse de ruidos de puertas que se abrían y gente que se gritaba entre sí. Las luces se encendieron. Wren miró por la ventana que había tras ella y vio que la luz inundaba también los jardines: las grandes luces de seguridad se encendieron y los guardias corrieron hacia ellas sosteniendo lámparas de mano que se bamboleaban con la carrera.

«Ya está —pensó—, ahora ya no puedo escapar», y le avergonzó estar compadeciéndose de sí misma cuando, en realidad, debería estar preocupada por quien fuera que hubiera emitido aquel terrible chillido.

Salió de su escondite y corrió al dormitorio común. A mitad de camino, dobló una esquina y se chocó con Theo Ngoni, que venía de las cocinas por un pasillo lateral.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He oído gritar a alguien… —dijo.

—Yo también.

—La casa entera ha escuchado gritar a alguien, queridos. —La señora Pennyroyal corría hacia ellos enfundada en su vaporoso camisón, que ondeaba como una vela con el viento en popa. Wren se apartó de Theo de un salto, preguntándose si los castigaría por hablar el uno con el otro, pero la alcaldesa los miró con ternura y les dijo—: Parecía proceder del ala de la casa de mi marido. Vayamos a ver qué ha pasado.

Wren y Theo siguieron obedientemente sus pasos mientras se dirigía al ala de la casa situada a babor. Wren pensó para sí que había sido el tipo de grito del que se huía, no al que se acudía para investigar, pero la señora Pennyroyal parecía decidida a descubrir el origen de aquel escándalo. Tal vez albergara la secreta esperanza de que su marido se hubiera escaldado con una botella de agua caliente o se hubiera caído por el balcón y no quisiera perder una buena ocasión de regodearse.

Subieron por las escaleras en espiral que había tras el salón de baile y cruzaron la puerta que precedía a la escalerilla de acceso a la sala de control de la Nube 9. Estaba abierta y llena de tripulantes de aspecto preocupado que miraban afuera. En el despacho del alcalde, las luces estaban encendidas y, cuando se acercaron, Wren escuchó la voz de Pennyroyal, estridente y temblorosa a causa de la preocupación, mientras decía:

—¡Pero el intruso podría seguir aún en libertad!

Los esclavos y la milicia se apiñaban alrededor de la puerta abierta, pero se apartaron con actitud respetuosa cuando la señora alcaldesa se aproximó a ellos.

Pennyroyal estaba de pie tras su escritorio, junto a dos agentes de su guardia personal. Alzó la vista cuando su esposa y sus acompañantes entraron en el despacho.

—¡Boo-Boo! No mires…

Boo-Boo miró, y tuvo que reprimir un grito. Wren también miró y deseó no

haberlo hecho. Theo miró, y parecía bastante poco afectado, pero él había estado en una batalla y probablemente ya hubiera visto cosas así.

Walter Plovery yacía en el suelo bajo la caja fuerte abierta. Tenía entre las manos el Libro de Hojalata de Anchorage y, por la forma en que este le ocultaba parte del rostro, Wren supuso que probablemente lo hubiera usado para intentar protegerse. No le había servido de mucho. Algo afilado había penetrado la pechera de su traje de gala y había llegado a su corazón. Forzosamente, el aroma de la sangre le recordó a Wren su última noche en Anchorage y las muertes de Gargle y Remora.

—Debe de haber sido un cuchillo —decía, no demasiado convencido, uno de los oficiales de la milicia—. O tal vez una lanza.

—¿Una lanza? —gritó Pennyroyal—. ¿En mi Pabellón? ¿La víspera del Festiluna?

Los oficiales intercambiaron miraditas inciertas. Como la mayor parte de los soldados de Brighton, se habían alistado fundamentalmente por los uniformes: favorecedores modelitos escarlata con entretelas rosas y un montón de borlas doradas. Nunca habían esperado tener que lidiar ni con cadáveres ni con intrusos misteriosos, y ahora que se les presentaba aquella situación, ambos se sentían ligeramente indispuestos.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó uno.

—No parece que haya forzado ninguna puerta —coincidió el otro.

—Bueno, supongo que habrá cogido la llave de emergencia que guardo en el jarrón, ahí fuera —dijo Pennyroyal—. Siempre tengo una llave ahí; Plovery lo sabe. O, más bien, lo sabía.

Los oficiales se quedaron mirando el cuerpo que tenían a sus pies mientras sus dedos nerviosos jugueteaban con las empuñaduras de las espadas ornamentales.

—A mí me da la sensación de que estaba intentando saquear la caja fuerte de su señoría —decidió el primero.

—Sí. ¿Qué es lo que tiene en la mano? —dijo el segundo.

—¡Nada! —Pennyroyal arrancó el Libro de Hojalata de las manos del difunto, lo metió de nuevo en la caja fuerte y cerró la puerta—. Nada de valor. Y, de todas maneras, no está aquí: no lo habéis visto.

En las escaleras se escuchó un estruendo de botas forradas de vellón, y Orla Twombley irrumpió en la estancia seguida de media docena de hurones voladores, todos con las espadas desenvainadas. La aviadora apuntó a Wren con la suya.

—¡Esa es la chica!

—¿Qué? Es decir… —Pennyroyal se dio media vuelta para mirar a Wren.

—Vino a pedirle a mis muchachos que preparasen su yate volador —explicó Orla Twombley, dando un paso amenazador hacia Wren, como si considerase que lo más seguro era ejecutar a la niña allí mismo—. Ha venido contándonos una patraña, no sé qué de que la alcaldesa quería recargar el viejo tanque de combustible para poder ir de compras a Bengasi…

—¡Tonterías! —exclamó Pennyroyal agitadamente—. ¡La muchacha estaba preparando su huida! El que nace ladrón, ladrón muere, ¿eh?

«¡Ay, dioses!», pensó Wren. Nunca habría podido imaginar que su meticuloso plan pudiera torcerse de aquella manera. ¿Qué le harían? Devolvérsela a Shkin, probablemente, y exigir un reembolso…

Todo el mundo hablaba agitadamente, pero la voz de Pennyroyal se impuso sobre todas las demás.

—Plovery debió de reclutarla para que me robara y, a cambio, ella le ha asesinado para quedarse con el botín. ¡Y sin duda este demonio *mossie* estaba conchabado con ella! —añadió, señalando a Theo—. Bien hecho, Orla, mi ángel. Sin tu rapidez mental habrían huido a bordo del Avefría con, esto…, el contenido de mi caja fuerte.

—¡Tonterías! —replicó Boo-Boo, con una voz que consiguió que todos guardaran silencio y se volvieran a mirarla con gesto nervioso. Se había erguido cuan larga era y se había puesto del color del que se ponen las alcaldesas cuando oyen que sus maridos se refieren a una atractiva aviadora como «mi ángel» delante de su cara. Rodeó a Wren con el brazo—. Lo que Wren le ha pedido a la señorita Twombley es completamente cierto. En efecto, yo solicité que cargaran de combustible el Avefría. Tenía planeado ir de compras a Bengasi mañana temprano, aunque ahora ya no creo que vaya a estar de humor. De cualquier manera, tanto Wren como Theo estaban conmigo cuando el pobre Plovery gritó: no es posible que ninguno de los dos haya cometido este horrible crimen.

Wren y Theo se la quedaron mirando, estupefactos, cuando comprendieron que Boo-Boo estaba dispuesta a mentir para protegerlos.

—Pero, si no han sido ellos… —preguntó Pennyroyal—, entonces, ¿quién?

—Eso no me corresponde a mí averiguarlo —dijo Boo-Boo con altanería—. Regreso a mis dependencias. Por favor, buscad a vuestro asesino en silencio. Ven, Wren; ven, Theo. Mañana nos espera un día muy ajetreado.

Se dio media vuelta y salió de la habitación dando grandes zancadas y dejando atrás a los humillados aviadores. Wren le hizo una reverencia a Pennyroyal y corrió detrás de Theo y su ama.

—Señora Pennyroyal —susurró cuando hubieron llegado al pie de las escaleras —, gracias.

Boo-Boo hizo como si no la hubiera escuchado.

—¡Qué asunto tan espantoso! —dijo—. Pobre, pobre hombre. Estoy segura de que la culpa de todo esto es de mi marido.

—¿Cree que lo mató el alcalde? —preguntó Theo.

Lo dijo como si no diera crédito a aquella idea, pero Wren sabía que el profesor Pennyroyal era perfectamente capaz de asesinar a alguien si le convenía. ¡Solo había que recordar la forma en que había engañado a su padre! Ahora entendía cómo había conseguido engatusar a todo el mundo en Anchorage durante tanto tiempo: a todas luces, era un excelente actor. Qué asombrado parecía, allí, de pie frente al cadáver de

Plovery…

—¡Vieja Tecnología! —suspiró Boo-Boo—. No trae más que problemas. Ah, no digo que Pennyroyal haya empuñado la cuchilla letal con sus propias manos, pero no me extrañaría que hubiera colocado alguna trampa escondida para proteger su caja fuerte. No se detiene ante nada con tal de proteger ese ridículo Libro de Hojalata. ¿Qué tiene que lo haga tan especial, de todos modos? ¿Tú lo sabes, niña?

Wren negó con una sacudida de cabeza. Lo único que sabía era que el Libro de Hojalata era el culpable de otra muerte más. Deseó no haber sacado nunca aquel horripilante artilugio de la librería de la señorita Freya.

Frente a las puertas de su dormitorio, Boo-Boo dispensó al guardia y se volvió hacia Wren y Theo. Se quedó mirándolos a ambos con una sonrisa triste y tomó las manos de Wren entre las suyas.

—Mis queridos niños —les dijo—, lamento mucho que vuestro intento de fuga haya fracasado. Tengo la certeza de que eso era lo que estabais haciendo, ¿verdad, Wren? ¿Llenando de combustible el yate de mi marido para que Theo y tú pudierais huir juntos?

—Yo… —replicó Theo.

—¡Theo no ha tenido nada que ver! —protestó Wren—. Me he encontrado con él en el pasillo. Los dos íbamos a ver lo que había pasado…

La señora Pennyroyal levantó una mano: no quería saber nada de todo aquello. Había puesto todo de su parte para evitar que algo así sucediera, pero, ahora que estaba hecho, le parecía que aquello era de lo más romántico y emocionante.

—No es necesario que me ocultéis la verdad —dijo, y las lágrimas afloraron a sus ojos—. Espero que me consideréis vuestra amiga, además de vuestra ama. En cuanto os vi juntos, vuestro romántico encuentro frustrado por el grito agónico de ese infeliz, lo comprendí todo. Cómo desearía haber conocido una pasión tan ardiente como la vuestra, en lugar de tener que casarme con Pennyroyal para complacer a mi familia…

—Pero…

—¡Ah, pero el vuestro es un amor prohibido! Me recordáis al príncipe Osmiroid y a la hermosa esclava Mispie, de la maravillosa ópera *Mala hierba apisonada*. Pero debéis ser pacientes, queridos míos. ¿Qué esperanza de ser felices os queda si escapáis? Esclavos fugados, sin blanca y lejos de su hogar, perseguidos a cada paso por cazarrecompensas. No, debéis permanecer aquí un tiempo y citaros únicamente en secreto. Ahora que sé lo mucho que anheláis marcharos, haré todo lo que esté en mi poder para persuadir a Pennyroyal de que os conceda la libertad.

Wren se dio cuenta de que se había sonrojado. ¿Cómo podía creer alguien que estuviera enamorada de Theo Ngoni, precisamente? Le miró y le molestó darse cuenta de que él también parecía avergonzado, como si solo pensar que pudiera estar enamorado de Wren fuera algo ridículo.

—Paciencia, mis tortolitos —continuó la alcaldesa, y les dio a cada uno un beso en la frente. Sonrió y abrió la puerta de su dormitorio—. Ah, por cierto —murmuró

—, ni una palabra a nadie sobre el pobre señor Plovery. No permitiré que este terrible acontecimiento ensombrezca nuestras celebraciones del Festiluna…

# 23

## ¡Brilla, brinda, Brighton!

¡Festiluna! Cuando salió el sol, un expectante alboroto se elevó desde la ciudad-balsa. Los actores y artistas, que no solían desperezarse antes del mediodía, salieron de la cama de un salto en cuanto oyeron el graznido de las gaviotas y empezaron a dar los toques finales a los adornos y las carrozas de carnaval. Mientras, los tenderos levantaron las persianas de sus negocios y recogieron las cortinas con alborozo, soñando con batir el récord de ingresos. Brighton no era una ciudad religiosa y la mayoría de sus habitantes opinaban que la religión era, siendo bien pensados, un bonito cuento y, siendo mal pensados, un mero engañabobos. La salida de la primera luna llena del otoño, que en otras ciudades era una noche solemne y sagrada, para ellos significaba una sola cosa: ¡era la hora de la fiesta!

En realidad, en Brighton casi siempre era la hora de la fiesta. Cuando Wren llegó a la ciudad, el Festival Estival, una celebración de seis semanas en honor de los dioses del verano, ya se diluía en un montón de espectáculos de fuegos artificiales y desfiles de disfraces. Desde entonces, se habían celebrado el Festival del Gran Sombrero, la Bienal de Escultura en Queso, el Festival de Obras de Teatro Sin Audiencia, la Semana de Poskitt y el Día del Acoso a los Mimos (durante el cual, los brightonianos tenían permitido vengarse de las hordas de molestos artistas callejeros).

Sin embargo, el Festiluna ocupaba un lugar especial en los corazones y las billeteras de los brightonianos, y la creciente aglomeración de poblaciones en la costa parecía prometer una próspera cosecha de visitantes. Incluso el editor del *Palimpsesto*, al que en circunstancias normales le habría encantado escribir sobre la misteriosa muerte de la noche anterior en la Nube 9, relegó la historia a una insignificante columna en la página cuatro y llenó la primera plana con noticias sobre el festival.

**LAS MAYORES BELDADES DE BOO-BOO BENEFICIAN A BRIGHTON**

Su señoría Boo-Boo Pennyroyal, alcaldesa de Brighton, predijo ayer que las celebraciones del Festiluna de este año serán las mejores que la ciudad haya conocido en toda su historia. La señora Pennyroyal (39) —retratada a la izquierda, posando para el fotógrafo del *Palimpsesto*, con una camarilla

de sus más hermosas sirvientas— será la anfitriona de los asistentes más adinerados del mar Medio en el día de hoy, cuando el Pabellón abra sus puertas y salones para la celebración del Baile Consistorial.

«Las personalidades más influyentes se encuentran ahora mismo de camino a Brighton —declaró la señora Pennyroyal—. ¿Qué mejor lugar para celebrar el Festival de la Luna que esta blanca ciudad que flota en un mar celeste?».

Desde luego, Brighton no era en absoluto una ciudad blanca flotando en un mar celeste. Ese era solamente el aspecto que tenía desde las plataformas de observación de la Nube 9. Vista desde abajo, desde el nivel de cubierta, Brighton era una ciudad más bien blancuzca, de azoteas manchadas por excrementos de gaviotas y calles pegajosas llenas de aperitivos y chucherías abandonados a medio comer, que flotaba sobre una aceitosa mancha de sus propios desperdicios y desechos marinos. No obstante, el clima no podía ser más perfecto: una suave brisa costera transportaba a los taxis aéreos sobre Bengasi y Kom Ombo y refrescaba a sus pasajeros durante el viaje de regreso; el ardiente sol calentaba el pavimento metálico y hacía emanar complejos aromas de los charcos de mugre y vómito que los últimos juerguistas de la noche habían dejado a su paso. A medida que iba transcurriendo el día, la ciudad se hundía cada vez más en el agua, sobrecargada por las hordas de visitantes que abarrotaban sus calles y playas artificiales y chillaban y chapoteaban en los bordillos de la Piscina Marítima. A media tarde, todas las papeleras estaban desbordadas y las gaviotas se disputaban los restos rapiñados de carne y hojaldre, planeando a poca altura sobre las cabezas que hacían largas colas bajo la noria Pharos y frente a la entrada del acuario de Brighton.

Tom Natsworthy, que aguardaba en la fila de los vacacionistas, se agachó cuando otra chillona gaviota pasó planeando. Desde que se había enfrentado a los stalkers voladores de la Tormenta Verde en la Percha de los Bribones, las aves grandes le crispaban los nervios. Sin embargo, aquellas gaviotas glotonas eran, en realidad, la menor de sus preocupaciones. Estaba seguro de que los empleados uniformados del acuario se darían cuenta, solo con mirarle, de que no hacía ni una hora que había abordado Brighton por un agujero que la Gusano de Hélice había perforado en el casco de la ciudad. Estaba preparado para que lo sacaran de la fila en cualquier momento y lo denunciaran públicamente como intruso y polizón.

* * *

La Gusano de Hélice había alcanzado Brighton aquella misma mañana. Tom se

había aproximado lentamente, temeroso de activar la Vieja Tecnología que Brighton había empleado para atrapar a los muchachos perdidos. Aparentemente, sin embargo, la ciudad había desactivado sus sensores ahora que su excursión de pesca había concluido. Aun así, Hester y él apenas se atrevieron a respirar mientras los cepos magnéticos se sujetaban y la taladradora que la lapa tenía incorporada perforaba escandalosamente las planchas de cubierta del complejo turístico.

Tom había querido usar las cámaras cangrejo para rastrear indicios de la presencia de Wren, pero Hester discrepó.

—No somos muchachos perdidos —le hizo ver—. Necesitaríamos un montón de conocimientos que no tenemos para guiar una de esas cosas por las cañerías de Brighton. Podrían pasar semanas antes de que localizáramos a Wren. Iremos en persona. Deberíamos poder encontrar alguna pista de todas esas lapas que han capturado y subido a bordo.

Hester estaba en lo cierto. Cuando salieron de la Gusano por un corredor desierto tras el distrito de motores de Brighton, lo primero que vieron, prácticamente, fue un cartel pegado a un conducto de escape. Mostraba una lapa rodeada de muchachos salvajes y la leyenda: «¡Piratas parásitos del Atlántico! Artefactos y prisioneros capturados de la guarida submarina de ladrones de Grimsby durante la expedición más reciente de Brighton. Actualmente en exhibición en el Acuario de Brighton, en los números 11 a 17 de Burchill Square».

—¡Prisioneros! —dijo Tom—. Puede que Wren esté ahí. Allí es adónde tenemos que ir…

Hester, lectora mucho menos resuelta que su marido, todavía iba por la mitad del texto.

—¿Qué es un acuario?

—Un sitio para peces. Una especie de zoo o de museo.

Hester asintió.

—Los museos son tu especialidad. Ve tú a echar un vistazo. Yo iré a investigar por el puerto aéreo. Tal vez allí escuche alguna noticia sobre Wren. También quiero ver si puedo encontrar una aeronave: no me gusta la idea de tener que volver a casa en esa vieja y apestosa lapa.

—No deberíamos separarnos —dijo Tom.

—Solo será durante un rato —replicó Hester—. Será lo más rápido.

Por supuesto, no era más que una excusa. Lo cierto era que el tiempo que había pasado recluida bajo las olas en compañía de Tom le había puesto irritable. Quería estar sola un rato, respirar, echar un vistazo a la ciudad sin tener que escuchar constantemente lo preocupado que estaba por Wren. Lo besó fugazmente y dijo:

—Te veo en una hora.

—¿De vuelta en la Gusano?

Hester negó con una sacudida de cabeza. El distrito de motores estaba empezando a llenarse de gente ahora que se acercaba el cambio de turno y los transeúntes podrían

verlos si intentaban escabullirse a través de su abertura secreta. Señaló otro anuncio, medio oculto bajo el cartel del acuario, de una vieja cafetería en Old Steine llamada el Café Rosa.

—Allí…

* * *

Afortunadamente, los empleados del acuario solo parecían estar interesados en vender entradas y hablar entre ellos acerca de los planes que tenían para aquella noche. No tenían la atención puesta en buscar intrusos y, aunque así hubiera sido, nada distinguía a Tom del resto de visitantes. Era un hombre relativamente joven, desaliñado, ligeramente calvo, tal vez un académico de los niveles intermedios de Kom Ombo. Y aunque vistiera ropas bastante arrugadas y pasadas de moda que olían levemente a sal y moho…, bueno, no había ninguna regla que lo impidiera. La muchacha que manejaba el torno apenas lo miró mientras recibía el dinero y le hacía un gesto para que entrara.

Dentro del acuario, los aburridos peces flotaban en grandes tanques tenuemente iluminados y el olor a óxido y agua salobre era tan intenso que Tom podría haber pensado que estaba de vuelta en Grimsby. Pero allí nadie contemplaba los peces, ni los caballitos de mar, ni los sarnosos leones marinos. Todos los visitantes se dirigían directamente a la sala central, siguiendo las señales de llamativos colores que guiaban a la exposición de los piratas parásitos.

Tom fue con ellos intentando no mostrarse demasiado ansioso, recordándose que, probablemente, Wren no estuviera allí dentro. Se abrió camino entre el resto de los visitantes y echó un vistazo a una vitrina llena de cámaras cangrejo. Luego centró su atención en una lapa llamada Araña Bebé, expuesta en una tarima en el centro de la sala. Quien fuera que la hubiera colocado allí la había dispuesto con una pose muy teatral, apoyada sobre las cuatro patas traseras y levantando las delanteras en el aire, como si estuviera a punto de abalanzarse sobre los visitantes. Las familias posaban delante de ella para sacarse fotos y los niños ponían cara de susto o le sacaban la lengua a la siniestra máquina.

Detrás de la lapa, en una jaula con el suelo lleno de paja, los muchachos perdidos capturados observaban, acuclillados, a la multitud que pasaba frente a ellos. De vez en cuando, uno de ellos se lanzaba contra los barrotes gritando improperios y los visitantes reculaban a toda prisa, asustados y maravillados a partes iguales. Entonces, uno de los fornidos empleados del acuario pinchaba al salvaje con una picana. Tom sintió lástima por los muchachos perdidos y casi le alivió descubrir que Wren no estaba entre ellos.

Cerca de donde estaba, una bonita joven con el uniforme del acuario señalaba algunos detalles a un grupo de niños. Tom aguardó hasta que hubo terminado y luego

se acercó a ella.

—Discúlpeme —le preguntó—, ¿podría decirme cuántas lapas fueron capturadas?

La bonita joven era en realidad mucho más que bonita. Tom estuvo a punto de marearse ante su sonrisa.

—Diecinueve en total, señor —le dijo—, y otras tres más fueron destruidas en el mar.

—¿Y alguna de ellas era la Autólico?

La sonrisa se desvaneció. Alterada, la mujer hojeó rápidamente los apuntes de la exposición. Hasta el momento, nadie le había preguntado por aquella lapa en concreto.

—Déjeme ver… —murmuró—. Creo que… ¡Ah, sí! La Autólico fue una de las primeras lapas que capturamos. Fue en las aguas lejanas de los mares occidentales, lejos del cubil de los parásitos. —Su sonrisa regresó—. Debía de estar navegando en una misión de saqueo cuando nos hicimos con ella…

—¿Y la tripulación?

La joven aún sonreía, pero sus ojos parecían alarmados: estaba empezando a preguntarse si Tom no sería algún tipo de pervertido.

—Tendría que preguntarle al señor Shkin, señor. El señor Nabisco Shkin. Todos los prisioneros son propiedad de la Sociedad Shkin.

* * *

—¿Y qué es la Sociedad Shkin? —preguntó Hester, a quien un vendedor de globos de segunda mano acababa de contarle la misma historia en el puerto aéreo.

—Esclavos —respondió el hombre, escupiendo un negro chorro de tabaco de mascar a sus pies, sobre la superficie de la plataforma, mientras le guiñaba un ojo—. Todos los muchachos y muchachas que han pescado ahora son esclavos, y se lo tienen bien merecido, en mi opinión.

«Una esclava», pensó Hester mientras se alejaba por las calles cada vez más abarrotadas de gente. Las sombras de las aeronaves y los taxis globo se deslizaban sobre ella y entraban en el puerto aéreo para descargar nuevas hordas de ruidosos turistas. «Una esclava». Hester apartó de la acera a un grupo de estudiantes de idiomas. ¿Cómo iba a soltarle aquella bomba a Tom? Que su querida niñita estaba encerrada en una celda de esclavos en alguna parte, soportando quién sabe qué suplicios a manos de sus crueles amos…

Para acabar de empeorar las cosas, se había dado cuenta de que su plan de comprar una aeronave no iba a funcionar. Los precios se habían disparado desde la última vez que había estado a bordo de una ciudad, y el oro que había cogido de Grimsby apenas le daba para comprar un motor de repuesto de los depósitos de naves de segunda mano.

En cambio, gastó algo en un puesto que había tras el puerto para comprarse unas gafas de sol de color negro azabache que taparan su ojo tuerto y un tocado de discos plateados que, más o menos, le ocultaba la cicatriz de la frente. También se compró un pañuelo nuevo y un abrigo negro hasta los tobillos, con muchos botones para sustituir los harapos que llevaba puestos desde Anchorage. Su humor mejoró con el paseo. Le gustaba aquella ciudad. Le gustaba el sol, y la multitud, y el tintineo de las tragaperras, y las decadentes fachadas de los hoteles. Le gustaba estar rodeada de gente que no la conocía, que no podía adivinar lo que se ocultaba tras su velo. Le gustaban los jóvenes y apuestos aviadores que le sonreían al pasar, sus ojos cautivados por aquella misteriosa mujer de rostro oculto y cuerpo largo y esbelto. Y, aunque no era del todo capaz de reconocérselo a sí misma, le gustaba la vida sin Wren. Casi se alegraba de que la chiquilla se las hubiera apañado para hacer que la secuestraran.

Se detuvo a estudiar un callejero de la ciudad; después, cruzó una pasarela que pasaba por encima de la Piscina Marítima y se encaminó a popa, hacia Old Steine. No había ni rastro de Tom en las mesas que había en la terraza del Café Rosa. Hester pensó en tomarse un café mientras esperaba, pero enseguida decidió que no podía permitírselo con los precios de Brighton. En su lugar, paseó por la larga curva de la plaza Steine, mirando escaparates, hasta que llegó a uno que le hizo frenar en seco.

Era un edificio destartalado que antiguamente había sido un teatro. Un alegre cartel rosa sobre la puerta ofrecía la *Experiencia Nimrod Pennyroyal* mientras los pósteres anunciaban: «¡Reviva las aventuras del alcalde Pennyroyal en los cinco continentes y en más de mil ciudades! ¡Entretenido y educativo!». En el escaparate, una estatua de cera de Pennyroyal encadenada al suelo de una mazmorra de cartón subía y bajaba la cabeza, mirando con aire burlón una hoja con forma de medialuna que oscilaba sobre ella de un lado a otro, suspendida de un péndulo.

¿El alcalde Pennyroyal? Hester se había preguntado muchas veces qué habría sido del farsante explorador después de disparar a Tom y robarles la Jenny Haniver. Había asumido que, llegados a ese punto, los dioses ya debían de haberle castigado por todos sus trucos y mentiras; al fin y al cabo, habían tenido dieciséis años para idear una penitencia adecuada. En cambio, parecía que lo que al final había ocurrido es que habían decidido recompensarle. Pennyroyal estaba vivo. Y Pennyroyal sabía lo que Hester había hecho. Se lo había contado ella misma en la destrozada cocina de los Aakiuqs mientras se preparaba para asesinar a Masgard y sus cazadores.

Le tendió una moneda de bronce al hombre de la taquilla y entró.

Daba la sensación de que el resto de los visitantes de Brighton había encontrado mejores maneras de entretenerse y educarse porque la *Experiencia Nimrod Pennyroyal* estaba prácticamente desierta. Había un polvoriento olor a museo y otro, tentador y fuera de lugar, que le resultaba más familiar. Hester deambuló entre los mediocres artefactos conservados en vitrinas de cristal y dejó atrás la reconstrucción de un vertedero antiguo que Pennyroyal había excavado en el pasado. Había cuadros

y dioramas con figuritas de cera en los que se mostraba a Pennyroyal luchando contra un oso, escapando de los piratas aéreos o a punto de ser sacrificado por una secta de guerreras adoradoras de la Vieja Tecnología; todas ellas, escenas sacadas de sus libros superventas… y de sus absolutos embustes. Solo uno de los cuadros tenía algún significado para Hester. En él aparecía Pennyroyal, espada en mano, combatiendo contra una horda de cazadores salvajes mientras, a su lado, una hermosa joven moría con elegancia. No fue hasta después de mirar el cuadro durante un minuto o más cuando Hester se percató de que la martirizada muchacha llevaba un parche en el ojo y tenía una favorecedora y diminuta cicatriz en su mejilla.

—¡Dioses! —dijo en voz alta—. ¿Se supone que esa muñequita soy yo?

Su voz resonó en las salas vacías y reverberó. Cuando se extinguió, Hester oyó pisadas y el hombre de la taquilla dobló la cabeza para asomarse por la puerta y preguntar:

—¿Todo bien, señora?

Hester asintió, demasiado furiosa como para hablar.

—Un cuadro magnífico, ¿eh? —dijo el conservador.

Era un hombre amigable, maduro, con unos cuantos mechones de cabello rubio cuidadosamente peinados cruzando su calva cabeza. Se acercó, se colocó junto a Hester y sonrió con orgullo frente al cuadro.

—Está inspirado en los últimos capítulos de *El oro del depredador*, en el cual su señoría lucha contra los Cazadores de Arkangel.

—¿Quién es la muchacha? —quiso saber Hester.

—¿No ha leído *El oro del depredador*? —preguntó el hombre, sorprendido—. Esa es Hester Shaw, la aviadora que vende Anchorage a los Cazadores. Se redimió, la pobrecilla, muriendo junto a Pennyroyal a manos del cabecilla de los Cazadores, Piotr Masgard.

Hester se giró rápidamente y subió al piso superior del museo por una polvorienta escalerilla de metal, sin mirar apenas las vitrinas junto a las que pasaba, con la mente llena de pensamientos acelerados, histéricos. ¡Todo estaba arruinado! Pennyroyal no solo sabía lo que había hecho: ¡había escrito un libro sobre ello! ¡Había cuadros! Aunque Pennyroyal hubiera tergiversado los hechos, la verdad seguía estando allí, negro sobre blanco, en las páginas de su libro. Hester Shaw había vendido Anchorage a los Cazadores. Y cuando Tom descubriera aquello…

¿Seguiría queriéndola si llegaba a averiguar cómo era en realidad?

Llegó a lo alto de las escaleras. Aquel olor tan conocido era más intenso allí, y Hester recordó de repente lo que era: una mezcla de combustible de aviación y gas elevador. Alzó la vista.

El piso superior era una única estancia con el techo vidriado y, en el centro, colocada sobre unos soportes metálicos, se exponía una aeronave. Estaba vieja y desconchada, y el nombre que tenía pintado en un costado era El Rollo Ártico, pero Hester habría reconocido en cualquier sitio aquella góndola trincada y aquellos

motores Jeune-Carot reparados infinitas veces. Había vivido en aquellas estrechas cabinas durante dos años y había volado por medio mundo bajo aquel viejo depósito rojo lleno de gas.

Era la Jenny Haniver.

—Una tina fea y vieja, ¿verdad?

Hester no se había dado cuenta de que el conservador del museo la había seguido por las escaleras, pero allí estaba, de pie justo detrás de ella, sonriendo afablemente.

—Hester Shaw se la legó al profesor Pennyroyal con su último aliento y él voló en ella de regreso a Brighton, sorteando las tormentas polares y las hordas de piratas aéreos.

Junto a la góndola habían construido una pasarela de madera. Escuchando solo a medias al conservador del museo, Hester subió los escalones y miró por las polvorientas ventanas, recordando la verdadera historia de la nave. Allí estaban la austera cabina y la estrecha litera en la que solía dormir con Tom. Allí estaba el asiento del piloto, en el que tantas largas guardias había pasado. Allí, sobre los arañados tablones de madera de la cabina de vuelo, Wren había sido concebida.

Olfateó el aire.

—Huele como si estuviera lista para volar…

—Así es, señora. ¿Es usted aviadora?

Hester giró sobre sí misma, sobresaltada, para mirarle, dudando de si el conservador sospechaba quién era ella. Pero solo estaba siendo amable.

—Sí —respondió. Y como parecía que quería más información, añadió—: Soy la capitana Valentine, del Freya.

—¡Ah! —dijo el conservador, satisfecho, y volvió a señalar con la cabeza hacia la Jenny—. Mañana esta nave liderará el espectáculo aéreo de naves históricas, señora Valentine.

Hester acarició la fría base de un motor y se lo imaginó rugiendo, cobrando vida. Estaba empezando a recuperarse de la conmoción. Al fin y al cabo, Tom sabía que Pennyroyal era un embustero. ¿Por qué iba a creer lo que ese viejo farsante dijera de ella? Bajo el pañuelo, sonrió con una mueca torcida.

—Será una hermosa exhibición —estaba diciendo el conservador, sonriéndole—. Va a haber una recreación de las aventuras más desesperadas del profesor Pennyroyal: una batalla entre El Rollo Ártico y un montón de viejos remolcadores aéreos disfrazados de naves piratas. Con cohetes de verdad y todo…

Hester miró en derredor de la gran sala.

—¿Cómo la sacaréis?

—¿Qué? —preguntó el comisario—. Ah, el techo se abre. Se abre por completo, como un hangar de acoplamiento. El alcalde simplemente la sacará volando.

Hester asintió y comprobó la hora en su reloj de bolsillo. Había olvidado su cita con Tom, y ya llegaba con veinte minutos de retraso. Regresó al piso de abajo, seguida a toda prisa por el conservador. En la tienda de recuerdos que había junto a la

salida cogió, sin esperar a que nadie se la diera, una copia de *El oro del depredador* y tiró un par de monedas para pagar.

—Si me permite el atrevimiento, señorita Valentine —dijo el conservador rebuscando el cambio en el interior de la caja registradora—, me preguntaba si le importaría acompañarme mañana a la exhibición y, tal vez, a cenar después.

Sin embargo, cuando alzó la vista, la misteriosa aviadora había desaparecido y la puerta de salida oscilaba suavemente para cerrarse.

Hester cruzó a paso enérgico la Old Steine hacia el café, embutiéndose el libro de Pennyroyal en el bolsillo. La estúpida y halagadora petición del conservador había hecho que volviera a sentirse atractiva y misteriosa de nuevo, y el pánico que había experimentado antes había desaparecido por completo. Le enseñaría el libro a Tom y se reirían juntos de todas las patrañas que Pennyroyal había escrito sobre ella. Luego liberaría a Wren de las celdas de los esclavos, recuperarían la Jenny Haniver y escaparían los tres volando de allí.

Las mesas que había frente al café estaban ocupadas, pero aún no había rastro de Tom. Se dio la vuelta para buscarle, molesta. No era propio de él llegar tarde, y quería contarle sus planes.

—¿Hester? —preguntó una de las esclavas del café, acercándose con un trozo de papel doblado en la mano—. Usted es Hester, ¿verdad? El caballero me dijo que vendría. Me pidió que le entregara esto.

El papel era un folleto de publicidad del acuario. En la parte trasera, con su pulcra caligrafía, Tom había escrito: «Queridísima Het, me reuniré contigo en el GdH. Han hecho esclava a Wren: voy a ir a un lugar llamado el Pimentero para intentar recuperarla comprándola…».

# 24

## El Vórtice del Réquiem

La flota aérea había avanzado deprisa desde que saliera de Shan Guo. Ya habían cruzado las brillantes aguas turquesa del golfo Pérsico y ahora se dirigían hacia el oeste por las colinas de Jabal Hammar. Los cuatro destructores volaban en línea recta y, a su alrededor, el aire palpitaba y se desgarraba con el rugido de los motores de una escolta de aeronaves de combate (los Espíritus del Zorro de Murasaki y las Polillas Halcones de Zhang Chen) que rastreaban el cielo en busca de corsarios urbanitas.

A través de una rendija de la góndola blindada del Vórtice del Réquiem, el buque insignia de la stalker Fang, Enone Zero miraba hacia la lejana superficie del suelo. Allí no se movía nada que no fueran las sombras de las naves, pero, mirara donde mirara, podía ver los profundos surcos que dejaban al pasar las cadenas tractoras y las ruedas de las ciudades. Marcas de mordeduras irregulares salpicaban las laderas de las colinas, de cuyas entrañas los poblados mineros habían extraído rocas llenas de minerales.

Cuando supo que iba a acompañar a su ama en aquella misteriosa expedición, Enone se alegró. Confinada en las alturas, a bordo del buque insignia de la stalker, sin duda encontraría la oportunidad perfecta para usar su arma. Pero el mundo que veía a su paso, arruinado y lleno de cicatrices por culpa del darwinismo municipal, hizo que dudara de nuevo si realmente tenía derecho a hacer aquello. Detestaba la guerra, pero también detestaba las ciudades-tracción. ¿Acaso asesinando a Fang no les ponía la victoria en bandeja? Si la Tormenta Verde se desmoronaba, la Tierra entera no tardaría en parecerse a esos montones de escombros que veía debajo de ella. Y no quería cargar con ese peso en su conciencia.

—«Sigues encontrando excusas para no hacer lo que has venido a hacer, Enone —se dijo, con el tono de decepción que su madre usaba cuando era niña y holgazaneaba en lugar de hacer sus tareas—. ¡Menuda cobarde estás hecha!».

Miró al frente, a la bruma parduzca que sabía que, en parte, estaba formada por el humo de los conductos de escape de las ciudades. Tras ella, en algún lugar, estaba el mar Medio, que ya no debía de quedar muy lejos. Enone intentó aplacar sus dudas. Se acercaba una batalla y había vivido las suficientes como para estar segura de que habría momentos de tal caos y confusión que podría liberar su artilugio contra la stalker Fang sin que nadie se diera cuenta de lo que había hecho.

Le dio la espalda a la tronera y subió por los estridentes pasadizos del interior de la cubierta. Cuando se aproximó al comedor de oficiales, oyó las voces de algunos de sus camaradas y se detuvo frente a la puerta abierta para escuchar sin ser vista.

—¡Ella dice que nuestro único blanco es Brighton! —estaba diciendo la teniente Zhao, la oficial de artillería, bajando mucho la voz por miedo a que la stalker Fang pudiera oírla—. ¿Por qué Brighton? He leído los informes de inteligencia. Brighton es la más inofensiva de todas las ciudades, una simple balsa recreativa.

—Ella tiene sus propios espías —dijo el navegante Cheung con la vista clavada en su taza vacía, como si pudiera adivinar los planes de la stalker contemplando las hojas de té que había en el fondo—. Tiene agentes secretos que solo le rinden cuentas a ella.

—Sí, pero ¿por qué iba a infiltrar a uno en Brighton?

—Quién sabe. Ese lugar debe de tener algo importante.

—¿Como qué? —Zhao negó con una sacudida de cabeza—. Hay grandes ciudades depredadoras acechando en los montes que sobrevolamos ahora mismo. ¿Por qué debería reservar mis cohetes para Brighton cuando podría estar haciendo estallar la tracción de esas ciudades depredadoras?

—No nos corresponde a nosotros cuestionar sus órdenes, Zhao.

Aquellas palabras venían del segundo al mando de la expedición, el general Naga. Enone vio que los oficiales subalternos se tensaban y agachaban las cabezas al escuchar su voz. Naga formaba parte de la Tormenta Verde desde su misma fundación. Una famosa fotografía lo mostraba a él, joven y apuesto, alzando sobre las ruinas de Traktiongrado una bandera con un trueno: Enone había tenido un póster con aquella foto colgado en la pared de su dormitorio cuando era una chiquilla. Pero Naga ya no era joven, ni tampoco apuesto: ahora tenía el cabello gris y el alargado rostro amarillento arrugado y lleno de cicatrices. Tenía treinta y cinco años, un anciano para los estándares militares de la Tormenta Verde. Había perdido un brazo en Xanne Sandanski y la movilidad en las piernas durante el asedio aéreo de Omsk. La única razón por la que podía caminar y combatir era que los Cuerpos de Resurrección le habían construido un exoesqueleto metálico a motor.

—No me gusta esta misión —reconoció, y los distintos segmentos de su armadura mecánica chirriaron cuando se apoyó sobre la mesa—. Brighton no es una amenaza para nosotros, y he oído que se ha pasado el verano combatiendo a esos parásitos malhechores en el Atlántico norte. Yo era un cadete en la Percha de los Bribones cuando atacaron la base aérea que teníamos allí. Perdí a muchos buenos amigos a manos de esos demonios y me alegro de que Brighton se haya ocupado de ellos. Pero las órdenes son las órdenes, y las órdenes de la Flor del Fuego… —calló repentinamente cuando detectó a Enone de pie en el umbral de la puerta—. Cirujana mecánica —dijo bruscamente dirigiéndose a ella.

Su mano mecánica aferró la empuñadura de la espada. Su exoesqueleto rechinó y siseó cuando el hombre se inclinó torpemente en una media reverencia. Tras él, Enone vio el terror en los rostros de los oficiales subalternos a medida que también la reconocían. Supo lo que estaban pensando: «¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Cuánto ha escuchado? ¿Se lo contará a la stalker?». Incluso Naga la temía.

—Por favor, discúlpenme —dijo, dedicándole una formal reverencia al general y, luego, otra a los oficiales sentados a la mesa.

Entró en el comedor, se sirvió un vaso de té de jazmín que en realidad no le apetecía y se lo bebió deprisa y en silencio. Todos los ojos estaban clavados en ella. Se cuidaban casi tanto de ella como de la propia stalker Fang. Eso la complacía porque demostraba que no sospechaban cuáles eran sus verdaderas intenciones.

Sin embargo, había alguien a bordo del Vórtice del Réquiem que sí sospechaba de ella. Cuando salió del comedor y subió por la escalerilla que llevaba a su camarote, situado en la parte superior de la nave, entre las células de gas reforzadas, Shrike la estaba observando oculto en las sombras y aguardaba pacientemente a que hiciera su jugada.

# 25

## El Pimentero

La tarde estaba empezando a tornarse en noche cuando Tom se dirigió al Pimentero a través de las calles ocupadas por el carnaval. El desfile avanzaba lentamente por Ocean Boulevard, con hermosas muchachas y atractivos muchachos que iban disfrazados de sirenas y tritones y hacían cabriolas en carrozas eléctricas; gigantescos títeres danzarines de los dioses del mar; linternas de papel con forma de peces y serpientes que revoloteaban en el extremo de altas pértigas; y transformistas ataviados con enormes tocados de plumas que arrojaban confeti desde los globos de carga que volaban raso. A través de los huecos que se abrían entre los edificios blancos, Tom seguía vislumbrando el mar. En una ocasión, una patrulla de aquellas inverosímiles máquinas voladoras se lanzó en picado sobre las azoteas en medio del rugido de sus motores. Tom se cubrió los oídos con las manos y se volvió para verlos pasar. De joven se habría entusiasmado al verlas, pero ahora solo le recordaban lo peligroso que era el mundo y lo mucho que había cambiado en su ausencia. Cuanto más descubría, más ansiaba encontrar a Wren y regresar a la paz de Vineland.

Se abrió camino a empellones entre la multitud, encaminándose a la dirección que la empleada del acuario le había proporcionado. Sabía que Hester se pondría furiosa con él por no haberla dejado acompañarle, pero estaba demasiado intranquilo como para esperarla un solo segundo más en el Café Rosa. Además, no dejaba de recordar lo que le había hecho a Gargle y le inquietaba pensar en cómo reaccionaría cuando descubriera la suerte que había corrido Wren. Tom quería hablar serenamente con ese tal Shkin. Tal vez resultara ser un hombre razonable, dispuesto a devolver a Wren a sus padres cuando supiera la verdad. De lo contrario, Tom intentaría acordar la compra de su hija para recuperarla. En cualquiera de los dos casos, no habría necesidad de usar la violencia.

Cuando vio el Pimentero, se sintió más optimista aún, si cabe. La mayoría de los antros de los esclavistas eran lugares mugrientos, escondidos en los niveles más infames de las bárbaras ciudades de salvamento, no en elegantes torres blancas. En el exterior de la puerta de cristal de la entrada, un vigilante ataviado con un magnífico uniforme negro lo detuvo amablemente y le pasó el detector de metales por el cuerpo antes de permitirle pasar a una recepción tan tranquila y exquisita como el vestíbulo de un hotel. Allí había asientos mullidos, jardineras de metal verde y una placa en la pared en la que podía leerse «Sociedad Shkin», y debajo, en letra más pequeña, «Inversora en capital humano». La única pista que indicaba realmente de qué tipo de lugar se trataba eran los furiosos gritos amortiguados y el estruendo que se intuía

levemente bajo la alfombra de hierba marina.

—Disculpe el ruido —le dijo una mujer elegantemente vestida y sentada tras un escritorio negro—. Son esos desagradables muchachos perdidos. Eran muy dóciles cuando los subimos a bordo, pero se están volviendo más groseros y conflictivos cada día que pasa. En fin. Las subastas de otoño comienzan mañana, así que pronto nos habremos librado de ellos.

—Entonces, ¿aún no los han vendido? —exclamó Tom—. Cuánto me alegro. Estoy buscando a mi hija, Wren Natsworthy. Estaba con los muchachos perdidos y creo que tal vez la hayan tomado presa por equivocación.

La mujer tenía las cejas pintadas con una línea fina como el alambre. Enarcó ambas a la vez, asombrada.

—Un momento, por favor —dijo, y se inclinó sobre su escritorio para susurrar por un intercomunicador de latón y baquelita que a Tom le pareció de lo más futurista.

El intercomunicador susurró algo en respuesta y, un momento después, la mujer alzó la vista para mirar a Tom, sonrió y dijo:

—El señor Shkin lo recibirá en persona. Puede subir.

Tom fue hacia la escalera en espiral que llevaba hasta el techo de la torre, pero la mujer pulsó un interruptor en su escritorio y en la pared se abrió una puerta. Tom se dio cuenta de que era un ascensor. No se parecía en absoluto a los gigantescos elevadores públicos que recordaba de su infancia en Londres (aquella era una cabina elegante, recubierta con paneles de madreperla), pero intentó disimular su sorpresa y entró. La puerta se cerró de nuevo. Notó que el estómago le daba una sacudida. Cuando la puerta volvió a abrirse, estaba en un lujoso y tranquilo despacho donde un hombre se levantaba para darle la bienvenida tras otro elegante escritorio de acero negro.

—¿El señor Shkin? —preguntó Tom mientras las puertas se cerraban sigilosamente a sus espaldas y el ascensor descendía con un zumbido.

Nabisco Shkin hizo una profunda reverencia y le tendió una mano enfundada en un guante gris.

—Estimado señor Natsworthy —dijo en voz baja—. La señorita Weems me ha hecho saber que está interesado en una de nuestras esclavas. En la muchacha que responde al nombre de Wren.

A Tom le enfureció escuchar que llamaba esclava a Wren con tanta naturalidad, pero se contuvo y estrechó la mano de Shkin.

—Wren es mi hija —dijo—. Fue secuestrada por uno de los muchachos perdidos. He venido a recuperarla.

—¿De verdad? —asintió Shkin, observando a Tom con cautela—. Desgraciadamente, desconocía por completo la historia de la muchacha. Ya ha sido vendida.

—¿Vendida? —gritó Tom—. ¿Dónde está? ¿Sigue a bordo de Brighton?

—Tendría que revisar mis archivos. Hemos tratado con muchos esclavos este mes…

La puerta del ascensor volvió a abrirse y el despacho empezó a llenarse de hombres, vigilantes armados de uniforme negro. A Tom, el movimiento le tomó por sorpresa. No reparó en lo que estaba pasando hasta que uno de los hombres le golpeó en el costado con el mango de una cachiporra y otros dos lo atraparon mientras él se doblaba sobre sí mismo, sofocado y sin aliento.

Nabisco Shkin rodeó el despacho, bajando las persianas de lona para ocultar las largas ventanas.

—Hay muchas naves recreativas hoy en el cielo —dijo como si tal cosa—. Y no nos gustaría que ningún alegre turista nos viera por casualidad, ¿verdad? —El despacho quedó en penumbra. Shkin regresó a su escritorio y habló por el intercomunicador—. Mónica, manda aquí arriba al muchacho. Averigüemos si este desdichado es quien dice ser.

Los captores de Tom le retorcieron dolorosamente los brazos por la espalda y le sostuvieron con fuerza. Tampoco es que fuera necesario, porque Tom no estaba en condiciones de mantenerse en pie, y mucho menos de reducir a cuatro robustos guardias. Notó que el corazón le aleteaba y le latía desbocado, y que el dolor se abría paso a través de su costado. Shkin se acercó, le remangó la camisa con una mirada de ligero disgusto y le quitó la pulsera nupcial.

—¡Eso es de mi propiedad! —jadeó Tom—. ¡Devuélvamelo!

Shkin lanzó la pulsera y volvió a recogerla al vuelo.

—Ya no posees ninguna propiedad —le dijo—. Tú eres la propiedad. A menos que poseas los documentos que acrediten que eres un hombre libre. Solo que, si eres quien dices ser, no es el caso. —Levantó la pulsera y entrecerró los ojos para inspeccionarla bien—. HS y TN —leyó—. Qué conmovedor.

El timbre del ascensor volvió a sonar y otro de los guardias de negro de Shkin salió de él. No era más que un muchacho vestido con un uniforme negro idéntico al del resto de empleados, una gorra negra con visera y el logotipo *Shkin* escrito en la parte delantera con letras plateadas.

—¿Y bien, Fishcake? —le preguntó Shkin—. ¿Reconoces a nuestro huésped?

El muchacho clavó los ojos en Tom.

—Sí. Es él, señor Shkin —respondió—. Lo vi por las pantallas cuando estuvimos en Anchorage. Es el padre de Wren.

—Cómo sabes… —empezó a decir Tom, y entonces cayó en la cuenta de quién debía de ser aquel muchacho.

Fishcake. Aquel era el muchachito que había mencionado el Tío, el novato que había secuestrado a Wren. Tom sabía que debería estar furioso con él, pero no era así. Si acaso, estaba más enfurecido que antes con Shkin: podía ver el logotipo de su compañía grabado en el dorso de la delgada mano del chico. ¿Qué tipo de hombre le haría algo así a un niño? ¿Qué tipo de ciudad permitía que un hombre como aquel

llegara a ser rico y próspero?

—Fishcake, por favor, ¿Wren está bien? ¿Está herida? ¿Sabes quién la ha comprado?

Fishcake estaba a punto de contestar, pero Shkin dijo:

—No le contestes, muchacho.

Uno de los guardias golpeó de nuevo a Tom, que expulsó todo el aire de los pulmones con un sonoro y afónico ladrido.

—Fishcake ha aprendido a obedecer —dijo Shkin—. Sabe que si no lo hace le devolveré a las celdas de reclusión con sus amigos, y que ellos le harán pedazos por haber traicionado a Grimsby.

Abrió de un tirón la chaqueta de Tom, le levantó la camisa y recorrió con un dedo enguantado de gris las cicatrices que la chapucera cirugía de Windolene Pye le había dejado. Su rostro exhibía algo parecido a una sonrisa.

—El alcalde de esta ciudad es un hombre muy fastidioso, señor Natsworthy —dijo—. Estoy seguro de que usted podría ayudarme a delatarlo como el farsante y mentiroso que es. Pero, primero, su hija me ayudará a recuperar algo que él me ha robado. Quién sabe: si coopera, tal vez los deje a ambos en libertad. —Cuando dio media vuelta hacia su escritorio, lanzó la pulsera al aire y la atrapó de nuevo. Inclinado sobre el micrófono de latón del intercomunicador, añadió—: Señorita Weems, prepare una celda en los niveles intermedios para el señor Natsworthy y tenga listo un escarabajo para que me lleve a Old Steine a las siete y media. Creo que, después de todo, sí asistiré al baile de su señoría.

* * *

Hester ya se había asomado una vez por la puerta principal de la hermosa torrecita sin detectar ni rastro de Tom. Le había buscado en todos los demás lugares que se le habían ocurrido y tenía la esperanza de que hubiera regresado a la Gusano de Hélice antes de intentar hablar con los esclavistas; o tal vez al Café Rosa. Ahora volvía a encontrarse junto al Pimentero y estaba furiosa y ligeramente asustada. Estaba segura de que Tom se encontraba allí dentro y de que le había pasado algo malo. En uno de los pisos superiores habían echado las persianas y en la recepción había un montón de guardias vestidos de la cabeza a los pies con uniformes negros, charlando con la mujer de aspecto altanero que había en el mostrador. Hester dudó si debía entrar y enfrentarse a ellos, pero no quería caer en la misma trampa que Tom.

El hombre que había afuera la descubrió espiando de nuevo y se quedó mirándola, así que pasó rápidamente frente al edificio, como si no fuera más que una turista curiosa, y entró en una cafetería situada en la punta opuesta de la plaza. Allí se bebió un café helado con una pajita y se dedicó a pensar. Ese tal Shkin debía de haber decidido hacer prisionero a Tom por alguna razón. Tal vez pensara que Tom tenía

algún tipo de conexión con los muchachos perdidos. Bueno, eso no sería demasiado problema. Podía ir a rescatarlo, igual que Tom había ido a rescatarla a ella cuando la habían hecho prisionera en la Percha de los Bribones, pero ¿cómo podía acceder a aquella torre? El vigilante de la puerta ya se había fijado en ella y, con toda aquella concurrencia para el carnaval, no podría abrirse camino a tiros. ¡Ay, pobre Tom! ¿Por qué había decidido hacer aquello por su cuenta? Debería haberse dado cuenta de que él solo no sería capaz de lidiar con gente como Nabisco Shkin.

Pagó el café helado y le preguntó al camarero:

—¿Ese es el edificio de Shkin? ¿La torre? Parece demasiado pequeña para almacenar a tantos esclavos.

—Tiene niveles subterráneos ocultos —contestó el camarero mirando alegremente la propina que ella había dejado en la mesa—. Las celdas y esas cosas están bajo tierra. Ahí es donde tienen encerrados a esos horribles piratas.

Hester pensó de nuevo en la Percha de los Bribones y en cómo había conseguido poner a salvo a Tom entre la confusión generada por el ataque sorpresa de los muchachos perdidos. Luego, salió de la cafetería caminando a buen paso y bajando la vista una única vez para asegurarse de que la pistola que llevaba en el cinturón no deformara el corte de su abrigo nuevo.

# 26

## Esperando a la luna

Cuando el sol se hundió, rojo y orondo, tras la neblina que velaba África, la brisa se hizo más fresca. Brighton comenzó a mecerse suavemente sobre las largas olas rematadas de blanco que ondeaban hacia la costa. Imperturbables a pesar del vaivén del pavimento, las comitivas de niños desfilaban alrededor de Ocean Boulevard portando banderas de vivos colores y farolillos de papel con forma de medialuna, y un millar de los que se autodenominaban *artistas* inauguraban muestras privadas en sus respectivas casas.

—Supongo que eso los mantiene ocupados —comentó Nimrod Pennyroyal contemplándolo todo con aire pensativo desde una de las muchas plataformas de observación de la Nube 9—. Hay tantos pintores e intérpretes de pacotilla en esta ciudad que necesitamos un buen festival a la semana, o cada dos, para hacerles sentir que sus insulsas vidas valen la pena.

Tras él se arremolinaban los cúmulos de burbujas arrojadas al cielo vespertino por una de las instalaciones artísticas del Queen's Park. La brisa también arrastraba consigo ráfagas de ruidos del carnaval: las guitarras y los cacofonios sonaban en las calles del barrio histórico de *Muesli* Belt, y algunos fuegos artificiales prematuros ululaban y retumbaban en los paseos marítimos.

En las vespertinas praderas azul verdoso de los jardines del Pabellón, entre las sombras de las arboledas de cipreses, los invitados a la fiesta ya empezaban a formar corros. Todos los hombres vestían trajes formales y las mujeres estaban maravillosas con sus vestidos de baile color plata argentina y azul medianoche. Había farolillos de papel colgados a lo largo de las avenidas y entre los pilares del templete en el que varios músicos empezaban ya a afinar sus instrumentos. Los Hurones Voladores habían llegado, arrebatadores con sus trajes de aviación forrados de vellón y sus bufandas de seda blanca, y hablaban a voces sobre «antiaéreos», «aeronaves enemigas» y «tartanas» con los que había que «hacer un amerizaje de emergencia». Orla Twombley, con el cabello peinado hacia atrás y moldeado con laca para que parecieran dos alas de avión desplegadas, iba agarrada del brazo de Pennyroyal.

La bebida y los aperitivos habían empezado a servirse antes de que comenzara el baile y Wren era una de las personas encargadas del servicio. Se sentía guapa y elegante vestida con su uniforme del Festiluna —unos pantalones bombachos y una larga túnica hecha de un material plateado y vaporoso que no era capaz de identificar —, pero los asistentes no parecían reparar lo más mínimo en ella. Lo único en lo que estaban interesados era en las bandejas que transportaba. Mientras se iba abriendo

camino entre los grupos de invitados, cada vez más nutridos, las manos se extendían rápidamente sin un *gracias* o un *con su permiso* para echarle el guante al cargamento de bebidas y canapés.

A Wren no le importaba. Aún se notaba cansada e inquieta tras los acontecimientos de la noche anterior. El ambiente del Pabellón había estado enrarecido durante todo el día, con todos esos soldados de la milicia yendo y viniendo y el endurecimiento de las medidas de seguridad. Las demás esclavas no dejaban de venir a preguntarle a Wren si de verdad había visto el cadáver y si había mucha sangre. Para terminar de empeorar las cosas, la señora Pennyroyal le dedicaba una sonrisa de complicidad cada vez que la veía, y no dejaba de inventar excusas para enviarla a las mismas salas en las que estaba Theo Ngoni o para enviar a Theo a aquellas en las que estaba Wren. Parecía esperar que alguien escribiera una ópera sobre ellos y reservara un papel para una soprano de cierta edad que interpretara a Boo-Boo Pennyroyal, el ama considerada que hacía posible su amor.

Paradójicamente, tanta amabilidad hacía que Wren apreciara menos a Boo-Boo: una cosa era tener esclavos y otra muy distinta tratar de concertar sus aventuras amorosas. Tenía la sensación de que la alcaldesa quería emparejarlos como a dos caniches de exhibición.

Así que se alegró de poder ser invisible durante un rato, de poder limitarse a observar y escuchar. Adonde fuera que mirara, veía a alguien que reconocía de las páginas de sociedad del *Palimpsesto*. Allí estaban los pintores más eminentes de Brighton, Robertson Mustio y Ariane Arai. Allí estaba la espléndida Davina Twisty, exuberante por el triunfo de *Un corazón con los brazos en jarras* en el teatro Marlborough. Aquel hombre de allí debía de ser el escultor Mentecato, cuyas ridículas obras obstruían las zonas públicas de la ciudad como marañas de alambre de espino. ¿Y aquel no era el gran P. P. Bellman, el autor de libros troquelados de temática atea para niños modernos? Wren se preguntó cómo se sentirían todas aquellas personas si supieran que un hombre había sido asesinado allí mismo, en la Nube 9, hacía menos de veinticuatro horas.

Se topó con Cynthia y le preguntó en voz baja:

—¿Hay alguna novedad?

—¿Novedad? —repitió Cynthia, tan luminosa e ingenua como un rayo de sol.

—Sobre el pobre señor Plovery. ¿Ya han descubierto quién lo hizo?

—¡Ah! —Los bucles dorados de Cynthia se agitaron mientras sacudía la cabeza —. No. Y la señora Pennyroyal dice que no debemos hablar de ello. Pero ¿qué hay de eso que he oído sobre Theo y tú?

—No es nada. Solo son imaginaciones de Boo-Boo.

—¡Wren, se te están subiendo los colores! Sabía que te gustaba. Te vi hablando con él el otro día en la piscina, ¿te acuerdas?

Wren la dejó ahí, riendo tontamente, y siguió avanzando entre la multitud mientras preguntaba: «¿Le gustaría tomar una copa, caballero? ¿Un canapé, señora?»,

y hacía acopio de vasos vacíos y de conversaciones aún más vacías.

—¡Fíjate en el modelito que lleva la Twisty!

—¡Tienes que conocer a Mustio! ¡Es tan divertido!

—¿Has leído lo último de Bellman? ¡Realmente magnífico! Algunas de las mejores obras literarias de nuestra época se están escribiendo para lectores menores de cinco años…

El crepúsculo fue haciéndose cada vez más oscuro. Davina Twisty estaba convenciendo a algunas de sus amistades y admiradores para que se aventuraran con ella en el increíblemente complicado laberinto de setos de la Nube 9. La banda tocaba *Golden Echoes* y *The Lunar Lullaby*. La luna no tardaría en salir y todo el mundo se quedaría a ver los fuegos artificiales antes de retirarse al Pabellón para bailar y seguir comiendo. Wren, que ya estaba agotada, se detuvo en una zona algo retirada de los jardines que había cerca del borde de la plataforma. Era agradable estar sola, al fin. Miró más allá del mar, hacia las ciudades blindadas. Le pareció que tenían un aspecto muy melancólico, allí encorvadas sobre las dunas, como templos de una raza extinta.

Una mano trepó por su hombro como una sedosa araña gris. Al volverse, se encontró mirando el inexpresivo rostro de Nabisco Shkin.

—¿Disfrutando de las vistas, querida mía? —le preguntó—. Espero que ninguno de los invitados de su señoría te haya visto haraganeando por aquí. La Sociedad Shkin tiene fama de proveer únicamente los esclavos más trabajadores.

Wren se apartó de él y trató de regresar a la luz y las risas de la fiesta, pero Shkin se interpuso en su camino. ¿Qué querría de ella? Debía de haber estado espiándola entre los densos jardines, esperando el momento adecuado para encontrarla sola. Tenía frío y miedo. Levantó la bandeja vacía y la sostuvo frente a ella a modo de escudo, pero Shkin se limitó a reír. A Wren no le gustaba su risa. Prefería que se mostrara taciturno y glacial.

—¿Por qué iba a querer hacerte daño, niña? —le preguntó—. Solo quiero encargarte un trabajo, un trabajo simple y pequeñísimo. ¿Sabes dónde tiene tu nuevo amo su caja fuerte privada?

Wren asintió.

—Buena chica. —Shkin le tendió un pulcro cuadradito de papel en el que había un número escrito—. Esta es la combinación. Me gustaría que me consiguieras el Libro de Hojalata. Envié ayer a un amigo a buscarlo, pero he oído que tuvo un accidente.

Wren hizo descender la bandeja, pensando en el pobre señor Plovery.

—¡No te pongas así! —le dijo Shkin—. Si ya lo has robado antes… El joven Fishcake me lo ha contado todo sobre ese asunto.

—¡No lo haré! —dijo Wren—. ¡No puede obligarme!

—Tu pobre padre —dijo Shkin. Hizo girar el cuadradito de papel para volver a guardarlo en un bolsillo interior de su toga de noche color grafito y se encogió levemente de hombros—. Qué lástima, después de haber venido hasta aquí para

rescatarte…

Wren era incapaz de imaginar a qué se refería. O lo fue hasta que Shkin buscó en otro bolsillo y sacó una pulsera y la depositó sobre la bandeja que los separaba. A la luz de los farolillos que pendían de los árboles más cercanos, Wren reconoció la pulsera nupcial de su padre. Se la había visto puesta durante toda su vida: un lazo de oro rojo con las iniciales HS y TN ligadas entre sí. Pero ¿qué hacía en la Nube 9?

—¡Es un engaño! —dijo—. Fishcake debe de habértela descrito y tú has hecho fabricar una réplica…

—¿Y no te parece más plausible que tu querido papaíto haya venido a Brighton para llevarte a casa? —le preguntó Shkin—. Ahora es uno de los huéspedes de la Sociedad Shkin. Si fracasas en la misión que te he encomendado, morirá. Con bastante lentitud. Así que sé una buena chica y corre al despacho de Pennyroyal.

Los jardines estaban empezando a sumirse en el silencio. Algunos de los invitados estaban organizando una partida de búsqueda para encontrar a Davina Twisty, que se había perdido dentro del laberinto. Los demás chistaban para mandarlos callar. Solo quedaban unos instantes para que saliera la luna. La idea de que su padre estuviera tan cerca hizo que Wren empezara a llorar. ¿Cómo había conseguido llegar hasta allí? ¿Cómo lo había encontrado Shkin? ¿Y dónde estaba su madre? Intentó coger la pulsera, pero las manos de prestidigitador de Shkin la hicieron desaparecer y colocaron el cuadradito de papel en su lugar.

—Hazme este encarguito —la tranquilizó— y os reuniréis pronto. Os mandaré a los dos a casa, a Vineland, en una de mis propias naves.

Wren no creyó aquello último, pero sí dio crédito a todo lo demás. Su padre estaba en poder de Shkin. Si no hacía lo que Shkin le pedía, le mataría. Y lo peor es que todo era culpa suya: si no hubiera robado aquel libro, en primer lugar, su padre aún estaría a salvo en Anchorage. Así que si robar el libro otra vez era la única manera de mantenerlo a salvo durante algo más de tiempo, eso era lo que tendría que hacer.

—Pero ¿por qué yo? —preguntó—. Debes de conocer a mucha gente mejor que yo forzando cajas fuertes…

—Deberías tener más fe en ti misma —dijo Shkin—. Por lo que he oído, eres una ladrona consumada. Además, si te descubren, nadie podrá vincularme con el crimen: tú eres la que trajo el Libro de Hojalata aquí. Pennyroyal simplemente creerá que estabas tratando de recuperarlo para tus propios fines.

Wren cogió el papel. La oscuridad se acrecentaba a medida que sus compañeros esclavos iban avanzando entre los árboles y descolgando los farolillos, pero el cuadradito blanco parecía resplandecer en su mano con luz propia.

—De acuerdo —dijo, y su voz se redujo a un susurro. Después, soltó la bandeja y añadió—: ¿Qué es? Merezco saberlo. ¿Qué es el Libro de Hojalata y por qué todo el mundo lo quiere?

—No es asunto tuyo —respondió Shkin clavando la vista tras ella, en el horizonte

—. Puedo sacar beneficio de él. ¿Qué otro motivo necesito? Ahora, vete: tienes trabajo que hacer.

Y Wren se fue, huyendo a la carrera entre los árboles mientras la luna sagrada asomaba en el horizonte. Durante unos segundos, Brighton se sumió en un silencio absoluto porque, según la antigua tradición, los deseos formulados cuando la luna salía en aquella noche santa a menudo solían ser concedidos por la diosa de la Luna. Los invitados de Pennyroyal eran demasiado sofisticados como para creer en tales cuentos de hadas, por supuesto. A pesar de ello, agacharon sus cabezas, algunos sonriendo levemente y encogiéndose de hombros para demostrar que solo estaban siendo irónicos, pero conmovidos muy a su pesar mientras recordaban los mágicos Festilunas vividos durante la infancia. Pidieron amor, felicidad y aún más riqueza mientras abajo, en la ciudad, los artistas de Brighton pedían fama; los actores, papeles largos en obras de éxito; y en los niveles subterráneos, los esclavos y aquellos que trabajaban sin recibir una paga a cambio pedían su libertad. Entonces, el silencio quedó roto por un único fuego artificial, al que siguió otro; y después, una gran ráfaga de cohetes y petardos y un clamor de campanas y gongs y ollas de cocina, un estruendo tal que la propia diosa debía de poder oírlo mientras paseaba por sus jardines de porcelana.

* * *

Aunque la flota de la Tormenta Verde no hubiera captado la señal de la baliza inalámbrica de Brighton, habrían podido localizarla fácilmente por los fuegos artificiales que brincaban en el aire sobre el complejo turístico flotante. Estabilizando las aspas del timón, las naves de guerra volaron hacia su objetivo, desplegándose por el firmamento mientras sus tripulaciones preparaban los lanzacohetes, el cañón automático, las bombas-acróbatas y las bandadas de aves raptoras, y sus escoltas de combate se ponían a la cabeza.

En el vientre del Vórtice del Réquiem, Shrike fue a vigilar a Enone Zero y la encontró en su camarote probándose un casco de acero que le hacía parecer aún más joven y menos soldadesca que antes. Su cobardía le dejaba perplejo. Estaba convencido de que intentaría atacar a la stalker Fang antes de que la flota alcanzara su objetivo. ¿Habría desistido de su plan? Tal vez. Había registrado su camarote varias veces y no había encontrado rastro de ningún arma.

Las sirenas estaban activas. Las escalerillas y los pasadizos de la nave estaban atestados de atemorizados nacidos una vez y de impasibles stalkers combatientes que corrían a ocupar sus puestos. Shrike avanzó hacia la parte delantera de la góndola y encontró allí a su ama, que ignoraba a la tripulación y centraba su atención, en cambio, en la enorme luna.

—¿POR QUÉ ESTAMOS AQUÍ? —preguntó Shrike.

La máscara mortuoria de bronce de la stalker Fang se giró para mirarle. Aún no le había revelado a nadie los motivos de aquella expedición y Shrike sospechaba que si cualquier otro nacido una vez, incluso el propio Naga, se lo hubiera preguntado tan abiertamente, ella le habría abierto el cuello con sus garras para castigar su impertinencia. Sin embargo, a Shrike, simplemente, lo miró y le susurró:

—Dime, Shrike, ¿alguna vez recuerdas tu antigua vida? ¿Tu vida como nacido una vez?

—NI SIQUIERA RECUERDO MI VIDA COMO STALKER —respondió Shrike (aunque, cuando habló, un recuerdo voló en su mente: una joven con la cara ensangrentada, tendida sobre un montón de sargazos y corcho viejo de barcas de pesca. Lo sofocó velozmente, como un hombre que pisotea una llama)—. NO RECUERDO NADA ANTES DE QUE LA DOCTORA ZERO ME DESPERTARA EN LA ISLA NEGRA.

Fang le dio la espalda para mirar de nuevo por el cristal, pero Shrike aún alcanzaba a ver en el vidrio el reflejo de su rostro, el extraño metano que ardía en sus ojos verdes.

—Yo recordé algo una vez —dijo—. O estuve a punto de hacerlo. Hubo un joven con el que me topé en la Percha de los Bribones. Tom. Cuando le vi, sentí como si le conociera. Era muy apuesto. Muy amable. Anna Fang debía de tenerle mucho cariño. Yo no soy Anna Fang, pero, cuando le miré, sentí… Bueno, tuve toda clase de sentimientos inquietantes.

—NOSOTROS SOMOS LOS MUERTOS —dijo Shrike, que estaba empezando a sentirse incómodo—. NOSOTROS NO SENTIMOS. NOSOTROS NO RECORDAMOS. NOSOTROS FUIMOS CREADOS PARA MATAR. ¿DE QUÉ NOS SIRVEN LOS RECUERDOS?

—Quién sabe para qué construirían a los primeros de nuestra especie, allá por los Siglos Negros —se preguntó la stalker—. Mis recuerdos son lo que nos ha traído aquí, señor Shrike. He estado investigando sobre ese tal Tom. Quería averiguar más sobre él, y tal vez recuperar aquellas extrañas sensaciones. He descubierto que él y sus compañeros tienen alguna clase de conexión con una ciudad de hielo llamada Anchorage. Así que mandé buscar libros sobre Anchorage en la gran biblioteca de Tienjing. Solo tenían uno: *Historia anchoragia*, de Wormwold. No me reveló nada sobre Tom, pero fue el primer sitio donde leí sobre el Libro de Hojalata y deduje lo que contiene.

—¿QUÉ ES EL LIBRO DE HOJALATA? —quiso saber Shrike.

—¿El Libro de Hojalata? —La stalker lo miró divertida, con la cabeza ladeada, y se llevó un dedo a los labios—. El Libro de Hojalata es a por lo que hemos venido, señor Shrike.

* * *

También Hester había estado esperando a la luna. Encaramada a un asiento en el paseo marítimo del nivel inferior, había estado matando el tiempo mientras hojeaba su copia de *El oro del depredador*, y lo que encontró entre sus páginas le levantó el ánimo. Parecía que Pennyroyal había enterrado la verdad bajo tantas mentiras que nadie sería jamás capaz de desentrañarla.

Cuando salió la luna y la alborotada muchedumbre invadió los niveles inferiores de Brighton para ver los fuegos artificiales, ella se abrió paso a empellones, caminando a contracorriente hasta un distrito de húmedas y lúgubres barracas de esclavos y bloques de pisos llamado la Hoya de los Topos. Cuando llegó al pie de la torre de Shkin, las calles estaban completamente desiertas a su alrededor, salvo por las gaviotas que, ahuyentadas de sus perchas habituales por el barullo que llenaba los paseos marítimos, planeaban como espectros blancos bajo el entramado de vigas desnudas que había sobre ellas.

Hester ya había estudiado el Pimentero antes y había decidido por dónde iba a entrar. Doblando por la zona de popa, flanqueada de contenedores y serpenteantes y gruesos conductos, había una puertecita negra de metal oxidado rematada con remaches, parecida a la escotilla de un submarino. Encima de la puerta había una elegante cámara de seguridad que vigilaba a los visitantes, pero la entrada no contaba con ninguna otra defensa: el Pimentero estaba diseñado para mantener a la gente presa en su interior, no para impedir que accediera desde fuera.

Hester se acercó con cautela, oculta entre las sombras. El corazón le latía aceleradamente. Se imaginó la sangre fluyendo a toda velocidad por sus venas y arterias, colmándola con el frío ímpetu de su padre. Presentía que tanto Wren como Tom estaban muy cerca y que pronto todos volverían a estar juntos y felices. Sonriendo para sí bajo el pañuelo, sacó la Schadenfreude del interior de su abrigo, esperó la siguiente salva de fuegos artificiales y, entonces, disparó a la cámara y la derribó del soporte.

Apenas tuvo tiempo de ocultar la pistola antes de que la puerta se abriera y por ella saliera un hombre, que se quedó en el umbral con los brazos en jarras, contemplando con enfado los restos humeantes de la cámara.

—¡Feliz Festiluna! —gritó Hester.

El hombre se volvió. Pareció sorprendido cuando vio a aquella mujer velada caminando hacia él, y se sorprendió aún más cuando esta le hundió un cuchillo entre las costillas. No tardó en morir. Hester arrastró su cuerpo a las sombras, detrás de los contenedores, entró por la puerta y cerró sigilosamente a sus espaldas. Ahora estaba en un pasillo. De una pequeña garita de vigilancia surgían luces y voces. Se asomó. Dentro había tres hombres más. Uno estaba aporreando malhumoradamente unos botones bajo una pantalla circular en la que chisporroteaba una imagen estática; los otros estaban despatarrados, con aire aburrido, sobre unas incómodas sillas de oficina, con una bebida en la mano y deseando poder disfrutar de las celebraciones con sus esposas e hijos.

Hester disparó primero al de la pantalla y mató a los otros dos cuando reaccionaron con un brinco y echaron mano a sus pistolas. Se quedó inmóvil un segundo entre las sombras, esperando a que viniera alguien más. Pero no vino nadie. Afuera, en las calles, había tal estruendo de cohetes y petardos que un par de estallidos más no debían de suponer ninguna diferencia. Recargó la Schadenfreude y se percató, con orgullo, de que apenas le temblaban las manos.

La Sociedad Shkin era un edificio muy bien organizado y ella se alegró de que así fuera. En la garita de vigilancia había un plano enmarcado del edificio que le mostró la disposición del lugar. Se concedió un momento para memorizarlo y luego, sigilosa y confiada, avanzó hacia las jaulas de los esclavos. Dos hombres montaban guardia frente a un par de robustas puertas dobles. Uno se abalanzó sobre Hester con una especie de picana eléctrica para azuzar al ganado, pero ella lo esquivó, le clavó el cuchillo en la espalda y luego le cortó el cuello al otro mientras intentaba alcanzar la sirena de alarma. En el cinturón del segundo escuchó un tintineo de llaves, y no tardó mucho en encontrar la que necesitaba.

Las celdas de los esclavos resonaban con respiraciones amortiguadas y el leve rumor de las cosas enjauladas. A medida que se fue habituando a la oscuridad, empezó a distinguir las jaulas alineadas alrededor de las paredes y los rostros que la observaban a través de los barrotes.

—¿Tom? —llamó.

A su alrededor, los prisioneros se revolvían y susurraban. Algunos de los cautivos de las jaulas más cercanas a la entrada alcanzaron a ver a los guardias que yacían muertos al otro lado de la puerta y empezaron a informar a sus vecinos.

—¿Quién eres? —preguntó una voz desde una de las jaulas.

—¿Quién eres tú? —espetó ella.

—Me llamo Krill.

—¿Eres una muchacha perdida?

Hester caminó hacia la voz. Pronto estuvo lo suficientemente cerca como para ver que los ojos del chico resplandecían bajo la levísima luz que se colaba por la puerta que ella había abierto. No apartaba la vista de las llaves que Hester sostenía en la mano, como un perro hambriento que no le quitara ojo a un tenedor con comida. Agitó ligeramente las llaves, como para alentarle, y le preguntó:

—¿Wren está aquí? ¿Wren Natsworthy?

—¿Esa chica seca que iba en la Autólico? —preguntó Krill—. ¿Quién quiere saberlo?

—La señora de las llaves —respondió Hester.

Vio cómo la rubia cabeza de Krill subía y bajaba en la oscuridad, asintiendo.

—Estuvo un tiempo en la jaula que había a mi lado, pero se la llevaron.

—¿Por qué?

—No lo sé. También se llevaron a Fishcake, poco después. —Calló para escupir, como si quisiera limpiarse de la boca el nombre de Fishcake. Procedentes del resto de

jaulas, Hester escuchó murmullos de furia y asco. Fishcake no era demasiado popular por allí—. Los hombres de Shkin nos dijeron que se había vuelto un soplón y había traicionado a Grimsby. Ahora se pasea por ahí vestido de uniforme, como si estuviera jugando a los soldaditos. Lo que le haya pasado a la chica, yo no lo sé. La habrán vendido, supongo.

—¿Y qué hay de su padre, Tom? A él lo han capturado hoy.

—Nunca he oído hablar de él. Aquí no hay secos, señora, solo muchachos perdidos.

—¿Podría estar en las celdas de reclusión del nivel intermedio?

—Podría. —Krill se movió cautelosamente. A su alrededor, dentro del resto de cubículos, también se movían el resto de prisioneros, escuchando, acechantes como animales. Los que estaban lo suficientemente cerca como para ver a Hester no apartaban los ojos ni un segundo de las llaves—. Claro que allí arriba habrá más guardias. Necesitará algo con lo que distraerlos.

—¿Y tienes en mente algo en concreto? —le preguntó Hester.

Krill sonrió con malicia, y Hester hizo lo mismo tras el pañuelo, porque aquello era exactamente lo que había planeado. Dejó caer las llaves en la jaula de Krill.

—Bien jugado —le dijo.

Mientras corría hacia las escaleras, alcanzó a escuchar cómo el chico revolvía el mazo de llaves y las probaba todas en la cerradura mientras las voces de los muchachos perdidos se elevaban como olas y le azuzaban.

# 27

## La caja floja

El alcalde Pennyroyal había hecho redecorar el salón de baile del Pabellón expresamente para el festival. La pared frontal había sido sustituida por una larga hilera de cristaleras que se asomaban a la terraza exterior y dejaban entrar la luz de la luna sagrada. De los pilares y cornisas que había alrededor de la pista de baile colgaban guirnaldas y cascadas de un tejido plateado en las que se reflejaba la Vía Láctea de diminutas bombillas que había arremolinadas en el techo azul oscuro. Varios focos iluminaban un podio en el que tocaba una pequeña orquesta. Las paredes estaban cubiertas de obras de arte de valor incalculable: antiguas obras maestras de Strange y Nias colgadas al lado de los últimos cuadros al moco de Hoover Daley, el maestro del Estornudo Expresionista.

En una colmena de cámaras hexagonales que se abrían tras la estancia principal había todo tipo de divertimentos y distracciones para los invitados. Una de ellas exhibía una réplica de un «castillo hinchable», una extraña fortaleza rellena de aire que, según Pennyroyal, era un elemento clave en el arsenal armamentístico de los Antiguos, pero que también podía usarse como cama elástica. En otra chirriaba un artilugio que proyectaba copias de copias de algunos de los fragmentos de películas que habían sobrevivido a la Guerra de los Sesenta Minutos: caballeros con armaduras cabalgaban a través de un bosque en llamas y sus sombras se expandían con el humo; unas máquinas voladoras despegaban frente a un amanecer tropical; un joven vagabundo caminaba por una carretera polvorienta; unos vehículos terrestres se perseguían entre sí como ciudades diminutas; un hombre colgado de un reloj roto sobre una especie de enorme poblado estático y, elevándose en hermosos primeros planos, los rostros soñadores de las diosas de la pantalla.

Wren, que venía corriendo desde el jardín para acometer la misión que le había encomendado Shkin, apenas reparó en nada de todo aquello. Sin embargo, cuando ya cruzaba como una flecha la sala de las proyecciones de cine en dirección a la escalera en espiral que la llevaría al despacho de Pennyroyal, estuvo a punto de estrellarse contra Theo, que venía en dirección opuesta con el abanico de plumas de avestruz entre las manos. Llevaba puestos unos pantalones bombachos plateados y un par de alas de ángel también de color plata.

—Hola —dijo Wren—. ¿A qué viene lo de las alas?

Theo se encogió de hombros y sus alas se agitaron.

—Todos los chicos van vestidos así. Ha sido idea de Boo-Boo. Horrible, ¿no te parece?

—Atroz —coincidió Wren, aunque en el fondo pensaba que le favorecían bastante.

—Mira —dijo él—, esa idea que se ha hecho Boo-Boo sobre nosotros…

—No pasa nada —respondió Wren—. A mí tampoco me gustas tú.

—Bien.

—Bien.

A pesar de todo, Wren se alegraba de que Theo estuviera allí, y no quería separarse de él. Pensó que sería infinitamente más fácil robar la caja fuerte de Pennyroyal si tuviera un cómplice. Especialmente, un cómplice como Theo, que había combatido en la guerra y probablemente fuera diez veces más valiente que ella.

—Verás —le dijo—, tengo algo que hacer…

—¿Otro intento de fuga?

—No. Tengo que coger una cosa de la caja fuerte de Pennyroyal.

—¿Qué? ¿Después de lo que pasó con el traficante de antigüedades? —Theo se quedó mirándola, esperando a que reconociera que le estaba gastando una broma. Al ver que Wren no rectificaba, dijo—: Es ese libro, ¿verdad? ¿El libro de metal?

—El Libro de Hojalata de Anchorage —le corrigió ella—. Shkin envió a Plovery a robarlo y, ahora que está muerto, me ha enviado a mí.

—¿Por qué? —preguntó Theo—. ¿Qué tiene que sea tan importante?

Wren se encogió de hombros.

—Lo único que sé es que todo el mundo parece querer hacerse con él… Creo que tal vez esté relacionado con submarinos, pero… —Calló. Se sentía incómoda. Tal vez no debiera estar contándole a Theo todo aquello. Al fin y al cabo, formaba parte de la Tormenta Verde, o lo había hecho en el pasado. Sin embargo, Wren se alegraba de ello. Le tocó el brazo—. Tiene a mi padre en el Pimentero y, si no hago lo que me ha pedido…, no sé qué hará. ¿Me ayudarás?

Sí sabía lo que Shkin le haría a su padre, desde luego que sí, pero no quería reconocerlo. Se alegraba de poder sincerarse con Theo.

—¿Tu padre? —preguntó—. No sabía que las muchachas perdidas tuvieran padres…

—En realidad, no soy una muchacha perdida —admitió Wren—. Es una tapadera. Le dije a Pennyroyal que venía de Grimsby porque… Ay, Theo, es demasiado complicado de explicar. Sencillamente, tengo que salvar a mi padre.

Supo que la había entendido. Parecía asustado y serio.

—Pero si la caja fuerte está protegida por alguna trampa… —le dijo.

—Por eso quiero que tú vigiles. Por favor, Theo. No quiero ir allí yo sola.

—Se supone que estoy de servicio en el salón de baile. Son órdenes de Boo-Boo.

—Boo-Boo se lo está pasando en grande. No se dará cuenta si nos escabullimos cinco minutos.

Theo se lo pensó y luego asintió.

—De acuerdo, de acuerdo.

Aferrando su abanico como un hacha de guerra, siguió a Wren por un par de tramos de escalera. Ambos cruzaron una puerta que había en lo alto y que daba a un pasillo flanqueado por antigüedades. El ruido de la fiesta quedó amortiguado cuando la puerta se cerró suave y sigilosamente tras ellos y se hizo más bajo aun cuando el pasillo giró bruscamente a la izquierda. Caminaron de puntillas para dejar atrás la puerta que daba a las escaleras de la sala de control. Escucharon las voces distantes de los tripulantes que charlaban abajo, en sus puestos, pero no percibieron ningún otro sonido. Todos los demás estaban entretenidos en el salón de baile o en las cocinas, y aquella ala del Pabellón estaba desierta.

Llegaron al final del pasillo y se detuvieron, con los ojos clavados en la puerta del despacho de Pennyroyal.

—¿Y si después de lo de anoche ha cambiado la combinación de la caja fuerte? —susurró Theo—. ¿Y si ha cambiado las cerraduras de las puertas?

Wren no había pensado en eso. Imploró que Pennyroyal tampoco lo hubiera hecho. Sus ágiles dedos no tardaron en encontrar la llave de repuesto, aún escondida en el jarrón. En un primer momento, tuvo la sensación de que no encajaba en la cerradura, pero eso se debía únicamente a que las manos le temblaban muchísimo. Tras hurgar y maldecir durante unos segundos, la cerradura cedió y ella giró el pomo y abrió la puerta.

El despacho parecía tranquilo y seguro. El cuadro de Walmart Strange volvía a ocupar nuevamente su lugar en la pared. Wren fue hasta él, lo descolgó del gancho con mucha cautela y lo apoyó boca abajo sobre el escritorio. Theo entró tras ella y cerró muy sigilosamente la puerta del despacho, pero luego estuvo a punto de golpear una estatua con el abanico y tirarla de su pedestal.

—¿No podías haber dejado fuera esa estúpida cosa? —bufó Wren.

—¿Y que alguien lo vea por ahí tirado?

Wren se volvió hacia la caja fuerte.

—¿Preparado? —preguntó.

Theo no parecía preparado.

—¿Crees que la caja contiene una trampa?

Wren negó con la cabeza.

—Acuérdate de que anoche la caja estaba abierta, y yo no vi nada que pareciera una trampa. —De todas maneras, se aseguró de hacerse a un lado mientras ponía la mano sobre la ruedecilla—. El señor Plovery abrió la caja y sacó el libro. Fue entonces cuando algo lo alcanzó. Ahora, calla.

Wren frunció el ceño, tratando de recordar la combinación: *2209957…*

Cuando la ruedecilla hizo clic y los resortes internos del candado chasquearon y chirriaron, Theo giró lentamente sobre sí mismo buscando posibles peligros ocultos. En aquella pequeña estancia no había muchos lugares donde se pudiera ocultar una trampa. Los objetos que había sobre el escritorio parecían bastante inofensivos: un tintero, unas cuantas plumas, una fotografía de Boo-Boo rodeada de un grueso marco

negro. Contra la pared más alejada del despacho había un archivador de madera de teca del que colgaba un cuadro y, encima, nada más que un montón de detalles arquitectónicos decorativos y la alta y umbría cúpula del techo y…

¿Sus ojos le estaban jugando una mala pasada, o había algo moviéndose en las alturas?

—Wren… —dijo.

Wren abrió la puerta de la caja fuerte. Metió la mano y sacó un abollado estuche negro.

—¡Lo tengo!

—¡Wren!

Theo la empujó y la hizo caer de lado. Wren soltó el estuche y, mientras caía, tuvo la impresión de que algo blanco pasaba zumbando junto a ella. Una hoja afilada golpeó la puerta abierta de la caja fuerte con fuerza suficiente como para arrancarle algunas chispas. Fuera lo que fuera, se revolvió, se giró y se lanzó en picado hacia ella, que aún seguía tendida en el suelo. Wren entrevió unas alas desplumadas, un curvo pico de acero, un resplandor de ojos verdes. Entonces, el abanico de Theo golpeó a aquella cosa en un costado y la estrelló con fuerza contra la pared. Wren escuchó el sonido de algo que se rompía. Aquella cosa alada cayó al suelo y siguió agitándose, sacudiendo las afiladas garras de sus patitas, como racimos de cuchillas. Theo empezó a aporrearla con el abanico. Sollozando, Wren buscó a tientas en el escritorio, encontró la fotografía de Boo-Boo y la estrelló con fuerza contra la cabeza de la criatura.

Theo ayudó a Wren a incorporarse.

—¿Estás bien? —le preguntó, con voz temblorosa.

—Eso creo. ¿Tú?

—Sí.

Después de aquello, permanecieron callados durante largo rato. Los brazos de Theo seguían rodeando a Wren y el rostro de ella se apretaba contra su hombro. Era un hombro confortable, cálido y con un olor agradable, y le habría gustado quedarse allí más tiempo, pero se obligó a apartarse y sacudió la cabeza con fuerza para librarse de aquellos pensamientos que intentaban posarse en ella y distraerla. Las plumas flotaban por todo el despacho bajo la luz de la luna.

—¿Qué era? —preguntó, propinándole una patada nerviosa con la punta del pie a aquella especie de pájaro muerto.

—Una raptora —respondió Theo—. Un pájaro resucitado. Creía que los únicos que las usaban eran los de la Tormenta. Deben de haberla puesto aquí para que vigilara la caja fuerte.

—¿Y cómo crees que el viejo Pennyroyal se ha hecho con ella? —se preguntó Wren.

Theo sacudió la cabeza, confundido e inquieto a partes iguales.

—Tal vez no sea de Pennyroyal.

—Eso es ridículo —dijo Wren—. ¿Quién más estaría interesado en vigilar su caja fuerte?

Recogió el estuche negro y lo abrió. En su interior, el Libro de Hojalata resplandecía levemente a la luz de los fuegos artificiales del exterior. Seguía siendo tan poco interesante como siempre. Costaba creer que fuera el causante de tantos problemas. Miró a Theo:

—Adelántate tú —le dijo—. Yo pondré este lugar en orden y luego iré a buscar a Shkin.

Theo no apartaba la vista del Libro de Hojalata.

—Te ayudaré —le dijo.

—No. —Wren se sentía inmensamente agradecida hacia él y no quería obligarlo a estar allí más tiempo del necesario. Si los descubrían y castigaban a Theo por ayudarla, nunca se lo perdonaría—. Vuelve abajo —le pidió—. Te seguiré en un par de minutos. Me reuniré contigo después.

Theo quiso rebatirla de nuevo, pero luego pareció encontrarle sentido a sus palabras. Asintió y se quedó mirándola durante un instante, pensativo, antes de recoger el destrozado abanico y marcharse. Mientras tanto, Wren se puso manos a la obra: recogió con mucho cuidado el pájaro muerto y lo embutió como pudo en uno de los cajones del escritorio, junto con todas las plumas caídas que consiguió encontrar. Aquella cosa había dejado una mancha de aceite, o de sangre, o de alguna otra sustancia, en el suelo del despacho, pero no había nada que Wren pudiera hacer para limpiarla. Sacó el Libro de Hojalata de su estuche y lo sustituyó por la fotografía rota de Boo-Boo, que era de un tamaño y peso similares.

Escuchó un ruido procedente del pasillo: alguien estaba gritando algo. Wren se quedó muy quieta, escuchando. Los gritos sonaban furiosos y asustados, pero Wren no fue capaz de distinguir lo que decían y, un momento después, cesaron.

—¿Theo? —preguntó Wren, en voz alta.

De repente, el despacho sufrió una sacudida, como si unas gigantescas manos estuvieran zarandeando por los hombros el Pabellón. El amortiguado sonido del salón de baile fue disipándose a medida que las conversaciones cesaban y la orquesta dejaba de tocar. Wren se imaginó a los músicos alzando la vista de sus partituras, alarmados. Pero enseguida la gente empezó a reír de nuevo y la música y las conversaciones se reiniciaron y volvieron al fragor inicial, como si alguien acabara de subirle el volumen a una grabación de sonidos festivos.

—Solo son turbulencias —se dijo.

O quizá se tratara de algún problema con los motores. Pensándolo mejor, los gritos que había escuchado bien podrían haber llegado reverberando por la estrecha escalera que bajaba a la sala de control. Aliviada, retomó la actividad. Volvió a colocar el estuche en la caja fuerte, cerró la puerta y volvió a colgar el cuadro de Walmart Strange para cubrirla. Se levantó el dorso de la larga túnica y deslizó el Libro de Hojalata bajo la cinturilla de los pantalones. Pensó que allí estaría seguro,

pero el metal frío le rozaba en la espalda desnuda y el alambre que formaba el canutillo no dejaba de arañarla.

Salió al pasillo, cerró la puerta y volvió a dejar la llave en su escondite.

—¿Theo? —susurró.

No obtuvo respuesta. Naturalmente que no, porque Theo ya debía de estar en el salón de baile, a salvo.

En ese momento, captó un movimiento por el rabillo del ojo. La puerta de la escalera que daba a la sala de control estaba abierta y pivotaba sobre las bisagras con cada leve movimiento del edificio. Wren se incorporó y se quedó con la vista fija en ella, segura de que estaba cerrada cuando había pasado por delante hacía apenas unos minutos en compañía de Theo. ¿Alguno de los operarios de la sala de control había escuchado el estruendo en el despacho de Pennyroyal y había subido a investigar?

Los ruidos procedentes del salón de baile aumentaron de volumen de repente y luego volvieron a desvanecerse. Alguien había entrado por la puerta de la otra punta del pasillo. Wren escuchó que unas pisadas se aproximaban rápidamente por el suelo pulido. En el punto en el que el pasillo doblaba, la proyección de la sombra creció sobre la pared. Presa del pánico, Wren comenzó a retroceder hacia el despacho de Pennyroyal, pero no había tiempo para hacerse otra vez con la llave, así que entró como una flecha por la puerta abierta de la sala de control y la cerró a sus espaldas de un tirón.

Ahora se encontraba en un cubículo diminuto y tenebroso. Allí dentro, unos escalones de hierro descendían en espiral por el suelo. Sabía que atravesaban también el piso inferior y la plataforma que había debajo y desembocaban, finalmente, en la pequeña burbuja de vidrio que había visto desde el teleférico el día en que Shkin la había llevado a la Nube 9. Apoyó la oreja contra la puerta y escuchó que el ruido de pisadas avanzaba por el pasillo.

Estaba a punto de volver a respirar de nuevo cuando, desde abajo, una voz preguntó:

—¿Quién anda ahí?

La voz parecía asustada y extrañamente familiar.

—¿Theo? —preguntó Wren.

Una vertiginosa sensación de confusión se apoderó de ella. ¿Qué estaba haciendo Theo allí abajo, en una sala de control atestada de hombres de Pennyroyal? ¿Acaso había estado siempre de parte del alcalde? ¿Acaso había delatado a la esclava que acababa de robar la caja fuerte de su amo?

—Wren —dijo la voz—, aquí ha pasado algo. No sé qué hacer…

Theo sonaba realmente asustado. Wren decidió confiar en él y enfiló corriendo la estrecha escalera de caracol, con el Libro de Hojalata clavándosele a cada paso en las lumbares. Cruzó otra entrada en el piso inferior y luego descendió por un tramo de escalones de metal pintados de blanco y llenos de remaches que bajaba hasta la plataforma. Theo estaba al pie de las escaleras, mirándola, y se hizo a un lado para

que ella pudiera entrar en la sala de controles. A través de los paramentos de vidrio, Wren alcanzaba a ver toda Brighton a sus pies, cegadora a causa de las iluminaciones del Festiluna. Los fuegos artificiales estallaban en el aire limpio en derredor, derramando una luz rosada y ambarina sobre los paneles de instrumentos. Probablemente, aquel era el lugar con mejores vistas de toda la Nube 9; claro, que el paisaje lo arruinaba la tripulación de la sala de controles, desplomada sin vida en sus asientos. A uno de ellos aún le sobresalía del cuello el mango de un cuchillo, un ordinario cuchillo de trinchar procedente de las cocinas del Pabellón, con el escudo de Pennyroyal en el mango.

—¡Ay, Quirke! —chilló Wren, arrepintiéndose de haber comido tantos canapés durante el cóctel.

Cuando se inclinó para vomitar, su cabeza se llenó con una auténtica avalancha de pensamientos. Ninguno era halagüeño. ¿Theo no venía de las cocinas cuando le había visto aparecer la noche anterior? Y ahora estaba a solas con él en una sala llena de hombres asesinados con un cuchillo de cocina.

—No pasa nada —dijo él.

Wren chilló de nuevo cuando Theo le tocó el brazo tímidamente. No se había dado cuenta del miedo que despertaba ahora en ella. Cuando Wren se zafó, explicó:

—O sea, sí que pasa algo. Mira. —Tiró de una de las grandes palancas de latón del panel de instrumentos—. Rotas. Están todas rotas. Y aquí…

En la mesa de control principal había una gruesa palanca roja, protegida por una caja de cristal y rodeada de signos de exclamación y advertencias de que solo debía ser usada en caso de emergencia. A pesar de los avisos, alguien había roto el cristal y la había accionado igualmente.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Wren, pero en realidad ya lo sabía, porque Brighton ya parecía más pequeña que cuando había entrado en la sala de control, y los estallidos de los fuegos artificiales se escuchaban cada vez más lejanos.

—Pernos explosivos —dijo Theo—. Su función es la de cortar los cables en caso de que Brighton se hunda, o algo parecido. ¿No has notado la sacudida? Wren, ¡alguien ha cortado los cables de remolque! ¡Estamos a la deriva!

Wren se quedó mirándolo fijamente, paralizada. En medio de aquel silencio pudo distinguir claramente el rumor de la fiesta que proseguía en el piso de arriba. Probablemente, Theo y ella eran las únicas personas a bordo de la Nube 9 que sabían lo que acababa de pasar.

—Theo —le dijo—, si quieres, puedes quedarte el libro.

—¿Qué?

Wren lo sacó de sus pantalones y se lo ofreció. Le temblaban las manos, y los reflejos de la cubierta metálica danzaban sobre el rostro desconcertado del muchacho.

—Wren —le dijo—, ¿no creerás que yo he sido capaz de hacer esto? Y aunque lo fuera, ¿qué motivo tendría?

—Porque vas tras el libro, como todos los demás —dijo Wren—. Eres un agente

de la Tormenta Verde, ¿no es así? ¡Sabía que había algo extraño en ti! Seguro que te dejaste capturar a propósito para poder acceder al Pabellón y espiarnos a todos. ¡Seguro que fuiste tú quien colocó esa gaviota para vigilar la caja fuerte, y quien ha dejado la Nube 9 a la deriva para poder asesinar a todos sus pasajeros y huir con el Libro de Hojalata! Por eso no quisiste ayudarme a robar el Avefría, ¿verdad? ¡Porque querías usarla para escapar solo cuando te hubieras hecho con el libro!

—¡Wren! —gritó Theo—. ¡No piensas con claridad! —La agarró cuando ella intentaba esquivarlo y huir escaleras arriba. La sujetó con ambos brazos y la miró a la cara con expresión seria—. Si quisiera ese condenado Libro de Hojalata, ¿por qué iba a permitirte robarlo? Habría dejado que la gaviota te matara cuando estábamos en el despacho de Pennyroyal y me lo habría llevado yo. Por lo que a mí respecta, tú misma podrías ser una agente de la Tormenta Verde. Eres tú la que quería hacerse con el Libro, y la que andaba por los pasillos cuando asesinaron a Plovery. Primero, resulta que eres una muchacha perdida y, de repente, ya no lo eres… ¡Todo esto podría ser obra tuya!

—¡No lo es! ¡Yo no he hecho esto! —resolló Wren.

—Bueno, pues yo tampoco. —Theo la dejó libre.

Ella se tambaleó hacia atrás, tiritando y aún aferrada al Libro de Hojalata.

—Volvía al salón de baile cuando he escuchado a alguien pedir auxilio —dijo Theo—. Abrí la puerta y pregunté si iba todo bien. No respondió nadie, pero me pareció escuchar que alguien se movía, así que bajé. Cuando llegué aquí, todos estaban muertos. Vi que habían cortado los cables, y estaba a punto de activar la alarma, pero tenía miedo de que tú aún siguieras arriba y te encontraran. —Se estremeció y se pasó la mano por la cara.

—Había alguien arriba —dijo Wren, recordando el ruido de pisadas y la sombra—. He oído cómo pasaba frente a la puerta. Lo único que hay al final del pasillo es el despacho de Pennyroyal. Debían de estar buscando lo mismo que nosotros: el Libro de Hojalata.

Theo se quedó mirándola.

—Eso encajaría. Primero, bajan aquí y hacen esto, pero antes de poder subir las escaleras para ir al despacho me oyen bajar a mí. No pueden arriesgarse a matarme a mí también, porque yo podría ser un invitado al que tal vez alguien eche de menos, así que se escabullen por las cocinas y atajan por el salón de baile para volver a subir al despacho desde allí… Pero ¿por qué nos habrán dejado a la deriva? ¿Por qué no se habrán limitado a coger el libro?

Wren intentó vomitar de nuevo, pero tenía el estómago vacío.

—¡Ha estado a punto de verme! —sollozó—. Si no me hubiera escondido a tiempo, me habría asesinado igual que a estos hombres…

Theo se acercó y fue a tocarla, pero no estaba seguro de si ella quería que lo hiciera.

—¿No seguirás pensando que he sido yo? —le preguntó.

Wren sacudió la cabeza, se acercó a él, agradecida, y enterró el rostro en su pecho.

—Theo, lo siento…

—No pasa nada —le dijo él dulcemente. Luego añadió—: En cuanto a lo de anoche, lo único que pasaba es que no podía dormir. Fui al templo a rezar por mi madre, mi padre y mis hermanas. Fue hace un año, en el último Festival de la Luna, cuando me marché de Zagwa. Me escapé de casa mientras todo el mundo lo celebraba y me colé como polizón en un carguero con destino a Shan Guo para unirme a la Tormenta Verde. Todos los preparativos de ayer hicieron que me preguntase qué estarían haciendo mis padres ahora, si me habrían perdonado, si me echarían de menos…

—Seguro que sí —dijo Wren. Se dio media vuelta, se recostó contra la ventana y apoyó la cara contra el frío cristal—. Eso es lo que hacen los padres. Nos perdonan y nos extrañan, sin importar lo que hayamos hecho. Mira mi padre, por ejemplo, que ha venido hasta aquí para encontrarme…

Miró hacia Brighton, sintiendo nostalgia por su padre. Los fuegos artificiales salían propulsados al firmamento desde algún lugar de Montpelier y estallaban en brillantes estrellas rojas y doradas. Wren las contempló desvanecerse mientras flotaban al sesgo del viento, y entonces sus ojos captaron otro movimiento. Giró la cabeza. Ahí solo estaba el mar, un cambiante y ondulante reflejo de luz de luna. Sin embargo, ¿qué era eso? ¿Aquella larga sombra que se deslizaba sobre la cresta de las olas?

Su campo de visión se vio bloqueado de repente por algo enorme y pálido. Unos gigantescos motores se deslizaron frente a ella, seguidos de las troneras abiertas de una góndola blindada. Wren vio hombres vestidos con gafas de aviador y cascos de caparazón de cangrejo apostados en torretas de armas montadas sobre puentes móviles y, después, las altas aspas de un timón, todo ello decorado con el emblema de un serrado rayo verde.

—¡Theo! —gritó.

A unos seis metros de donde se encontraban, un inmenso aerodestructor se aproximaba a toda velocidad a la Nube 9.

# 28

## El ataque aéreo

Tirado en una celda, en algún lugar bajo la elegante recepción, Tom estaba medio aturdido, con la cara hinchada allí donde los matones de Shkin le habían golpeado y preocupado por Wren. En un primer momento se había conformado con saber que estaba viva. No le preocupaba demasiado lo que pudiera pasarle a él, siempre y cuando Wren estuviera a salvo. Pero ¿lo estaba? Los hombres de Shkin decían que la habían vendido a Pennyroyal, ni más ni menos. Pennyroyal no era un hombre malvado, pero era egoísta, irreflexivo e inmoral, y una vez había disparado a Tom en el corazón. La antigua herida le molestaba mientras estaba allí tumbado en su camastro, esperando a que algo sucediera. Le dolía el pecho, y no supo distinguir con seguridad si el dolor era real o solo el recuerdo que su cuerpo conservaba de la bala.

Había perdido muy rápidamente la noción del tiempo en aquella desabrida celda sin ventanas, en cuyo techo de color beis un tubo de argón circular resplandecía como si fuera un halo. No tenía ni idea de si era de noche o de día cuando, finalmente, la puerta se abrió con un chirrido.

—Le he traído algo de comer, señor Natsworthy —dijo una vocecilla—. Y esto.

Tom rodó sobre la litera y se sentó mientras se frotaba el rostro amoratado. El muchacho, Fishcake, estaba en el umbral de la puerta y sostenía una bandeja sobre la que había un cuenco y una tacita. Tras él alcanzaban a verse unos cuantos metros de pasillo de un apagado color beis. La idea de escapar pasó vagamente por su cabeza, pero el pecho le dolía demasiado. Contempló cómo Fishcake avanzaba hacia él y depositaba la bandeja en el suelo.

—He cambiado mi turno con alguien para poder venir a verle —confesó el chiquillo—. Ha sido fácil. Todos los demás querían la noche libre porque hoy es el Festival de la Luna. De ahí que haya tantos estallidos y explosiones.

Tom aguzó el oído y afuera, en las calles, escuchó débilmente el sonido de los fuegos artificiales y los gongs.

—Siento mucho que lo hayan capturado, señor Natsworthy —reconoció Fishcake —. Wren fue muy buena conmigo. Así que se me ha ocurrido que le gustaría ver esto.

Del bolsillo de su uniforme sacó una página de periódico arrugada y se la tendió a Tom para que la leyera. El *Palimpsesto*. Allí, en la fotografía que había bajo el titular, arrodillada junto a un grupo de chicas que rodeaban a una mujer oronda y con un peinado colosal…

—Esa es Wren, ¿verdad? —dijo Fishcake—. ¿La ve? Pensé que querría saber que está bien. Dicen que es una buena vida, la de esclavo doméstico en la Nube 9. Mire,

lleva un uniforme muy moderno y un peinado nuevo y todo.

—¿La Nube 9? ¿Ahí es donde está Wren? —Tom recordó la especie de palacio flotante que había visto suspendido sobre la ciudad. Se acercó a Fishcake y le apoyó una mano en el hombro—. Fishcake, ¿podrías buscar a mi mujer y darle un mensaje? ¿Podrías decirle dónde está Wren?

—¿La de la cicatriz? —preguntó Fishcake, zafándose de Tom. Parecía asustado y asqueado—. Ella no está aquí, ¿verdad?

—Está en Brighton, sí. Hemos venido juntos.

Fishcake había adoptado un color curioso. Le temblaban las manos.

—No pienso acercarme a ella —respondió—. Es mala, esa mujer. Mató a Gargle y a Remora, y a mí también me habría matado si hubiera podido. Por eso tuve que llevarme conmigo a Wren. No quería, pero, de lo contrario, ella me habría matado.

—Estoy seguro de que Hester solo hizo lo que tenía que hacer —dijo Tom, un tanto incómodo y en absoluto convencido de ello—. Fue trágico, pero…

—Es mala —insistió Fishcake, malhumorado—. Y usted también lo es, aunque no lo crea. Acompañarla le convierte en alguien igual de malo que ella.

—Y, a pesar de todo, me has traído el periódico —dijo Tom—. Eres un buen chico, Fishcake.

Sonrió al muchacho perdido, pero este le miró con suspicacia. Tom sentía lástima por él. Debía de haber sido herido y traicionado por tanta gente que se había aferrado al primer adulto que le había mostrado un mínimo de amabilidad, aunque ese adulto fuera Nabisco Shkin. Tom deseó poder llevárselo de aquella horrible ciudad y ponerlo a salvo en Vineland, donde tendría la oportunidad de vivir una vida normal, como los niños que Freya había rescatado de Grimsby.

—Fishcake, ¿puedes ayudarme a salir de aquí? —le pidió.

—¡No sea tonto! —le dijo el muchacho—. El señor Shkin me mataría.

—El señor Shkin nunca lo sabría. Te llevaré conmigo, si quieres. Encontraremos a Wren y a Hester y huiremos juntos.

—¿Huir adónde? Grimsby ha desaparecido. Y aquí tengo un buen trabajo. ¿Adónde más querría ir?

—A cualquier parte —dijo Tom—. Podríamos dejarte en cualquier lugar que tú quisieras. O podríamos llevarte con nosotros de regreso a Anchorage-in-Vineland y vivir allí con nosotros.

—¿Vivir con ustedes? —repitió Fishcake. A Tom, sus ojos se le antojaron tan redondos y brillantes como la lámpara del techo—. ¿Quiere decir —se aseguró— como una familia?

—Solo si tú lo quisieras —dijo Tom.

Fishcake tragó saliva con fuerza. No le apetecía ir a ninguna parte con Hester. Hester merecía morir y, algún día, él se aseguraría de que así fuera, porque no había olvidado su promesa. Pero no podía evitar que Tom le cayera bien. Tom parecía bueno, mejor incluso que el señor Shkin. Y Wren también había sido buena, aunque

no le hubiera prevenido contra la trampa que les había tendido Brighton. Le gustaría vivir con Tom y con Wren.

—De acuerdo —dijo. Miró hacia la puerta, temeroso de que alguien hubiera podido oírle—. De acuerdo. Siempre y cuando prometa…

Afuera, en el pasillo, una desagradable y estridente campana eléctrica empezó a sonar, sobresaltando a Tom y a Fishcake. Las puertas se cerraron y unas botas apisonaron el suelo metálico. Fishcake le arrancó a Tom el trozo de periódico de las manos y salió de la celda a toda prisa, cerrando la puerta a su paso. Tom se incorporó y corrió a asomarse por la pequeña rejilla que había en la parte superior de la puerta, pero no podía ver nada. La campana oscilaba y tañía. Al final del pasillo, unas voces masculinas gritaron y más botas le arrancaron al suelo aquellos sonidos metálicos. Entonces hubo un repentino y alarmante estallido, y luego otro. Alguien gritó.

—¡Fishcake! —chilló Tom a su vez.

Se produjo otro estallido, este muy próximo, y luego ambos oyeron la voz de Hester, afuera en el pasillo, gritando:

—¡Tom!

—¡Aquí! ¡Aquí dentro! —dijo.

Un segundo después, el rostro velado de su mujer asomaba por la rejilla.

—¿Dónde está Fishcake? —preguntó Tom—. ¿No le habrás hecho daño a Fishcake? ¡Estaba aquí hace un minuto! ¡Tenía una foto! ¡Wren está en la Nube 9!

Hester se bajó el pañuelo y le dio un fugaz beso. Olía a humo y su querido y horrible rostro estaba sonrojado.

—Cállate y corre —le dijo.

Corrió, ignorando las alarmantes punzadas de dolor que sentía en el pecho. Al cruzar la puerta de su celda, el pasillo giraba bruscamente. En la esquina, tendidos en el suelo, había dos hombres muertos. Ninguno de ellos era Fishcake. Tom pasó por encima de los cadáveres, con cuidado de no pisarlos, y siguió a su mujer por unos cuantos tramos de escaleras mientras dejaban tras de sí varios cadáveres más. En el aire había humo flotando. Desde algún lugar subterráneo se escuchaban gritos y alaridos.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Qué está pasando ahí abajo?

Hester se volvió para mirarle, sonriendo con malicia.

—Alguien ha liberado a los muchachos perdidos. Menudo descuido, ¿verdad? Será mejor que salgamos por arriba.

Entonces, todas las luces se apagaron a la vez. Tom se chocó con Hester, que le ayudó a recuperar el equilibrio y le dijo con voz sosegada:

—No te preocupes.

Aquella profunda oscuridad duró lo que el corazón de Tom tardó en dar cinco vacilantes latidos, y entonces unas tenues luces rojas se encendieron.

—El generador de emergencia —dijo Hester.

Tom se arrastró tras ella para cruzar una serie de despachos desiertos. Las débiles

luces sanguinolentas resplandecían sobre los tiradores de latón de los archivadores y las teclas de marfil de las máquinas de escribir. Se preguntó dónde habría encontrado Hester aquel abrigo nuevo y qué habría pasado con el viejo. Aún seguía preguntándoselo cuando se toparon con un pelotón de guardias de la Sociedad Shkin que venían corriendo en dirección opuesta.

—¡Agáchate! —gritó Hester, tirando a Tom al suelo—. ¡Vosotros no! —añadió, cuando los guardias se pusieron a cubierto.

El despacho se llenó de humo y de chispas y de llamas y de un horrible estruendo. No todos los hombres llevaban armas, y los que lo hacían disparaban sin ton ni son. Las balas rebotaron contra las paredes, reventaron el calentador de agua y arrancaron las páginas de un calendario de mesa. Tom se escondió detrás de un archivador y observó cómo Hester iba derribando uno a uno a aquellos hombres con sus disparos. No había estado con ella cuando se había enfrentado a los Cazadores y siempre había imaginado que debía de haberse sentido furiosa y asustada, pero ahora desprendía una tranquilidad que resultaba terrorífica. Cuando hubo vaciado su arma, la soltó y mató al último hombre con una máquina de escribir: la campanilla del retorno de carro tintineó alegremente mientras ella le machacaba el cráneo. Cuando recuperó la pistola y empezó a recargarla, estaba sonriendo. Tom pensó que parecía más viva de lo que nunca la había visto antes.

—¿Todo bien? —le preguntó mientras le ayudaba a levantarse.

No lo estaba, pero tiritaba demasiado como para decírselo, así que se limitó a seguirla y a subir más escaleras, y pronto estuvo de nuevo en la pulcra recepción donde había hablado con la señorita Weems. Ahora la silla estaba vacía, el cartel de la puerta estaba girado del lado que decía «CERRADO» y el guardia había abandonado la garita exterior. Los fuegos artificiales detonaban y chisporroteaban sobre las azoteas, arrojando rayos de luz rosada y esmeralda entre los huecos de las persianas. Hester reventó la cerradura de la puerta de un disparo y empujó la hoja para abrirla. Al cruzar la estancia, Tom escuchó una respiración atemorizada seguida de un sollozo.

Se arrodilló y se asomó bajo el escritorio de la señorita Weems.

El rostro pálido y aterrorizado de Fishcake le devolvió la mirada.

—¡Fishcake, no pasa nada! —le prometió Tom mientras el muchacho se revolvía, adentrándose más profundamente en las sombras. Le hizo una seña a Hester con el brazo para que no se acercara—. Solo es Fishcake —le dijo, mirando a su alrededor.

—Entonces, déjalo ahí —respondió Hester.

—No podemos —replicó Tom—. Está solo y asustado, y ha estado trabajando para Shkin. Si los otros muchachos perdidos lo encuentran, le harán pedazos. Es una manera de hablar —añadió, sin demasiado convencimiento, cuando Fishcake gimió de pánico puro.

—Él se lo ha buscado —dijo Hester, preparada para salir por la puerta y ansiosa por marcharse—. Déjalo.

—Pero me ha dicho dónde está Wren.

—Bien —replicó Hester, furiosa—. Ya te lo ha dicho, así que no le necesitamos. Déjalo.

—¡No! —rebatió Tom, más bruscamente de lo que en realidad quería. Debajo del escritorio, su mano consiguió encontrar la de Fishcake y sacó de allí al muchacho perdido—. Se viene con nosotros. Se lo he prometido.

Hester clavó los ojos en el chiquillo y el chiquillo los clavó en Hester. Por un momento, Tom pensó que su mujer iba a disparar a Fishcake allí mismo, pero entonces, de las profundidades del Pimentero, surgió un ensordecedor aullido de furia y resistencia, el rugido de los muchachos perdidos a la carga. Hester se guardó la pistola, salió por la puerta y la mantuvo abierta para que Tom pudiera arrastrar fuera del edificio al atemorizado y tembloroso niño y llevarlo consigo por las escaleras que conducían a la plaza. En las paredes de los edificios que los rodeaban retumbó el eco de un estallido y unos cegadores destellos iluminaron el cielo. «Los fuegos artificiales de ahora son mucho más ruidosos que cuando era pequeño», pensó Tom y, al alzar la vista, vio unas aeronaves blancas flotando a la altura de las azoteas y lanzando cohetes desde sus góndolas blindadas.

—¡Santos dioses y diosas! —gritó Hester—. ¡Eso es justo lo que necesitamos!

—¿Qué es eso? —lloriqueó Fishcake, aferrándose con fuerza a Tom—. ¿Qué está pasando?

* * *

Lo que estaba pasando era que un escuadrón de los Espíritus del Zorro se había separado del cuerpo principal de la flota de la Tormenta Verde para acabar con las defensas aéreas de Brighton. Las celebraciones del Festiluna empezaron a disolverse en medio del pánico general cuando los aviadores confundieron los espectáculos de fuegos artificiales de Queen’s Park y Rocanegra con fuego antiaéreo y empezaron a bombardearlos. Mientras los desfiles de carnaval se retorcían por Ocean Boulevard como serpientes decapitadas, el Vórtice del Réquiem atravesó el humo que los sobrevolaba y se dirigió a toda velocidad hacia la Nube 9. Al frente se erigían las montañas blindadas que eran Kom Ombo y Bengasi, y las poblaciones más pequeñas y los suburbios que se arremolinaban a sus faldas.

—¡Una aglomeración entera! —exclamó el general Naga, contento como un cazador que acabara de avistar al zorro que persigue—. ¡Esa grande de ahí fue la que devoró la Palmira Estática hace unos cuantos veranos! —Su armadura mecánica chirrió y siseó cuando giró su cuerpo para colocarlo frente a la stalker Fang y alzar su único brazo en un espasmódico saludo militar—. ¡Así que por esto nos ha traído al oeste, Excelencia! Sabía que no podía tratarse únicamente de un apolillado complejo turístico flotante. Solicito permiso para liderar el ataque…

—Silencio —susurró la stalker Fang. Los fuegos de Brighton arrancaban destellos

a su rostro de bronce—. La aglomeración es irrelevante. Las demás naves mantendrán ocupados a los cazas y antiaéreos de esas ciudades y se asegurarán de que los brightonianos no intenten ayudar a su alcalde. Nuestro objetivo es el palacio flotante. Prepare partidas de abordaje.

Naga llevaba dieciséis años obedeciendo las órdenes de la stalker sin cuestionarlas jamás. Aquello, sin embargo, fue demasiado incluso para él. Mientras sus suboficiales corrían a transmitir sus órdenes y a procurarse armas y armaduras, él permaneció un momento de pie, aturdido, como si alguien acabara de abofetearle. Entonces, al recordar la suerte que corrían los oficiales que ponían en duda las directrices de la stalker Fang, se apresuró a obedecer.

* * *

Wren y Theo corrieron a la otra punta de la sala de control justo a tiempo de ver cómo el cielo entre Brighton y la costa florecía con llamativas explosiones de fuego antiaéreo procedente de los cañones defensivos de Bengasi. La crepitante y sinuosa luz se deslizaba entre las cubiertas de cuatro grandes buques de guerra e innumerables cazas.

—¡Una unidad de ataque aéreo de la Tormenta Verde! —dijo Theo.

—¡Ay, Quirke! —susurró Wren pensando en su padre—. ¿Crees que hundirán Brighton? ¡Mi padre está ahí abajo! Le matarán, Theo, ¡y todo habrá sido por mi culpa!

—No han venido aquí por Brighton —dijo Theo agarrándole la mano—. ¡Han venido por el libro! Quienquiera que haya colocado la gaviota de vigilancia y matado a estos hombres debe de haber convocado aquí a todas esas naves, y nos ha dejado a la deriva para que resultemos más fáciles de abordar.

Desde algún punto del exterior les llegó el chirrido de las sirenas antiaéreas, como uñas arañando la pizarra del firmamento.

—Tenemos que huir —dijo Wren.

—¿Cómo? —preguntó Theo.

—En el Avefría, por supuesto. No creo que hayan tenido tiempo de vaciarla de combustible desde anoche.

Theo negó con una sacudida de cabeza.

—Aunque llegáramos al atracadero, la Tormenta nos derribaría antes de poder abandonar el espacio aéreo de la Nube 9.

—¡Pero el Avefría es un yate, no una nave de guerra!

—La Tormenta no se fija en esos detalles.

—Pero ¿tú no conoces sus códigos y sus contraseñas y esas cosas? ¿No puedes contactar con ellos por radio y decirles que eres uno de los suyos?

—Wren, no soy uno de los suyos —dijo Theo—. Ya no. Les fallé. Si me capturan,

me matarán y me enviarán a Batmunkh Tsaka.

Wren no estaba segura de a qué se refería, pero se dio cuenta de que Theo estaba asustado, puede que tanto como ella. La sala de controles dio una sacudida cuando algo golpeó la plataforma que había sobre sus cabezas y una lluvia de chispas y escombros en llamas pasó rodando junto a las ventanas. Miró a Theo a los ojos y trató de aparentar valentía.

—Theo —le dijo—, mi padre me está esperando en Brighton y tu padre y tu madre te esperan a ti en Zagwa, y todos se van a cabrear muchísimo si lo único que hacemos es quedarnos aquí y dejar que nos maten. ¡Vamos! ¡Tenemos que intentarlo!

Aún cogidos de la mano, subieron corriendo las escaleras hasta la entrada a la planta baja, la puerta por la que debía de haber salido el asesino. Daba a un pasillo exterior a las cocinas. Allí no había nadie, pero sobre sus cabezas escuchaban chillidos, gritos y el murmullo de las pisadas de los invitados que huían del salón de baile. Afuera, las explosiones que sucedían en el firmamento salpicaban el suelo bajo las ventanas de la cocina de irregulares diamantes de luz amarillo sulfuroso, arrancándole destellos a las ollas que había desperdigadas por el suelo y a las bandejas de confites que los esclavos habían dejado caer durante su apresurada huida.

Corrieron hasta la salida más cercana y tropezaron con los jardines que había frente al Pabellón. Una multitud de invitados corría despavorida por el césped como ovejas espantadas. No había forma de salir de la Nube 9, pero querían alejarse lo máximo posible del Pabellón por miedo a que la Tormenta Verde tuviera intención de bombardearlo. Además, eran ricos y estaban acostumbrados a conseguir todo lo que necesitaban, así que, aunque el teleférico hubiera desaparecido, sin duda debía de haber una nave, o un aerotaxi, o un pelotón de valerosos brightonianos organizando una partida de rescate a bordo de sus aerociclos y yates aéreos.

En un intento por evitar que quedaran atrapados en medio de la estampida, Theo empujó a Wren al abrigo de una de las estatuas abstractas de Pennyroyal. Los dos se abrazaron y contemplaron cómo las estelas de humo se diseminaban como madejas de seda de araña a la luz de la luna en el firmamento alrededor de la Nube 9. Los Hurones Voladores pasaban volando y haciendo piruetas y se lanzaban contra las aeronaves de la Tormenta. Era como si cada nave contuviera una semilla de fuego en su interior y los Hurones Voladores estuvieran tratando pacientemente de encontrarla a base de lanzar ráfagas de balas incendiarias. Cuando finalmente lo conseguían, la aeronave comenzaba a resplandecer desde el interior como un farolillo del Festiluna, unos cegadores motivos luminosos dibujaban una cuadrícula en la cubierta y, por fin, la nave entera se convertía en una deslumbrante pira que arrojaba siniestras sombras sobre los cipreses a medida que el aire la iba acercando a la Nube 9.

Sin embargo, las aeronaves también se defendían, como también lo hacían las bandadas de águilas y cóndores resucitados que las acompañaban en su vuelo. Las aves descendían en forma de aleteantes nubes negras sobre las máquinas voladoras de los Hurones y desgarraban sus alas y herían a sus pilotos, que no tenían con qué

protegerse. Cuando los Hurones intentaban esquivarlas, se convertían en blancos fáciles para los misiles de las aeronaves y los cañones automáticos. Las alas se hacían jirones, los tanques de combustible saltaban por los aires, las aspas de los rotores cruzaban, ardiendo y dando vueltas sobre sí mismas, los jardines del Pabellón como pedazos de un postigo veneciano que hubiera explotado. La ¡Y Yo Con Estos Pelos! se desplomó, en llamas y con las alas arrancadas de cuajo, sobre la estación del teleférico. La jefe de escuadrón Capitán Mandrake se interpuso en la trayectoria de la Queso Poseso y ambas naves se estrellaron a la vez, atravesaron el costado de un destructor de la Tormenta Verde y luego cayeron con él en una gigantesca bola de fuego que se hundió elegantemente en el mar.

Justo frente al límite de los jardines, una nave de mayor tamaño los acechaba volando en círculos, esperando a que los cazas dieran cuenta de los Hurones. Tras ella, Wren vio que los niveles superiores de Kom Ombo se elevaban como una isla blindada entre un mar de humo. Una robusta aeronave flotaba sobre la ciudad, arrojando nubes de artefactos semejantes a vainas plateadas que giraban en círculos y sobre sí mismas hasta que chocaban contra una fortaleza o una cañonera, explotaban en destellos blancos y propulsaban los escombros hacia lo más profundo de la noche. Wren notaba las explosiones en el pecho, como el redoble de un tambor inmenso.

—Acróbatas —murmuró Theo.

—¿El qué? ¿Esas cosas plateadas? —preguntó Wren—. No, eso son bombas. Se distinguen por cómo explotan. Me dijiste que solías volar en Acróbatas.

Theo asintió.

—¿Quieres decir que hay pilotos dentro de esas cosas? ¿Pero los pilotos no explotan en mil pedacitos?

Un nuevo asentimiento.

—Entonces, ¿cómo puede ser…?

—¿Cómo puede ser que no esté muerto? —Theo sacudió la cabeza y no se dignó a mirarla—. Porque soy un cobarde —le dijo—. Soy un cobarde, esa es la razón.

* * *

El Vórtice del Réquiem patrullaba entre las cortinas de humo y las cenizas que flotaban sobre la costa. El pánico se había desatado en la aglomeración de ciudades y poblados allí congregados, los cuales habían asumido que la flota de la Tormenta Verde había acudido allí por ellos. Algunas ciudades huían a toda velocidad para buscar refugio en el desierto, otras inflaban sus sacos salvavidas y se tiraban al mar, otras intentaban sacar partido del caos y la confusión y trataban de devorar a sus vecinas. Por su parte, Bengasi y Kom Ombo no dejaban de mandar enjambres de cazas que los Espíritus del Zorro y las bandadas de aves stalker, más rápidos y feroces, destrozaban sin piedad.

Una célula de gas explotó en algún lugar cerca de la popa del Vórtice del Réquiem y unos stalkers arácnidos modelo Mark IV treparon por los escarpados laterales de la cubierta para intentar apagar el incendio. Las aspas del timón también habían sufrido daños y a través de los tubos de comunicación retumbaban voces histéricas que afirmaban que la góndola trasera había sido destruida.

Los nacidos una vez del puente de mando estaban pálidos y tensos: Shrike veía sus rostros brillantes de sudor a la luz infernal que entraba por las ventanas. Bajo su casco de acero, Enone Zero lloraba de miedo. La radio chisporroteaba con llamadas de socorro e informes de daños de otras naves; la Espada Florecida del Comprensible Resentimiento había sido embestida por varias naves y caía envuelta en llamas; y la Lluvia Otoñal de las Montañas Celestiales volaba sin rumbo, a la deriva, para estrellarse directamente contra uno de los flancos de Bengasi. A bordo de aquella corbeta abocada a la destrucción, alguien gritó incesantemente hasta que la señal se cortó de repente.

La stalker Fang lo ignoraba todo. De pie y serena junto al timonel, observaba cómo la Nube 9 flotaba en el aire y se alejaba lentamente de su ciudad matriz.

—Seguid a ese edificio —ordenó.

* * *

Las naves que habían atacado Brighton habían cambiado de rumbo para atacar también otros blancos, pero los problemas del complejo turístico flotante no terminaron con su partida. La sala de motores se había incendiado y la mitad de las ruedas con palas estaban destrozadas. La ciudad había levado anclas en cuanto había comenzado el ataque y ahora flotaba a la deriva, dejando una estela de humo negro, llamas anaranjadas y balsas de aceite ardiendo. Todos los que podían haber tomado el mando de la situación estaban, o muertos, o en la fiesta del alcalde.

En medio del caos, nadie prestó la más mínima atención a las alarmas que aullaban en el interior del Pimentero o, al menos, nadie lo hizo hasta que los muchachos perdidos hubieron reducido al último de los guardias y salido en desbandada del edificio para unirse a la fiesta. Desde las salas de motores, las plantas de aguas residuales bajo la plataforma y las apestosas depuradoras bajo la Piscina Marítima, los esclavos de Brighton vieron su oportunidad de escapar y corrieron a unirse a ellos. Armados con llaves inglesas, rastrillos de piscina y martillos para ablandar la carne, ascendieron por las escaleras de la ciudad, saquearon las tiendas de antigüedades y le prendieron fuego a las galerías de arte. Los solidarios actores y artistas de Brighton, que tantas cenas habían pasado conviniendo lo terrible que era la vida de los esclavos y organizando proyectos artísticos comunitarios para demostrar que compartían su dolor, huyeron para salvar sus vidas y abandonaron en masa la ciudad a bordo de las aeronaves atestadas de pasajeros y las lanchas que escoraban a

causa del sobrepeso.

En efecto, estaban sucediendo tantas cosas, y el paño mortuorio de humo inmundo que se extendía sobre la ciudad arrasada era tan denso, que prácticamente nadie se dio cuenta de que la Nube 9 ya no estaba unida al resto de Brighton.

# 29

## El chico que no explotó

Wren y Theo se sentaron a la sombra de la gran estatua, con la espalda apoyada en el pedestal que la sostenía, mientras esperaban a que la batalla amainara. Unos cuantos vasos de ponche habían quedado abandonados allí en algún momento de la velada, así que Wren se bebió uno. ¿Cuánto tiempo había durado ya aquella pesadilla? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Parecía una vida entera. Ya había aprendido a distinguir el agudo gemido del cañón automático de los Hurones del ronco tartamudeo de las armas de la Tormenta. Los cohetes eran más difíciles de diferenciar, pero siempre notaba cuándo explotaba un Acróbata porque Theo daba un respingo, hundía los hombros y apretaba los ojos con fuerza.

—¿Quieres hablar de ello? —le preguntó—. ¿De esos Acróbatas?

—No.

—Pues podrías. La verdad es que no tenemos mucho más que hacer.

Theo se crispó al escuchar el lejano sonido de otro Acróbata estallando en pleno bautismo aéreo contra las faldas de Kom Ombo. Entonces, con una débil vocecilla que Wren apenas alcanzaba a oír sobre el ruido, le habló de su breve carrera como bomba voladora.

—Fue al comienzo de la batalla de Rustwater —le dijo—. Los suburbios enemigos habían abierto una brecha en nuestra línea de defensa y la flota se replegaba hacia las fronteras occidentales de Shan Guo. Ninguno esperaba tener que entrar en acción. Entonces, recibimos la orden: había que contener un lugar llamado Isla Negra durante unas cuantas horas más porque una cirujana mecánica del Cuerpo de Resurrección estaba desenterrando un valioso artilugio que no podíamos permitir que cayera en manos de los urbanitas…

Theo aún notaba en el estómago las repentinas náuseas que le había producido el movimiento del portaaviones al girar y el pánico que se respiraba en las escalerillas mientras los pilotos de los Acróbatas salían en desbandada hacia sus naves.

—La espera fue lo peor —dijo—: Amarrados al cuerpo de la nave con los cinturones de seguridad, colgados de las perchas de la plataforma donde estacionaban los Acróbatas con las compuertas abiertas bajo nosotros. Podíamos ver los cañones disparando a nuestros pies. Entonces, dieron la orden: «¡Acróbatas fuera!», y nosotros obedecimos.

Obedecieron, liberaron sus cepos y, entonces, hubo una larga caída, abajo, muy abajo, sorteando las preciosas y mortíferas ráfagas de misiles enemigos. Los primeros Acróbatas eran automáticos, iban equipados con cerebros stalkers, pero los cerebros

stalkers no eran capaces de zigzaguear a través del fuego antiaéreo como hacían los pilotos humanos. Y ¿por qué desperdiciar stalkers cuando disponían de jóvenes como Theo, ávidos de gloria y dispuestos a morir por un mundo reverdecido?

—El objetivo era una ciudad llamada Jagdstadt Magdeburg —le dijo a Wren—. Yo caí en alguna parte de los niveles intermedios. Creía que me dirigía contra un fuerte blindado, pero resultó ser un delgado techo de plástico que protegía una especie de distrito de granjas. Aterricé en un montículo grande y profundo de fardos de heno. Creo que fue por eso por lo que no me maté; solo perdí la consciencia durante un minuto o dos. Creo que también fue por eso por lo que el Acróbata no estalló. Se supone que explotan automáticamente cuando colisionas, pero hay un dispositivo para accionarlas manualmente en caso de que se produzca algún fallo como el mío. Lo busqué en cuanto recuperé la conciencia, pero no podía… No fui capaz de…

—Claro que no —dijo Wren con ternura—. No alcanzaste tu objetivo. No podías volar por los aires a aquellos trabajadores. Eran civiles. Habría sido asesinato.

—Lo habría sido —reconoció Theo—. Pero no fue eso lo que me detuvo. Sencillamente, no quería morir.

—Un poco tarde para decidirlo, ¿no crees?

Theo se encogió de hombros.

—Me limité a quedarme allí sentado, llorando. Y un rato después llegaron, desactivaron mi Acróbata, me sacaron a rastras y me llevaron a otro lugar. Creía que iban a matarme. No se lo habría reprochado. Pero no lo hicieron.

»Llevaba toda la vida oyendo historias sobre la crueldad de los bárbaros, sobre cómo torturaban a sus prisioneros. Tal vez algunos sean así, pero aquellos se ocuparon de mí como si fuera uno de sus propios hijos. Me dieron de comer y me explicaron lo mucho que lamentaban tener que venderme como esclavo. No podían permitirse tener prisioneros de la Tormenta Verde a bordo, ¿entiendes?, por miedo a que nos uniéramos y nos rebeláramos. Pero yo no me habría revelado. Me hicieron comprender lo equivocada que está la Tormenta. Lo ridícula que es toda esta lucha. —Alzó la vista hacia Wren—. Por eso dejé de creer en la Tormenta. Y ahora, cuando me capturen y descubran lo que soy y lo que hice, me matarán.

—¡No lo harán! —prometió Wren—. Porque no permitiremos que te atrapen. Conseguiremos escapar de alguna manera…

Un rugido de motores ahogó su voz. Wren se incorporó con cuidado y miró hacia el extremo opuesto de los jardines. Una inmensa aeronave blanca con heridas de batalla aún frescas se abría paso a través de los aparejos de la Nube 9.

—¡Santos dioses! —exclamó Theo mirando por encima del hombro de Wren—. ¡Es el Vórtice del Réquiem! ¡Esa es su nave!

Unos protuberantes lanzacohetes acoplados a los motores de la aeronave giraban fluidamente en todas direcciones haciendo estallar las naves de cualquier Hurón Volador que hubiera a su alcance. Los cohetes destrozaron la Se Te Transparentan

Las Braguitas y la Chica Yeyé, que estallaron en una lluvia de madera de balsa y lona chamuscada sobre la multitud que se apiñaba en los jardines del Pabellón. Un ornitóptero llamado ¿Eso Es Todo, Amigos? aleteó alrededor de la aeronave como un mosquito que intenta picar a un dinosaurio, pero no fue capaz de perforar el casco reforzado y, tras unos pocos segundos de vuelo, una bandada de aves stalker lo localizó y lo redujo a astillas. La ¡Maldita Seas, Gravedad! se lanzó contra la góndola de la aeronave en un intento desesperado por embestirla, pero una nueva ráfaga de cohetes la obligó a ladearse y acabó estrellándose contra el costado de uno de los depósitos externos de gas de la Nube 9. El Pabellón se estremeció, los escandalosos invitados que ocupaban el jardín empezaron a gritar aún más fuerte, si cabe, y toda la plataforma se inclinó pronunciadamente cuando parte del gas que la sostenía se perdió en la noche.

Al darse cuenta de que no había nada más que pudieran hacer, el Wombat de Combate de Orla Twombley y el resto de Hurones supervivientes les dieron la espalda y salieron huyendo a toda velocidad.

Wren alzó las manos para protegerse la cara del polvo y el humo cuando el Vórtice del Réquiem giró sus motores para colocarse en posición de aterrizaje y tocó tierra en los jardines de la Nube 9. Los invitados que habían huido antes del Pabellón, o bien volvieron a huir, regresando ahora al escondite de Wren y Theo, o bien se mantuvieron firmes e improvisaron blancas banderas de capitulación con pecheras de camisas y servilletas. Los casacas rojas aparecieron corriendo entre los escombros, bajaron sus armas y trataron de librarse de sus estilosos uniformes. Las ametralladoras dispararon entre las palmeras decorativas. De las escotillas abiertas de las góndolas de combate asomaban siluetas enfundadas en punzantes armaduras.

—¡Stalkers! —chilló Wren.

Nunca antes había visto un stalker y nunca jamás había creído en su existencia, pero detectó algo en la manera de moverse de aquellas figuras acorazadas que bastó para convencerla de que no eran humanas y de que lo que más le convenía en el mundo era alejarse de ellas. Empezó a correr y llamó a Theo para que la siguiera.

—¡Vamos! ¡Iremos al atracadero atajando por el Pabellón!

Ahora, las escaleras del Pabellón estaban desiertas. Wren y Theo subieron por ellas a toda velocidad, tropezando con tocados de fiesta abandonados y cuerpos pisoteados. En la terraza donde Shkin la había vendido a Pennyroyal, Wren resbaló con una copa de postre caída de alguna bandeja y cayó de bruces al suelo. El Libro de Hojalata, sujeto en la cinturilla de sus pantalones, le arañó la columna y se le clavó dolorosamente en el trasero. Creyó notar que la sangre le escurría por el interior de los pantalones cuando Theo la ayudó a levantarse. Dudó si debía intentar deshacerse del libro o entregárselo a la Tormenta e implorar clemencia. Pero la Tormenta no tenía clemencia, ¿verdad? Desde que estaba en Brighton había visto panfletos y carteles, titulares en las páginas de la sección de noticias internacionales del *Palimpsesto*, que informaban sobre «Nuevas atrocidades *mossies*» y «Más

bestialidades perpetradas por la Tormenta Verde». Si descubrían que Wren tenía el Libro de Hojalata…

Desde la entrada al salón de baile, los dos volvieron la vista hacia los jardines. El combate había terminado y los stalkers avanzaban, congregando a los prisioneros y obligándolos a caminar frente a ellos.

—Me pregunto si Shkin estará ahí abajo —dijo Wren.

—¿Y qué me dices de Boo-Boo? —preguntó Theo mientras seguían adelante y atravesaban el salón de baile, donde las guirnaldas de luces habían caído de las paredes y el techo y los cristales rotos crujían bajo sus pies—. ¿Y de Pennyroyal?

—Ah, seguro que está bien —dijo Wren—. Seguro que ha sido él quien los ha traído hasta aquí. Shkin dijo que estaba buscando un comprador para el Libro de Hojalata. Esto es algo que Pennyroyal sería perfectamente capaz de hacer: vender a su propia ciudad para obtener benefi…

Estaban pasando frente a la sala de cine, donde el proyector seguía traqueteando todavía. A la luz que emitía, Wren detectó un movimiento en la escalera en espiral.

—¡Cynthia! —gritó Theo.

Su compañera esclava bajó corriendo las escaleras. Su vestido de fiesta resplandecía ligeramente con el reflejo de los colores de las películas proyectadas en bucle. Qué era lo que estaba haciendo allí, Wren era incapaz de imaginárselo. Tal vez se hubiera aturullado y había escapado en dirección contraria cuando todo el mundo salió huyendo del salón de baile. O tal vez la señora Pennyroyal la había mandado de vuelta al Pabellón a buscar algo, pues la esclava llevaba un objeto brillante en la mano.

—Cynthia —dijo Wren—, no tengas miedo. Vamos a marcharnos de aquí. Te llevaremos con nosotros. ¿Verdad que sí, Theo?

—¿Dónde está, Wren? —le espetó Cynthia.

—¿Dónde está el qué? —preguntó Wren.

—El Libro de Hojalata, naturalmente. —Wren no era capaz de reconocer la expresión de Cynthia: fría, dura y perspicaz, como si sus facciones estuvieran ahora gobernadas por otra persona—. Ya he comprobado la caja fuerte de Pennyroyal —le dijo—. Sé que has sido tú quien lo ha cogido. Supe que tramabas algo desde que llegaste al Pabellón. ¿Para quién trabajas? ¿Para la Traktionstadtsgesellchaft? ¿Para los africanos?

—Yo no trabajo para nadie —respondió Wren.

—Pero tú sí, Cynthia Twite —dijo Theo—. Tú estás con la Tormenta Verde, ¿no es así? ¡Has sido tú quien ha matado a Plovery y a los demás! ¡Y has sido tú quien ha dejado la Nube 9 a la deriva!

Cynthia rio.

—Vaya, las pillas al vuelo, africano. —Hizo una respetuosa reverencia—. Agente 28, del cuerpo de espías personales de la stalker Fang. Lo he hecho bastante bien, ¿verdad? La pobre y boba Cynthia. Cómo os habéis reído de mí vosotros dos,

Boo-Boo y los demás. Desde el principio, mi lealtad ha estado con un ama distinta, con aquella que nos traerá el mundo reverdecido.

Cynthia extendió rígidamente el brazo hacia Wren. El objeto brillante que sostenía en la mano era una pistola.

Aturdida, Wren se sacó el Libro de Hojalata de debajo de la túnica y lo sostuvo para que Cynthia pudiera verlo. Cynthia se lo arrancó de las manos y retrocedió.

—Gracias —le dijo con un leve rastro de su antigua dulzura—. La stalker Fang quedará encantada.

—¿Ella te envió aquí para encontrarlo? —le preguntó Wren, confundida—. Pero ¿cómo sabía…?

—Ah, no —sonrió Cynthia—. Ella creía que seguía en Anchorage. Envió una expedición al lugar donde Pennyroyal decía que se había hundido la ciudad, pero allí no había nada. Así que me destinaron a la Nube 9 para espiarle y averiguar si sabía lo que realmente había sido de él. ¡Casi no podía creerme la suerte que tenía cuando me enteré de que tú habías traído el Libro de Hojalata a la ciudad! Envié un mensaje a la pagoda de Jade y recibí órdenes de dejarlo en la caja fuerte de Pennyroyal hasta que llegaran los refuerzos. El libro puede contener la clave para la victoria definitiva. Mi ama no quiere que se hagan copias ni que se envíe a través de los canales habituales. Ha venido en persona a buscarlo. Esa que hay en el jardín es su nave personal. —Contempló con orgullo el Libro de Hojalata—. Me recompensará generosamente cuando se lo haya entregado.

En los jardines, los tiroteos habían cesado. Wren escuchaba voces afuera, en las terrazas, gritando órdenes en un idioma que no era capaz de reconocer. Avanzó un paso hacia Cynthia, recelando de la pistola que la muchacha sostenía en la otra mano.

—Por favor —le pidió—, ya tienes el Libro de Hojalata. ¿No puedes dejarnos ir? Si la Tormenta atrapa a Theo…

—Lo ejecutarán como al cobarde que es —respondió Cynthia sin inmutarse—. Lo haría yo misma, pero estoy segura de que mi ama querrá interrogaros antes a los dos y averiguar cuánto sabéis sobre el Libro.

—¡No sabemos nada! —gritó Theo.

—Esa es tu versión ahora, africano. Tal vez decidas cambiarla cuando las máquinas de interrogatorio te pongan las manos encima…

—Pero, Cynthia… —Wren sacudió la cabeza, aturdida todavía por la conmoción que le había supuesto descubrir su traición—. Supongo que Cynthia ni siquiera es tu nombre real, ¿verdad?

La otra muchacha se mostró sorprendida.

—Claro que lo es. ¿Por qué no iba a serlo?

—Bueno, no suena a nombre de espía —comentó Wren.

—¿Ah, no? ¿Qué le pasa?

—Nada, nada… Es solo que…

Un abultado maletín cayó desde la galería superior, golpeó a Cynthia en la cabeza

y se abrió, desperdigando por el suelo una lluvia de monedas de oro, joyas y piezas de Vieja Tecnología de aspecto valioso.

—Ay… —dijo la muchacha, y cayó desplomada.

La pistola se disparó y la bala abrió un agujero en el techo en algún lugar sobre la cabeza de Wren. Theo la agarró y tiró de ella para hacerla retroceder, temeroso de que por el hueco de la escalera pudiera caer más equipaje. Sin embargo, cuando ambos miraron hacia arriba, solo vieron el orondo y pálido rostro de Nimrod Pennyroyal asomado por la barandilla.

—¿Se ha desmayado? —preguntó nervioso.

Wren se inclinó sobre Cynthia. La muchacha tenía sangre en el pelo. Wren le tocó el cuello, pero no pudo encontrarle el pulso, aunque no sabía si lo estaba buscando en el lugar adecuado.

—Creo que tal vez esté muerta —dijo.

Pennyroyal bajó corriendo las escaleras.

—Tonterías, solo ha sido un golpecito de nada. De todas maneras, es una agente del enemigo, ¿verdad? De no ser por mi rapidez mental, probablemente os hubiera matado a los dos. Estaba arriba reuniendo unas cuantas cosas de valor y os he escuchado hablar. —Rio y forzó los rígidos dedos de Cynthia para arrancarle el libro de las manos—. ¡Menudo golpe de suerte! Pensaba que lo había perdido. Ahora venid conmigo y ayudadme a reunir el resto.

Pasmados ante lo que acababa de suceder, Wren y Theo se dispusieron a hacer lo que Pennyroyal les había pedido. Por miedo a que intentaran robarle, el alcalde cogió la pistola de Cynthia y la empuñó mientras volvía a meter en el maletín las monedas, las estatuillas y los artilugios antiguos y se sentaba en la tapa para cerrarlo a presión. Afuera, los gritos se escuchaban cada vez más cerca a medida que los soldados de la Tormenta Verde, alertados por el sonido del tiroteo, se dirigían hacia el salón de baile.

—¡Allí! —dijo Pennyroyal—. Ahora, al atracadero. Vamos a hacer una cosa: si me ayudáis a llevar todo esto, los dos podréis venir conmigo. ¡Pero hay que darse prisa!

—No puede irse así, sin más —protestó Wren, siguiéndole por los pasillos inclinados mientras Theo arrastraba trabajosamente el maletín—. ¿Qué pasa con sus empleados?

—Ah, sí, ellos… —dijo Pennyroyal quitándole importancia.

—¿Y qué me dice de su esposa? Probablemente ya la hayan hecho prisionera…

—Sí, pobrecita Boo-Boo… —Pennyroyal empujó una puerta y los dirigió a los jardines que había en la parte trasera del Pabellón—. La extrañaré, sin duda. Una terrible pérdida, pero el tiempo lo cura todo. De todas maneras, no puedo arriesgar mi pescuezo para intentar salvarla. He de salvarme yo, se lo debo a mis lectores: el público debe conocer mi relato sobre la batalla de Brighton y mi heroica resistencia contra la Tormenta…

Cruzaron los jardines a la carrera. Pennyroyal iba a la cabeza, y Wren y Theo se

turnaban para llevar la maleta. Las tropas de la Tormenta aún no habían llegado a aquella zona de la Nube 9. Entre las arboledas de cipreses y los paseos protegidos por pérgolas no había ningún movimiento. De las ruinas del aeródromo de los Hurones Voladores se elevaban volutas de humo, pero la Tormenta Verde debía de haber considerado que el atracadero de Pennyroyal no tenía demasiada relevancia como objetivo porque todavía seguía intacto y en pie entre los árboles, cómico y bulboso, con motitas de la luz de los incendios resplandeciendo sobre sus ridículas púas de cobre.

—Oigo los motores —dijo Theo mientras se abrían camino entre los árboles para llegar a la pista de aterrizaje que había frente al atracadero—. Alguien ha abierto las puertas.

—¡Gran Poskitt todopoderoso! —exclamó Pennyroyal.

El Avefría estaba preparada para salir por la puerta abierta del hangar y los motores zumbaban mientras se calentaban para el despegue. Las luces de la góndola estaban encendidas y Wren alcanzó a ver que Nabisco Shkin estaba a los mandos. Debía de haber renunciado a esperar a que ella le llevara el libro y desistido de su empresa, y ahora estaba centrado en salvar su propio pellejo. Ella retrocedió, temerosa, pero Pennyroyal hizo acopio de sus últimas energías para acelerar y alcanzar corriendo el yate.

—¡Shkin! ¡Soy yo! ¡Tu viejo amigo Pennyroyal!

Shkin asomó medio cuerpo por la escotilla lateral de la pulida góndola del Avefría y disparó dos veces a Pennyroyal con una pistola que sacó de entre sus ropas. Wren fue testigo de cómo un ensangrentado símbolo de exclamación se elevaba bajo el resplandor de los faros del yate. Pennyroyal dio una torpe voltereta, chocó contra un montón de amarras y quedó inmóvil.

—Ay, dioses —susurró Wren.

Pennyroyal formaba parte de su vida de una manera tan intrínseca, debido a todas las historias que había escuchado sobre él en Anchorage, que había llegado a creer que era indestructible.

Shkin bajó de la góndola y corrió hacia ellos empuñando su arma, lista para disparar.

—¿Tenéis mi libro? —preguntó.

—No —dijo Theo antes de que Wren pudiera responder—. Lo ha cogido la Tormenta.

—Entonces ¿qué hay en ese maletín? —preguntó Shkin.

Theo lo abrió para que pudiera ver su contenido. El tratante de esclavos esgrimió aquella fría y gris sonrisa suya:

—Bueno, algo es algo, ¿no? —comentó—. Cierra el maletín y dámelo.

Theo hizo lo que le pedía. Los gélidos ojos de Shkin se deslizaron de nuevo hacia Wren.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó—. Supongo que nos dispararás, ¿verdad?

—¡Santos dioses, no! —Shkin parecía realmente sorprendido por aquella afirmación—. Yo no soy ningún asesino, niña. Soy un hombre de negocios. ¿Qué beneficio podría obtener si os matara? Es cierto que habéis conseguido sacarme de mis casillas, pero, según parece, nuestros amigos de la Tormenta Verde no tardarán en llegar para enseñaros unos cuantos modales.

Wren aguzó el oído, y notó que unas rudas voces se acercaban por el jardín hablando en un idioma extranjero. Entre las arboledas que había detrás del atracadero había luces que se movían. Quería preguntarle a Shkin por su padre, pero el esclavista ya había lanzado el maletín de Pennyroyal dentro del Avefría y estaba subiendo tras él. Los motores rugieron.

—¡No! —gritó Wren.

Se negaba a creer que los dioses fueran realmente a permitir que ese villano de Shkin escapara de allí volando, indemne. Pero las abrazaderas de amarre del Avefría se abrieron y la nave despegó del suelo del atracadero mientras los motores giraban fluidamente y adoptaban la posición de despegue.

—¡No es justo! —aulló Wren. Luego añadió—: ¡El Libro! ¡Tenemos el Libro! ¡Theo ha mentido! Llévanos contigo y te lo daremos.

Shkin escuchó su voz, pero no lo que decía. La miró desde las alturas, volvió a dedicarle su levísima sonrisa y luego volvió a centrar toda su atención en los mandos. El yate aceleró por la pista de aterrizaje, atravesó dos cúmulos de árboles que se hicieron a un lado para permitirle el paso y se elevó con elegancia hacia el firmamento.

—¡No es justo! —volvió a decir Wren.

Estaba harta de Shkin, harta de tener miedo. Ahora comprendía por qué su madre y su padre nunca habían querido contarle las aventuras que habían experimentado. Si ella conseguía sobrevivir, ni siquiera querría volver a pensar nunca en aquella horrible noche.

—¿Por qué has mentido sobre el libro? —le preguntó a Theo—. Tal vez nos hubiera llevado con él si se lo hubiéramos dado.

—No lo habría hecho —dijo Theo—. Y, de todas maneras, si todos quieren hacerse con él tan desesperadamente, debe de ser algo peligroso. No podemos permitir que un hombre como Shkin lo tenga en su poder.

Wren se sorbió la nariz.

—Nadie debería tenerlo —dijo.

Se acercó adonde estaba Pennyroyal y extrajo con cuidado el Libro de Hojalata del desgarrado traje del alcalde. Una de las balas de Shkin había dejado una profunda marca en la cubierta, pero, por lo demás, parecía intacto. Su tacto le repugnó.

—Voy a arrojarlo al mar —dijo.

Con el libro en la mano, Wren atravesó corriendo la humeante y agujereada pista de aterrizaje hasta llegar al límite de los jardines.

Sin embargo, cuando se asomó por la barandilla, no fue el mar lo que vio. La

Nube 9 había flotado más rápido y a mayor distancia de lo que ella pensaba. El blanco contoneo del oleaje que señalaba el límite de la costa quedaba a varios kilómetros de distancia hacia el norte, y las luces y las llamas de las demás ciudades se encadenaban en toda su longitud como perlas en un collar. Debajo de Wren, las colinas de África se recortaban como siluetas oscuras bajo la luna.

Y mientras estaba allí de pie, contemplándolas y aferrada al Libro de Hojalata con ambas manos, escuchó el rumor de unos pies que corrían tras ella. Al volverse se encontró las linternas y las armas alzadas de un escuadrón de soldados. Entre ellos también había stalkers, uno de los cuales había inmovilizado a Theo. Un hombre que prácticamente parecía otro stalker, con la cara ganchuda, protegido por una armadura mecánica y empuñando una espada en su mano de hierro, se adelantó al resto y dijo:

—¡No os mováis! Sois prisioneros de la Tormenta Verde.

* * *

Cuando el Avefría atravesó los aparejos de la Nube 9 y salió a cielo abierto, Nabisco Shkin se concedió componer una leve sonrisa de satisfacción. La mayoría de las naves de la Tormenta Verde estaban a kilómetros de distancia, abriendo fuego todavía contra Bengasi y Kom Ombo, y las tropas que habían aterrizado en los jardines de Pennyroyal tenían cosas más importantes de las que preocuparse que de un simple tratante de esclavos a la fuga.

Se acomodó en los confortables sillones del yate y palmeó suavemente el maletín que había tendido en la cubierta junto a él. A lo lejos vislumbraba las luces de las ciudades menores, titilando en la noche del desierto. Se establecería en una de ellas hasta estar seguro de que la Tormenta había concluido sus asuntos en Brighton y luego volvería para evaluar los daños que habían sufrido sus negocios en la ciudad. Sin duda, el Pimentero estaría en ruinas. Probablemente, los sirvientes y la mercancía estarían muertos. No importaba: todo estaba asegurado. Esperaba que ese chiquillo, Fishcake, siguiera con vida. Pero, incluso sin él, podría encontrar Anchorage-in-Vineland y llenar las bodegas con una nave de esclavos, o con dos…

Aún seguía fantaseando con Vineland cuando las raptoras dieron con él. Formaban parte de una patrulla-bandada enviada para inspeccionar los cielos alrededor de la Nube 9. Shkin creyó que no eran más que una nube hasta que descendieron en picado sobre él, oscureciendo la luz de la luna. Entonces vio que sus alas se abrían y se cerraban y, un segundo después, empezaban a estrellarse contra las ventanas de plastiglás, arrancando las vainas de las cubiertas de los motores y arañando su delicada cubierta con sus garras y picos. Las aspas arrancadas se alejaban dando volteretas por el cielo. Las hélices redujeron a cenizas a decenas de aves, pero fueron reemplazadas por muchas decenas más, hasta que los motores del Avefría quedaron atascados de plumas y fluidos. Shkin buscó el equipo de radio,

abrió todos los canales y gritó:

—¡Aborten la ofensiva! ¡Soy un hombre de negocios legal! ¡Soy estrictamente neutral!

Sin embargo, las naves de combate de la Tormenta Verde que recibieron aquella señal no supieron identificar de dónde procedía y las aves tampoco la comprendieron. Arrancaron, desgarraron, apresaron y hostigaron. Desprendieron el material de la cubierta de su esqueleto metálico hasta que, a través de las costillas desnudas, Nabisco Shkin no vio más que un revoltijo caleidoscópico de siluetas de pájaros que giraban, negras y con las alas extendidas, frente a la luna sagrada. Cuando los restos de la nave empezaron a caer, las raptoras arrancaron el techo de la góndola y penetraron en el interior, con él.

Nabisco Shkin no era un hombre dado a demostrar sus emociones, pero los pájaros eran muchos y la distancia al suelo parecía horriblemente larga. Se pasó el descenso entero gritando.

# 30

## Prisioneros de la Tormenta

El hombre de la armadura mecánica se llamaba Naga. Wren escuchó que sus hombres le llamaban así mientras él le quitaba el Libro de Hojalata y comenzaba a guiarla de regreso hacia el Pabellón. Era un nombre un tanto espeluznante y su aspecto también resultaba espeluznante, con esos pisotones que daba a bordo de su siseante y chirriante exoesqueleto. A pesar de todo, parecía bastante civilizado, y reprendió a sus hombres cuando azuzaron a Wren con sus armas para obligarla a acelerar el paso. Aquello la sorprendió y alivió a partes iguales: había oído rumores de que la Tormenta fusilaba a sus prisioneros nada más capturarlos. Consideró la opción de preguntarle a Naga qué pretendían hacer con ella, pero no tenía valor suficiente para hacerlo. Miró a Theo con la esperanza de que le explicara lo que los soldados de la Tormenta se decían en el extraño idioma que empleaban, pero iba caminando con la cabeza gacha, sin mirarla.

Subieron por una de las escaleras exteriores del Pabellón, por detrás de un jardín vallado donde una multitud de esclavos capturados e invitados a la fiesta estaban recluidos bajo la vigilancia de una compañía de stalkers. Boo-Boo Pennyroyal estaba allí, intentando levantarles el ánimo a los demás con un sentido sonsonete, pero a Wren no le pareció que la música estuviera surtiendo demasiado efecto.

En un primer momento asumió que Theo y ella estaban siendo conducidos con el resto de prisioneros, pero los soldados siguieron avanzando y dejaron atrás la piscina de Pennyroyal, que se había vaciado sobre la cubierta inclinada en una extensa mancha de humedad. Frente a los ventanales del salón de baile había un stalker mucho más espeluznante que todos los brutos descerebrados sin rostro que Wren había visto hasta entonces. Era grande y resplandeciente, y el blindaje de su cráneo no se extendía para ocultar su rostro como sí hacía en los demás, sino que sus facciones estaban parcialmente a la vista: un rostro blanco y muerto, con una gran abertura a modo de boca que se crispó levemente cuando sus verdes ojos se posaron en Wren. Ella apartó la vista rápidamente, horrorizada al darse cuenta de que había llamado la atención de la criatura. ¿Pretendería hablar con ella? ¿Atacarla? Sin embargo, se limitó a devolver el saludo militar a Naga y hacerse a un lado, permitiendo que los stalkers y sus prisioneros lo dejaran atrás y entraran al salón de baile.

Alguien había conseguido que las luces volvieran a funcionar. Unos miembros del personal sanitario se llevaban a Cynthia en una camilla. Wren la escuchó gemir cuando pasaron junto a ella y se alegró de que su amiga siguiera con vida, pero

inmediatamente recordó que en realidad era una amiga falsa y ya no estuvo segura de si debía alegrarse o no.

Sobre el escenario donde deberían haber estado tocando los músicos había un grupo de oficiales reunidos. Naga se acercó a ellos, los saludó sin más dilación y les dio novedades. El más alto de todos se volvió a mirar a los prisioneros. Su rostro era una máscara mortuoria de bronce perforada por dos resplandecientes ojos color esmeralda.

—¡Oh! —gimió Theo.

Wren supo inmediatamente que aquella era la stalker Fang. ¿Quién podría ser si no? Parecía emanar poder: el aire que la rodeaba crepitaba como electricidad estática, haciendo que a Wren se le erizara el vello de la nuca. Notó que, a su lado, Theo temblaba como si estuviera en presencia de una diosa.

Naga añadió algo más y la stalker bajó con paso regio del escenario. Sus ojos brillaron aún más intensamente cuando el general sacó el Libro de Hojalata de un compartimento de su armadura. La stalker se lo arrancó de las manos, estudió los símbolos grabados en la cubierta y dejó escapar un largo y entrecortado suspiro de satisfacción. Naga señaló a Wren y a Theo y preguntó algo, pero la stalker restó importancia a la pregunta con un gesto de la mano. Se sentó con las piernas cruzadas sobre los escombros, abrió el Libro de Hojalata y comenzó a leer.

—¿Y ahora, qué? —murmuró Theo—. Pensaba que querría interrogarnos.

—Creo que Naga también lo pensaba —dijo Wren.

Sin embargo, daba la sensación de que la stalker Fang se hubiera olvidado de ellos. Las tropas de la Tormenta Verde la observaban como si esperaran nuevas órdenes, pero ella estaba completamente absorta en el Libro de Hojalata. Naga murmuró algo a uno de sus compañeros. Entonces, una mujer joven y bonita vestida con una versión negra de los uniformes blancos que llevaban puestos los demás le dijo algo con una reverencia y bajó de un salto del escenario para acercarse adonde los tres prisioneros aguardaban.

—Por favor, acompañadme —dijo en nuestra lengua.

Wren experimentó alivio. Aquella persona parecía menos severa que el resto del destacamento de desembarco de la Tormenta Verde. «Doctora Zero», decía la placa identificativa de su uniforme debajo de un par de garabatos que, según supuso Wren, debían de significar lo mismo en shanguonés. Parecía demasiado joven como para ser médico. Sus ojos achinados y sus anchos pómulos le recordaron a Wren a los de sus amigos inuit de Anchorage, y su recortado cabello verde favorecía sorprendentemente las facciones de su rostro menudo. No obstante, su voz no denotaba ni rastro de amabilidad. Tomó el arma de uno de los soldados rasos y apuntó con ella a los dos prisioneros.

—Fuera, por favor. ¡Ahora!

Hicieron lo que les ordenaba. Mientras los dirigía a la terraza, Wren alzó la vista y vio que el enorme stalker que había visto antes volvía a mirarla. ¿Qué habría hecho

para resultarle tan interesante? Apartó rápidamente la vista, pero aún notaba cómo aquellos ojos verdes seguían sus movimientos.

La doctora Zero hizo un gesto con la pistola para que cruzaran la terraza y bajaran las escaleras, como si pretendiera llevarlos al jardín vallado con el resto de prisioneros. Sin embargo, al pie de las escaleras, en una terraza con forma de medialuna desde la que no se alcanzaba a ver ni a oír lo que ocurría en el salón de baile, los obligó a detenerse bruscamente y, con acento tan marcado, dijo:

—¿Qué es lo que os ha requisado la stalker?

—El Libro de Hojalata —dijo Wren—. El Libro de Hojalata de Anchorage.

La doctora Zero frunció el ceño, como si aquel fuera un nombre que nunca antes hubiera escuchado.

—¿No es a por lo que habéis venido? —preguntó Theo.

—Aparentemente. ¿Quién sabe? —La doctora Zero se encogió de hombros y miró hacia el salón de baile, bajando la voz como si temiera que su ama pudiera oírla —. A Su Excelencia no le ha parecido apropiado compartir con nadie sus motivos para atacar vuestra ciudad. ¿Qué es el Libro de Hojalata? ¿Qué lo hace tan importante como para que venga personalmente a buscarlo con sus naves de guerra?

—Cynthia dijo que, fuera lo que fuera lo que contuviera, el Libro de Hojalata podría terminar con la guerra —dijo Wren.

Lo único que intentaba era ser de ayuda, pero, de pronto, la doctora Zero se quedó mirándola. ¿Sería la luz de la luna lo que le había robado el color a su rostro? Sus ojos se quedaron abiertos de par en par mientras, más allá de donde estaba Wren, veía un terrible presagio de lo que estaba por venir.

—¡Ay! —jadeó—. ¡Claro! ¡Claro! El libro debe de contener la clave de algún tipo de arma de Vieja Tecnología. Tal vez algo parecido a MEDUSA, con poder suficiente para destruir ciudades enteras. ¡Y se lo habéis entregado a la stalker Fang! ¡Idiotas!

—¡Eso no es justo! —protestó Wren—. No ha sido culpa nuestra…

La doctora Zero dejó escapar una risita, pero no había rastro de diversión en ella. Solo miedo.

—Ahora depende de mí, ¿verdad? —preguntó—. Ahora depende de mí detenerla.

Se dio media vuelta y comenzó a correr por las escaleras que subían al salón de baile, dejando caer la pistola por el camino.

# 31

## El momento de la rosa

El general Naga, resentido todavía por que le hubieran negado la oportunidad de luchar contra Bengasi y el resto de ciudades, había llevado a sus conmocionadas tropas a registrar los niveles inferiores del Pabellón con la esperanza de encontrar alguna guarida oculta de guerreros urbanitas que le pudieran ofrecer una resistencia decente. En el salón de baile, unos cuantos stalkers de combate montaban guardia mientras la stalker Fang seguía allí sentada, leyendo. Las páginas metálicas del libro brillaban con un tenue verdor a la luz de sus ojos mientras las yemas de sus dedos de acero chasqueaban levemente al recorrer aquellas antiguas marcas arañadas en la superficie.

Shrike aguardaba junto a la ventana mirando a su ama, aunque sin verla realmente. En cambio, se concentró en el rostro que ahora llenaba su mente: el rostro de la joven prisionera que Enone Zero acababa de llevarse de allí. Estaba convencido, o casi convencido, de que había visto aquel rostro antes: aquellos ojos de color gris marino, aquella larga mandíbula, aquel cabello cobrizo habían provocado chispas de reconocimiento que ahora le recorrían la mente a la velocidad del rayo. Y a pesar de todo, cuando intentó buscar la correspondencia entre los rasgos de la chica y el resto de caras que almacenaba en su memoria, no encontró ninguna que encajara.

Hubo un ruido de pisadas que corrían por la terraza. Shrike se volvió y percibió que en el salón de baile, tras él, todos los demás stalkers también reaccionaban y sacaban las garras por si fuera necesario atacar. No era más que la doctora Zero.

—¡Señor Shrike!

Avanzó hacia él entre los cuerpos que había en la terraza. Estaba intentando sonreír, pero el gesto no le había salido del todo bien y había acabado convirtiéndolo en una especie de mueca. Shrike percibió su respiración entrecortada, el acelerado latido de su corazón, el agudo y delator aroma de su sudor, y supo que algo estaba a punto de suceder. Por el motivo que fuera, Enone Zero había decidido que aquel era el momento de usar su misteriosa arma contra la stalker Fang.

Pero ¿dónde estaba? Tenía las manos vacías: su elegante uniforme negro no dejaba lugar para que ocultara nada lo suficientemente potente como para herir a un stalker. Barrió velozmente el espectro con sus ojos buscando, sin éxito, un arma oculta o el característico olor de los explosivos.

—Señor Shrike —dijo la doctora Zero, deteniéndose junto a él y mirándole a la cara—. Hay algo importante que debo decirle.

Las gotas de sudor se abrían camino a través de los poros de su rostro. Shrike giró

la cabeza y escaneó todo el salón de baile, preguntándose si la doctora habría traído el arma consigo desde el Vórtice del Réquiem cuando aterrizaron. Inspeccionó también la terraza buscando dispositivos ocultos tras las estatuas de las balaustradas. Nada de nada.

Notó un roce en su mano. Bajó la vista. Los dedos de la doctora Zero se habían posado suavemente sobre su puño blindado. Ahora su sonrisa era sincera. Tras las gruesas lentes de sus gafas, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—«El momento de la rosa y el momento del tejo duran lo mismo» —le dijo.

Y Shrike comprendió.

Dio media vuelta y se apartó rápidamente de ella, adentrándose en el salón de baile. No era su intención: él no había ordenado a sus piernas que se movieran, pero lo hacían igualmente. Él era el arma de la doctora Zero: eso era lo que había sido desde el principio.

—¡DETENEDME! —consiguió gritar cuando ya se aproximaba a la stalker Fang.

Dos stalkers de combate dieron un salto para bloquearle el paso, pero él los inutilizó a ambos con dos golpes que les arrancaron la cabeza e hicieron que sus estúpidos y ciegos cuerpos se quedaran dando tumbos, despidiendo chispas y fluidos por doquier. Al menos había conseguido prevenir a Fang de lo que estaba sucediendo. Ella se dio media vuelta y se alzó para enfrentarse a él. El Libro de Hojalata resplandecía en sus largas manos.

—¿Qué está haciendo, señor Shrike?

Shrike no podía explicárselo. Se encontraba preso en su propio cuerpo, incapaz de controlar sus repentinos y deliberados movimientos. Sus brazos se levantaron por iniciativa propia, sus manos se flexionaron. De las yemas de sus dedos brotaron brillantes cuchillas, más largas y pesadas que sus antiguas garras. Como si estuviera a bordo de un tanque en plena fuga, observó cómo su cuerpo se abalanzaba sobre la otra stalker.

Fang desplegó sus propias garras y se lanzó a su encuentro. Chocaron el uno contra la otra, sus armaduras chirriaron y saltaron chispas. Del interior de la máscara mortuoria de bronce de la stalker Fang brotó un furioso rugido. El Libro de Hojalata cayó al suelo y el canutillo de cable oxidado se rompió, provocando que las páginas metálicas se desperdigaran por el suelo. «POR ESO NO CONSEGUÍA VER EL PELIGRO», pensó Shrike, recordando cómo los ágiles dedos de Enone Zero trasegaban en su cerebro durante todos aquellos solitarios turnos de noche en la Manufactura de Stalkers. ¿Cómo era posible que nunca hubiera imaginado lo que le estaba haciendo? Había buscado por todas partes el arma asesina, pero jamás había sospechado que pudiera ser él mismo. Y durante todo aquel tiempo había tenido incrustado en la mente el impulso de acabar con su nueva ama, un impulso que había esperado pacientemente a que Enone Zero pronunciara las palabras que lo activarían…

Ahora podía escucharla detrás de él, avanzando entre las ruinas del salón de baile, gritando como para alentarle:

—«El momento de la rosa y el momento del tejo»…

Liberándose, hundió las cuchillas de su mano derecha en el pecho de Fang y provocó un auténtico surtidor de chispas y lubricantes. Sus nuevas garras eran buenas, más duras que la piel de la stalker. Fang bufó de nuevo, con el uniforme gris hecho jirones, la armadura desgarrada y chorreando unos gruesos regueros de la sustancia que en su cuerpo hacía las veces de sangre. Enone Zero estaba tras ella gritando.

—¡No puedes hacerle daño! ¡Lo diseñé para matarte y le proporcioné las herramientas necesarias para hacerlo! ¡Armadura reforzada! ¡Garras de aleación de tungsteno! ¡Una fuerza con la que tú tan solo podrías soñar!

Irritada, la stalker Fang se lanzó hacia atrás y le propinó de refilón un golpe que la mandó a la otra punta del salón de baile. Shrike tomó carrerilla y aporreó con fuerza a su adversaria stalker. El impacto consiguió alejarla de la mujer desplomada y la propulsó a la terraza, bajo la luz de la luna. Más stalkers de batalla acudieron para intentar reducirlo, pero él les arrancó las piernas de una patada y les clavó las garras en las juntas del cuello (aparentemente, los cuellos eran el punto débil de los stalkers de Popjoy). Sus cabezas decapitadas repiquetearon en el suelo como sartenes caídas y sus verdes ojos se apagaron. Shrike apartó de su camino los estertóreos cuerpos a golpes. Uno de ellos se quedó enredado en los jirones de las cortinas que colgaban del interior de las ventanas reventadas, y las chispas que salían de su cuello las incendiaron. Las llamas treparon por la cortina y se extendieron rápidamente por el techo del salón de baile. Su luz colmó la armadura de Fang mientras la stalker intentaba huir, tambaleándose por la terraza, arrastrando una pierna, con un brazo colgando de un revoltijo de cables y llena de abolladuras y fugas, como si fuera un insecto a medio aplastar.

Shrike quería abandonar aquel combate. Quería volver al salón en llamas y ayudar a la doctora Zero. Sin embargo, aquel cuerpo rebelde tenía otras intenciones. Corrió hacia la stalker Fang y, para cuando esta arremetió contra él, ya estaba preparado: la sostuvo por la cabeza y hundió las cuchillas de los pulgares en sus ojos hasta que la luz verde se extinguió y notó que las garras raspaban los mecanismos internos de su cráneo.

Ella bufó, aulló y pataleó, arrancándole parte de la armadura del torso (Fang también tenía cuchillas en los pies, eso le pilló desprevenido), pero Shrike la estampó con fuerza contra la balaustrada que bordeaba la plataforma. La mampostería se astilló, fragmentos de columnas y arquitrabes explotaron con la blancura de la luz de la luna y Fang cayó entre ellos. Shrike, cuyos nervios vibraban con la feroz alegría de un guerrero stalker, saltó tras ella.

* * *

¿Y Wren? ¿Y Theo? Abandonados por sus captores, habían permanecido quietos en la terraza con forma de medialuna mirándose embobados, sin atreverse a creer que se hubieran olvidado de ellos y demasiado sobresaltados por los espeluznantes ruidos procedentes de las alturas como para arriesgarse a huir. Ahora, una lluvia de trozos de la balaustrada caía a su alrededor y la stalker Fang y su atacante se precipitaron desde la plataforma superior como cometas llenos de espinas. Encogida contra Theo y con los ojos abiertos de par en par, Wren lo observaba todo: un enfrentamiento entre stalkers era algo que nadie había presenciado en siglos; no, al menos, desde que los Imperios Nómadas del norte habían enviado sus ejércitos de no muertos a combatir entre sí allá por los años perdidos previos a los albores de la Tracción, cuando los hombres eran hombres y las ciudades se quedaban quietas allá donde las hubieran puesto.

—Pero yo creía que estaba de su parte… —protestó Wren.

—¡Shhh! —la acalló Theo con vehemencia, temeroso de que sus palabras pudieran alertar a los stalkers.

Pero los stalkers tenían otras cosas en mente. Fang consiguió rechazar a Shrike, que salió despedido hacia atrás de una patada, pero ya no tenía fuerzas para continuar luchando. En cambio, buscó una vía de escape y pidió socorro con una vocecilla susurrante. Se agarró a la barandilla del borde de la terraza y, cuando Shrike se recobró y volvió a golpearla violentamente por la espalda, ladeó el cuerpo y se dejó caer a los jardines.

Shrike saltó tras ella. Podía escuchar los alarmados gritos de los nacidos una vez a sus espaldas. Cuando miró atrás, vio que Naga y sus hombres llegaban al balcón quebrado y miraban hacia abajo. Él prosiguió su carrera siguiendo el rastro de aceite e icor que la stalker herida iba dejando a su paso. En un primer momento parecía que se dirigiera al Vórtice del Réquiem, pero ahora estaba ciega y tal vez el resto de sus sentidos también habían sufrido daños. Shrike siguió su olor a mecanismos enfermos entre los espesos matorrales, a través de los verdes pasadizos del laberinto de setos, descendiendo por la empinada ladera del parque. Fang se detuvo al llegar a las barandillas del borde externo. El brazo arrancado le colgaba inútil en un costado y apenas tenía fuerzas para levantar el otro. Sus garras se deslizaban y chirriaban como tijeras rotas.

—LO SIENTO —se le escapó a Shrike, henchido de piedad.

—¡Esa tal Zero! —siseó la stalker Fang—. Ella es una traidora, y tú eres su criatura. Debería haber sido más sensata y no haber puesto mi confianza en una nacida una vez…

Shrike le arrancó la máscara de bronce de la cara con un brutal puñetazo. La cabeza de Fang quedó colgando hacia atrás sobre las maltrechas juntas del cuello y la luz de la luna se derramó sobre la faz de la aviadora muerta: un cadavérico rostro gris, labios negros retraídos sobre unos dientes como huesos de aceituna, bombillas verdes reventadas donde deberían haber estado los ojos. Levantó la mutilada mano de

acero para ocultarse y aquel gesto tan familiar desconcertó a Shrike. ¿Dónde lo había visto antes?

Ella le dio repentinamente la espalda, torpe y rota, con los ciegos ojos alzados hacia las estrellas.

—¿La ves? —le preguntó—. ¿La más brillante al este? Es ODÍN, la última de las grandes armas orbitales que los Antiguos enviaron al cielo. Lleva allí, esperando aletargada, desde la Guerra de los Sesenta Minutos. Es poderosa. Lo suficiente como para destruir un sinfín de ciudades. Y el Libro de Hojalata de Anchorage contiene el código que la despertará. Ayúdeme, señor Shrike. Ayúdeme a despertar a ODÍN y a conseguir un mundo reverdecido.

Shrike le cortó el cuello con tres virulentos puñetazos y su largo alarido se apagó cuando la cabeza se desprendió por completo.

Arrojó el cuerpo por la barandilla y después recogió del suelo la cabeza y la máscara y las lanzó también al vacío. La luz de la luna le arrancó a la máscara mortuoria un destello en su caída y la furia de Shrike y sus renovadas fuerzas parecieron abandonarlo de repente. Unos abruptos patrones de interferencia chisporrotearon en su mente cuando los instintos ocultos que Enone Zero había instalado en su mente se apagaron. Los recuerdos cayeron volando sobre él como una bandada de murciélagos. Alzó las manos para esconderse de ellos, pero siguieron llegando a borbotones. No eran los serenos y tristes recuerdos humanos que habían poblado su mente mientras yacía apagado en Isla Negra, sino los recuerdos de todas las atrocidades que había cometido desde que se había convertido en stalker: las batallas y los asesinatos, los criminales nacidos una vez masacrados a cambio de un botín, aquella vez que le había arrebatado la vida a un muchachito vagabundo en Puertoaéreo por el simple placer de matar. ¿Cómo podía haber hecho tales cosas? ¿Cómo era posible que no hubiera experimentado entonces la vergüenza y la culpa que lo sobrecogían ahora?

Y entonces, un rostro cuajado de cicatrices afloró en su memoria como algo que resurge de aguas profundas, tan claro que casi podía ponerle nombre:

—H… HES…

—¡Ahí está! —gritaron unas voces que se aproximaban a su espalda; soldados nacidos una vez que salían atropelladamente de entre los matorrales—. ¡Detenedlo! ¡Detente, stalker, en nombre de la Tormenta Verde!

Liderados por Naga, que iba enfundado en su chirriante armadura de combate, los nacidos una vez lo cercaron con cautela, sosteniendo enormes cañones de mano y metralletas a vapor.

—¿Dónde está? —exigió saber Naga—. ¿Qué has hecho con la stalker Fang?

—ESTÁ MUERTA —dijo Shrike. Apenas podía ver a los soldados: las cicatrices de aquel rostro ocupaban toda su mente—. LA STALKER FANG ESTÁ MUERTA. DOS VECES MUERTA. YO LA HE DESTRUIDO.

Naga añadió algo más, pero Shrike no alcanzó a oírlo. Tenía la sensación de estar

desmembrándose, disolviéndose en óxido, y de que lo único que lo mantenía íntegro era ese recuerdo, esa cara. Era la niña que había salvado, la única buena acción que había hecho nunca.

—HES… HEST…

Olvidándose de los soldados, echó a correr. Los stalkers intentaron detenerlo y él los apartó a golpes. Las balas bailaban en su armadura, pero él apenas podía notarlas. En el interior de sus ojos se proyectaban avisos de daños, pero él no podía verlos.

—¡HESTER! —aulló, y los jardines se lo tragaron.

# 32

## El vuelo del Rollo Ártico

Sobre el pavimento ladeado de Ocean Boulevard, bajo una boina de humo, se arremolinaban los banderines y los sombreros de papel, los restos de las fiestas callejeras que habían terminado abruptamente cuando comenzó el ataque aéreo.

Tom, Hester y Fishcake avanzaban lentamente entre las sombras, intentando esquivar a las bandas de saqueadores y esclavos amotinados que deambulaban por las arcadas derruidas. Un elenco de llamas danzaba en el escenario del teatro al aire libre y, cada pocos minutos, las plataformas se sacudían cuando uno de los tanques de gas del puerto aéreo explotaba, proyectando lluvias de escombros sobre las azoteas y aguijoneando la Piscina Marítima con un millar de blancas salpicaduras. Los intrincados y deshilachados disfraces de los fallecidos que habían asistido al carnaval se mecían suavemente bajo la brisa nocturna como el plumaje de pájaros masacrados.

—Aún hay disturbios en las plataformas inferiores —dijo Tom, escuchando los ruidos que retumbaban a través de los huecos de las escaleras—. ¿Cómo vamos a regresar a la Gusano de Hélice?

Hester rio. Aún se sentía feliz y orgullosa por cómo había conseguido liberar a Tom de las celdas de Shkin, y ni siquiera la insistencia de llevarse con él a Fishcake había conseguido arruinarle el buen humor más que por un rato.

—¡Se me había olvidado! —dijo—. ¿Puedes creértelo? Con tantas emociones, es como si se me hubiera borrado de la mente. Tom, ya no necesitamos la Gusano de Hélice. Al fin y al cabo, no podemos volar a la Nube 9 en una lapa, ¿verdad?

—¿Estás hablando de una nave? —preguntó Tom con reservas—. ¿Y cómo pretendes que nos hagamos con una nave? Todas han ido abandonando el puerto aéreo durante la batalla y, por cómo sonaban, todas llevaban exceso de pasaje.

Hester se detuvo y sonrió a Tom mientras Fishcake se encogía de miedo detrás de él.

—La Jenny Haniver está aquí —dijo—. En ese estúpido museo sobre Pennyroyal. Nos ha estado esperando, Tom. La robaremos. Eso se nos solía dar bien.

Ella le explicó velozmente la historia y ambos se dirigieron entonces hacia Old Steine a la carrera. A través del fuego les llegaban gritos y sonidos de cristales rotos y, en ocasiones, de disparos.

De las farolas colgaban cadáveres de funcionarios menores del Ayuntamiento y prometedores artistas de *performances*. Hester caminaba con la pistola lista para disparar mientras Fishcake la observaba y recordaba la promesa que había hecho de acabar con ella. Deseó tener el coraje necesario para ello, pero le tenía demasiado

miedo. Y había algo en la forma en que ella miraba a Tom, una especie de ternura, que lo descolocaba, que le hacía pensar que tal vez no fuera mala del todo y que tal vez sería bonito vivir con los Natsworthy. Tímidamente, se atrevió a tomar la mano de Tom.

—¿Iba en serio lo que dijiste antes? —le preguntó—. ¿Lo de que puedo ir con vosotros? ¿De verdad me llevaréis a casa con vosotros, en Vineland?

Tom asintió y trató de sonreír para animarle.

—Solo tenemos que hacer una paradita en la Nube 9, de camino…

Sin embargo, cuando llegaron a Old Steine, vio los cabos de amarre desperdigados alrededor de la parada del teleférico. La Nube 9 había desaparecido.

—¡Ay, Quirke! —exclamó—. ¿Dónde está?

No se le había pasado por la cabeza que la Nube 9 no fuera a estar allí suspendida. Esperaba encontrársela dañada, como el resto de Brighton, pero disponible para volar y con Wren en algún lugar esperando a ser rescatada. Ahora se daba cuenta de lo necio que había sido. Aquel palacio flotante y su nube de células de gas debían de haber sido un blanco sencillísimo para los aerodestructores de la Tormenta.

—Wren… —susurró. Era incapaz de creer que los dioses le hubieran llevado tan cerca de ella solo para volver a arrebatársela.

Hester le tomó las manos y se las apretó con fuerza.

—Vamos, Tom —le dijo—. Si conseguimos salir de este antro, aún podemos encontrar ese estúpido palacio flotante, ya esté hundido en el mar o a la deriva. Recuerda: lo gobierna Pennyroyal, así que no habrá ofrecido demasiada resistencia.

Señaló hacia la sucia fachada blanca de la *Experiencia Nimrod Pennyroyal*. El muro frontal tenía un par de grietas bastante feas y estaba inclinada sobre el pavimento. Las puertas se habían desprendido de sus bisagras. Mientras Hester guiaba a Fishcake y a Tom al interior, se apoderó de ella un miedo terrible de que fuera demasiado tarde, de que algún otro desesperado refugiado hubiera llegado allí antes que ella y se hubiera llevado la Jenny. Sin embargo, cuando subió corriendo las escaleras, encontró su vieja aeronave esperándola justo donde la había dejado. El techo de cristal se había roto, tapizando de esquirlas el suelo y la cubierta de la Jenny, pero la nave parecía completamente ilesa. De hecho, la habían limpiado un poco desde la última vez que Hester la había visto y en un costado le habían pegado un número 1 de gran tamaño como preparativo para la regata. Incluso tenía un par de cohetes pequeños en los depósitos.

Tras ella, Tom llegó a lo alto de las escaleras y frenó en seco.

—Het —dijo—. Ay, Het. —Las lágrimas se derramaban por su rostro. Empezó a reírse de sí mismo mientras se las enjugaba—. ¡Es nuestra nave!

—¡Menudo montón de chatarra! —exclamó Fishcake, poniéndose un abrigo que le había quitado a una de las estatuas de cera del piso de abajo.

—Fishcake, mira a ver si puedes encender las luces —le pidió Tom, y luego se

montó en la góndola.

La vieja nave olía como un museo. Se agachó bajo los cables sueltos y pasó las manos por los paneles de control, reconociendo la familiar disposición de los instrumentos. Fuera, en la habitación, las luces se encendieron y brillaron con fuerza a través de los cristales recién limpiados de la Jenny.

—¿Recuerdas cómo funciona? —preguntó Hester tras él. Hablaba con ese tono susurrado que solo se usa dentro de los templos sagrados.

—Oh, sí —respondió Tom, también susurrando—. Esas cosas nunca se olvidan…

Se agachó respetuosamente y tiró de una palanca. Un bote hinchable cayó de uno de los compartimentos del techo y lo golpeó. Lo escondió debajo de la mesa de los mapas y probó con otra palanca. Esta vez, la Jenny se estremeció y se movió, y el museo se llenó con el creciente fragor de los aeromotores gemelos Jeunet-Carot.

Afuera, cubriéndose los oídos con las manos y envuelto en el humo de los tubos de escape, Fishcake tosía y gritaba:

—¿Cómo vais a sacarla?

—El tejado se abre —respondió Hester también a gritos, señalando hacia arriba.

Fishcake sacudió la cabeza.

—Yo no creo que…

Tom apagó los motores y sacó el cuerpo por la escotilla de la Jenny para mirar al techo. Ahora, con las luces encendidas, era fácil comprender por qué nadie más se había molestado en ir a robarla. Un grueso cabo de amarre, uno de los cables que unían Brighton con la Nube 9 se había estrellado sobre la *Experiencia Nimrod Pennyroyal,* destrozó el techo de cristal que había sobre ella e hizo ceder las delicadas vigas y puntales del techo.

—¡Ay, Quirke todopoderoso! —exclamó Tom.

Empezaba a pensar que su dios le estaba tomando el pelo. Si sobrevivía a aquello, consideraría seriamente la posibilidad de buscarse una deidad distinta. Volvió corriendo a la cabina de vuelo y le dijo a Hester:

—¡El techo está derrumbado! ¡No vamos a poder sacarla!

—¡Alguien viene! —gritó Fishcake asomándose por una de las ventanas del museo—. ¡Un grupo muy grande! Creo que son muchachos perdidos; deben de estar acercándose para ver a qué se debe este ruido.

Hester miró hacia el techo a través de las ventanillas del morro de la Jenny.

—¿No crees que podamos mover esos escombros?

Tom sacudió la cabeza.

—Ese cabo pesa más que nosotros dos juntos. ¡Estamos atrapados aquí dentro!

—No te preocupes —dijo Hester—. Ya se nos ocurrirá algo. —Cerró el ojo y trató de concentrarse mientras Fishcake corría de ventana en ventana gritándoles algo a los muchachos perdidos. Entonces miró a Tom y le dedicó una sonrisa pícara—. Se me ha ocurrido una cosa —declaró.

Empezó a pulsar interruptores en el largo y polvoriento panel de controles. La

Jenny Haniver dio una sacudida que hizo que Tom se cayera de espaldas. Entre el ruido de los motores al encenderse y el de las abrazaderas de amarre al soltarse, al principio no se dio cuenta de lo que Hester había hecho. Luego, cuando la onda expansiva de las dos explosiones simultáneas hizo que las ventanas se combaran y que la Jenny se elevara y saliera propulsada hacia delante, vio que había descargado los lanzacohetes sobre la pared frontal medio derruida, provocando que esta se desplomara en la calle y dejara una abertura lo suficientemente grande como para que la pequeña aeronave pudiera salir al cielo.

—¡Te has olvidado de Fishcake! —gritó Tom por encima del largo chirrido que hizo uno de los motores al arañar la pared del museo.

—¡Ay, vaya! —respondió Hester, también a voces.

—¡Vuelve a por él!

—No lo necesitamos, Tom. Es *persona non grata* en este viaje.

Tom regresó tambaleándose hacia la escotilla abierta, extendió un brazo y gritó el nombre de Fishcake. El chiquillo corría hacia la góndola, cada vez más alta, con las manitas extendidas y el rostro blanco y aterrorizado bajo una máscara de polvo de escayola que le hacía parecer un payaso triste. Con el rugido de los motores y el sordo silbido de las explosiones que aún zumbaba en sus oídos, Tom no consiguió distinguir qué decía, pero tampoco le hizo falta.

—¡Volved! —gritaba Fishcake mientras la Jenny Haniver se elevaba ya sobre el humo y el polvo y se balanceaba sobre una Old Steine moteada por los desconcertados rostros de los muchachos perdidos y los saqueadores vueltos hacia el cielo, el lugar al que la Jenny pertenecía—. ¡No me deje aquí! ¡Señor Natsworthy! ¡Por favor! ¡Vuelva! ¡Vuelva! ¡Vuelvaaa!

* * *

La Jenny Haniver proseguía su vuelo, oscilando de forma un tanto inestable a un lado y a otro mientras Tom y Hester se peleaban entre sí por los controles.

—¡Por amor de Quirke! —gritó Tom—. ¡Tenemos que volver! ¡No podemos dejarlo atrás!

Hester le soltó las manos de las palancas del timón y le empujó a un lado. Tom se estrelló contra la mesa de los mapas y se desplomó pesadamente, gritando de dolor.

—¡Olvídate de él, Tom! —le gritó ella—. ¡No podemos confiar en él! Además, ¡dijo que la Jenny Haniver es un montón de chatarra! ¡Tiene suerte de que no le haya apuñalado!

—¡Pero si solo es un niño! ¡No puedes abandonarlo sin más! ¿Qué será de él?

—¿A quién le importa? ¡Es un muchacho perdido! ¿Se te ha olvidado lo que le hizo a Wren?

De repente, la Jenny se encontró flotando en el aire limpio, bajo la luz de la luna.

El humo yacía a unos cincuenta metros por debajo de la góndola como una explanada de nieve sucia y las superestructuras moteadas de incendios de Kom Ombo y Bengasi asomaban a través de ella a unos cuantos kilómetros a babor. Había un gran trajín de aeronaves, pero ninguna mostró ningún interés en la Jenny Haniver.

Hester inspeccionó el cielo que había frente a ellos y, a lo lejos, hacia el sur, distinguió las destrozadas cubiertas de la Nube 9. Apuntó el morro de la Jenny Haniver hacia allí, fijó los controles y se arrodilló junto a Tom. Él la miró con una expresión extraña y, de repente, ella se dio cuenta de que le tenía miedo. Eso le hizo gracia. Tomó su rostro entre las manos y le besó, y lamió las lágrimas saladas que se le habían acumulado en las comisuras de la boca, pero él giró la cabeza. Entonces fue ella la que empezó a sentir miedo. ¿Habría ido demasiado lejos aquella vez?

—Lo siento —le dijo, aunque no era verdad—. Mira, Tom, lo siento. Me he equivocado. Me asusté. Regresaremos, si es lo que quieres.

Tom se apartó de ella y se incorporó con dificultad. No podía quitarse de la cabeza la extraña sonrisa que aleteaba en los labios de Hester mientras le liberaba del Pimentero.

—Lo disfrutas, ¿verdad? —le dijo—. Cuando matabas a toda esa gente en el edificio de Shkin, lo estabas disfrutando…

—Eran esclavistas, Tom —respondió ella—. Eran villanos. Fueron quienes vendieron a Wren. Vendieron a nuestra niñita. El mundo es un lugar mejor ahora que ellos no están en él.

—Pero…

Ella sacudió la cabeza y dejó escapar un grito de frustración. ¿Por qué era incapaz de entenderlo?

—Mira —le dijo—, nosotros somos gente sencilla, ¿no es así? Siempre lo hemos sido. Gente sencilla e insignificante que solo intenta vivir su vida, pero siempre estamos a merced de hombres como el Tío, y Shkin, y Margard, y Pennyroyal, y…, y Valentine. Es agradable sentirse tan poderoso como ellos; es agradable poder defenderse y equilibrar un poco las cosas.

Tom no dijo nada. A la luz de los paneles de instrumentos, Hester vio que le había empezado a salir otro moratón allí donde se había golpeado la cabeza con la mesa de mapas.

—Pobre Tom —dijo, inclinándose para volver a besarle, pero él retrocedió de nuevo, con los ojos clavados en los indicadores de combustible.

—Los tanques solo tienen medio depósito —dijo—. Lo sabías cuando despegamos. Si regresamos, tal vez nunca consigamos alcanzar a Wren. Y, de todas maneras, esos esclavos ya habrán atrapado al pobre Fishcake.

Hester se encogió de hombros, incómoda, y deseó que Tom le dejara abrazarlo. Su obsesión con los muchachos perdidos la enfurecía. ¿Por qué siempre tenía que preocuparse tanto por el resto de la gente? Intentó contenerse.

—Fishcake sabrá cuidar de sí mismo —le prometió.

Tom la miró esperanzado, queriendo creer que lo que decía era cierto.

—¿De verdad lo crees? Es tan pequeño…

—Debe de tener unos doce años, si no me equivoco. Yo viví sola en la Zona Exterior cuando no era mucho mayor que él, y me las apañé bien. Y yo no contaba con la formación que él ha recibido en el Ladronarium. —Acarició el rostro de Tom —. Iremos a buscar a Wren —le prometió—. Luego buscaremos combustible y regresaremos a Brighton a por Fishcake, cuando las cosas se hayan calmado un poco.

Ella le rodeó con sus brazos y esta vez él no se apartó, aunque, en realidad, tampoco le devolvió el abrazo. Le besó y le pasó los dedos entre el pelo, cada vez más escaso. Detestaba discutir con él. Y también detestaba a Fishcake por haber provocado que se pelearan. Esperaba que los demás muchachos perdidos ya estuvieran usando su odiosa cabecita como pelota de fútbol.

# 33

## Partidas

Theo y Wren no se quedaron esperando a que la Tormenta volviera a capturarlos. Iban corriendo por los jardines cuando escucharon el agónico grito de la stalker Fang reverberar entre los árboles.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Wren, frenando y consternada por el terrible y solitario alarido.

—No lo sé —dijo Theo—. Algo malo, creo.

Los dos se agacharon entre los matorrales cuando otro escuadrón de la Tormenta Verde pasó corriendo junto a ellos. Los cascos de los soldados parpadeaban con una luz anaranjada. Cuando miró a sus espaldas, Wren vio que el Pabellón había empezado a arder.

—¡Theo! ¡Está en llamas!

—Lo sé —le dijo. Estaba muy cerca de ella; tanto, que a la luz del fuego Wren alcanzó a distinguir la piel de gallina que cubría su pecho desnudo y también que tiritaba ligeramente bajo la fría brisa. De repente, la rodeó con sus brazos—. Deberías dejar que la Tormenta te atrape, Wren. La Nube 9 está cayendo. Estarías más segura si fueras su prisionera. Yo no puedo permitir que me apresen, pero tú sí podrías. Parecían sensatos, ese tal Naga, y Zero, la mujer. Deberías volver.

—¿Y qué hay de ti? —le preguntó—. No puedo dejarte aquí.

—Estaré bien —le dijo. Luego, repitió, intentando parecer más convencido de ello—: Estaré bien. Este lugar se está hundiendo poco a poco. Saldré al desierto e intentaré dirigirme al sur: hay una colonia estática en las montañas del Tibesti, al sur del mar de arena. Tal vez consiga llegar a pie.

—No —dijo Wren apartándose de él. Cuando Theo la abrazaba, su cerebro dejaba de funcionar y sentía impulsos de darle la razón en todo lo que decía, pero en el fondo sabía que lo que decía era una patraña. Aunque sobreviviera a la caída de la Nube 9, disponerse a cruzar el desierto a pie era un suicidio—. Me quedo contigo —le dijo—. Encontraremos una manera de escapar, y no hay más que hablar. Vamos, regresemos al aeródromo. Tal vez haya alguna máquina voladora que aún se pueda usar…

Salió disparada por los humeantes jardines sintiéndose inmensamente esperanzada y bastante complacida consigo misma, pero cuando Theo y ella llegaron de nuevo al aeródromo, vio que estaba mucho más destruido de lo que pensaba. Los hangares y barracas prefabricados de los Hurones habían sido aplastados, los escombros estaban desperdigados por las pistas y de las máquinas que habían sido

sorprendidas aún en tierra solo quedaban humeantes astillas. Sin embargo, en las ruinas del cenador donde había hablado con Orla Twombley la noche anterior encontró un par de túnicas con forro de vellón absurdamente colgadas de un perchero que aún seguía en pie, intacto en medio de los cascotes. Parecía una especie de premio de consolación. Le lanzó una de ellas a Theo, que se la echó, agradecido, sobre las alas plateadas de ángel desterrado del cielo.

Arrebujándose en el interior de la otra chaqueta, Wren intentó pensar en un nuevo plan.

—De acuerdo —dijo—. Puede que, efectivamente, terminemos en el desierto. Necesitaremos agua y comida. Y una brújula nos vendría de maravilla.

Theo no la estaba escuchando: un crujido en el follaje junto a las ruinas había captado su atención. Le hizo un gesto a Wren para que guardara silencio.

—¡Ay, dioses! —susurró—. ¿No será otra vez la Tormenta?

Pero no era más que Nimrod Pennyroyal. El primer disparo de Shkin había impactado en el Libro de Hojalata que llevaba metido en la toga de noche y le había roto varias costillas; el segundo le había rozado la sien, dejándolo inconsciente y con un lado de la cara cubierto de sangre. Sin embargo, había recuperado la consciencia y había conseguido llegar arrastrándose hasta el aeródromo con la misma idea que habían tenido Wren y Theo de buscar una forma de escapar de la Nube 9. Mirándoles lastimeramente desde los matorrales, susurró:

—¡Socorro!

—Déjale —dijo Theo cuando Wren corrió hacia él.

—No puedo —dijo Wren.

Deseó poder hacerlo. Después de todas las cosas que había hecho, Pennyroyal no merecía su ayuda, pero no ayudarle la convertiría a ella en alguien tan despreciable como él. Se arrodilló a su lado y se arrancó un jirón del borde de la túnica para vendarle la cabeza.

—Buena chica —lloriqueó Pennyroyal mientras ella trabajaba—. Creo que, cuando me he caído, también me he roto la pierna… ¡Ese demonio de Shkin! ¡Animal! ¡Me ha disparado! ¡Me ha disparado y ha huido!

—Bueno, ahora ya sabe cómo se sintió el pobre Tom Natsworthy —dijo Wren.

El improvisado vendaje quedó empapado de sangre en cuanto Wren lo hubo colocado en su sitio. Se arrepintió de no haber prestado más atención a las clases de primeros auxilios de la señora Scabious en Vineland.

—¡Eso fue completamente distinto! —dijo Pennyroyal—. Fue… ¡Poskitt bendito! ¿Cómo sabes tú lo de Tom Natsworthy?

—Porque soy su hija —dijo Wren—. Lo que Shkin le contó sobre mí era cierto. Tom es mi padre. Hester es mi madre.

Pennyroyal dejó escapar unos gorgoteos y sus ojos, llenos de terror y dolor, casi se le salieron de las órbitas. Cuando vio que Wren se arrancaba otra tira de tela de la ropa, le dio la sensación de que iba a estrangularle con ella.

—¿Hay alguien en esta condenada plataforma que sea quien dice ser? —preguntó con voz débil, y luego se desplomó, pesado e inerte, en brazos de Wren.

—¿Está muerto? —preguntó Theo, apareciendo tras ella.

Wren negó con una sacudida de cabeza.

—Solo es una herida superficial, creo. Se ha desmayado. Tenemos que ayudarle, Theo. Nos salvó de Cynthia.

—Sí, pero solo para poder hacerse de nuevo con el Libro de Hojalata —dijo Theo—. Déjale. Tal vez los de la Tormenta lo encuentren y se lo lleven cuando se vayan…

Pero tras ellos, con un rugido de aeromotores, las Polillas Halcones y los Espíritus del Zorro ya estaban empezando a levantar el vuelo tras los árboles, arrojando largas sombras sobre el humo mientras se abrían camino entre los aparejos de la Nube 9. La Tormenta se estaba marchando de allí.

* * *

A Enone Zero la arrancó de sus sueños el olor de las cortinas quemadas. Notaba que la cabeza le dolía y, cuando intentó respirar, un humo áspero se le coló hasta el fondo de la garganta y le hizo toser, y jadear, y darse la vuelta hasta quedar de espaldas.

Las llamas descendían sobre ella como una especie de líquido resplandeciente en sinuosas oleadas por las molduras del techo del salón de baile. Se impulsó para levantarse y buscar a tientas sus gafas, pero las gafas estaban aplastadas y las llamas ya se alzaban a su alrededor. A través de ellas vio que las páginas desperdigadas del Libro de Hojalata habían empezado a ennegrecerse.

Se lanzó a través de una cimbreante cortina de fuego hacia la terraza, que era una borrosa mancha de humo, de luz procedente del incendio y de cuerpos que huían a la carrera. Mientras ella intentaba cruzarla dando tumbos y buscando las escaleras, el general Naga le cortó el paso. Enone retrocedió para apartarse de él, tropezó con el cuerpo de un stalker caído y se quedó sentada e indefensa en la trayectoria del acorazado general.

—¿Doctora Zero? —preguntó—. Este… Este ataque… ¿Ha sido obra suya?

Enone sabía que iba a matarla. El miedo la rebasaba hasta tal punto que se le escapaba de la boca en forma de débiles y agudos ruiditos. Cerró los ojos con fuerza y susurró una plegaria al dios de la capilla en ruinas de Tienjing porque, aunque nunca había tenido demasiado tiempo para preocuparse de los dioses, Él debía de comprender lo que eran el pánico, el sufrimiento y el terror. Y entonces el miedo la abandonó, y abrió los ojos, y tras el fuego flotaba la luna, blanca y llena, y pensó que era lo más hermoso que había visto en su vida.

Sonrió al general Naga y dijo:

—Sí. Ha sido obra mía. Instalé unas instrucciones secretas en el cerebro del

stalker Shrike. Lo creé para destruirla. Era necesario.

Naga se arrodilló y sus grandes manos metálicas le aferraron la cabeza. Se inclinó hacia delante y depositó un torpe beso entre sus cejas.

—¡Magnífico! —dijo mientras la ayudaba a incorporarse—. ¡Magnífico! Así que programar a un stalker para matar a otro, ¿eh?

La guio lejos del fuego, entre los grupillos de tropas y conmocionados aviadores que los observaban iluminados por el fuego, y la ayudó a cruzar el jardín hasta el Vórtice del Réquiem. Le quitó una capa a alguien y envolvió con ella sus temblorosos hombros.

—¡No se imagina cuánto tiempo llevo esperando este día! —dijo—. Ah, fue una buena líder durante unos cuantos años, al principio, pero luego la guerra empezó a alargarse y ella no dejaba de desperdiciar vidas de hombres y naves como si fueran fichas de un tablero. ¡Cuánto tiempo habré estado yo pensando un modo de…! ¡Y usted lo ha hecho! ¡Nos ha librado de ella! Su amigo, el señor Shrike, ha escapado, por cierto. ¿Es peligroso?

Enone negó con una sacudida de cabeza, imaginándose por lo que debía de estar pasando Shrike.

—Es difícil de saber. Reprimí algunos de sus recuerdos para hacer sitio a mis programas secretos. Ahora que ha completado su misión, los recuerdos empezarán a resurgir. Estará confundido… Tal vez demente… Pobre señor Shrike.

—No es más que una máquina, doctora.

—No, es más que eso. Debe ordenar a sus hombres que lo busquen.

Naga apartó a un par de centinelas con un gesto de la mano y subió por la rampa del Vórtice del Réquiem. Una vez dentro de la góndola, condujo a Enone a una silla. Enone se sentía terriblemente cansada. Su propio reflejo le devolvía la mirada desde la bruñida pechera del general, manchada de sangre y cenizas y aparentemente desnuda ante sus ojos sin gafas. Naga le dio una palmadita en el hombro y murmuró con voz ronca:

—Tranquila, muchacha, tranquila —como si estuviera hablando a un animal espantado. Tenía la sensibilidad de un soldado, torpe y desacostumbrada a la ternura—. Eres una jovencita muy valiente.

—No lo soy. Tenía miedo. Tanto miedo…

—Pero en eso consiste la valentía, querida mía. En superar los miedos. Si no tienes miedo, no cuenta. —Se sacó una petaca de un compartimento de la armadura—. Toma, prueba un poco de brandi; te ayudará a tranquilizarte. Por supuesto, no permitiremos que nadie se entere de que tú has sido la responsable. Al menos, oficialmente, debemos llorar la muerte de la stalker Fang. Culparemos a los urbanitas. ¡Esto inspirará a nuestros guerreros como ninguna otra cosa desde el comienzo de esta guerra! Lanzaremos ofensivas en todos los frentes; vengaremos la caída de nuestra líder…

Enone escupió al notar el áspero sabor del brandi y apartó la petaca de sí.

—¡No! —dijo—. La guerra debe parar…

Naga rio, malinterpretando sus palabras.

—¡La Tormenta aún puede ganar batallas sin necesidad de que esa bruja de hierro nos diga qué hacer! No se preocupe, doctora Zero. Nos irá mejor sin ella. Bombardearemos esas ciudades bárbaras hasta la destrucción. Y cuando haya ocupado mi lugar como líder, usted será recompensada: palacios, dinero, cualquier trabajo que desee…

Abrumada, Enone sacudió la cabeza. Al contemplar cómo aquel hombre enfundado en su armadura recorría la góndola atestada y dañada por la batalla, se dio cuenta de que había infravalorado a la Tormenta Verde: la guerra los había creado a ellos y ellos se asegurarían de que la lucha continuara hasta el infinito.

—No —dijo—. Eso no ha sido para lo que…

Pero el general Naga ya se había olvidado momentáneamente de ella y estaba repartiendo órdenes entre sus suboficiales.

—Envíe un mensaje a todas las frecuencias: la stalker Fang ha caído en combate. Necesitamos calma y estabilidad en este trágico momento, etcétera, etcétera. Para poder continuar con nuestra gloriosa lucha contra la barbarie traccionista, asumo el Comando Supremo. Preparen el Vórtice del Réquiem para su partida: quiero estar de regreso en Tienjing antes de que nuestros camaradas intenten hacerse por su cuenta con el poder.

—¿Y los prisioneros, general?

Naga dudó, miró a la doctora Zero y dijo:

—No comenzaré mi gobierno con una masacre. Subidlos a bordo. Pero, por favor, ordenad a la mujer de Pennyroyal que deje de cantar.

* * *

El stalker Shrike observó desde su escondite entre los matorrales cómo los grupos de abordaje regresaban a la carrera al Vórtice del Réquiem. Alguien gritaba a través de un megáfono:

—¡Señor Shrike! ¡Señor Shrike! ¡Suba a bordo! ¡Estamos a punto de partir!

Shrike sabía que la doctora Zero debía de haber ordenado que lo buscaran y, aunque se sintió agradecido con la cirujana mecánica, no se dejó ver. Tenía que permanecer en la Nube 9. La muchacha que había visto fuera del salón de baile no estaba entre los prisioneros que la Tormenta conducía al interior del aerodestructor. Si ella se quedaba, Shrike también lo haría. De alguna manera que aún no lograba discernir, aquella muchacha tenía alguna conexión con Hester. Tal vez, manteniéndose cerca de ella consiguiera encontrar a Hester de nuevo.

# 34

## Quien lo encuentra, se lo queda

Fishcake estaba tumbado en las dunas que quedaban tras la playa. Entumecido de frío y traición, observó cómo Brighton encendía sus maltrechos motores y se alejaba navegando, torcida, mientras las estridentes voces de los victoriosos muchachos perdidos se disipaban por el agua junto con el humo.

Había conseguido escapar con vida por muy poco. Cuando los muchachos perdidos asaltaron el museo, él salió corriendo como una liebre en una cacería por la puerta trasera y escapó por las calles en llamas mientras sollozaba desesperadamente: «Señor Natsworthy, vuelva, vuelva». Así hasta llegar por fin a la popa de la ciudad. Luego se lanzó a ciegas desde una plataforma de observación que había allí y buscó refugio en el mar.

Nadar hasta la orilla lo había dejado exhausto y había estado a punto de ahogarse con el oleaje. Ahora, cansado y congelado como estaba, era hora de ponerse de nuevo en marcha porque las hambrientas ciudades del desierto rodaban junto a él entre las dunas y los feroces suburbios anfibios llegaban echando humo, atraídos por las naves y máquinas voladoras estrelladas que había desperdigadas por la arena y que ahora entraban y salían del oleaje. Fishcake, que nunca antes había estado cerca de una ciudad-tracción, apenas dio crédito cuando vio la altura de las ruedas que se cernían sobre él entre el aire cargado de humo, o la forma en que el terreno se movía y se sacudía a medida que iban avanzando. Tosiendo por culpa del humo de los tubos de escape y la arena levantada, huyó de ellas como pudo y corrió al desierto.

Ahora sí que era realmente un muchacho perdido. No tenía la menor idea de dónde estaba ni adónde iba. Corrió y corrió, hora tras hora, culebreando entre las dunas, tropezando con las secas extensiones de gravilla y los montones de rocas desérticas. Tuvo miedo de la negrura y de la oscuridad de las sombras, que iban acentuándose a medida que la luna se hundía en el horizonte occidental. Al final, a la orilla de un riachuelo seco, se desplomó, se abrazó las húmedas rodillas contra el pecho para darse calor y sollozó a gritos:

—¿Qué será ahora del pobrecito Fishcake?

Nadie le respondió, y eso fue lo que más lo asustó. Gargle y Remora y Wren, todos le habían defraudado; las madres y padres de mentira le habían engañado; el señor Shkin le había fallado y Tom Natsworthy lo había abandonado, pero hubiera preferido estar con cualquiera de ellos que allí afuera, completamente solo.

La luna brilló sobre un objeto cercano. Fishcake, que había sido entrenado para buscar cosas brillantes, se acercó a rastras sin pensar siquiera en lo que estaba

haciendo.

Un rostro lo observaba desde la arena. Lo recogió. Estaba hecho de bronce y completamente abollado. Había agujeros a la altura de los ojos. Los labios estaban ligeramente entreabiertos en una sonrisa que a Fishcake le pareció tranquilizadora. Era hermoso. Fishcake se lo acercó a la cara y miró a través de las cuencas vacías hacia la luna que empezaba a ocultarse por el oeste. Se guardó la máscara en el interior del abrigo y siguió avanzando, sintiéndose más valiente y preguntándose qué otros tesoros albergaría aquel desierto.

Unas cuantas decenas de metros más allá, sus agudos ojos detectaron movimiento en el lecho de una cuenca seca. Nervioso como un animal, se acercó sigilosamente. Una mano cortada se arrastraba sobre la gravilla. Parecía que estuviera hecha de metal. Se movía como un cangrejo herido, arrastrándose sobre los dedos. De la muñeca asomaban cables, engranajes y algo que parecía un hueso. Fishcake la observó y, como vio que parecía tener la clara intención de dirigirse a un lugar concreto, empezó a seguirla.

Pronto empezó a dejar atrás otros miembros menos vivos: una pierna de metal arrancada, doblada hacia el lado equivocado y enroscada alrededor de una roca, y luego un torso abollado y hendido. La mano los recorrió con los dedos durante un rato y luego prosiguió su camino. Unos cuantos cientos de metros más allá encontró la otra mano, aún unida a buena parte del brazo, tratando de avanzar hacia una ladera de grava y guijarros donde crecían unas raquíticas acacias.

Allí fue donde encontró la cabeza. Un esquelético rostro gris insertado en un cráneo metálico y rodeado por una maraña de cables, tubos y conductos. Parecía muerta, pero en cuanto Fishcake se acuclilló sobre ella, supo que había detectado su presencia. Las lentes de sus ojos de cristal estaban destrozadas, pero los delicados engranajes que albergaban en su interior aún giraban y chasqueaban, haciendo un intento por ver. La boca muerta se movió. En voz tan baja que Fishcake apenas la oía, la cabeza le susurró:

—Estoy dañada.

—Un poquito —coincidió Fishcake. Sintió lástima por aquella pobre y vieja cabeza. Le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—*Me llamo Anna* —susurró la cabeza, y luego añadió—: No, Anna está muerta. Soy la stalker Fang. —Parecía como si tuviera dos voces: una severa y exigente y la otra titubeante, estupefacta—. Fuimos capturados por Arkangel —dijo la segunda voz —. *Tengo diecisiete años. Soy una esclava de cuarta categoría en los desguaces de Stilton Kael, pero ahora estoy construyendo mi propia nave y…* —Entonces, la segunda voz siseó—. ¡No! ¡Eso fue hace mucho, cuando Anna aún estaba viva, y ahora Anna está muerta! *Sathya, querida, ¿eres tú? Me siento tan confusa…*

—Yo me llamo Fishcake —dijo el niño, un poco confuso también.

—Creo que estoy dañada —dijo la cabeza—. *Valentine me engañó… La espada en mi corazón… Tengo tanto frío…, tanto frío…* No. Sí. Ahora lo recuerdo. *Lo*

*recuerdo*. El mecanismo de esa tal Zero… Y el general Naga se quedó allí plantado y permitió que sucediera… Me han traicionado.

—A mí también —dijo Fishcake.

Podía ver los flecos retorcidos alrededor del cráneo allí donde le habían arrancado la máscara de hierro. La sacó de su abrigo y volvió a colocarla en su sitio lo mejor que pudo.

—*Por favor, ayúdala* —susurró la cabeza, y luego añadió—: Tú me repararás.

—No sé cómo hacerlo.

—*Ella…* Yo te ayudaré.

Fishcake miró a su alrededor. Los trozos del cuerpo de la stalker avanzaban hacia él por la arena, arremolinándose en torno a la cabeza. La flexión de los dedos de la mano le recordó a las cámaras cangrejo que había reparado para Gargle.

—Tal vez podría hacerlo —dijo—. Aquí no. Necesitaría herramientas y cosas así. Si pudiera reunir todas tus partes y encontrar una ciudad o algo…

—Hazlo —ordenó la cabeza—. Luego me dirigiré al este. *A Shan Guo. A mi hogar en Erdene Tezh*. Me cobraré mi venganza de los nacidos una vez. Sí, sí…

—Iré contigo —dijo Fishcake, deseando no volver a estar solo—. Yo puedo ayudarte. Me necesitarás.

—Conozco los secretos del Libro de Hojalata —dijo la cabeza, susurrando para sí —. Los códigos están a salvo en mi memoria. Regresaré a Erdene Tezh y despertaré a ODÍN.

Fishcake no entendía lo que quería decir, pero se alegraba de tener a alguien que le dijera qué hacer, aunque solo fuera una cabeza. Se levantó. Un poco más allá, un jirón de traje gris aleteaba enganchado en las ramas de un arbusto. Fishcake lo liberó de su trampa y lo anudó, formando una especie de bolsa. Entonces, mientras la cabeza de la stalker Fang susurraba para sus adentros algo sobre un mundo reverdecido, él comenzó a reunir los pedazos desperdigados de su cuerpo.

# 35

## A la deriva en el cielo

Todo parecía demasiado silencioso a bordo de la Nube 9 cuando la Tormenta se hubo ido. El viento aún ululaba entre los aparejos colgantes, las burbujas de gas que aún quedaban en pie chocaban unas con otras y del interior del Pabellón en llamas, de vez en cuando, llegaba el ruido de un forjado que se desplomaba, pero ninguno de aquellos sonidos era humano y ninguno parecía tener importancia.

Theo y Wren arrastraron al inconsciente Pennyroyal al abrigo de una arboleda de cipreses que separaba el atracadero del laberinto de setos. En medio de la arboleda había una fuente. Lo tumbaron allí e hicieron todo lo posible por ponerlo cómodo. Entonces, Theo se sentó, apoyó la cabeza en los brazos y también se durmió. A Wren le sorprendió el gesto. A pesar de lo cansada que estaba ella, se sentía demasiado asustada y ansiosa como para poder dormir. Para Theo, sin embargo, debía de ser distinto. Él ya había estado antes en medio de la batalla: probablemente estuviera acostumbrado a aquella especie de desesperada incertidumbre.

—Boo-Boo, palomita mía, ¡puedo explicártelo todo! —murmuró Pennyroyal revolviéndose y entreabriendo los ojos. Vio a Wren sentada a su lado y murmuró—: Ah, eres tú.

—Duérmase otra vez —dijo Wren.

—No te caigo bien —rezongó Pennyroyal—. Mira, siento lo de tu padre, de verdad que sí. Pobrecito Tom. Nunca quise hacerle daño. Fue un accidente, te lo juro.

Wren comprobó sus vendajes.

—No es solo eso —le dijo—. Es por ese libro que escribió. ¡Está lleno de mentiras! Sobre la señorita Freya, sobre Anchorage y sobre que mi madre llegó a un acuerdo con los Cazadores…

—Ah, pero esa parte es verdad —dijo Pennyroyal—. Reconozco que tal vez haya adornado un poquito los hechos, aquí y allá, por una mera cuestión de ritmo, pero es cierto que fue Hester Shaw quien hizo que Arkangel nos atacara. Me lo dijo ella misma. «Yo soy la única que envió a los Cazadores aquí», me dijo. «Porque quería tener a Tom conmigo otra vez. Él iba a ser mi oro del depredador». Unos cuantos meses después, entre un grupo de refugiados procedentes de Arkangel, me topé con una mujer llamada Julianna. Había servido como esclava en la casa de ese rufián de Piotr Masgard y me dijo que había presenciado cómo se sellaba aquel pacto: una aviadora había acudido a su amo con datos sobre la posición de Anchorage. Una aviadora joven, apenas una niña, con el rostro partido en dos por una espantosa cicatriz…

—No te creo —dijo Wren, furiosa, y lo dejó allí para salir a los jardines.

Aquello no podía ser cierto: Pennyroyal estaba usando otra vez sus viejos trucos, retorciendo la verdad. «Pero ¿por qué insistirá en defender esa parte de la historia, cuando ya ha reconocido que el resto son patrañas?», se preguntó, inquieta. Bueno, tal vez creyera que era cierto. Tal vez su madre, efectivamente, se lo hubiera dicho para asustarlo. Y, en cuanto a la esclava de Masgard, solo porque hubiera visto que su amo hablaba con una aviadora que tenía una cicatriz en el rostro, no significaba necesariamente que se tratara de su madre: la vida del mercader del aire era una vida peligrosa; debía de haber muchas aviadoras con el rostro hecho polvo…

Sacudió la cabeza en un intento por alejar de su mente aquellos perturbadores pensamientos. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse que de las ridículas historias de Pennyroyal. La Nube 9 se tambaleaba a sus pies y en la brisa nocturna retumbaba el gruñido de los aparejos, sometidos a gran tensión. El humo se vertía sobre las inclinadas laderas de los jardines ocultando los cadáveres que había desperdigados sobre el césped y las mesas de bufé volcadas. Wren recogió unos cuantos canapés caídos y se detuvo a observar el Pabellón mientras se los comía. Le costaba creer la transformación que había sufrido aquel hermoso edificio. Estaba sucio y combado, y la única luz que salía de sus ventanas rotas era la del brillo rojizo de las llamas que se propagaban. La gran cúpula central se había abierto como una pelota reventada. Sobre ella, las burbujas de gas parecían estar aguantando, pero también era cierto que empezaban a estar renegridas a causa del humo y que algunas de las voraces llamas que saltaban desde el tejado del ala de huéspedes de Pennyroyal se estaban acercando peligrosamente a su base.

Y allí, de pie, mientras contemplaba el espectáculo, Wren se percató de que había alguien junto a ella, observándola.

—¿Theo? —preguntó, volviéndose.

Pero no era Theo.

Desconcertada, perdió el equilibrio en el desnivel del césped y cayó, hipando de miedo. El stalker no se movió, salvo para equilibrarse en el terreno inclinado del jardín. Tenía los ojos fijos en Wren. ¿Cómo podía hacer otra cosa que no fuera mirar fijamente, con aquellas redondas lámparas verdes en lugar de ojos? La luz de las llamas resplandecía sobre su armadura abollada y sus garras manchadas. Su cabeza dio una ligera sacudida. De sus heridas manaba aceite y lubricante.

—NO ERES ELLA —dijo.

—No —reconoció Wren con un chillido de roedor.

No tenía la más mínima idea de a qué se refería aquella vieja máquina, pero ella no era quién para llevarle la contraria. Arrastró el trasero por el césped e intentó alejarse de él.

El stalker se acercó lentamente y entonces volvió a detenerse. Wren creyó oír cómo chasqueaban y chirriaban los extraños engranajes que tenía dentro de su cráneo blindado.

—Te pareces a ella —le dijo—, pero no eres ella.

—No, ya lo sé, mucha gente nos confunde —dijo Wren, preguntándose a quién se estaría refiriendo en realidad.

Echar a correr no tenía sentido, se dijo, pero, ansioso por seguir viviendo, su cuerpo no le hizo caso. Se impulsó para levantarse y huyó, culebreando sobre la hierba mojada y precipitándose hacia abajo por la mareante ladera de los jardines.

—¡Regresa! —suplicó Shrike—. ¡Ayúdame! ¡Tengo que encontrarla!

Comenzó a correr tras ella, pero entonces se detuvo. Perseguir a la niña solo haría que su miedo empeorara, y ya se sentía bastante consternado por el terror y el odio que había suscitado en aquel rostro tan conocido como extraño. La vio desvanecerse en el humo. Tras él, la cúpula central del Pabellón se desplomó sobre el salón de baile con un borbotón de chispas. Bolas de escombros incendiados pasaban rodando junto a él para ir a estrellarse contra las fuentes y los parterres del jardín, o bien se dirigían directamente al final de la plataforma y caían en picado hacia el desierto.

Shrike hizo caso omiso de ellas y ladeó la cabeza con curiosidad. A pesar del ruido, sus sensibles oídos habían detectado el zumbido de los aeromotores.

* * *

Tosiendo para recuperar el aliento y con el corazón martilleándole en el pecho, Wren se internó de nuevo en la arboleda de cipreses. Pennyroyal volvía a estar dormido, o tal vez inconsciente, pero Theo se incorporó de un salto.

—Wren, ¿qué pasa?

—¡Un stalker! —consiguió boquear—. La Tormenta Verde se ha dejado a un stalker. El grande y feo que se ha enfrentado con la otra.

Pennyroyal gimió y se revolvió. Theo la alejó delicadamente de él.

—Wren, si ese stalker hubiera querido matarnos, ya nos habría encontrado, ¿no crees? Te habría perseguido, y a estas alturas ya estaría aquí.

Wren reflexionó sobre ello.

—Creo que estaba dañado —respondió.

—Ahí lo tienes, entonces.

—Creo que se había vuelto loco —continuó, recordando el extraño modo en que el stalker le había hablado. Rio, nerviosa—. Supongo que si los stalkers normales van por ahí matando gente, puede que uno que está loco sea el mejor stalker con el que uno podría quedarse atrapado en una isla flotante a la deriva y condenada a la perdición. Igual solo quería hablar un ratito del tiempo. O tejerme un jersey.

Theo rio.

—De todas maneras —le dijo—, todo va a salir bien. Al ritmo que vamos perdiendo gas, deberíamos aterrizar en el desierto en una media hora, más o menos.

—Lo dices como si eso fuera algo bueno.

—Lo es —le dijo Theo—. Ven a ver.

Lo acompañó a través de los árboles hasta la otra punta del bosquecillo. Allí, lo único que los separaba del borde de la plataforma era una corta y pronunciada franja de césped. Tras la barandilla, alcanzaban a ver el suelo y la sombra de la Nube 9 serpenteando sobre sinuosas dunas y yermos afloramientos de piedras. A su alrededor, unos grupillos de luces y unas espectrales nubes de polvo espeso señalaban la proximidad de ciudades pequeñas y pueblos que competían entre sí por llegar al lugar donde caería la Nube 9.

—¡Poblados basureros! —chilló Wren—. ¡Nos comerán!

—Se comerán la Nube 9 —dijo Theo—. A nosotros no. Escaparemos hacia el desierto antes de que las ciudades lleguen, y luego las abordaremos como viajeros, no como presas. Cogeremos del Pabellón un poco de oro, Vieja Tecnología o algo así, y con eso nos pagaremos el pasaje. Estaremos bien.

Wren se tranquilizó. «Esto fue lo que unió a mamá y papá —pensó—. Al compartir aventuras como esta, se crea cierta complicidad, y esa complicidad es lo suficientemente potente como para superar cualquier cosa: la desconfianza, la fealdad, cualquier cosa». No es que Theo fuera feo. Todo lo contrario. Wren giró la cabeza para mirarle, y sus rostros quedaron tan próximos que la punta de su nariz rozó la mejilla de él.

Y fue entonces —justo cuando Wren supo que estaban a punto de besarse, cuando una mitad de ella lo deseaba, pero a la otra le daba más miedo que encontrarse con los poblados basureros—, fue entonces cuando la pradera, como la cubierta de un barco a la deriva en un mar en tempestad, se inclinó repentinamente bajo sus pies y la lanzó contra Theo y a Theo contra un árbol.

—¡Vaya! —dijo.

Lo que pasaba en la aureola de depósitos de gas de la Nube 9 no era bueno. Achicharrada por las llamas que saltaban desde el Pabellón, la célula central había reventado y el gas manaba de ella en una ráfaga de fuego azul. Había unos cuantos depósitos más pequeños que aún aguantaban, pero no eran suficientes como para soportar el peso de la Nube 9 durante mucho más tiempo. La plataforma se ladeó aún más pronunciadamente y el agua de las fuentes y las piscinas empezó a verterse por el borde en forma de veloces cataratas blancas. También cayeron algunos escombros: estatuas y cenadores, palmeras en macetas y muebles de jardín, marquesinas e instrumentos musicales que se derramaban cual maná sobre las dunas que tenían debajo.

Las atigradas ciudades del desierto aumentaron la velocidad, empujándose y pugnando en su carrera por ser las primeras en llegar al escenario de la colisión.

* * *

La Jenny Haniver voló a través del humo y el polvo hasta quedar bajo la sombra de la Nube 9. A través de sus ventanillas de babor, la base ladeada aparecía como una pared enorme y derrumbada, horadada de cráteres y llena de restos calcinados. Hester encendió el foco reflector y vio pasar unas cuantas pasarelas de sujeción seguidas de un cartel de advertencia que, con unas letras de tres metros de alto pintadas de blanco, rezaba: «NO FUMAR». El teleférico colgaba de varios cabos de amarre seccionados y a través de los cristales reventados de la cabina ondeaban vestidos y togas de noche manchados de sangre.

—Llegamos demasiado tarde —dijo Hester—. Ahí arriba no queda nadie con vida.

—¡No digas eso! —le dijo Tom.

Lo dijo con brusquedad, aún irritado e inestable a causa de la bronca que habían tenido. No quería discutir más porque encontrar a Wren era lo único que le importaba en aquel momento, pero entre Hester y él las cosas habían cambiado y no estaba seguro de que pudieran arreglarse. Aquella insensibilidad, aquella calma con la que había abandonado a Fishcake, hizo que se le revolvieran las tripas.

Furioso, tiró de las palancas de la Jenny, haciéndola oscilar sobre el borde superior de la plataforma y sorteando con cuidado los enmarañados aparejos. De repente, deseó que fuera Freya quien estuviera con él en lugar de Hester. Ella no habría dejado al pobre Fishcake atrás. Ella habría encontrado un modo de salir de la torre de Shkin sin tener que asesinar a todos aquellos pobres hombres. Y ella no habría abandonado tan fácilmente la esperanza de encontrar a Wren.

—¿Te acuerdas de Londres? —le dijo—. ¿Te acuerdas de la noche de MEDUSA, cuando fui a sacarte de Londres? Aquello también parecía imposible, pero te encontré, ¿no es así? Y ahora vamos a encontrar a Wren.

A sus pies, la Nube 9 se balanceaba como un incensario. Hester dirigió el reflector hacia los derruidos jardines.

* * *

Arrastrando a Pennyroyal entre ambos, Wren y Theo recorrieron la empinada ladera de los jardines avanzando de lado, como los cangrejos, y buscando un lugar en el que poder refugiarse cuando la plataforma aterrizara.

—¡Buen trabajo! —les dijo Pennyroyal, recuperando fugazmente la conciencia—. ¡Magnífico esfuerzo! Creo que con esto os habéis ganado la libertad…

Y entonces volvió a desmayarse y a resultar tremendamente pesado. Lo tumbaron, y Wren se sentó a su lado. El suelo debía de quedar ahora a unos ciento cincuenta metros por debajo, tal vez a menos, pues Wren ya distinguía algunos raquíticos matorrales que pugnaban por crecer en medio de las largas extensiones de piedras con forma de medialuna que salpicaban el desierto, y también las ventanas y

puertas en las superestructuras de una ciudad que viajaba bajo la sombra de la Nube 9 sobre unas enormes ruedas con forma de tonel. El aire se llenó con el chirrido de los aparejos, sometidos a una tensión extrema. Wren miró hacia arriba. A través del embrollo de maromas que se balanceaban sobre el jardín asomó un haz de luz de un foco reflector que la cegó. El foco, un largo dedo de luz que trazaba senderos al azar por los jardines, cambió de dirección y detrás de él vio una pequeña aeronave.

—¡Mira! —gritó.

—¡Basureros! —gruñó Theo—. O piratas aéreos.

Debajo, los habitantes de la ciudad debieron de pensar lo mismo porque un cohete salió propulsado hacia el cielo y estalló tras la pequeña nave. La nave lo esquivó y luego regresó, bordeándolo, con las aspas del timón coleando como las aletas de un pez curioso. Por la ventanilla de la góndola asomó un rostro. El timón viró de nuevo, los motores rotaron y la nave aterrizó en un patio metálico, no demasiado cerca de Wren y Theo, pero tampoco tan lejos como para que ella no fuera capaz de reconocer a las personas que descendían de la góndola y corrían hacia ella por el inclinado césped.

Al principio se negó a creerlo. Le parecía tan inverosímil que su madre y su padre estuvieran allí que cerró los ojos en un intento de ahuyentar aquella dolorosa alucinación. No podían ser ellos, no era posible. Daba igual lo que sus estúpidos ojos le estuvieran diciendo: claramente, las aventuras que había vivido la habían superado y estaba empezando a imaginar cosas.

Entonces, una voz gritó: «¡Wren!», y unos brazos la rodearon y la estrecharon con fuerza. Era su padre, que la abrazaba, se reía y decía: «¡Wren!» una y otra vez, mientras las lágrimas abrían surcos blancos en la ceniza y el polvo que le ensuciaban la cara.

# 36

## Extraños reencuentros

—Lo siento —dijo Wren—. Lo siento tanto. He sido una estúpida… —Y luego ya no pudo seguir hablando: no se le ocurría ni una sola cosa más que decir.

—No pasa nada —repetía su padre—. No importa. Estás a salvo, eso es lo único que cuenta…

Entonces, su padre se apartó, y ahora era su madre quien la estaba abrazando. Un abrazo más duro y tenso que atraía el rostro de Wren contra su huesudo hombro mientras su voz le preguntaba al oído:

—¿Estás bien? ¿No te han hecho daño?

—Estoy bien —respondió Wren sorbiéndose la nariz.

Hester retrocedió y tomó el rostro de Wren con ambas manos, sorprendida de lo que la quería. Estaba llorando de felicidad, y ella casi nunca lloraba. No quería que Tom y Wren pensaran que se había ablandado, así que apartó la mirada, y fue entonces cuando se fijó en el alto muchacho negro que había detrás de su hija, observando.

—Mamá, papá —dijo Wren, volviéndose y tirando de él para que se acercara—. Este es Theo Ngoni. Me ha salvado la vida.

—Nos la hemos salvado mutuamente —respondió tímidamente Theo. Él también lloraba, imaginando cómo lo recibirían su padre y su madre si alguna vez lograba encontrar la manera de regresar a Zagwa.

Hester miró con suspicacia al joven y apuesto aviador, pero Tom le estrechó la mano y dijo:

—Será mejor que subamos a bordo.

Tom se alejó hacia la nave, que estaba lista para despegar, y Theo fue con él. Sin embargo, cuando Hester comenzaba a seguirlos, Wren dijo:

—No, esperad. Pennyroyal…

Tom y Theo no la oyeron, pero su madre sí.

* * *

Wren corrió a través de la arboleda hasta la fuente. Pennyroyal, revivido por el ruido de los aeromotores, estaba intentando ponerse en pie. Sonrió cuando vio a Wren y dijo débilmente:

—¿Qué te había dicho, eh? ¡Nunca digas nunca! —Y entonces, al reconocer la

figura que se cernía tras ella, añadió—: ¡Ay, Poskitt bendito!

La última vez que Hester había visto a Pennyroyal, este huía hacia la nieve y la oscuridad de Anchorage. Fue la noche en que ella mató a los Cazadores. La última vez que había hablado con él fue poco antes de aquello, en la desvalijada cocina del señor y la señora Aakiuq, cuando le reveló cómo habían llegado hasta allí los Cazadores.

Pennyroyal retrocedió, sin fuerzas, con el rostro pálido como el de un muerto, lechoso bajo las salpicaduras de sangre reseca. Hester lo alcanzó con dos rápidas zancadas, lo derribó y sacó el cuchillo mientras él se arrastraba y le manoseaba los pies.

—¡Por favor! —sollozó—. ¡Perdóname la vida! Te daré lo que quieras.

—Cállate —dijo Hester, desnudando el cuello de Pennyroyal junto al cuchillo e inclinándose para que la sangre no le manchara su abrigo nuevo.

Wren la golpeó en un costado y la apartó.

—¡Mamá, no! —gritó.

Hester gruñó, jadeante y furiosa.

—Tú mantente al margen de esto…

Pero Wren no podía mantenerse al margen. Había visto la expresión en los ojos de su madre cuando había descubierto a Pennyroyal. No era ni odio ni furia ni sed de venganza, sino miedo. ¿Y por qué iba a temer su madre a Pennyroyal, a menos que lo que Pennyroyal había dicho de ella fuera cierto? Cuando Hester se dispuso a ir de nuevo a por él, Wren se interpuso de un salto y extendió los brazos para protegerlo.

—¡Lo sé! —gritó—. ¡Sé lo que hiciste! Si lo que pretendes es silenciarlo, ¡llegas tarde! Si quieres que siga siendo un secreto, tendrás que matarme a mí también.

—¿Matarte? —Hester agarró a Wren por el cuello de la chaqueta y la empujó con fuerza contra un árbol—. ¡Ojalá nunca hubieras nacido! —gritó.

Hester giró el cuchillo y agarró el desgastado mango del revés. La hoja destelló a la luz del fuego. Los reflejos se deslizaron por el rostro horrorizado y desafiante de Wren y, de repente, Hester vio en ella la imagen de su media hermana, Katherine Valentine, que había muerto defendiéndola de la espada de su padre.

—¿Mamá? —preguntó Wren con una vocecilla sobrecogida.

Hester bajó el cuchillo.

Tom y Theo llegaron corriendo por entre los árboles, deslizándose por el desnivel de los jardines.

—¿Qué está pasando? —gritó Theo, que iba a la cabeza—. ¿Wren? ¿Estás bien?

—¡Quiere matarle! —Wren se había desplomado de rodillas. Lloraba tanto que los demás apenas podían comprender lo que decía, pero siguió repitiendo aquellas palabras hasta que fueron inteligibles—. ¡Quiere matar a Pennyroyal!

Tom miró a Pennyroyal, que alzó una mano temblorosa.

—Tom, mi amigo querido, no nos precipitemos…

Durante un segundo, Tom permaneció en silencio. Recordó cómo se había

sentido, tendido de espaldas sobre la nieve de Anchorage, convencido de que iba a morir. Aún podía sentir el agujero en el pecho y el sabor de la sangre. Aún podía escuchar el zumbido de los motores de la Jenny cuando Pennyroyal despegó con ella. Por un momento, se sintió tan valiente como Hester, dispuesto a empuñar él mismo el cuchillo y acabar con el viejo bribón. Sin embargo, aquella sensación se disolvió rápidamente y Tom buscó la mano de su esposa:

—Het, mírale. Está viejo y desvalido, y este palacio está hundiéndose y en llamas. ¿No te parece suficiente venganza? Subámosle a la Jenny, rápido, antes de que este lugar se vaya a pique.

—¡No! —gritó Hester—. ¿Has olvidado lo que pasó la última vez que lo subimos a la nave? ¿Has olvidado lo que te hizo? ¡Estuvo a punto de matarte! ¡No puedes perdonarle así, sin más!

—Sí que puedo —respondió Tom con firmeza. Se arrodilló junto a Pennyroyal y le hizo a Theo una seña con la cabeza para que le ayudara a levantarlo—. ¿Cuál es la alternativa? ¿Asesinarlo? ¿Qué conseguiríamos con eso? No cambiaría nada…

—Sí que lo haría —dijo Wren.

Su voz había adoptado un tono tan extraño que Tom tuvo que mirarla. Lloraba con unos aspavientos impropios de una muchacha y tenía la cara húmeda de mocos y lágrimas. Retrocedió, temerosa, cuando su madre se volvió hacia ella, y gritó:

—Si le mata, Pennyroyal no podrá contarte que fue ella quien vendió Anchorage a los Cazadores.

Hester encogió la cabeza como si la muchacha acabara de abofetearla.

—¡Mentiras! —dijo, e intentó reír—. Pennyroyal ha estado llenándole la cabeza de mentiras.

—No —dijo Wren—. Es cierto. Durante todos estos años todo el mundo le ha estado inmensamente agradecido por habernos salvado de los Cazadores, cuando fue ella quien los atrajo hacia nosotros en primer lugar. Quería que no fuera cierto. Me dije que no podía serlo. Pero lo es.

Tom miró a Hester esperando que lo negara.

—Lo hice por ti —dijo ella.

—Entonces, ¿es verdad?

Hester retrocedió un paso, apartándose de él.

—¡Por supuesto que lo es! ¿Dónde crees que fui aquella noche a bordo de la Jenny? ¡Volé derecha hasta Arkangel y le dije a Marsgard dónde podía encontrar Anchorage! Era eso o perderte, y yo no podía… ¡Yo no podía…! Ay, Tom, por amor de los dioses, eso fue hace dieciséis años, ya no tiene importancia, ¿verdad? ¿Verdad? Lo arreglé, ¿o no? Maté a Masgard y a sus hombres. Y lo hice todo por ti…

Sin embargo, lo había hecho por un Tom Natsworthy distinto, al que amaba tanto como para no dudar en traicionar ciudades enteras por él. Aquel Tom había sido un muchacho valiente, apuesto, apasionado, que tal vez habría podido perdonarla, pero el Tom mayor, el tímido historiador de Anchorage que ahora la miraba con la

estúpida bocaza abierta de horror puro y con su estúpida hija lloriqueando al lado, nunca entendería lo que había hecho. Ninguno de los dos lo haría. No se parecía en nada a ellos. Había sido una estúpida al creer que podía vivir en su mundo.

—Todos estos años… —dijo, tirando el cuchillo—. Todos estos años en Vineland… —prosiguió, viendo cómo la hoja producía un destello al clavarse, cimbreante, en el jardín de Pennyroyal—. Todos estos años con vosotros dos… Dioses, ¡me he aburrido tanto!

Estaba temblando, y eso le hizo recordar la noche de MEDUSA, la primera vez que se había atrevido a besar a Tom. En aquel momento, al principio de todo, Hester temblaba descontroladamente, y allí estaba ahora, temblando de nuevo al final. Se dio media vuelta y se alejó rápidamente de él por los jardines en ruinas. Al frente, a través de un hueco en el humo, vio aparecer algo cuadrado y de poca altura. Pensó que era un edificio, pero luego se dio cuenta de que era una especie de estúpido laberinto. Bueno, serviría. Caminó a paso vivo hacia la entrada.

—¡Hester! —gritó Tom tras ella.

—¡Vete! —Se volvió a mirarle.

Tom la seguía corriendo, una silueta frenética que se recortaba contra las llamaradas del Pabellón mientras Wren se quedaba atrás con su chico africano.

—¡Vete! —dijo, dándose media vuelta y caminando un par de pasos o tres de espaldas, sin detenerse, mientras señalaba en dirección a la Jenny Haniver—. Súbete con Wren y largaos antes de que Pennyroyal os la vuelva a robar…

Pero Tom se limitó a gritar de nuevo:

—¡Hester!

—No voy a ir, Tom —le dijo. Estaba llorando. El humo se levantaba a su alrededor trayendo consigo trozos en llamas de tela de cubierta mientras el aire ardiente levantaba los faldones de su abrigo como alas negras y le otorgaba el aspecto de una especie de ángel terrible—. Vuelve a Vineland. Sé feliz. Pero no conmigo. Yo me quedo aquí.

—¡Hester, no seas estúpida! ¡Este lugar se está cayendo a pedazos!

—No, solo se está cayendo —respondió Hester—. Sobreviviré. Hay otras ciudades abajo: rudas ciudades del desierto, plataformas basureras. Mi tipo de sitios.

Tom casi la había alcanzado. Hester veía su rostro resplandeciente de lágrimas a la luz de los edificios incendiados. Sintió una urgencia desesperada de ir con él, de besarlo y abrazarlo, pero sabía que ya no podría volver a tocarlo nunca porque lo que ella había hecho en el pasado siempre se interpondría entre ellos.

—Te quiero —le dijo. Se dio media vuelta y corrió, lanzándose al laberinto mientras las plataformas cabeceaban y se levantaban bajo sus pies, y un sonido que era mitad sollozo y mitad risa brotó de su boca sin que ella lo quisiera.

A su espalda, cada vez más débilmente, escuchaba que Tom gritaba su nombre. Sobre su cabeza, los depósitos de gas de la Nube 9 se estaban incendiando uno a uno, inundando el laberinto de sombras extrañas y veloces. Hester sollozó y tropezó, y los

setos le arañaron el rostro cuando chocó contra ellos. Estaba empezando a darse cuenta de que aquel era un mal lugar, de que necesitaría un refugio mejor en el momento en que la plataforma tocara tierra, cuando llegó al centro del laberinto. Había algo agazapado allí dentro, como si hubiera estado esperándola durante todo ese tiempo.

Se detuvo bruscamente, resbalando sobre la hierba. La expectante silueta se desplegó, se alzó y se erigió sobre ella. En un primer momento, pensó que estaba hecha de fuego, pero solo era el reflejo de los depósitos de gas en llamas, que resplandecían sobre su pulida y abollada armadura. Hester conocía aquel rostro: ella misma había echado tierra sobre él. Dieciocho años atrás, en la Isla Negra, había sepultado al viejo stalker en las profundidades y había apilado piedras sobre su tumba. Según parecía, había sido una completa pérdida de tiempo. Alcanzaba a oler su familiar aroma: formaldehído y metal caliente.

—¿Hester? —oyó que la llamaba débilmente la voz de Tom desde algún lugar lejano de los jardines, una voz ya perdida para siempre.

Y Shrike extendió sus espeluznantes manos y dijo:

—HESTER SHAW.

* * *

Otro depósito de gas estalló con un rugido, un géiser de luz que escapó al cielo. Cuando la plataforma bajó, Tom se quedó un segundo suspendido en el aire. Se golpeó con fuerza contra la hierba, rodó sobre sí mismo y se detuvo frente a una estatua de Poskitt.

—¡Hester! —gritó mientras se incorporaba tambaleante, pero la voz se le quebraba por el esfuerzo y su corazón parecía quebrarse también.

Se masajeó el pecho, pero eso no le alivió en absoluto: lo sentía en las rodillas, en la cara…: el dolor lo dejó clavado en la hierba. Perdió el conocimiento y, cuando despertó, había alguien con él.

—¿Hester? —murmuró.

—Papá…

Era Wren; eran sus manos las que tenía en la espalda y los hombros, su rostro el que le miraba, espantado y surcado de lágrimas.

—Estoy bien —le dijo, y era cierto. El dolor estaba empezando a remitir, aunque aún sentía náuseas y estaba mareado—. Ya me ha pasado antes… No es nada.

Intentó incorporarse, pero el amigo de Wren, Theo, vino hasta él y lo levantó casi sin hacer esfuerzo. Debió de perder la consciencia de nuevo mientras Theo atravesaba los jardines con él en brazos, porque por un momento creyó que Hester estaba con él, pero cuando giró la cabeza para mirar, vio que no era así, y que ya estaban frente a la escotilla abierta de la Jenny, y que Pennyroyal los miraba por las ventanas de la

cabina de mandos. Todo era muy confuso, sobre todo con el jardín ladeándose y bamboleándose de aquella forma, y lo único de lo que podía estar seguro era de que Wren estaba allí, que le sostenía la mano con fuerza y trataba de sonreírle, aunque al mismo tiempo lloraba.

—Wren —le dijo—, no podemos irnos. Tenemos que encontrar a tu madre.

Wren negó con la cabeza y ayudó a Theo a subirlo a bordo.

—Vamos a sacarte de este espantoso lugar antes de que sea demasiado tarde —dijo.

La escotilla se cerró. Mientras Theo se adelantaba hacia la cabina de mandos para ayudar a Pennyroyal a arrancar los motores, Wren se arrodilló junto a su padre y lo sostuvo como él había hecho con ella cuando era una niña muy pequeña y estaba enferma o asustada.

—«Ya, ya…» —solía susurrarle, así que ella también se lo susurró a él—: Ya, ya…

Le acarició el pelo y le besó hasta que volvió a quedarse tranquilo. Intentó no pensar en su madre, ni en las cosas que su madre había hecho y dicho, ni en la luz trémula que había brillado en la hoja de su cuchillo. Intentó no recordar que ya no tenía madre.

* * *

¡Cómo había envejecido!

Shrike creía que comprendía a los nacidos una vez y las cosas que les hacía el tiempo, pero, aun así, le impactó ver el rostro arrugado y castigado por el clima de su pobre niña, aquella hermosa melena roja que ya se tornaba áspera y cana. Extendió los brazos hacia ella, retrajo las garras, y ella reaccionó como lo hacían la mayoría de los nacidos una vez cuando la persecución terminaba y ya no había ninguna esperanza de escapar de él, con el mudo lamento fúnebre y el repentino y cálido hedor de las entrañas cuando evacúan. Le dolió que le tuviera miedo. La atrajo hacia sí lo más delicadamente que pudo y dijo:

—TE HE EXTRAÑADO TANTO.

Y Hester, apretujada contra su armadura abollada, solo pudo estremecerse, y llorar, y escuchar el sonido más triste que había oído en su vida: el decreciente rugido de los motores gemelos Jeunet-Carot de la Jenny Haniver mientras la nave despegaba sin ella.

* * *

Y la Nube 9 aterrizó por fin. Primero fue el teleférico colgante el que cavó un surco en la arena, como si fuera un ancla, y luego fue el borde de la plataforma el que quedó enganchado en un escollo de piedra. Las pasarelas arrancadas de la base cruzaron las nubes, volando de punta a punta, y por el desierto se desperdigaron máquinas voladoras aplastadas y árboles arrancados de raíz. Un cabo se partió, un depósito de gas se liberó y empezó a subir, a alzarse entre el humo y el polvo. Sectores enteros del Pabellón estallaron, arrojando antigüedades y obras de arte en todas direcciones, como si fueran metralla. Las escaleras se desplomaron, las terrazas se derrumbaron y las piscinas implosionaron. La Nube 9 rebotó, deslizándose desde lo alto de una gigantesca duna. Sus cúpulas color pastel rodaron por el desierto perseguidas por los avariciosos poblachos rodantes. Sus ruinas se estrellaron de nuevo escupiendo fuego, cables sueltos y depósitos de gas deshinchados. Y chocó y derrapó y giró y rodó y tembló hasta detenerse.

* * *

Hubo un rato de silencio, únicamente interrumpido por el suspiro mineral de mil millones de granos de arena levantados que se volvían a depositar lentamente en el suelo. Y en medio de ese silencio, antes de que los poblados basureros llegaran rugiendo para engullir las ruinas, el stalker Shrike se alzó, levantó a Hester en brazos y se perdió con ella en el desierto y la oscuridad.

## Agradecimientos

Los versos de *Cuatro Cuartetos*, de T. S. Eliot, se han reimpreso con el consentimiento de Faber y Faber, Ltd.



Philip Reeve (1966), Brighton, Reino Unido. Reeve empezó su carrera profesional como librero, además de director, escritor y productor de obras de teatro. Se pasó al mundo de la ilustración infantil y su trabajo ilustró más de cuarenta obras. Con *Máquinas mortales* (2001), comenzó su tetralogía *Predator Cities*, Máquinas mortales.